

SALVADOR REYES

# MÓNICA SANDERS



ZIG-ZAG

BIBLIOTHECA DE ESCHIAZIO...  
MONICA SANDERS

# BIBLIOTECA DE ESCRITORES CHILENOS

© Empresa Editora  
Zig-Zag, S. A., 1951.  
Derechos reservados.  
Inscripción N.º 13827.  
de Chile.

S A L V A D O R R E Y E S

MONICA  
SANDERS

NOVELA

(3.<sup>a</sup> Edición).



---

Z I G — Z A G

*Al capitán*  
**SUFUS HAUGEN,**

*al piloto*  
**ALADIN PAVIÉ**

*y a todos los tripulantes del*  
**INDUS 6,**  
*en agradecimiento de su cordial*  
*hospitalidad.*

*A los amigos del Grupo de Voluntarios del*  
**BOTE SALVAVIDAS,**  
*valientes mantenedores de la gran*  
*tradición marítima chilena.*

*A VALPARAISO,*  
*puerto mayor en la Geografía Poética*  
*Universal, y en el cual está matriculado*  
*el viejo bergantín de mi corazón.*

S. R.

1. "MONICA SANDERS" es una novela y todos sus personajes son completamente imaginarios, de tal modo que si se les encuentra alguna semejanza con personas que verdaderamente existen, tal semejanza deberá atribuirse a una rara casualidad, que sorprenderá al autor más que a nadie.

2. Se encuentran en esta novela algunos diálogos entre personajes populares. Es posible que algún celoso del color local me reproche el no darles su lenguaje verdadero. He huído voluntariamente de casi todos los modismos y de todas las deformaciones verbales, que me parecen nada más que recursos fáciles y que, a mi juicio, dificultan la lectura.

# P R O L O G O

ANTES de la aparición de *BARCO EBRIO* y *EL ULTIMO PIRATA*, el tema del mar había sido apenas rozado por nuestra literatura. Salvador Reyes puso de moda los símbolos marinos: las pipas, las gorras de capitán o las camisetas a rayas, tanto como el océano mismo y sus peligrosas posibilidades, mostrando la grandeza —y la crueldad— de los hombres y monstruos que habitan en las aguas, el lírico sinsentido de sus aventuras, el aire libre de sus rudas pasiones.

¿Qué significaba todo eso? Antes que nada, esteticismo. Puertos y veleros servían de pretexto para dibujar bellas imágenes en una prosa elegante que en la época de la publicación de los primeros libros de Reyes fué una revelación entre nosotros. En seguida, exotismo, fuga hacia archipiélagos indecisos, exaltación de lo pintoresco, repugnancia por la seguridad burguesa, entrega al universo de la imaginación. Pero también, muy en el fondo, una particular desesperanza y hasta un cierto pánico, impregnado de fascinación, ante la vida primordial.

Han pasado casi treinta años. Los temas se mantienen, pero se ha invertido su orden. Lo que en las primeras obras era sólo una reflexión informada tras el entusiasmo de las acciones, es ahora, ni más ni menos, el motivo central: la desesperanza, el terror, el desamparo del hombre y su soledad en el seno de la Natu-

aleza (Los hombres son aquí también Naturaleza). En *ILE DESOLATION* —la nouvelle que publicó la *REVUE DES DEUX MONDES*—, el mar ha perdido todas sus galas veraniegas. Ya no resuenan en él los exultantes alaridos de la piratería. Dos cazadores de focas luchan por sobrevivir en la isla más siniestra del mundo, peleando contra el mar y contra las artes solapadas de un viejo contrabandista que tiene a su hija por única compañía. La historia de amor, casi insignificante, entre el más joven de los cazadores y la muchacha montaraz, es tan elemental como el resto. Crueles son los encuentros furtivos sobre los ingratos acantilados, desprovistos de calor humano y de euforia sensible. En la fría oquedad del mundo las especies se matan y se devoran, después de un fugaz intervalo de amor físico. Nada más.

Creo comprender aquí lo que el mar significa en esta literatura: la inhumanidad de la Naturaleza sin disfraz, en cuyo seno oscuro el tiburón acecha a su presa, la ballena devora a los cardúmenes y la medusa es sitiada por su contrario. Bella Naturaleza, más bella que el hombre impuro y no menos espantable. Bella y terrible, fiel a sí misma, reverenciada por el autor en todos sus libros, tan intensamente como desprecia, a causa de su mentira esencial, a los mentirosos hombres. Por eso él sólo admira sin condiciones a los caracteres arrojados, que consciente o inconscientemente aceptan la brutalidad de su condición. Aquellos que no se disfrazan.

Habría que preguntarse: ¿por qué esta visión sombría? No hay respuesta segura. Pero, entre muchas, me asalta caprichosamente la imagen de un niño solitario y voluntarioso, hijo único, nacido y criado en el desierto, que mira un mar todavía poblado por veleros que vienen en busca de salitre con sus tripulaciones abigarradas como los viejos equipajes piratas; un niño que tiene a sus espaldas la pampa reseca y ante sus ojos el mar que, más allá de la bahía empavesada, es también un páramo absoluto. "La noche era negra y fría, con

*estrellas pequeñas y efímeras perdidas en el infinito y algo desolado que parecía empapar la atmósfera."*

*Por la intensidad equilibrada de la acción, por su amenidad y la fluidez de su estilo, por la realidad de sus personajes, por sus descripciones de buena calidad poética, por su discreto clasicismo, MONICA SANDERS es la mejor obra de Salvador Reyes y una de las más distinguidas novelas chilenas que conozco. No habría necesidad de penetrar más lejos para reconocerle un mérito que de seguro confirmarán los años. Pero, con todo eso, hay en ella algo más. Repito que sus personajes son vivos, algunos notablemente bien captados, como el Cara de Doctor, maleante del puerto; el Gringo Roy, justa representación de détraque chileno; el capitán Gustavson. Todo eso está muy bien; más aún, excelente. Y, no obstante, sin que la acción suene a falso en la novela, nace la sospecha de que ella y sus protagonistas sean en el fondo secundarios, buenos pretextos para la expresión de otra cosa. Ideas no, ciertamente. No, no se trata de tesis, sino de sentimientos, de una confrontación primaria del artista con el mundo, de un diálogo del autor con la totalidad de la vida. En este sentido, MONICA SANDERS —y ya se advertía algo de lo mismo en obras anteriores de Reyes— es la versión de un duelo entre el hombre y la existencia, que Salvador Reyes traduce con su lirismo sin esperanza.*

*Los mismos símbolos pueden conducir en el arte a expresiones contrarias. La literatura marina de Salvador Reyes parecía una fórmula feliz de evasión, una rebelión de las imágenes contra la existencia sombría o anodina. Sus héroes cortaban amarras y pronunciaban adiós sin nostalgia. Han pasado los años, y el autor, fiel a un tema profundo en el cual se expresa lo más definitivo de su propia personalidad, ha publicado otros libros, novelas, nouvelles, cuentos breves, que nos permiten ahora comprender mejor el significado de las obras anteriores.*

*¿Qué buscaban sus hombres en el mar? Parece justo decir hoy, después de una mirada de radio más extenso, que, como en la sentencia de D'Halmar, no perseguían sino la vida, una entrega más ardiente a su peligrosidad y su placer. Pero, ¿en qué consiste para ellos esta entrega, más allá de sus aventuras, más allá de la acción? Hay un secreto propósito común que enlaza al pirata Sharp y sus compañeros, al héroe de RUTA DE SANGRE, a los porteños consumidos por el spleen de Valparaíso, port de nostalgie, al niño y al hombre adulto de NORTE Y SUR. Tal vez sirve para todos ellos la respuesta que daría el capitán Moreno en MONICA SANDERS: iban en busca de "un puente de mando, pulido como un espejo, donde el hombre aprende a mirarse hasta lo más profundo de sí mismo". Pues para Salvador Reyes la aventura es eso: acción y ensimismamiento en sus formas más desnudas y puras; acción y soledad, es decir, medios que llevan al conocimiento de sí. ¡Qué lejos parecían ir! A los últimos confines de la tierra, que el autor fingía adorar por fiebre de exotismo. Y, claro, iban lejos, muy lejos, a un lugar infinitamente distante, geográficamente indeterminable y casi inaccesible: hacia sí mismos.*

*Llega el momento de preguntar qué encontraban. No mucho, pero, a pesar de todo, algo hallaban, algo más verdadero, aunque más modesto, que las ilusiones que embriagan a los que no intentan la aventura: "cosas errantes y sin esperanza, los dolores voluptuosos que crean la soledad humana y nos hacen comprender la dulce inutilidad de vivir..." En la triste paz del deseo aplacado, en la vuelta cada vez menos tempestuosa del mismo deseo, el muchacho de RUTA DE SANGRE, tras la adolescencia y la juventud, terminaría por descubrir como única substancia del mundo a esa soledad inmensa por la que el mar, gran magnetizador, lo fascinaba. Soledad que, para quien se niega a los consuelos eternos, configura "la dulce inutilidad de vivir". La vida es vana, un parpadeo en los ojos pesadamente cerrados de la Naturaleza; dulce parpadeo, sin embargo; dulce azar. Dulce y aterrador, pues ¿quién es más cruel*

que el hombre? ¿quién es más destructivo? "El viaje pone al descubierto, quebrando lo cotidiano, el eterno abandono y la soledad permanente que forman la única realidad de la vida."

Salvador Reyes es morbosamente sensible a esa patética contradicción de lo humano, a la incomprendible guerra —y alianza— de la dulzura y la crueldad. Su solución literaria parece ser la de transformar el drama real en espectáculo. A la desesperación prefiere un discreto escepticismo: el mundo es grande, terrible e insondable. En consecuencia, no se compromete con ninguna ideología. Todas le parecen demasiado falsas para poder sostenerse sin el alimento de una esperanza, y él no tiene esperanza alguna. Y, como no es posible sorprender el todo de la sociedad sin una intuición que nos permita representárnosla, la sociedad no le preocupa. Si tuviera alguna fe en el hombre, Salvador Reyes sería anarquista. No está demasiado lejos. Pero es excesivamente aguda en él la conciencia sombría, ante la cual el Universo entero, no sólo el hombre, se presenta como cruel, indescifrable, monstruosa lucha.

Para los cazadores, la muerte brutal de las bucólicas ballenas es sólo una rutina que agudiza su vista y templea sus músculos, sin inspirarles aprensión alguna. Sólo Percy Roy, periodista invitado a una de las expediciones, siente la que otros también experimentarían si estuvieran en su situación, si pudieran verse a sí mismos. La operación de caza está varias veces descrita con excelencia. Roy "percibió distintamente los movimientos de las aletas, la forma de las enormes cabezas que cortaban el oleaje, el batir de las colas, los surtidores de los espantos, el agua que subía bañando los lomos y se escurría después. Los contornos de esas masas oscuras parecían pesar sobre el mundo. "Una de ellas va a morir". Lo pensó confusamente: todo su ser estaba colmado por la angustia de la muerte, por el horror de aniquilar esa vida inmensa, esa fuerza terrible que emergía del fondo del mar y que parecía confundida con la fuerza misma del mar..." La obsesión de la muerte incubaba aquí, en estas páginas y en otras

del autor, un sentimiento que suele convertirse en su correlativo: la ciega adoración de la vida elemental que crea y destruye sus propias obras. Vitalismo que exigiría una salida mística hacia lo trascendente y que se da en este caso en toda la pureza de su desesperación, exaltando ciertos actos extremos, el heroísmo o el amor físico, y menospreciando a todos los otros que no alcanzan a la medida mayor de la vida; insatisfecho, por último, ante todos.

El momento culminante del libro me parece la descripción —casi una fantasía— del desembarco de la ballena en el puerto, en la que se juntan la originalidad de las imágenes y la profundidad emocional de la expresión en una página maestra. Este canto tristemente hermoso a la muerte de la Naturaleza es una de las claves del libro y de toda la creación literaria del autor, cuya obra habría que adscribirla —si ello fuera necesario— a una posición de defensa de la naturalidad humana contra los artificios de la cultura. En toda novela hay siempre implícito un juicio de valor, más o menos visible, acerca de las encarnaciones y construcciones del hombre. Aunque no se quiera, toda novela es el desarrollo de un ideal —o varios— de personalidad. La que en este caso Reyes nos propone es, sin seguir exactamente el perfil de ningún personaje particular, una forma humana natural, casi primitiva, y con los refinamientos de la naturaleza primitiva idealizada en el amor, la amistad, la imaginación y la aventura. Mas, paradójicamente, esta misma personalidad ejemplar es un instrumento en manos de la Moira que teje y desteje los destinos. Obligado a luchar contra elementos hostiles, el hombre resulta destruyendo el ornato, la belleza y la magia de la vida. En el camino de su propio aniquilamiento, él empobrece la realidad y crea, dentro y fuera de sí, las condiciones de su miseria. La caza de la ballena es terriblemente bella; menos bella hoy que antes, cuando los arponeros confiaban sólo en la fuerza de su brazo, pero, de todas maneras, bella todavía. Llegará el día, sin embargo, en que no haya ballenas en los mares y con eso habrá terminado otro capítulo

en la epopeya decreciente de la acción humana en pugna con una Naturaleza que era virgen. La poesía genera a su contrario.

Me pregunto de nuevo: ¿cómo trabaja aquí el símbolo de la Naturaleza? En la obra de Salvador Reyes, ella es lo real, lo único definitivamente real frente al lánguido corazón humano que se traiciona a sí mismo. "Lentamente, a través de los años, a través de alcoholes distintos, de rebeliones y de lágrimas, hemos ido conociendo una sola verdad: que no hay esperanza y que, cualesquiera que hubieran sido el rumbo y la cadencia de nuestro paso, teníamos que llegar a la misma meta."

Pero súbitamente el escepticismo se hace cálido, cordial, tierno, cuando lo fecunda la buena animalidad de la Naturaleza. El autor no se fortalece ni consuela sino cuando se siente, como el capitán Moreno, "parte de una voluntad y de una fuerza quizás en constante lucha contra la Naturaleza, quizás voluntad y fuerza de la Naturaleza misma".

¿Novela de amor y de aventuras marinas? Sí, naturalmente; pero, como en Conrad y Melville, en ésta aparece aquella metafísica de la acción aventurera que tiene que ver con la gran cuestión de las relaciones entre el hombre y el mundo; cuestión que, planteada no sólo bajo la forma de un conflicto entre el luchador humano y su adversario exterior, sino también como encuentro íntimo en que se miran y desgarran lo natural y lo humano dentro del hombre mismo, es el gran tema de la literatura novelesca. Pocas novelas nuestras me parecen más sugerentes que MONICA SANDERS en este fundamental sentido.

LUIS OYARZUN

# I

SE ABRIO bruscamente la puerta del comedor y la figura de Martín, aureolada por la masa de agua que giraba a su espalda, se inclinó hacia adelante:

—¡Cap, cap, perdemos la ballena!

Julio Moreno soltó la taza que se llevaba a los labios y el café humeante se derramó sobre el encerado, quemándole los dedos. La rapidez del movimiento con que se levantó no le dió tiempo para afirmar el pie y resistir el nuevo bandazo: dando trastabillones llegó a la puerta del comedor, e iba a salir, cuando una ola enorme sumergió toda la banda de estribor y vino a estrellarse a la entrada. El capitán esperó un instante y, chapoteando en el agua, corrió a proa.

El Polo, el cocinero, se quedó inmóvil, con una cacerola en la mano, mirando hacia la puerta como si la súbita desaparición del capitán le hubiera maravillado. Sonreía, y al contraer su labio superior, dejaba al descubierto los dientes separados y agudos. Curioso de lo que ocurría, pretendió asomarse al puente, pero otra ola se precipitó sobre la puerta y, aunque él se retiró vivamente, no pudo esquivar parte del chapuzón. Sin dejar de sonreír, se enjugó la cara con el delantal, cerró la puerta y, ¡cuatro patas, se puso a cazar la taza que había dejado caer el capitán y que rodaba por el suelo como una gota de azogue. Al lado, en la cocina, José, el ayudante, tarareaba "La Palomi-

ta", fregando las ollas. Como la cocina estaba a sotavento, había dejado la puerta abierta y contemplaba plácidamente la agitación del mar; al amparo de sus golpes.

Ya Moreno se había unido a los que trataban de salvar la ballena. La masa de la alfabara, de unos veinte metros de largo, emergía del torbellino de espuma, girando y azotando contra la borda, y volvía a desaparecer cuando la ola, después de levantarla, se desplomaba sobre el navío. Una gruesa cadena la aferraba por el nacimiento de la cola, y a la luz cruda de los reflectores se veía que la cadena había entrado en la carne y casi la cercenaba completamente. A cada sacudida los anillos penetraban más hondo. El capitán se dió cuenta de la situación al primer golpe de vista: en pocos momentos más la cola se desprendería por completo. Pero ya el piloto Brito había hecho un corte un metro más hacia la cabeza del animal. Ayudado por Martín y por Baucho, Brito blandía su enorme cuchillo, y apenas el cilindro brillante se ponía a su alcance, dejaba caer un golpe que hacía saltar un trozo de carne sanguinolenta. La muesca quedaba instantáneamente lavada por la ola.

—¡Todavía alcanzaremos a aferrarla! —gritó Brito, volviéndose hacia el capitán.

Su voz fué arrebatada por el viento. La ballena caía en la concavidad de las olas antes que el navío, y cuando éste se levantaba de nuevo, el cuerpo del animal emergía del remolino blancuzco y quedaba casi colgando, suspendido de un delgado trozo de carne. Como de costumbre, se habían amputado las aletas de la cola y bajo la luz eléctrica se veían brillar los muñones blancos, sin una gota de sangre.

El capitán había calculado que el viento soplaba con velocidad 9, y eso era lo que hacía la tarea tan penosa. Pero había una última oportunidad de impedir la pérdida de la ballena: aprovechar la calma que se producía cada tres olas grandes.

Así es el mar: parece que sus tropeles furiosos obedecen sin cesar al látigo del viento, sin dar un mi-

nuto de tregua al pobre navío que desaparece en la vorágine y emerge luego temblando de la quilla al mástil. Sin embargo, el caos del huracán y del agua está sujeto a una especie de ritmo, y éste impone unos minutos de calma después de una sucesión de tres olas furiosas. La tripulación sabía que en ese momento el barco conservaba una estabilidad suficiente para pasar una nueva amarra en el corte que había abierto el piloto y que esa amarra no aflojaría. Pero era necesario obrar con rapidez y precisión para no desperdiciar ni uno solo de los preciosos minutos. Ya habían pasado dos grandes olas. Los reflectores del "Alcatraz" iluminaron la masa glauca de la tercera, que vino hinchándose de un furor más brutal que el de las otras.

El capitán Moreno, el piloto Brito, el contramaestre Rubio y los dos marineros animaban la faena con gritos que les llenaban la boca de agua salada:

—¡Aguanta, aguanta, aguanta!...

El "Alcatraz", fino ballenero, surgió de la profundidad del torbellino y se encaramó ágilmente sobre el lomo de la tercera ola.

—¡Firme, mi alma!... ¡No aflojís, hija de la grandísima...!

A través de la masa de agua que cayó sobre ellos, los marinos, aferrados a los obenques, clavaban los ojos escocidos por la sal en la cola de la alfabara. Si resistía el golpe, la partida estaba ganada.

—¡Ya, niños, ahora!... ¡Ya, niños, ya la tenemos!...

La cola había resistido. La ballena surgió de la espuma, girando al costado del "Alcatraz", sostenida por un delgado trozo de carne, que aguantaría algunos minutos. El barco se mantuvo inmóvil un segundo y se inclinó después a babor con dulzura y elegancia. Una ola, juguetona como una gata, rasguñó apenas la borda y se escurrió dibujando un rápido trazo blanco. El cuerpo de la alfabara quedó quieto junto al navío apaciguado.

El capitán saltó sobre la amura.

—¡Atención, Rubio! ¡Sujeta firme! ¡Voy a pasar la amarra! —gritó al contraamaestre.

Había dado a Bernardino Rubio el extremo de la cadena y, apoyándose en la alfabara misma, dió sogá para rodear el cuerpo del animal.

—¡Rápido, capitán; rápido, por la vida! ¡La cola se corta! —aulló Brito, sujetando a Moreno por la cintura para que éste pudiera emplear sus dos manos.

—¡Ligero, ligero! ¡Echale! ¡Ya, échale! —gritaron Martín y Baucho, listos para cualquier evento.

Con movimientos precisos, Moreno pasó la cadena bajo la cola y empezó a correrla hacia la cabeza del animal. No era la primera vez que el capitán se veía en tal situación y, perfectamente tranquilo, sabía que la partida estaba ganada. Aprovechando una pequeña ola que levantaba el cuerpo del cetáceo, quiso con un solo impulso llevar su amarra hasta la muesca donde debía fijarla, pero, al tirar hacia sí, la cadena resistió.

Brito, dándose cuenta de la dificultad, volvió la cabeza y vió al contraamaestre Rubio que se debatía con el otro extremo de la cadena enredado entre las manos.

—¡Da sogá, por la madre! ¡Da sogá! —gritó el piloto.

El capitán sintió que la cola cedía. Un segundo más y todo estaba perdido. Tiró hacia sí y se encontró con la cadena floja entre las manos. De no haberlo sostenido Brito, habría caído al agua.

Todo ocurrió tan rápidamente, que ni Martín ni Baucho pudieron impedir el desastre. El tirón del capitán hizo rodar a Rubio sobre cubierta y el extremo de la cadena que sus manos abandonaron se escurrió sobre la borda como una rápida culebra antes que los marineros pudieran atraparlo.

Los cuatro hombres prorrumpieron en maldiciones, pero no abandonaron la empresa: Martín tomó el extremo de la amarra de manos del capitán y corrió a estribor. Toda la cadena salió y Brito pasó de nuevo la otra punta a Moreno. Rápidamente éste rodeó la cola; pero ya era demasiado tarde: el "Alcatraz" se

estremeció violentamente. El momento de calma había pasado y los marinos comprendieron que todo estaba perdido. Antes que el capitán alcanzara a la muesca en que debía fijar su amarra, la primera de las tres nuevas olas grandes se precipitó sobre ellos. El navío se levantó sobre la masa de agua en un bandazo profundo y el cuerpo de la alfabara, con la cola cercenada, cedió. Brito y Baucho se aferraron a los obenques, sujetando al capitán, que había perdido su apoyo. Cuando los cuatro hombres sacaron la cabeza fuera del torbellino, buscaron a la ballena con la mirada. Apenas pudieron distinguir la masa negra que desaparecía entre las olas, girando sobre sí misma.

Se quedaron un momento en suspenso. Luego izaron al capitán sobre la borda y saltaron a la cubierta barrida por el agua. En ese momento se oyó la voz alegre del cocinero que gritaba:

—¡Debe ser un tiburón que le cortó la cola!

—¡Tú tienes cara de tiburón, boludo! —vociferó Moreno.

Brito y los dos marineros agitaban los brazos y maldecían a grandes voces.

—¡La culpa es de este desgraciado! —aulló el capitán, buscando con la vista al contraamaestre. Bernardino Rubio no estaba junto a los otros hombres. “Se lo llevó el mar”, pensó Moreno, pero en ese momento el “Alcatraz” levantaba la proa y el agua que se escurría dejó al descubierto el cuerpo del contraamaestre tendido junto a la amura.

Brito y Martín lo arrastraron hacia el centro de la cubierta. El hombre no estaba desvanecido, pero parecía incapaz de tenerse en pie. Lacio como un trapo, se caía de las manos de los marinos y los miraba con ojos estúpidos.

—¡Llévenlo al comedor y vean si se ha quebrado algo! —ordenó el capitán.

El Polo, que había presenciado toda la escena con su cara llena de risa, echó a correr hacia la cocina. El contraamaestre fué transportado casi en vilo. Sus piernas colgaban lamentablemente entre las siluetas

del piloto y de Martín. Estos no parecían tomar demasiadas precauciones para impedir que la cabeza de su compañero encontrara duros obstáculos. Hasta se hubieron dicho que se abandonaban dulcemente al rudo balance. Los reflectores habían sido apagados, pero a la vaga fosforescencia de las olas, los impermeables de los marinos, chorreando agua, brillaban como caparazones de monstruosos insectos.

Julio Moreno se quedó un momento inmóvil en la oscuridad. ¡Qué mala suerte! ¡Perder una alfombra de más de veinte metros! ¡Y antes una esmeralda!... Había sido un día fatal. Bueno... ¿Qué se saca con echar maldiciones? No era el primero ni sería el último viaje inútil...

Cuando entró al comedor, encontró a Bernardino Rubio echado en la banquetta. Su cuerpo se bamboleaba como un saco a medio llenar; tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos colgantes. Parados frente a él, don Antenor Brito, Martín y el maestro de cocina lo contemplaban curiosamente. El capitán interrogó al piloto con un gesto.

—Está borracho —respondió el piloto.

—¿Qué?

—¡Borracho, capitán; borracho como tetera!

—¡Por la mismísima...!

Moreno se despojó del impermeable, lo arrojó a un rincón y cogió a Bernardino por las ropas del pecho. Con una mano lo levantó, sacudiéndolo con violencia. Después lo dejó caer. El contramaestre quiso aferrarse a la mesa y mantenerse erguido, pero un cabeceólo hizo sentarse con una violencia cómica, que el camarero celebró a carcajadas. Rubio era un tipo huesudo, de rostro largo y estrecho; estaba pálido y tenía la boca entreabierta y babosa.

La voz colérica del capitán cortó en seco la risa del Piloto.

—¿De dónde ha sacado trago este hombre? ¡Piloto, usted es responsable! ¡Mire lo que nos cuesta su descuido!...

Don Antenor Brito no pareció inmutarse. Era un chilote de cincuenta y cinco años, de rostro ancho y bonachón, de recio busto, bien plantado sobre piernas cortas y sólidas. Estaba cubierto aún por el impermeable, del cual continuaba chorreando agua.

—Tal vez sea culpa mía, capitán —repuso—, pero no sé cómo me la ha jugado este gallo. Hace tiempo que le tenía echado el ojo, y le dije a usted que no se podía tener confianza en este desgraciado. Usted, capitán, no ha querido créerme, aunque sabe que yo no hablo nunca por dejar.

—Martin —dijo Moreno—, registra la litera de este hombre inmediatamente.

El marinero dió media vuelta y salió del comedor. El capitán cogió de nuevo al borracho por los brazos y empezó a zarandearlo.

—¡Esta es la última vez, hijo de perra! ¡Esta es la última vez que me la juegas!

Bernardino Rubio se bamboleaba entre las manos del capitán. Su larga cabeza iba de derecha a izquierda y de adelante atrás, sobre el cuello nervioso. Dos o tres veces fué a chocar contra el mamparo y al golpe siguieron una queja y un hipo. Los ojos del borracho, ojos redondos y claros cuya expresión, habitualmente estúpida, se hallaba acentuada por la embriaguez, se esforzaban por seguir con una gran mirada vacía al hombre que vociferaba:

—¡Esta me la vas a pagar, cochino borracho!

El cocinero había retirado todos los objetos expuestos a rodar por el fuerte balance. Un impermeable colgado de un gancho ballaba con animación. A pesar del estruendo de las olas llegó el ruido de una cacerola que se desplomaba en la cocina.

Moreno soltó al fin a Rubio, pero no por eso dejó de continuar sus imprecaciones:

—¿Tú crees, baboso, que voy a jugar me mi reputación por tí? La otra vez nos sacaste del rumbo; ahora me haces perder una ballena... ¡Hijo de la grandísima...! Debías acordarte que he sido el único que te ha tendido la mano; que nadie quiere saber nada de

un vicioso como tú y que yo te he embarcado contra la opinión de todos.

Bernardino Rubio alzó hacia el capitán sus largas manos huesudas.

—¡Perdón, capitán!... ¡Nunca más!...

Su idea fué nefasta, porque la súplica, balbuceada entre dos hipos, exacerbó la furia de Moreno. Otra vez la manaza de éste tomó al infeliz por el cuello, al mismo tiempo que los improperios se reanudaban.

—¡Te creía un poco hombre, desgraciado; te creía capaz de cumplir tu promesa y de no tomar más. ¿No te da vergüenza, hijo de perra? En cinco años que navego en el "Alcatraz", nunca ha habido un borracho a bordo. ¡Y tenías que ser tú, el hombre a quien he ayudado y a quien le he matado el hambre!

El capitán remató la última palabra con dos palmadas formidables, propinadas en las mejillas de Rubio. El piloto Brito intervino:

—Capitán, la culpa es mía por no haber vigilado mejor a este hombre, conociendo su vicio.

—Y más mía, don Antenor, por haberlo enganchado, por haber tenido lástima de él. ¡No hay que tener nunca lástima de nadie! ¡Ahora, lo juro, aunque vea un boludo muriéndose de hambre, lo dejaré reventar!

Rubio, a quien el capitán había soltado, se frotaba las mejillas encendidas por los golpes, con la cabeza apoyada en la mesa.

—¡Perdóneme, capitán! Yo soy su amigo; soy como su hermano, capitán. ¡Usted sabe que lo quiero como a un hermano!... —Gruesas lágrimas empezaron a rodar entre sus dedos y todo su cuerpo se contrajo en hipos y sollozos.

—¡No sé cómo no te mato, perro! Pero ésta es la última vez que navegas conmigo. Volverás a las tabernas. ¡Ya no eres bueno más que para curarte!

Bernardino, con los ojos convertidos en surtidores, se aferró desesperadamente a la chaqueta del capitán. Este dió un rápido paso hacia atrás y el borracho, que no aflojaba presa, fué arrastrado y rodó al suelo, donde quedó hipando y sollozando. En ese momento Martín

apareció con tres litros de aguardiente, dos vacíos y uno a la mitad.

—Estaban bajo el colchón del contramaestre.

José, el ayudante de cocina, se asomaba curiosamente y parecía divertirse con la escena tanto como su jefe.

—¡Eh, tú —le gritó Moreno—, lleva a este desgraciado a su litera! Ayúdalo tú, Martín. Tira esas botellas al mar. ¡Y que este hombre no se me presente sobre cubierta hasta el fin del viaje!

Mientras el infeliz Bernardino Rubio expresaba en un lenguaje balbuciente la intensidad de los sentimientos de fraternidad y contrición que habían invadido su alma, fué arrastrado hacia popa por Martín y José, que hacía bromas nada espirituales a costa de sus desgracias de borracho. El capitán salió también del comedor y de un salto se encaramó a la escalera del puente seguido del piloto.

El Rucio Aldana se hallaba a la barra, con el capuchón del impermeable echado sobre el gorrito blanco de marinero yanqui, del cual no se desprendía nunca. El Rucio tenía veinticinco años y había empezado a navegar hacia diez, como ballenero en la isla Santa María, cazando el cachalote en chalupas y con arpón a mano. Todavía contaba con entusiasmo las peripecias de la peligrosa faena. Una vez un cachalote que había sido arponeado y al cual se acercaban para rematarlo a lanzazos, según la costumbre, despedazó de un golpe de cola la chalupa en la cual el Rucio se encontraba como remero. Uno de los tripulantes, seguramente aturdido por el choque, no había podido ganar a nado, como los demás, la costa cercana. Dos días después el mar arrojó su cadáver, ya mutilado por los peces. El cachalote, con el arpón bien hundido en el lomo, había muerto sin duda, pero nunca pudo saberse a dónde lo había arrastrado la corriente. Todas las búsquedas resultaron inútiles.

El Rucio era de mediana estatura, esbelto y de apariencia más bien delicada, de modo que más de un matón había tenido una sorpresa al enfrentarse con

él en famosas batallas de las cuales el Rucio Aldana había salido siempre victorioso.

El capitán Moreno apoyó una mano en el hombro del muchacho, dió una rápida mirada al compás y dijo:

—Así va bien.

—Así va bien —repitió el Rucio.

El viento golpeaba como una masa sólida. A pesar de que el puente estaba protegido por telas hasta la altura del pecho de un hombre, las ráfagas se arremolinaban dentro del estrecho cuadrilátero. Se hubiera podido decir que el "Alcatraz" se hallaba dentro de la noche como dentro de una bolsa de goma negra, sacudida brutalmente; que se estrellaba contra las paredes de esa bolsa y que iba de un lado a otro como un objeto sin voluntad. Pero todas éstas no serían más que imágenes destinadas a dar (desde luego, sin conseguirlo) una impresión de las sacudidas del mar, de la violencia del viento y de la obscuridad compacta de la noche. En realidad, el "Alcatraz", ballenero de 350 toneladas, construído en Noruega hacía cinco años, tenía voluntad y su proa fijaba un punto invariable del horizonte invisible. Ni las olas ni el viento, con todas sus furias, lo desviaban. Una presión casi insensible de la mano del Rucio Aldana bastaba para mantener la ruta a Valparaíso.

Como es verdad que el ojo humano habituado a determinadas visiones las capta cuando son imposibles de distinguir a otro ojo no familiarizado con ellas, el capitán Moreno y el piloto Brito, a pesar de la profunda oscuridad, vieron la proa del "Alcatraz" que remontaba las olas y que caía después como para clavar-se en la montaña de agua que venía a su encuentro. Cabeceo y balance en que cabían todas las variaciones posibles del movimiento, pero que el barco ejecutaba con agilidad, como adelantándose al empuje de la ola y esquivando con gracia su castigo. La popa parecía sumergida en un remolino fosforescente; el agua barría la cubierta y grandes rollos de espuma giraban

sin cesar contra los mamparos del comedor y las clara-boyas que cubrían la cámara de máquinas.

El saco de goma negra debía estar atado a la cola de un gato loco. ¡Qué noche! Como para poner en peligro un barco del tonelaje del "Alcatraz" que no fuera tan marino como él. Moreno y Brito estaban orgullosos. ¡Ya podían pegar el viento Sur y la furiosa marejada!... Ellos sabían lo que valía el ballenero, cuyo corazón de ochocientos caballos latía con un ritmo regular.

Los dos hombres bajaron del puente. En la parte inferior de la escalera tuvieron que esperar que se retirara la masa de agua para ganar de un salto el comedor. Apenas habían cerrado la puerta, una ola formidable se estrelló contra ella. Al sentirlos entrar, el Polo vino de la cocina.

—Café.

Moreno y Brito colgaron sus impermeables y se sentaron. La puerta se abrió y Carlos Mujica, el primer ingeniero, saltó dentro, cerrando precipitadamente. Mujica era un hombre alto, delgado, de aspecto taciturno.

—¿Todo va bien? —preguntó el capitán.

—Todo bien.

—En cubierta nos ha ido mal, don Carlos. Ya sabe: perdimos la alfabara por la culpa de ese maldito borracho de Bernardino. No nos queda más que volver a Valparaiso. Con este tiempo no hay esperanzas de poder seguir la caza. ¡Qué mala suerte en este viaje!

El ingeniero bajó la cabeza sin responder. El Polo apareció con dos tazas de café humeante, que no pudo colocar sobre la mesa por la violencia del balance. El capitán y el piloto las mantuvieron en el aire, siguiendo los bandazos y sin poder evitar que se derramara una parte del líquido.

—Café —pidió el ingeniero.

—¡Al tiro!

—Este viento —continuó Moreno— va a durar varios días. Es inútil continuar en alta mar. Yo quisiera que don Santiago aprovechara el mal tiempo para me-

ter el "Alcatraz" al dique y arreglarle la hélice. Hay frotación, ¿no es verdad?

—Sí, mucha frotación —dijo el piloto.

—Y las ballenas ya están harto salvajes de por sí para asustarlas todavía más con el ruido de la hélice.

—Si seguimos así —replicó el piloto—, ya no podremos acercarnos a ninguna. ¿No es cierto?

El ingeniero no contestó. No tenía nada que decir mientras no se tratara de sus motores. El estaba de acuerdo en lo de la frotación de la hélice. Sin duda había algo de frotación, pero él ignoraba hasta qué punto aquello podía espantar a las ballenas. Sólo hacía quince días que Carlos Mujica se había embarcado en el "Alcatraz" y era la primera vez que ponía los pies en un ballenero.

El Polo le alargó la taza de café, que él mantuvo en el aire. A pesar de su cuidado, derramó una parte del líquido sobre su pantalón. El cocinero celebró el accidente con grandes risas, mientras trataba de secarlo con su paño. Los otros también rieron. No eran gentes como para perder el buen humor a causa de los contratiempos del viaje. ¿Qué hacerle? ¡Otra vez iría mejor o menos mal! Cuando la buena suerte da vuelta la espalda hay que hacerse el leso y quedarse tranquilo esperando que pase la racha. ¡Así es la vida del mar y así la vida del ballenero!... El único real motivo de descontento para todos era la borrachera de Bernardino Rubio. Eso sí que no podía cargarse a la cuenta de la mala suerte. Rubio había comprometido la reputación del "Alcatraz" y con ello hería a todos, desde el capitán hasta José, ayudante de cocina nada más, pero no por su humilde condición menos tripulante de un ballenero. José ya había expresado al Polo, su jefe, con qué placer contemplaba la posibilidad de realizar un viejo proyecto:

—Ahora que van a echar a Bernardino, le voy a patear el culo. Si no hubiera sido contramaestre, lo hubiera pateado hace tiempo.

Estos vigorosos propósitos encontraban la más amplia aprobación por parte del Polo, quien se sentía

alejado de Bernardino, en lo general por la antipatía espontánea que el contramaestre le inspiraba, y en lo particular por unos ciento cincuenta pesos que éste había olvidado devolverle. La memoria de Rubio permanecía reacia a las repetidas y frecuentes apelaciones del cocinero. ¿Quién podía saber si las patadas de José no surtirían mejor resultado?

Toda la tripulación condenaba a Bernardino. Un barco ballenero no puede enorgullecerse de perder una presa por ebriedad de uno de sus hombres. Para el capitán resultaba vejatorio que se hubiera burlado su autoridad al introducir licor a bordo; el piloto quedaba en mala posición, y el ridículo alcanzaba hasta al ayudante de cocina y al huaípero. Aparte la pérdida de la alfabara, los otros contratiempos de la cacería entraban en el lote de las malas jugadas normales del mar. Los hombres no protestaban.

¡Qué diablos!... No siempre todo podía salir al pelo. Había que reconocer, eso sí, que la mala pata se había ensañado con el "Alcatraz" en este viaje, de tal manera que Baucho (Juan Bautista Araya Mercado) había dicho con razón: "Nunca nos ha ido tan mal; parece que estamos meados de perros". Nunca tan mal, en efecto: el día anterior, después de haber navegado sesenta millas al Oeste, a las diez de la mañana, habían divisado un cardumen de espermas. No hubo manera de clavar un arpón. Apenas el "Alcatraz" se acercaba, las grandes colas lustrosas se erguían perpendicularmente y no quedaba en la superficie sino un vago remolino desplazándose hacia popa. Estas escaramuzas duraron toda la mañana. "Es la hélice que los asusta", decía el capitán. Los muchachos, exaltados al principio, prorrumpían en interjecciones, pero a mediodía, ya aburridos, apenas si soltaban alguna obscenidad cuando veían sumergirse los cachalotes. Moreno estuvo mucho tiempo con la mano sobre la culata del cañón y, cansado al fin, volvió al puente y encendió su pipa. Después de mediodía, el viento Sur empezó a soplar con violencia. "Oiga, don Antenor —había dicho el capitán cuando el piloto bajó de la cofa—, casi me

dan ganas de volver a Valparaiso". El piloto no creía tampoco que se pudiera hacer gran cosa; pero, en fin, Moreno resolvió seguir adelante. El viento había aumentado a la caída de la tarde. Un poco más y ya ni el ojo experimentado de Antenor Brito podría distinguir los espantos entre las crestas de las olas. Con un balance como el que había tomado el "Alcatraz", sólo un cañonero de la habilidad de Moreno podía tener esperanzas de clavar un arpón.

Y lo clavó hacia las cinco de la tarde. La maniobra de inflar el cachalote había resultado pesadísima a causa de los bandazos del navío. Eran las seis de la tarde cuando todos los esfuerzos de la tripulación fueron compensados con el arponeamiento de una alfabara, un magnífico animal de más de veinte metros. Mucho costó inflarla y amarrarla a babor, porque la violencia del viento había aumentado todavía, pero, en fin, la faena se terminó ya de noche, a la luz de los reflectores. Resuelto Moreno a regresar con sus dos presas a la caleta del Cerezo, donde se hallaba la fábrica, se lanzó en busca del cachalote. Pero sólo el diablo hubiera podido averiguar hacia dónde la maldita bestia había sido llevada por la corriente. Como no podía existir error en la posición anotada, el "Alcatraz" siguió la ruta normal hasta las diez de la noche. Todos los hombres, menos los ingenieros y sus ayudantes, se hallaban en el puente y en los obenques, con los ojos adoloridos a fuerza de fijarlos en las tinieblas: por ninguna parte se descubría el brillo de los faroles plantados en el lomo del cachalote.

—Yo le amarré dos faroles a ese cabrón —repetía sin cesar Martín.

Tal vez el viento había arrancado el mástil que sostenía las luces y que había sido profundamente incrustado en el lomo del animal; tal vez alguna corriente inesperada... Moreno no quiso quebrarse la cabeza con suposiciones. Cualquiera valía la del cocinero, cuya voz no dejaba nunca de hacerse oír en una circunstancia importante: "Quizá resucitó el muy diablo, y se las echó..."

Como el viento aumentaba, el capitán consideró que, aunque se encontrara el cachalote, sería ya muy difícil tomarlo a remolque. Mejor era conformarse con la alfabara, presa magnífica, después de todo. Así había dado la orden de poner rumbo a la caleta del Ce-rezo.

Una hora más tarde había sobrevenido el otro contratiempo: la pérdida de la alfabara a causa de ese borrachín de Bernardino.

Moreno y el piloto pasaban revista a las catástrofes de la jornada: lo del cachalote, en fin... Eso entraba entre las desgracias del oficio. ¡Pero lo del contramaestre!... ¡Iba a ser necesario trabajar de firme para rescatarse del ridículo en que los arrojaba el maldito borracho!

—Alguna vez había de irnos mal; no siempre se puede estar en primera línea —anotó Brito.

—Mientras tengamos frotación en la hélice nos irá mal. Cada vez peor —gruñó el capitán—. Ya se lo he dicho a don Santiago.

—Pero él no lo cree.

—¡Claro! Como somos los que cazamos más, cree que le voy con cuentos.

—Habría que decirle que venga a la caza él mismo para que se dé cuenta —sugirió el ingeniero.

—¡Qué va a venir! No hay fuerza humana que obligue a don Santiago a poner el pie en un barco. Dices que se marea de sólo ver a un marinero por la calle.

—Hay que convencerlo para que mande el "Alca-traz" al dique.

Moreno se puso de pie y cogió su impermeable.

—Usted me ayudará mañana, don Antenor, a discutir con el viejo. Ahora me voy a acostar. Buenas noches.

El capitán salió del comedor, aprovechando una ligera calma. El piloto, que lo acompañó hasta la puerta, se volvió hacia el ingeniero.

—Creo que si yo no estoy presente —dijo—, el capitán le quiebra las costillas a Rubio.

—¿Le pegó?

—Un par de palmadas formidables. Moreno es hombre muy controlado, pero se puso furioso.

—Con razón...

—¡Eso sí, con razón! Usted sabe que Moreno es siempre justo.

La cara melancólica del ingeniero se animó con una vaga sonrisa.

—Según usted, piloto, el capitán es un hombre perfecto.

—Yo no digo que sea perfecto; todos tenemos nuestros defectos; pero él tiene menos que los demás.

—Así es —concedió Mujica—. Yo lo conozco poco, pero he oído hablar bien de él en todas partes.

—Yo conozco a Julio desde que él era cabrito. Yo era contramaestre en el "Estrella Polar", de la compañía de San Carlos. Para mí es algo así como mi hijo.

El otro hizo un gesto de asentimiento.

—La suerte no ha sido igual para los dos —continuó el piloto, moviendo pensativamente la cabeza—. El ha llegado a capitán, y yo me he quedado atrás...

—La vida es así —murmuró el ingeniero. Y se bebió las últimas gotas de su café.

—No digo que yo me considere incapaz de ser capitán. ¡Figúrese usted!... ¡Con la experiencia de cuarenta años!... Pero, claro, yo no he podido ilustrarme, estudiar las matemáticas necesarias. ¡Y no es que fuera tonto en mi juventud, don Carlos! Es que me casé muy cabro, y he tenido que pegar duro para ganarme la vida y alimentar a la familia.

—¿Tiene usted muchos hijos?

—Seis.

—¡Diablo! Yo tengo dos y sé lo que cuestan.

—Yo no me quejo, don Carlos —siguió Brito, encendiendo el cigarrillo que acababa de liar. Cuando una persona le caía en gracia, le complacía confienciarse con ella. Mujica, con su cara triste y su gran cráneo calvo, le parecía un hombre serio y reflexivo—. Yo no me quejo, porque soy feliz con mi familia. Julio no se ha casado ni se ha enredado con ninguna mujer por largo tiempo. Cuando un hombre quiere progresar en

la vida, tiene que estar libre de compromisos. Esa ha sido la gran ventaja de Julio; así pudo ahorrar y cuando llegó el tiempo, desembarcó y se puso a estudiar. No tenía que mantener a nadie; hacía lo que le daba la gana. Ahora ya tiene sus chauchas juntas. Y el gallo sigue libre, trabajando para sí mismo.

El ingeniero se frotó la calva con la mano abierta, repetidas veces.

—Pero no es vida la del hombre solo —dijo.

—Cuando uno es marino...

—Justamente: hay que cambiar. Uno se hastia en los barcos, rodando por ahí, en los camarotes. Entonces es bueno llegar a la casa...

—Sí, sí —repuso el piloto—; no crea que me quejo. Claro que me habría gustado llegar a capitán, pero he tenido otras satisfacciones. Ahora, a mis años, ya no voy a tener la idea de cambiar de rumbo. ¿No es cierto? Tuve la suerte de casarme muy joven con una mujer que me salió seria y trabajadora. Tengo un hogar respetable, y soy un marino estimado en todas partes. Seguramente usted había oído hablar de mí antes de embarcarse en el "Alcatraz".

—¡Ya lo creo! —repuso el ingeniero con calor—. Usted es bien popular, piloto.

La cara bonachona de Brito se coloreó de satisfacción. El Polo, que oía la charla desde hacía un momento, intervino:

—¡Bah, don Antenor Brito es famoso! En todas partes lo respetan, pero aquí en el "Alcatraz" es un amigo para cada tripulante.

—¡Cállate tú, intruso! —repuso el piloto, riendo y pavoneándose de satisfacción—; ¡no estamos hablando contigo!

El Polo no se inquietó; con las piernas bien abiertas, para resistir el balance, siguió plantado allí, escuchando la charla.

—La vida es rara —siguió Brito—; nunca es igual para dos personas; no hay dos pobrezas iguales. Yo tengo una casita en el cerro Artillería, y viviría bien contento si una de mis hijas no estuviera enferma.

Tiene parálisis infantil, y, aunque los médicos me dan esperanzas, creo que no sanará. Es una gran pena, porque la niña es inteligente y de no mala cara. Tengo también una chiquilla de quince años, que me preocupa. Aquí donde usted me ve, don Carlos, mis hijas no son nada feas. Han salido a la madre. Esta cabrita de quince años es harto bonita, y por eso tenemos que vigilarla mucho... Con los trabajos y las penas pasadas, mi mujer ha envejecido. Pero ahora tenemos una buena situación: mis dos hijos mayores son buenos muchachos. Uno es ya primer piloto en un vapor de la Internacional; el otro es contador. Nos ayudan mucho para la casa; mi hija mayor está casada con un hombre serio; yo gano buena plata. El próximo año podré comprar una casita mejor, y si mi otra hija se casa, ya no tendré más que preocuparme de la enfermita y de la menor, que tiene siete años.

—Usted es un hombre feliz, don Antenor.

—Sí, feliz. Claro que me duele no haber llegado a capitán, pero tengo la satisfacción de ser respetado, de que el nombre de Antenor Brito Rodríguez sea conocido en la marina mercante.

—¡Ya lo creo! —confirmó el ingeniero, con energía.

—Lo que es aquí, en el "Alcatraz", usted es bien querido, piloto —intervino el Polo—, pero lo va a ser más todavía cuando eche a ese mugriento de Bernardino.

Brito escuchó al cocinero y luego se dirigió a Mujica:

—Ya ve usted, don Carlos: eso le pasa al capitán de puro bueno. Julio conoció a Rubio hace muchos años, a bordo de un barco de la Sudamericana. El tipo ya iba mal entonces, pero Julio le tomó simpatía y lo ayudó. Después se perdieron de vista. Hace dos meses, Julio encontró a ese infeliz en Valparaíso, miserable, hambriento. Le tuvo lástima y lo embarcó como contramaestre. Yo no estaba de acuerdo, pero no quise oponerme, para que después no digan que uno le negó

una oportunidad a un hombre en desgracia... Bernardino había prometido no tomar más.

Se hizo un silencio. El piloto chupaba lentamente su cigarrillo. El ingeniero dijo:

—Es un pobre tipo, digno de lástima.

—A mí no me da lástima —repuso el Polo, vivamente—. A mí me ha estafado ciento cincuenta pesos y ha querido ponerme mal con el capitán. Por suerte que don Julio me conoce hace ya muchos años. Apenas Bernardino deje de ser contramaestre del “Alcatraz” me las va a pagar. ¡Y bien pagadas! ¡Cochino borracho!

—¡Vaya, maestro! —dijo el ingeniero con su sonrisa triste—. Usted tampoco le hace ascos al trago...

—¿Yo? ¡Diga, piloto, por la Santísima! ¿Alguna vez he estado curado a bordo? ¡Diga, piloto! ¡En cinco años que navego con usted!...

El Polo agitaba furiosamente la servilleta por encima de su cabeza. Ya no sonreía, y sus dientes agudos y separados, que de ordinario daban a su sonrisa una expresión infantil, aparecían ahora entré sus labios como pequeñas puntas crueles.

—¡Diga, piloto!...

—Pero yo no hablo de beber a bordo —explicó suavemente el ingeniero—; me refiero a beber en tierra...

La crispación desapareció del rostro del cocinero. Se echó a reír con grandes carcajadas.

—¡Bah, en tierra! —dijo—. ¡En tierra es otra cosa!...

—Lo de Rubio es muy desagradable —continuó el piloto, sin hacer caso de las carcajadas del cocinero—. El capitán estaba tan furioso, que no se fijó en lo que decía. Me echó a mí la responsabilidad de la borrachera de Rubio. “Por no haberlo vigilado”, me dijo. Pero inmediatamente comprendió que el único responsable es él mismo, por haber embarcado a un tipo de esa calaña, y todavía más, contra mi opinión. Yo conozco a Julio Moreno mejor que él mismo; los golpes de la vida no le han endurecido el corazón; es bueno; está siempre dispuesto a ayudar a un amigo. Cuando dejó

los balleneros de San Carlos para embarcarse en los veleros de Hosschaler, el alemán de Puerto Montt, yo le dije: "Un día volverás a las ballenas". El se reía y decía que yo estaba loco. Ya lo ve usted ahora: convertido en el mejor cañonero de la compañía.

El Polo, fatigado de mantenerse en equilibrio, había apoyado las dos manos en la mesa y seguía atentamente las palabras de Brito, como si éste contara cosas muy nuevas para él.

—¿Te acuerdas, Polo —preguntó el piloto—, de la primera caza de Moreno?

—¡No me voy a acordar, don Ante!

Como el ingeniero parecía interesado, el chilote repitió la historia que le gustaba siempre evocar:

—Julio Moreno, un año después de recibirse de capitán, volvió a las ballenas, como simple piloto. Recibió lecciones de un cañonero noruego, y estuvo practicando un tiempo bajo sus órdenes. Cuando la compañía trajo los nuevos barcos, el "Piquero" y el "Alcatraz", le dieron el mando de éste, hace ya cinco años. ¿Te acuerdas, Polo?

—¡Ya lo creo, don Ante!

—Yo me vine como piloto con Julio desde el principio. El Polo también vino en ese primer viaje. No se puede usted imaginar, don Carlos, lo nervioso que yo estaba allá arriba, en la cofa. Tenía miedo de que llegara el momento de anunciar las ballenas. ¡No fuera a ser que Julio errara los tiros! El día estaba claro y tranquilo, pero yo me frotaba los ojos, porque creía que, de puro nervioso, no iba a poder divisar los espautos. Julio estaba fumando en el puente, como si tal cosa. Hacia las tres, pegué el grito: "¡Ballena a estribor!" Cuando miré a la cubierta, me di cuenta de que todos los muchachos estaban tan nerviosos como yo.

—Así fué —confirmó el Polo—; nos parecía que cada uno de nosotros era el arponero.

—Créame, don Carlos, que ha sido una de las veces en que he sentido mejor lo que es, en el momento de la caza, la tripulación de una nave ballenera: ¡un

solo corazón y un solo cuerpo, don Carlos! Usted ya lo ha visto...

El ingeniero asintió con la cabeza:

—Ese día, Julio Moreno era el único tranquilo de todos nosotros. Andando despacio, se fué por la pasarela hasta proa, sin quitarles el ojo a los espantos. Yo seguía más sus movimientos que los de las ballenas. Cuando estuvo junto al cañón, ajustó con calma las orejeras de su gorro. Ninguno de nosotros respiraba. Nos acercábamos a los animales: eran dos grandes cachalotes. Vi la proa del "Alcatraz" casi sobre ellos. ¡Y Moreno que no tiraba!... Tuve que morderme los labios para no gritarle: "¡Tira!" ¿Se imagina usted el efecto que habría hecho mi grito? Yo estaba loco; los segundos pasaban, y Moreno no disparaba.

—Todos estábamos sin resuello —dijo el cocinero, tragando saliva a la sola evocación.

—¡No disparaba nunca!... Las ballenas iban a sumergirse; el instante preciso iba a pasar... Y de pronto, ¡paf!: el chicotazo de la línea. Un solo grito se oyó a bordo. Los muchachos saltaban de gusto. El más grande de los dos cachalotes coleteaba con el arpón clavado en el lomo.

—¡Fué brutal! —exclamó el Polo, frotándose las manos.

—Con Moreno no hay ballena que se escape —terminó el piloto.

Desde la cocina llegó un estruendo de cacerolas acompañado de las interjecciones de José. El Polo corrió al lugar del desastre.

—¡Qué noche! —dijo el piloto, levantándose—. Bueno, ya le he dado bastante lata, don Carlos, y ahora me voy a ver a los muchachos y a dormir. Si sigue este viento y don Santiago se resuelve a meter el "Alcatraz" al dique, tendremos algunos días de descanso.

Empujó la puerta del comedor y salió a cubierta. El viento lo pegó contra el mamparo. El barco subía vertiginosamente en la cresta de las olas y se precipitaba después con una velocidad todavía mayor. El agua barria la cubierta, removiéndole sus colas sombrías.

Don Antenor Brito subió al puente. El Rucio había sido relevado por Baucho. Don Antenor cambió algunas palabras con él, verificó el rumbo, bajó rápidamente y se dirigió a popa. Allí, al abrigo de la claraboya de la sala de máquinas, estaba "Toribio", el gato de a bordo. El infeliz maullaba tristemente. Tenía los pelos pegados por el agua salada, y sin duda aquello le escocía la piel. El piloto lo cogió bajo el brazo y bajó con él a su cabina.

DON SANTIAGO Avendaño, gerente de Harrisson y Co., armadores del "Alcatraz", oyó, sin inmutarse, toda la historia de los acontecimientos deplorables que el capitán Julio Moreno le trazó sin economizar detalle: pérdida del cachalote, borrachera del contraamaestre Rubio, pérdida de la alfabara, sin olvidar las dificultades que surgían en la caza a causa de la vibración de la hélice.

Bernardino Rubio fué invitado, sin especiales muestras de cortesía, a entrar en la oficina del gerente. No había problema ni discusión posibles; su falta era grave, imperdonable. Bernardino Rubio desde ese instante dejaba de formar parte de la tripulación del "Alcatraz" y del personal de la firma Harrisson y Co.

El gerente se expresaba con una claridad tal, que Bernardino no tuvo ninguna dificultad en comprender que se le echaba a la calle.

—El sindicato se entenderá con usted —respondió de mal humor al gerente.

Pero cuando éste le puso en la mano los billetes correspondientes a su paga y a un mes de desahucio, Bernardino tuvo la revelación de los fastidios que le acarrearía el ir a explicar su caso a los compañeros, el discutir con ellos, el volver en su compañía a alegar con ese viejo déspota y marrullero de don Santiago. Cierto que el capitán Moreno, abusando de su fuerza,

había golpeado a Bernardino; cierto que se le privaba de trabajo; cierto que toda la tripulación del "Alcatraz" había organizado en contra suya una abominable intriga, acusándolo de borracho y afirmando que por su culpa se había perdido una ballena. ¡Calumnias! ¡Ridículas calumnias de ese farsante de Moreno!... ¡Se creía un macanudo porque había llegado a capitán! Bernardino habría podido llegar también si hubiera querido, pero él no era un patero y no se había arrastrado a los pies de los jefes por unos cuantos galones. Ahora el fanteoche aquel se permitía hacerlo despedir a él, al contraamaestre Bernardino Rubio. ¿Estaba bien!... El no reclamaba por esta monstruosa injusticia. ¿Para qué? ¿No está el mundo plagado de injusticias? ¿No son despóticos y brutales todos los hombres que ejercen la autoridad? Ciertamente es que Bernardino era arrojado a la miseria. ¿Pero no está el mundo lleno de miserables y de hambrientos? ¡Al diablo todo!... Lo mejor era perder de vista a ese sinvergüenza del gerente y no hacerse mala sangre con discusiones inútiles...

Y como por casualidad, casi vecino de Harrison y Co., se hallaba el bar "La Cruz del Sur", cuyo patrón era su amigo, Bernardino Rubio al abandonar la oficina de los armadores bajó resueltamente los seis peldaños que conducían a la sala de este acreditado establecimiento.

Los tripulantes del "Alcatraz" tomaron cada uno su camino: Don Antenor Brito se dirigió a su casita del cerro Artillería; Baucho y Martín, al cerro Mariposa. Al fin de la aventura, Martín resultaba beneficiario, pues el capitán en la misma oficina de don Santiago le había comunicado su ascenso a contraamaestre, en reemplazo de Rubio. Su júbilo era grande, pero no podía igualar al de José Cardoso, ayudante de cocina, que pasaba a la categoría de marinero. Cargado como una pila eléctrica, José comprendió que necesitaba desprenderse del exceso de entusiasmo producido por la feliz noticia y corrió tras Bernardino cuando éste salía de la oficina. Pero fué inútil que lo husmeara a dere-

cha e izquierda: el pájaro había volado. Sin imaginarse que se hallaba a pocos metros, en el confortable subterráneo del bar "La Cruz del Sur", José volvió en busca del Polo, murmurando: "¡Bueno la mala suerte! ¡Yo que había jurado pegarle dos patadas ahora mismo!"

Ni el capitán Moreno ni el piloto Brito pudieron convencer al gerente de que era necesario llevar el "Alcatraz" al dique.

—Este viento sur terminará mañana o pasado —dijo el viejo—. ¿Para qué vamos a perder tiempo? ¡Con usted, capitán, no hay ballena que se escape!... ¡Usted se ríe de las vibraciones de las hélices!... ¡Ah! Antes que se me olvide: en el próximo viaje llevará usted un pasajero, un periodista...

Consultó su block de notas:

—Se llamó Percy Roy. ¿Lo conoce usted, capitán? Le llaman el Gringo Roy...

—Me parece que he oído hablar de él.

—Es un hombre simpático; será un buen compañero de viaje, pero creo que le pone un poco...

—¡Diablo! Me libro de un curado y usted me echa otro encima. ¡No, pues, don Santiago, eso es abuso!...

—¡Bah! Seguramente se mareará apenas el "Alcatraz" salga del molo. No se preocupe usted de nada. Yo lo haré inscribir en el rol de la tripulación y usted lo encontrará cuando vaya a embarcarse.

—De modo que la hélice...

—¡Qué hélice ni qué pamplinas! Usted arponea a las ballenas como le da la gana, capitán. ¡Usted es el terror do mares!...

Cuando don Santiago Avendaño quería economizar dinero y ganar tiempo se mostraba de buen humor. Julio Moreno salió de la oficina acompañado de risas y bromas. El sistema no fallaba nunca a don Santiago.

El capitán saltó a un autobús en la misma calle Blanco. Eran las cuatro de la tarde de un día viernes y había mucha circulación. Los hombres iban de prisa; las mamparas de las oficinas comerciales giraban sin cesar; los automovilistas claxonaban con impaciencia. Se veían muy pocas mujeres en esa calle en cada

una de cuyas puertas una plancha de cobre o un letrero sobre el muro indicaba una compañía de navegación, de seguros, de exportación, o un banco, un bufete de abogado, de bolsista, cuando no la sede de una empresa industrial. Algunas puertas de los pisos bajos se abrían sobre sótanos en los que se hallaban instalados comercios marítimos, oficinas y bares. Esos edificios, levantados a comienzos del siglo, testimoniaban la influencia sajona que Valparaíso había recibido en la época de su mayor desarrollo. En la calle Blanco, como en Serrano, Prat, Lord Cochrane y otras del puerto, no escaseaban los rincones que sugerían alguna rápida imagen londinense. O de algún otro puerto nórdico. Nada espectacular, por cierto: apenas una impresión ligera, pero profunda, como la de un rostro que no evoca un parecido, sino más bien un aire de familia. Bastaba una puerta, la enseña de un comercio, el aspecto de una esquina para producir esa relación. La colonia británica, tan abundante en otro tiempo, había impreso su huella en las calles porteñas y en algunos cerros, como el Alegre y Playa Ancha. Huella un tanto desvanecida, de la cual en ciertos momentos, como, por ejemplo, en las horas vacías de los domingos de sol, se escapaban un vago perfume cosmopolita y una nostalgia injustificada por un pasado que no había tenido nada de extraordinario.

Pero en la tarde de un día viernes, la calle Blanco rechaza toda impresión de melancolía. El autobús del capitán Moreno volaba entre la agitación comercial de peatones y vehículos. Desembocó en la Avenida Brasil, cruzó la plaza de la Victoria y siguió en busca de la Estación del Barón y del camino a Viña del Mar. Así atravesaba todo Valparaíso, que, al pie de sus cerros, y sobre una estrecha cornisa, ofrece todos los aspectos de la vida urbana junto al mar, cada uno con su propio carácter y cada uno bien separado del vecino.

En el centro de la larga cornisa están la calle Condell, con sus tiendas de lujo; la plaza de la Victoria, con su aire señorial; la avenida Brasil con sus grandes compañías comerciales; la avenida Pedro Montt, con

teatros y cines. Los extremos, el Puerto y el Barón, son populares, pero no semejantes. Valparaíso no repite nunca sus motivos, y mucho menos en esos barrios donde se anima una vida espontánea y poderosa; vida de pueblo porteño, que no es ni alegre ni triste, pero que está siempre en acción, siempre alerta, como mirando al mar para no permitir que el barco favorable pase sin descargar su mercadería. Los almacenes del Puerto y del Barón son distintos: los pequeños restaurantes y las cocinerías también lo son; los bares de uno y otro barrio no tienen nada de parecido, como tampoco las calles, aunque algunas sean igualmente estrechas y suban a los cerros con la misma sinuosidad. Hay una diferencia de atmósfera y de tono humano tan patente entre los dos extremos populares de Valparaíso, que no se necesita ser demasiado sensible para percibirla. Esa diferencia prueba que, contrariamente a lo que muchos afirman, la pobreza no uniforma a las gentes ni a las cosas. El pobre tiene siempre carácter e imprime carácter a su medio. Es increíble, porque a primera vista parece que dispone de elementos muy reducidos; pero la verdad es que el pobre extrae su originalidad de su riqueza interior, constantemente nutrida por la naturaleza, y la proyecta en torno suyo. En cambio, la burguesía es monótona, y la riqueza, aun más.

El capitán Moreno dejó su autobús en la subida Barón y echó a andar cerro arriba. Su casa hacía esquina en la avenida, en la parte en que sólo hay edificios del lado del cerro, de modo que frente a ella se presentaba todo el puerto como desde un balcón gigantesco. De noche se dominaba desde allí un fantástico panorama de luces que la bruma del invierno hacía más fantástico. Hacia Recreo y Viña se perdían las vagas guirnaldas brillantes, mientras bajo la casa la ciudad desplegaba su tapiz de dibujos complicados. De las gasas fosforescentes de la bruma emergían las torres y las siluetas de algunos altos edificios. Desde la Estación del Barón subía el vapor blanco de las locomotoras atravesado por los destellos fugitivos de los fanales. La noche parecía hecha de cristales muy finos, cortados

en trocitos pequeños y dispuestos de manera caprichosa para que despidieran los mayores brillos posibles.

Julio Moreno había comprado aquella casa hacía diez años, cuando pensara casarse. Era entonces primer piloto y navegaba entre Valparaíso y Amberes. Se le reconocía ya como hombre serio, que no bromeaba con el trabajo. No había tenido que hacer grandes esfuerzos para conseguir que su cuenta en la Caja de Ahorros llegara a la bonita suma, en ese tiempo, de veintidós mil pesos, porque ni el alcohol ni el juego ni las mujeres le hacían perder la cabeza. Cuando se trataba de tomar unos tragos, acompañaba de buena gana a los compañeros, pero no seguía nunca la juer-ga. "Moreno sabe cortarla", decían en los puertos. Tampoco les hacía asco a las niñas de la vida, pero una vez, en tren de confidencias, dijo a un amigo: "A mí lo que me gusta es una amiguita agradable para conversar, para ir al teatro, al cine..."

Un día, en Valparaíso, apareció la chica soñada. Era simpática, inteligente, le gustaba conversar e ir al teatro, pero desde el primer momento se mostró resuelta a no acostarse con el joven capitán, que medía un metro ochenta de altura, era ancho de espaldas, estrecho de talle y tenía unos ojos negros que hasta entonces no habían conocido el fracaso. Tales prendas dejaban insensible a la muchacha, la cual cuando subía por Tubildá hacia su casa, moviendo las caderas, hacía que las miradas de las mujeres se empaparan de rencor y que las de los hombres se tornaran espesas, casi materiales, como para lamer su silueta fina.

Cada dos meses Julio Moreno pasaba uncs días con Patricia, la gloria de la subida Tubildá, y cada vez ponía en práctica un nuevo plan bien estudiado en la soledad de sus cuartos de guardia. Inútil: la virtud de la chica era más fuerte que todas las astucias del navegante. Pensó que habría también un plan organizado por parte de ella y que, mientras él se hallaba en viaje, Patricia se desquitaría de una castidad fingida. Dejó encargo de vigilarla a personas de mucha con-

fianza, pero los informes recogidos al regreso no dejaron la menor duda: Patricia era efectivamente virtuosa. "Virtuosa, inteligente, bonita... ¿Por qué no me caso con ella?", pensó Moreno. Claro que los ojos negros y aterciopelados de la muchacha eran muy vivos y que a veces se fijaban en ciertos hombres con una especie de impudor chocante; claro que aquel contoneo de caderas escandalizaba a unas y enardecía a otros. "Pero ésas —pensó el marino— son cosas de la juventud. Felizmente, la juventud de las mujeres dura poco."

Quería familiarizarse con esta idea, pero no terminaba de encontrarla bastante sólida. Sin embargo se decidió. ¡En fin, no era para seguir quebrándose la cabeza! Julio Moreno compró la casa en el cerro Barón y pidió la mano de Patricia a su padre, un caballero empleado en la Municipalidad, que lo recibió de chaquet y lo felicitó por su acertada elección. "Mi hija es una joya", aseguró el digno funcionario.

Julio sabía que aquel señor, vestido de negro, con cuello de pajarita y corbata de nudo hecho, no podía mentir. Sin embargo, intentó un último ataque a la virtud de la novia. Ella lo rechazó con mayor tranquilidad que otras veces y le dijo: "Si nos vamos a casar, ¿para qué hacer eso ahora? ¿Te cuesta mucho esperar un poco tiempo?" Lo que el marino había buscado era eso justamente: un rechazo; pero un rechazo menos frío, menos razonado. Tanta lógica y tanto raciocinio le dieron miedo y rompió su compromiso. El padre de Patricia fué diciendo por todas partes que Julio Moreno era un desvergonzado y que había tratado de seducir a su hija. Desgraciadamente, Moreno no se enteró de estas habladurías y se vió así privado del placer secreto que experimentan todos los hombres cuando se les acusa de comportamiento canalla con las mujeres. Como un Don Juan que se ignora, Moreno reanudó sus viajes en la línea Valparaíso-Amberes.

A pesar de que hacía carrera en esa compañía, no estaba contento. Había empezado su vida de marino en los balleneros de San Carlos y la había continuado

en los veleros de Hosschaler. Ahora sufría la nostalgia de las duras faenas y de las largas navegaciones de antaño, como si algo esencial le faltara en los *steamers* pequeños y elegantes, entre cuyos pasajeros él se sentía un pasajero más. Un día se había encontrado con don Antenor Brito en Valparaíso y éste le había dicho: "Tú volverás a los balleneros". El se había echado a reír. "No, tanto como eso no. Ya pasaron los tiempos de los grandes sacrificios." Pero la idea había quedado sembrada y fructificó cuando la firma Harrison y Co. le propuso darle el mando del "Alcatraz", que venía en viaje desde Noruega. La Compañía Ballenera del Norte, que había instalado su fábrica modernísima en la caleta del Cerezo, no alcanzaba, con sus cinco cazadores, a surtir suficientemente la planta beneficiadora. Harrison y Co. iba a cazar para ella con el "Piquero" y el "Alcatraz". Era una ocasión única para que Julio Moreno volviera a su antigua vida, "a la vida del verdadero marino", como él decía.

La planta del Cerezo era una maravilla técnica. En cuatro o cinco horas no quedaba el menor rastro de una alfabara de 120.000 kilos. Hasta la última astilla de hueso y la más insignificante partícula de grasa desaparecían en los retorcidos tubos de las calderas.

—¡Nada de olor, nada de putrefacciones! —decía el ingeniero jefe de la planta husmeando el aire como un perro de caza.

Moreno pensaba en los establecimientos balleneros de San Carlos, donde había trabajado cuando niño. A varios kilómetros el viento empujaba el olor nauseabundo. Allí se aprovechaba nada más que la grasa de los cetáceos. Se los despedazaba sobre plataformas ya cubiertas de una costra pestilente y bajo las cuales se podrían los despojos. Bastaba que una persona se acercara por allí durante algunos momentos para que sus ropas quedaran impregnadas de la insupportable fetidez. Había que estar muy acostumbrado o tener el estómago muy sólido para no vomitar en las proximidades de los grandes calderos donde hervía la grasa de ballena. Tal era el caso de Moreno. En rea-

lidad, desde el principio, había resistido perfectamente a esos olores que hacían palidecer a viejos lobos de mar. "He nacido para vivir entre ballenas", decía, riendo. Y recordaba un episodio de sus primeras navegaciones en los viejos barcos de San Carlos: cruzaban el golfo de Penas con un viento tan furioso que parecía querer arrancar la costra del planeta. Había sido necesario amarrar al timónel, y los hombres no se aventuraban sobre el puente sino con las más grandes precauciones. Las olas lo barrían todo. Dos marineros, tendidos en el suelo del comedor, se arrastraban de cuando en cuando hasta la puerta, la abrían y vomitaban contra el agua que les bañaba la cara. En el castillo de proa había otros mareados. El cocinero, un chilote capaz de reirse de las llamas del infierno, tuvo en ese momento la idea de abrir un barril de tocino en el comedor. Aquel tocino era cien veces más pestilente que la grasa podrida de las ballenas. Sin embargo, el cocinero afirmó que era de la mejor calidad y que, dejándolo algunos días al aire, tomaría un perfume delicioso. El capitán, que se hallaba en el comedor, y los dos marineros mareados, prorrumpieron en alaridos de protesta, en maldiciones y en injurias dirigidas contra el cocinero, para terminar suplicándole que arrojara esa pestilencia al mar. El cocinero, muy digno, declaró que no se podía perder un alimento tan precioso, que haría agua la boca a los *gourmets* más distinguidos. "Si es tan bueno —gimió el capitán—, cómaselo usted, maestro, y no nos infecte con esa porquería." Y agregó, poniendo sobre la mesa un billete de cincuenta pesos: "Esto es suyo si es capaz de comer un solo bocado". El cocinero se echó a reír, murmurando entre dientes frases desdeñosas para los "marinos delicados como niñas de convento". Se inclinó sobre el barril, cortó un trozo, lo levantó con aire de triunfo, pero cuando se lo acercaba a la boca arrojó el manjar al suelo, hizo una extraña cabriola y corrió hacia la puerta. A pesar de las olas que lo bañaban, estuvo allí unos cinco minutos echando el alma y lamentándose. El capitán, pataleando de la risa sobre su banquetta,

tendió la mano para tomar su billete, pero Julio Moreno, testigo de la escena, lo retuvo: "No se apure tanto, capitán; yo me comeré el tocinito". Y tan tranquilo, mordió un buen pedazo, lo saboreó y se lo tragó, como si hubiera sido la mejor presa del pavo de una boda. De sólo verlo comer, el capitán y los marineros se ponían verdes y lanzaban gemidos.

Moreno se guardó los cincuenta pesos.

Ahora recordaba el episodio al pensar en la planta beneficiadora del Cerezo. El progreso lo había transformado todo: el visitante de estómago más delicado podía recorrer la fábrica de la Compañía Ballenera del Norte sin exponerse a sufrir la menor molestia. Los intestinos, lo único que no se aprovechaba de los cetáceos, desaparecían, se volatilizaban. No había descomposición, suciedad ni mal olor. Todo estaba limpio e impecable en la fábrica de la caleta del Cerezo. La caza de la ballena también se había transformado. El marinero Martín podía contar sus aventuras en las inmediaciones de la isla Santa María, donde no hacía muchos años se practicaba la caza del cachalote con chalupas a remo y lanzando el arpón a mano. Ahora las grandes ballenas —la alfabara de veinticinco metros de largo, la poderosa ballena azul— se hallaban reducidas a la condición de animalillos inofensivos. De nada les servían sus gigantescas colas dotadas de una fuerza capaz de hacer zozobrar una embarcación de gran tamaño; de nada la potencia colosal de sus aletas, capaces de remolcar las 350 toneladas del "Alca-traz". La apocalíptica máquina de la naturaleza se detiene brutalmente al recibir la granada que el capitán dispara desde la proa de su buque, bien al abrigo de todo peligro. Sin embargo, a pesar de la seguridad y del confort que el progreso ha dado al oficio, el ballenero es de los pocos hombres que aun pueden gozar lo que queda en el mar de libertad y de aventura. Julio Moreno prefería esa vida caprichosa y sacrificada a la que se mide por los itinerarios fijos de los vapores. Mientras había navegado en ellos había tenido la impresión de que perdía poco a poco ese instinto que

permite al marino el echar mano de mil recursos y astucias en su lucha con el océano; le parecía que, lentamente, el mar se convertía en un desconocido para él. "Si sigo aquí —se decía—, terminaré por tenerle miedo."

Así, después de pensarlo bien, volvió a los balleneros. Cuando muchacho había hecho algunas experiencias de tiro, de modo que ya conocía lo que era un cañón arponero. Al empuñarlo nuevamente, se sintió dueño de sí, seguro del éxito. Puso tanto entusiasmo que, al cabo de unas cuantas lecciones, el capitán noruego, su maestro, lo declaró experto. Moreno practicó también el trabajo del piloto en la cofa, trabajo que tiene una influencia decisiva en el resultado de la caza, y al verse en el pequeño barco, barrido por las olas, en el puente no protegido del viento, sin itinerario fijo, siguiendo las rutas caprichosas de las ballenas, comprendió que nunca había tomado una decisión más de acuerdo con su personalidad. Ese era el oficio que le gustaba; así era como concebía la vida del marino.

Cuando don Antenor Brito aceptó embarcarse en el "Alcatraz" como piloto, bajo el mando de Julio Moreno, declaró: "Soy demasiado viejo para aguantar a los nuevos; yo no respeto más que la experiencia". Al regresar de la primera caza, aquel hombre justo dijo, mostrando a Moreno: "No sé cómo se las arregla este diablo, pero en lo tocante a experiencia, yo le saco el sombrero".

### I I I

EN EL MUELLE Prat, cerca del embarcadero y al borde mismo del agua, se levanta una pequeña construcción de madera que puede ser confundida con una garita de la Aduana. Es el "Bote Salvavidas".

El viajero sensible, que no se conforma con la apariencia de las cosas, sino que gusta aventurarse entre sus potencias secretas y nutrir las zonas nocturnas de su alma con los elementos amargos del tiempo, del mar y la separación, visitará siempre el "Bote Salvavidas" de Valparaíso como uno de los sitios mágicos del mundo en que se concentra la poesía de los puertos.

En un principio este local no fué sino el cuartel del "Cuerpo de Voluntarios del Bote Salvavidas". Cuando sopla el temporal; cuando las olas, como tiburones elásticos y transparentes, muestran sus largos colmillos de espuma, y los clavan en las bordas de las barcas pesqueras; cuando sus mandíbulas formidables cercenan las amarras de los navíos; cuando, a través de la obscuridad y de la confusión, los reflectores lanzan sus señales angustiosas, el "Bote Salvavidas" va al encuentro del desastre, tripulado por unos cuantos hombres resueltos a no tolerarle al mar sus malas jugadas.

Esos hombres salvan náufragos, restablecen espías, aferran cadenas y, después de horas de lucha y

de peligro, vuelven a su cuartel. Si la guardia los releva o el temporal amaina, cada cual va a sus ocupaciones habituales, uno tras la ventanilla de una oficina bancaria, el otro en un bufete de abogado, el otro en un almacén, el otro con el bisturí.

Apenas el barómetro da la alarma, se establece una guardia fija en el cuartel del "Bote Salvavidas". La guardia dispone de cabinas, con literas y ojos de buey como a bordo. Existe también una gran sala donde el directorio de la institución celebra sus sesiones y donde algunos miembros se reúnen a almorzar o a comer en la intimidad. Esa sala está adornada con trofeos de batallas contra la tempestad, con recuerdos del viejo Valparaíso y de amigos que han pasado en vapores modernos o en navíos que ahora se pudren en el rincón de un puerto lejano.

En un principio eso era todo; pero como los voluntarios y ciertos amigos se complacían en aquel sitio, nació la idea de crear un restaurante. Se instaló éste en una pequeña sala con galería de cristales sobre el mar. La clientela afluyó, atraída por lo pintoresco del sitio y por la excelencia de la cocina. A la entrada del comedor, el goloso empieza por recrear la vista en una completa exposición de pescados y mariscos. Se ven allí las gordas langostas de Juan Fernández; los choros de concha negra, que pueden meterse distraídamente en el bolsilo del chaleco en lugar del estuche de los anteojos; los erizos, que, si hablaran, podría cada uno de ellos representar una comedia de múltiples personajes, tantas son las lenguas que encierran en sus caparazones espinudos; los locos, cuyo discreto comtamiento basta para demostrar la inutilidad de la psiquiatría; el congrio, que es el único pez que une el gran tamaño al sabor exquisito, es decir, el pez más generoso; las corvinas, que parecen de plata pura, a tal punto que debieran guardarse en refrigeradores blindados. En fin, toda la fauna del mar chileno, la más sabrosa y variada del mundo.

Se entra desde el malecón —por una pequeña puerta rústica sobre la cual se lee en elegantes carac-

teres: "Cuerpo de Voluntarios Bote Salvavidas"— a un patiecillo donde hay un mástil y una especie de puente de mando con su bitácora de cobres bien bruñidos y su rueda de timón impecable. El edificio se compone de dos cuerpos separados: a babor el restaurante, a estribor el cuartel. Allí todo es tan limpio y tan exacto que podría decirse que, a pesar de algunas plantas y enredaderas de la entrada, el "Bote Salvavidas" es como el puente que un navío dejó olvidado sobre el malecón.

La sala del restaurante es pequeña, baja de techo y con una galería que avanza sobre el mar, de manera que los oídos de los comensales están siempre acariciados por el chapoteo de la resaca. En el molo perpendicular al muelle Prat fondean algunas naves nacionales. Ciertas popas quedan tan cerca de la galería, que por las noches, cuando el navío parte, el hombre sensible que bebe su café o su digestivo, después de una comida succulenta, tiene la impresión de que el comedor va a remolque. Se ha dado el caso que el hombre sensible se ha puesto de pie, emocionado, agitando su pañuelo para despedirse de Valparaíso, y que Valparaíso le ha enviado el reflejo de sus luces llorosas como en una verdadera partida.

En fin, los barcos están tan cerca de la galería que, mientras uno come, se divierte mirando la actividad que reina en las cubiertas: las plumas oscilan; las lenguas surgen de las entrañas del navío y van a depositar sobre el malecón (o viceversa) cajones, sacos, fardos, planchas de metal, maderas, máquinas y objetos raros que parecen absolutamente inútiles, pero que deben servir para algo, puesto que son enviados de un puerto a otro. Se ven las popas negras con los nombres de los navíos y los puertos de matrícula escritos en letras blancas o doradas, y los pasajeros que se embarcan, unos muy tranquilos, otros dando gritos para que les pasen sus maletas. Se ven los pañuelos que se agitan y se oyen ciertos ruidos apagados: el golpe de un cabo en el agua, el tintineo de un telégrafo de máquinas, una voz de mando y, de pronto, ahuyentando to-

do eso, la sirena, como diciendo malhumorada: "¡Basta de adioses y de preparativos! ¡Nos vamos!"

Del otro extremo de la galería se domina el muelle Prat y se divisan los malecones a los que atracan los vapores de Europa y de los Estados Unidos. Por entre cordajes y grúas se perfilan más lejos aún la chimenea de un barco de guerra o las vergas de un viejo velero.

Las líneas se entremezclan en la movilidad marina, el humo borra ciertos contornos, pero desde la galería del "Bote Salvavidas" pueden seleccionarse las imágenes esenciales de un gran puerto perfectamente equipado para todas las experiencias de la poesía aventurera, la cual, a pesar de apoyarse en las baladas nostálgicas de los navegantes y en el desgarramiento de los adioses, se confunde con la poesía comercial. Los conocimientos de embarque, las pólizas de seguro marítimo, los roles de tripulación tienen un poder evocador indiscutible. Son además documentos indispensables para que se produzcan la despedida amarga y el recuerdo imperecedero, para que el barco parta y el destino de los solitarios se cumpla.

En torno al "Bote Salvavidas" circulan el agente de aduana y el vagabundo de los muelles; el uno agitando sus papeles y el otro arrastrando los pies; circulan el *huachimán* que va a montar la guardia a bordo de los faluchos y el granuja que va a tenderse tras una ruma de mercaderías, con el vientre al sol, para descansar de las fatigas de la noche; circulan el marinero, el vaporino, el capitán mercante, el hombre de negocios, el oficial de la Armada que atraviesa entre grúas y máquinas sin que ni una partícula de carbón ni una gota de aceite se atrevan a mancharle el uniforme. Todos esos personajes van y vienen, unos de prisa, al encuentro de la fortuna o del deber; los otros lentamente, de regreso de todas las esperanzas y de todas las certidumbres. A cada uno, el puerto brinda una promesa: un cargamento que se venderá triplicando el valor de su costo; una cabina confortable desde la cual se verá el mundo; un rincón de cala en el cual se podrá ir al encuentro de una

miseria diferente; un puente de mando, pulido como un espejo, donde el hombre aprenderá a mirarse hasta lo más profundo de sí mismo; una taberna bien surtida; un amor, ligero como el olvido o pesado como la eterna felicidad.

El puerto cumple la promesa hecha a cada uno: se abre como el cofre de un pirata atiborrado de tesoros. No hay más que alargar la mano: para unos, la joya prodigiosa; para otros, la cuerda del ahorcado.

De noche el "Bote Salvavidas" es más que nunca uno de los raros sitios del mundo que el sibarita de los viajes y el vagabundo de los muelles marcan en sus mapas con una cruz azul. Las luces de sus pequeñas ventanas y de su galería vigilan —con esa indiferencia aparente que tienen las pupilas de los gatos— los mil gestos, reflejos, ruidos y roces furtivos que contiene el puerto nocturno. Esas luces, que el inexperto confundiría desde el mar con las de la estación o con los fanales de algún vapor atracado a la dársena, vienen a ser como los fuegos que los exploradores encienden junto a sus campamentos en el corazón de la jungla y en torno a los cuales merodean las bestias sigilosas. A su claridad se dibuja a veces una silueta vaga, una sombra rápida. ¿Quizá un vigilante, un granuja, un marinero retrasado, un tipo que registra la noche en busca de una miserable aventura o de un recuerdo amargo? No se sabe. La oscuridad escamotea instantáneamente la figura apenas esbozada y la hunde en esa atmósfera que el olor penetrante del mar nocturno hace densa y como pegajosa.

La persona que en el verano se asoma a las ventanas o a la galería del "Bote Salvavidas", o que en el invierno pega la nariz a los cristales, ve rielar en el agua negra las luces de las linternas marinas y de los reverberos del malecón; oye el chapoteo de la resaca, el golpe de un cabo que cae al mar, un silbido apagado, un ruido de pasos apenas perceptible, un grito breve que puede ser de un hombre o de un pájaro marino turbado en su sueño. Inútil es pretender

descifrar esos pequeños signos secretos. El observador de la ventana o de la galería debe conformarse —y ya tiene bastante— con tender la oreja a la voz que viene de lo profundo de la noche y que le habla de cosas errantes y sin esperanza, de todos esos dolores voluptuosos que crean la soledad humana y nos hacen comprender la dulce inutilidad de vivir.

Como quien dice a popa del “Bote Salvavidas” está la estación del puerto con su blanca torre. Tras ella, Valparaíso despliega el semicírculo de sus cerros en que millones de luces arden, como los cirios de un altar de Navidad, con la Cruz del Sur en lo alto.

\*  
\* \*

Cuando Julio Moreno llegó al “Bote Salvavidas” encontró tres personas en la pequeña pieza junto a la sala del restaurante en que acostumbraban a reunirse algunos íntimos. Estaban allí los capitanes Gustavson y Artigas, y el doctor Varela, todos del Cuerpo de Voluntarios. Gustavson era un finlandés enorme y exuberante que, después de navegar por todos los mares durante cuarenta años, había echado el ancla en Valparaíso, “puerto —según decía— con piel de culebra y sexo de mujer”. Su habitual gesticulación y parloteo contrastaban con la impasibilidad de Artigas, hombre enjuto, de ojos pequeños y bigotes de mandarín. El doctor Varela, que frisaba los treinta y ocho años, era un colorín grande, de buen humor, muy atildado en el vestir.

—¡Hola, Moreno! —gritó Gustavson, al ver aparecer al ballenero—. ¿Conoces el nuevo cuento? Una muchacha del campo, en la noche de bodas...

Hablaba el español con un acento espantoso. Artigas le interrumpió:

—¡Un momento! ¿Qué andan contando por ahí, Moreno? ¿Es cierto que te ha dado por pegarles a tus marineros?

—¿Pegarles a los marineros? No. ¿Por qué?

—El Sapo García va diciendo que les pegaste a dos hombres; que Bernardo Rubio está en el hospital...

Moreno se echó a reír.

—¿En el hospital? ¡Hombre! Si está en el hospital, debe ser a causa de la mona que se ha pegado con la paga. Lo que ocurrió es que llevó trago a bordo y se emborrachó. Por su causa perdimos una alfabara de veinte metros, por lo menos.

—¿Y le pegaste?

—Apenas un soplamocos.

Como los otros estaban interesados, Moreno tuvo que contar la historia con todos sus detalles. Cuando terminó, Gustavson prorrumpió en improperios, con una violencia tal, que parecía que el pequeño recinto iba a estallar.

—¡Hijo de una...! ¡Al marinero que se me emborracha yo lo cuelgo de una verga! ¡Por la grandísima! Cuando yo era capitán del "Islandia", me pasó la misma mano: un carajo me embarcó aguardiente. Le di una sola guantada y fué a quebrarse tres costillas contra un cabrestante. ¡Maldito cabrón!... Tú, Moreno, eres muy suave; pareces señorita y los gallos ya te están tomando el pelo.

—Rubio no tiene arreglo —dijo Artigas reposadamente—; es un borracho perdido.

—Me había prometido corregirse, y como lo conozco hace mucho tiempo, quise ayudarlo y creí...

La carcajada de Gustavson hizo temblar todo el establecimiento.

—Eso me recuerda —aulló— el cuento de la chiquilla que creía que los hombres...

Pero tampoco esta vez el capitán pudo contar su historia. Artigas volvió a interrumpirle:

—¿Cuándo sales, Moreno?

—Mañana, si el viento amaina.

—Mañana no habrá viento —dijo Gustavson, agachándose para mirar al cielo por la pequeña ventana.

El doctor Varela sirvió cuatro vasos de pisco sobre

la mesa colocada en el centro de la habitación. Los amigos se sentaron.

—En este viaje embarcaré un pasajero —dijo Moreno—. Es un señor Roy. El Gringo Roy creo que le llaman. ¿Lo conocen ustedes?

—Yo lo conozco —mugió el finlandés—. Suele venir por aquí. Es muy divertido: sabe una pila de historias.

—También yo lo conozco —dijo el doctor Varela—, y muy bien: estuve en el colegio con él.

—¿Qué clase de tipo es, doctor?

—Muy buena persona, buen amigo...

—He oído decir que su padre era muy rico, pero que él no tiene ni un cobre, apenas para tomarse algunos traguitos, porque le gusta empinar el codo. ¡Salud!

Gustavson rió de su reflexión y alzó el vaso. Los otros le imitaron.

—El padre de Percy Roy —explicó el médico— era un inglés que llegó a Chile muy joven, poco después de la Guerra del Pacífico. Logró reunir una gran fortuna. Percy nació en un palacete de Viña. El viejo Roy movía sumas fabulosas en la Bolsa y su nombre figuraba en el directorio de todas las compañías industriales más importantes del país. Cuando se casó la hermana mayor de Percy, los diarios publicaron páginas enteras para dar detalles de la lujosa ceremonia y del baile principesco que la siguió. Percy salió del colegio Mac Kay para Oxford, y volvió algunos años más tarde para asistir al matrimonio de su hermana menor, que no fué menos suntuoso que el otro. Mister Roy seguía manejando millones, y la gente aseguraba que él mismo ya no sabía cuál era su fortuna.

—Yo me acuerdo del viejo —apuntó el capitán Artigas—. Era un señor alto, seco, siempre vestido de chaquet gris.

Gustavson continuaba fijo en su primera idea:

—El muchacho es bueno para el trago.

—Lo era desde joven —continuó el médico—. Después de beber en todos los clubes y bares de Valparaíso

so y Viña, Percy volvió a Inglaterra. Oí decir que el viejo estaba desilusionado de su único hijo hombre: buen muchacho, pero inútil, habituado a la vida fácil, sin iniciativa ni ganas de trabajar. Las dos hijas se habían casado con hombres ricos, vinculados a los negocios y a la política, y ellas y sus maridos consideraban a Percy como un perdido.

Estas palabras escandalizaron a Gustavson.

—¡Hombre, qué barbaridad! ¡Qué gente más estúpida! ¡Perdido porque le gusta el trago! ¿Para qué vivir si no se puede tomar?

—Hace un momento —replicó Artigas—, querías colgar al contramaestre Rubio porque se emborrachó.

Gustavson prorrumpió en carcajadas, dándose golpes tremendos en su amplia barriga. Cuando se tranquilizó, los otros pidieron a Varela que siguiera su historia.

—En 1930 se vió aparecer otra vez a Percy por nuestros bares. Como ahora, entonces era simpático, pero más charlador, y, naturalmente, más generoso. Gastaba el dinero a manos llenas, jugaba fútbol y era regular boxeador. Ahora no tiene un centavo, y se ha puesto medio hurafío. En ese tiempo, las muchachas más bonitas y copetonas se peleaban al Gringo. Se hizo popular. Tan pronto estaba en un baile del gran mundo como en el ring, disputándose un campeonato de aficionados. Para todos fué el Gringo Roy, que se hacía querer, de unos por desprejuiciado y alegre, de otros por los millones del papá. Ya entonces iba como ahora, sin sombrero, pero mucho más elegante, siempre con trajes claros, corbatas llamativas y un diario en la mano. Ha conservado esa costumbre: cuando quiere explicar algo, saca un lapicito y hace dibujos en la margen del diario. Le gustaba, a veces, frente a un vaso, contar las aventuras que había corrido en Europa y Norteamérica. Había andado por las regiones más lejanas de los Estados Unidos, Canadá y Alaska. Tenía verba y humor. Algunas niñas lo comparaban al príncipe de Gales. Percy no dejó de aprovechar la aureola novelesca que lo envolvía.

—¡No era tonto el gallo! —anotó Gustavson.

—El 31 estalló la crisis económica. Una mañana sonó un disparo en el palacio de los Roy, en Viña. Encontraron al viejo envuelto en una bata de seda, bien afeitado, tendido en su cama, con una bala en la sien. Su mujer cayó enferma a causa de la impresión, y murió poco después, sin enterarse de su ruina. De la enorme fortuna del viejo sólo quedó el chalet de Playa Ancha, que las dos hermanas ricas dejaron a Percy, tal vez por lástima, o tal vez porque la propiedad no valía nada. Percy se fué a vivir al viejo chalet, que todavía habita. Aunque disminuyeron considerablemente las invitaciones para las fiestas del gran mundo, el Gringo continuó frecuentando los bares, los rings y los estadios, y todavía atrajo durante un poco tiempo la atención de las niñas. Ahora ya hace años que la gente copetona lo ha olvidado, y que las niñas no lo comparan al ex príncipe de Gales, del cual creo también que pocos se acuerdan.

—Ultimamente he visto que arbitra algunos matches —dijo el capitán Artigas, deportista entusiasta.

—Sí, el Gringo ya no boxea ni juega futbol, pero ha conservado cierta popularidad en los estadios. Ha escrito también algunas crónicas deportivas en "La Unión".

—Por aquí ha venido con una mujer medio rubia, de piernas macanudas. ¡Qué buena hembra!

Los ojos de Gustavson, perdidos entre los pelos de sus cejas espesas y de sus mejillas mal afeitadas, brillaban al evocar los encantos femeninos.

El doctor Varela, que conocía a fondo la crónica porteña, explicó:

—Es su mujer, Mónica Sanders. Fué una de las bellezas de Viña hace quince años, hija también de un padre millonario, que se arruinó y rehizo su fortuna varias veces, hasta que, al fin, murió sin dejar más que deudas. Mónica es muy inteligente, y desde joven tuvo fama de emancipada. Se corrieron muchas historias sobre ella, pero la pobre habría tenido que cam-

biar de amante cada semana para llegar a tener todos los qué se le atribuyen.

—¿Es bonita? —preguntó Artigas.

El vozarrón del capitán Gustavson alcanzó el tono más ensordecedor:

—¡Macanuda, hombre! ¡Brutal!

—Fué muy linda —continuó Varela reposadamente—, pero ahora debe andar por los cuarenta años, y está un poco marchita. Tiene el pelo castaño claro, los ojos grises, la tez mate, la boca grande. Es de mediana estatura, sólida. Buena hembra, como dice Gustavson.

—¿No ves, no ves? —gritó el viejo, triunfante—. ¿Qué decía yo? Hay tres cosas que nadie me gana a apreciar de un solo golpe de vista: los barcos, el trago y las mujeres.

El capitán Artigas se atusó el bigotillo chinesco, y comentó:

—Eres un verdadero carnet de identidad, doctor.

—En todo caso —dijo Julio Moreno—, cuando mi pasajero suba a bordo del "Alcatraz", estaré bien informado de su vida y milagros.

—¿Quieres más detalles, Julio? —preguntó el médico.

—Si tienes más...

—¡Cuenta, cuenta, matasanos! —pidió el finlandés, llenando nuevamente los vasos.

—Bueno. Mónica, en vez de casarse con alguno de los pijes que la cortejaba o con algún ricachón, como habría sido lógico, anduvo por ahí trastornando a jóvenes y viejos. Se contó que un teniente de navío, un tal Alvarez, se suicidó por ella. La muchacha se ganó un prestigio que no favorecía las pretensiones de la rica familia Sanders. En ese tiempo, las costumbres no eran tan libres como ahora. Hubo también un lío con un inglés, gerente de Banco. La mujer del inglés armó un escándalo a Mónica, en público, y la muchacha le dió un par de cachuchas delante de mucha gente, en un bar de Viña. A pesar de todo eso, como era bonita y con padre millonario, no faltaban los que querían casarse con ella. Al fin el viejo Sanders, aburrido de

tanto llo, la envió a Europa en compañía de una tía. Dicen que Mónica dejó a la señora en Suiza y se fué de juerga a París y a Londres. Volvió cuatro años más tarde, y se puso de novia con un abogado santiaguino. Parece que el hombre, cuando conoció mejor a su futura, le tuvo miedo. Una semana antes de la boda, tomó el avión para Nueva York, y estuvo ausente hasta que la gente se olvidó un poco del caso.

—¿Y después? —preguntó Moreno.

—Después el viejo Sanders murió y la familia quedó en la ruina. Mónica siguió dando qué hablar, pero mucho menos, porque ya era pobre y porque ya se había dicho de ella todo lo que se podía decir. Pasaron algunos años. Siempre encantadora y elegante, pero menos fresca y alegre, la heroína anduvo de un lado a otro, hasta que un buen día apareció casada con Percy Roy, su amigo de la infancia. Creo que fué en el 35...

—¿Y cómo es ahora? ¿Es fiel a su marido, o sigue corriendo juergas?

El médico se encogió de hombros.

—¡Oh! Ahora no se sabe... Mónica Sanders ha pasado de moda, y, aunque haga lo que hiciere, ya no interesa a nadie. Yo me imagino que debe llevarse bien con Roy.

—¡Qué pareja!

—Buena pareja —afirmó Varela—: dos que han conocido la vida.

—Roy es simpático —dijo Gustavson—; por aquí ha venido dos o tres veces. Un día le oí un cuento muy cómico.

Varela se dirigió a Moreno:

—Pues ya sabes quién es tu pasajero. No te aburrirás con él.

—Si no se marea...

—¡Bah, el Gringo es tipo navegado!...

## I V

A LA NOCHE siguiente, Julio Moreno se encontró con el doctor Varela en el restaurante "Peter-Peter", y, después de comida, ambos se encaminaron al muelle Prat. El médico quería saludar a Roy, a quien no había visto desde hacía mucho tiempo.

El viento sur había cesado, y una brisa apacible empujaba por el cielo de septiembre grandes jirones de nubes plateadas de luna. Los dos hombres echaron a andar hacia el puerto por la calle casi desierta. Pasaban los tranvías con un estruendo de vieja ferretería, sacudiendo a los escasos pasajeros como muñecos de cera en una vitrina iluminada; en la plaza Aníbal Pinto, un carabinero, inmóvil y cubierto por su poncho de Castilla, ofrecía el aspecto masivo de un monumento; en la esquina, un suplementero se esforzaba por agotar su provisión de revistas ilustradas; cerca de la subida Ecuador, desde un tercer piso ocupado por un círculo social, llegaban los acordes de una orquesta, y se veían las siluetas de los bailarines pasar por la claridad de las ventanas; un grupo de hombres y mujeres subía cantando hacia el cerro. La calle, abandonada de su animación diurna y curvándose suavemente, daba la impresión de que se acurrucaba en su modorra. El médico dijo:

—Cuando uno sale de este barrio, dan ganas de

apagar las luces como cuando se sale de una pieza en que ya no queda nadie.

Llegaron a la plaza Sotomayor, cruzada por automóviles y viajeros que salían de la Estación del Puerto; en la esquina de Blanco, dos muchachas les murmuraron una invitación al pasar. Bajo un farol, un hombre inmóvil, fumando una colilla, las contemplaba.

El restaurante de la estación estaba muy concurrido. Varela se detuvo ante uno de los ventanales y miró hacia adentro. Desde una mesa donde había cuatro personas, una mujer rubia, elegantemente vestida, le hizo señas con la mano.

—¿Quién es? —preguntó Moreno—. ¿Una nueva conquista?

Varela sonrió enigmático y satisfecho.

Al pasar frente a la garita del muelle, el carabiniere de guardia saludó a Moreno.

—¿Se va esta noche, capitán?

—Dentro de una hora.

—Buen viaje.

—Gracias. Buena guardia.

El agente de Harrisson y Co. vino al encuentro del marino. Le acompañaba un hombre de mediana estatura, de cara redonda, vestido con un impermeable gris. En una mano tenía un pequeño saco de viaje, y en la otra un diario. No llevaba sombrero, y sus escasos cabellos rubios formaban una especie de copete. Antes que el agente hiciera las presentaciones, el médico se adelantó:

—¡Hola, Percy!, ¿qué es de tu vida? Aquí tienes a tu capitán, Julio Moreno.

Percy Roy dejó en el suelo el saco y estrechó la mano de los dos hombres.

—Hace mucho tiempo que no te veía —agregó Varela—. ¿Qué haces?

El otro sonrió encogiéndose de hombros.

—Lo de siempre..., poca cosa... ¿Y tú? ¿Vienes también a cazar ballenas?

—¡Hombre, no! Nada más que a despedirlos a ustedes. Yo ando siempre merodeando por estos lados. Ya sabes que tengo la chifladura marina.

El grupo se acercó hacia el muelle, y Moreno gritó a un hombre que se hallaba en un bote atracado a la escala:

—¡Eh, Polo! ¿Embarcaste mi maleta?

—Sí, capitán.

—¿Y la mantequilla?

—Todo está listo, capitán.

—Bien. Espera.

Se volvió hacia Percy Roy.

—Iremos a tomar el trago del adiós —dijo—. Es tradición entre los balleneros.

Roy asintió y se puso en camino entre Moreno y Varela, hacia el "Bote Salvavidas".

En la pequeña sala de los íntimos había gran animación y mucho humo de tabaco. Se encontraban allí los capitanes balleneros Artigas, Robinson y Erikson, los dos primeros que se hacían a la mar esa misma noche, y el último, que se quedaba en el puerto por una avería de la máquina; el capitán Gustavson, que había traído su acordeón, y Luis Vidaurre, dueño de una ferretería de la calle Serrano y teniente del "Bote Salvavidas". Sobre la mesa se veía una botella de *acquavite*, rodeada de muchas otras de cerveza.

Moreno presentó a su pasajero, y Roy fué recibido cordialmente por la bulliciosa sociedad.

—¿Quién no conoce al capitán Gustavson? —dijo Roy al estrechar la mano del finlandés—. Es un auténtico porteño.

—¡Claro que lo soy! Apostemos que vivo en Valparaíso más tiempo que usted.

—¡Cuidado, capitán, no vaya a perder la apuesta! —replicó riendo Percy Roy—. Mire que yo he nacido aquí y que soy más viejo de lo que parezco.

—¿Así es que va usted a cazar la ballena? —intervino Artigas—. Pues tiene que empezar por esto.

Llenó un vaso de *acquavite* y uno de cerveza y los alargó al visitante.

—Primero el chico, de un solo golpe, y después un sorbo de cerveza.

—Sí, ya sé —contestó Roy, sonriendo—; lo he bebido en alguna parte.

El doctor Varela golpeó la espalda de Artigas.

—¡Inútil la advertencia, capitán! El Gringo Roy ha hecho escala en todos los puertos del mundo, y su lema es: "En cada puerto una mona". ¿No es cierto, Gringo?

Todos empezaron a hablar a la vez. El único que se limitaba a hacer gestos expresivos era el noruego Erikson, que, llegado recientemente de su patria, no sabía en español sino dos o tres improperios.

—Un poco de música, Gustavson —pidió Robinson.

Sin hacerse suplicar, el viejo empezó a manipular su acordeón. Sus manos enormes tiraban del fuelle como de la braza de gavia. Tocó así un aire popular finlandés.

—¡Canta ahora, Gustavson!

—¡No, no, que no cante! Tiene una voz insoportable.

—Un coro, entonces.

—Bueno, un coro.

*¡Ay, Aurora, me has echado al abandono,  
yo que tanto y tanto te quería!...*

El coro iba mal: Vidaurre desafinaba como de costumbre; Robinson no sabía la letra; Varela se retrasaba, prolongando exageradamente la última palabra de cada verso, y Gustavson vociferaba. El único que tenía buena voz y sabía cantar era Artigas, pero resultaba imposible oírlo en medio del caos lírico. Sin embargo, llegaron al fin de la canción y resolvieron repetir. La segunda vez Percy Roy se unió a ellos.

—¿Le interesa a usted, señor Roy, la caza de la ballena? —preguntó Robinson, sirviendo nuevos vasos, cuando cesó la batahola.

—¡Oh! —repuso el Gringo—, le confieso que no

me interesa demasiado. Me gustaría ir a cazarlas si las ballenas también estuvieran armadas y pudieran arponear a los cazadores.

—¡Hombre —exclamó Artigas—, qué buenas intenciones tiene usted para nosotros!

—No, no es que les desee mal a ustedes; es que soy uno de esos que no sienten entusiasmo por matar a quien no puede defenderse.

—¿No es usted cazador ni siquiera de conejos?

—Los cazadores de conejos debieran ser procesados como asesinos.

—Pero los conejos hacen mucho mal a los sembrados, devastan los campos —intervino Vidaurre.

El Gringo Roy repuso dulcemente:

—Yo recorrí los campos de Francia y de Bélgica después de la guerra del 14, y me convencí de que el animal que hace más estragos es el hombre.

—Y a un animal feroz como el tigre, por ejemplo, ¿lo cazaría usted? Los ingleses son entusiastas de ese deporte.

—Yo oí decir en Inglaterra: “Si el *gentleman* caza al tigre, es deporte; si el tigre caza al *gentleman*, es ferocidad”.

La frase, muy celebrada por todos, produjo a Gustavson tal crisis de hilaridad, que tuvo que tomarse cuatro vasos de *acquavite* y cuatro de cerveza seguidos para recuperar la respiración.

Las ballenas se defienden a su manera —dijo Moreno—: se escabullen. Ya lo verá usted.

Artigas apoyó:

—Y antes, cuando se cazaban con arpón de mano y en botes a remo, mataron a muchos balleneros.

Roy cedió ante tantos contradictores.

—Sí, pero ahora... En fin, “La Unión” me ha pedido un reportaje sobre la caza, y no tengo más que ir.

—¿Trabajas ahora en “La Unión”? —preguntó Varela.

—Te diré... —repuso el Gringo, riendo—, tanto como trabajar, yo no trabajo en ninguna parte. Algunos canchitos por aquí y por allá... Trato de no adquirir

la mala costumbre del trabajo, y creo que felizmente he llegado a la edad en que se está a salvo de contraer nuevos vicios.

Vidaurre, que era hombre de principios y aficionado a discutir, no desperdició la ocasión. Con cierto énfasis dijo:

—¿Usted cree que el trabajo es un vicio, señor Roy? El trabajo exagerado e inútil puede serlo, pero el normal...

Percy Roy miró dulcemente a su interlocutor, y lo encontró animado de los más nobles sentimientos. A pesar del tedio que le producían las discusiones, no juzgó decente ceder el terreno al primer ataque, y repuso con el tono menos combativo que pudo:

—Yo no le puedo decir a usted nada sobre ese punto. Yo no sé cuál es la diferencia entre el trabajo exagerado y el normal. Yo no he trabajado nunca, y no entiendo de eso.

Vidaurre, que hubiera querido responder con una frase irónica, no pudo contenerse:

—Hasta ahora no había oído a nadie vanagloriarse de ser un inútil...

—Yo no me vanaglorio de nada —repuso Roy, acentuando su dulzura—; me limito a reconocer que soy un inútil, como usted, con toda justicia, me califica. Lo único que puedo decir en mi justificación es que los inútiles no son solamente los ociosos; hay también trabajadores inútiles. Y éstos son los más peligrosos.

El tono conciliador de Roy no lograba desarrugar el entrecejo de Vidaurre. En aquella frente se leía la responsabilidad del ciudadano consciente de sus deberes. Como para terminar, repuso con tono seco:

—Todo hombre que trabaja es útil; todo hombre que trabaja produce riqueza.

Los demás seguían la discusión con un interés divertido. Hasta Gustavson había dejado de vociferar y miraba a Vidaurre y a Roy con sus ojillos maliciosos, perdidos en una maraña de pelos.

“Debo decirle que tiene razón”, pensó el Gringo, pero casi a pesar suyo repuso con voz apacible:

—No lo crea usted: hay trabajadores que son perfectamente inútiles y hasta nocivos. Piense usted, por ejemplo, en lo que ganaría el mundo si muchos militares y muchos políticos, en vez de ser tan activos como son, se cruzaran de brazos. Y en cuanto a eso de crear riqueza, ahí está, justamente, el resultado más nefasto del trabajo. La riqueza de un hombre proviene de la explotación de otro; la riqueza de un país provoca la codicia o la rivalidad de otro país. Por eso se producen las guerras, las revoluciones... Vea usted la historia: los pueblos trabajan, progresan, se enriquecen, y... revientan. Y no hablemos de la avaricia. ¿Ha conocido usted a un rico generoso? Eso no existe más que en las novelas para señoritas. Muchas veces, cuando yo he visto un avaro, antipático y repugnante, he pensado que si no hubiera trabajado, si no hubiera ganado millones, sería tal vez un tipo encantador y un buen amigo.

—Pero la sociedad progresa con el trabajo...

—Es posible, pero a mí la sociedad no me interesa.

Un poco herido, Vidaurre contestó:

—A usted le gusta hacer frases; yo hablo de buena fe.

Moreno intervino alzando su vaso y diciendo:

—De manera que usted debe tener una triste idea de nosotros los balleneros, que trabajamos tanto y tan duramente.

—No, capitán. Ustedes no son trabajadores: la caza no es un trabajo, sino un deporte.

—¡Si piensa usted que arponear y remolcar cuatro o seis ballenas con mar gruesa es un deporte!...

—Claro que lo es. Piense usted que los millonarios norteamericanos vienen a Tocopilla a pescar la albacora, y echan el alma arriando lienza.

—Yo he visto uno de esos ricachones —dijo Gustavo—. Llegó a Tocopilla en un *yacht* aparejado en *pailebot* y con Diesel. Toda la maniobra de las velas se hacía eléctricamente.

—Era un buque como un *frigidaire* —confirmó Robinson.

—En todo caso, el “Alcatraz” no es así —dijo Moreno, dirigiéndose a Roy—; no tiene nada de *frigidaire*. Ya lo verá usted.

Vidaurre vió una ocasión favorable para tomar una pequeña venganza.

—Lo verá, si no se marea... —comentó con ironía.

—Trataré de no marearme...

—¿Tiene usted idea de cómo rola un ballenero?

—Me lo figuro.

Moreno consultó su reloj y se puso en pie.

—Bueno, éste es el último trago. Tenemos que ir a bordo.

El grupo salió al pasadizo descubierta que conducía a la calle. Los últimos comensales habían abandonado el restaurante, y los mozos apagaban las luces. Gustavson y Vidaurre se despidieron allí. Los demás siguieron al muelle.

La lancha del “Alcatraz” se hallaba a pocos metros de la escala, junto a otras dos que esperaban a Artigas y a Robinson. Al ver a sus capitanes, los marineros atracaron con suaves golpes de remo.

—¡A bordo! ¡Buenas noches!

Los hombres se estrecharon las manos.

—Buenas noches. ¡Buen viaje!

—A tu regreso telefonéame, para ver si nos juntamos —dijo el doctor Varela a Roy.

—Muy bien.

—Adiós, adiós.

Moreno y Roy saltaron al bote, que los dos remeros, Cardoso y Baucho, impulsaron inmediatamente. Al mismo tiempo partían los capitanes Artigas y Robinson.

Desde lo alto del malecón llegó la voz de Varela:

—¡Eh, Gringooó! Tráeme un bisteque de ballena.

—¡Te voy a traer una ballena entera!

—¿Ha comido usted carne de ballena? —preguntó

Moreno a su huésped.

—Nunca.

—Tiene el mismo gusto que la de buey.

Las nubes corrían y ocultaban la luna por momentos, pero, demasiado ligeras, en vez de obscurecer la noche, la hacían más brillante, sirviendo de reflectores plateados y de pantallas que aislaban manojos de estrellas. Impulsadas por la brisa fresca, batiendo apenas sus alas de formas caprichosas, corrían como para medir la profundidad del cielo. Mientras más se apartaba el bote de la ribera, más las luces de Valparaíso se empinaban en los cerros, hasta ir a confundirse con las constelaciones. Antes de que la embarcación abandonara el abrigo del molo, el cuadro feérico daba ya la impresión de la alta mar, de la redondez de la tierra y del infinito. Valparaíso aparecía ligado a todos los puertos del mundo por un lazo sideral de estrellas y fanales. Era un eslabón del collar de fuegos que rodea el planeta.

El bote del "Alcatraz" pasó cerca de algunos vapores de la carrera en cuyas cubiertas iluminadas no se veía alma viviente, junto a goletas y remolcadores que parecían dormir con un sueño de seres vivos. Los reflejos verdes y rojos de los fanales temblaban apenas en el agua negra o plateada.

Percy Roy había divisado los buques balleneros desde tierra, y, distraídamente. Cuando el bote atracó al "Alcatraz", se quedó sorprendido de la pequeñez de éste. Era un barco del tamaño de un remolcador y apenas si su parte maestra emergía un poco más de un metro. Al ponerse de pie, Roy pudo, desde el bote, contemplar todo el puente. Menos mal que el arrufo bien marcado y la elevada proa lo tranquilizaron. Debía ser aquél un barco bravo para el mar. ¡Un verdadero corcho sobre las olas! Y bailarín como un corcho... El mareo que le anunciara Vidaurre era seguro. ¡Ese Vidaurre!... ¡Maldita sea su estampa!...

A la luz de un reflector vió a un hombre que le tendía la mano. Sin esfuerzo saltó sobre la amura y luego a cubierta. Moreno, que lo había seguido, hizo las presentaciones:

—Don Antenor Brito, piloto del "Alcatraz"; el señor Roy...

Los dos hombres se estrecharon la mano, y Brito tomó la pequeña maleta del visitante.

—Por aquí.

Subió la escalerilla del puente y abrió la puerta de un camarote.

—Está usted en su casa...

Roy examinó el pequeño recinto: a la izquierda, junto a la puerta, una mesa con cartas de navegación; un escritorio al frente y la radio; pegada contra el tercer mamparo, una litera, y entre ésta y la puerta, un diván estrecho.

El piloto colocó la maleta de Roy sobre el escritorio y salió en el momento en que el capitán entraba.

—Tendrá usted que perdonar la poca comodidad, pero, en fin, no estaremos muy mal.

—¿Este es su camarote, capitán?

—Sí. A bordo de un ballenero no hay que regodearse.

—Pero yo lo voy a molestar.

—No se preocupé usted —repuso Moreno con tono alegre.

Metió su sombrero en uno de los cajones de un mueble y se puso una gorra de marino que estaba sobre el escritorio.

—Si quiere usted acostarse, ésa es su cama —agregó mostrando la litera.

—¿Y usted?

—Yo, ahí en el sofá.

Percy Roy protestó vivamente:

—¡No, no! Yo no he venido aquí a molestar a usted, capitán, ni a que me regaloneen. Yo dormiré en el sofá.

Pero Roy tuvo que ceder. En la cortesía de Moreno había un cierto tono autoritario que no facilitaba las discusiones.

—¿Salimos luego? Me gustaría ver la partida —dijo Roy.

—Venga usted.

Sobre el comedor y la cocina se hallaba el camarote del capitán. El puente de mando estaba formado

por el techo del camarote. Los dos hombres subieron allí por una escalerilla de hierro.

Encontraron a Baucho en el timón y al piloto Brito a su lado. Apenas Moreno esbozó un gesto, don Antenor gritó hacia proa:

—¡Vira el ancla!

Casi al mismo instante, se oyeron el jadeo del cabrestante y los golpes desacompañados de los anillos de la cadena al pasar por el escobén. Al cabo de unos minutos, el piloto accionó el telégrafo de la máquina y los timbres sonaron por dos veces. Julio Moreno, con las manos en los bolsillos de su casaca, se acercó a la baranda mirando hacia popa.

—Siga no más, don Antenor —murmuró.

El piloto examinó rápidamente el compás. Su voz clara se hizo oír:

—Estribor 15.

—Estribor 15 —repitió Baucho.

El "Alcatraz" empezó a deslizarse silenciosamente en el mar tranquilo.

Moreno, que no parecía prestar ninguna atención a la maniobra, se dirigió a Roy:

—Saldremos a unas cuarenta o cincuenta millas afuera. Hasta hace tres años cazábamos las ballenas aquí mismo, a la salida del puerto, pero ahora ya se han puesto salvajes, y hay que ir a buscarlas lejos.

—Al medio —dijo el piloto.

—Al medio...

—Norte 16 al Weste.

—Norte 16 al Weste.

—Así...

Las voces de Brito y de Baucho se alternaban con un tono igualmente seguro.

Valparaíso se alejaba a popa como un pájaro luminoso y furtivo. Roy percibía ya, entre el puerto y el barco, la inmensidad creada por el solo hecho de partir. Bastaba un viaje como aquél, de tres o cuatro días, para que el rutinario personaje urbano cortara todos los lazos que lo unían a su ciudad, para que las gentes y las calles que acababa de dejar fueran a

mezclarse a imágenes casi borradas por las lluvias de inviernos muy viejos. La estela no se había desvanecido aún entre la popa del "Alcatraz" y su fondeadero, pero, sin embargo, ella se extendía en la inmensidad de la noche negra y en la profundidad de los años; ella atravesaba una cortina de bruma tras la cual todas las cosas en que había ardido el fuego de la pasión y del dolor aparecían sin fechas, apenas con nombres, amontonadas de cualquier manera en las ruinas de la vida. Bastaba unas cuantas millas y unas cuantas horas para que el rostro del tiempo se materializara y para que los dedos del hombre pudieran palpar, como los de un ciego, los rasgos inmutables, dulcemente severos de ese rostro con una caricia que también pudiera ser un gesto para aferrarse a algo. Ahí estaban la mirada fría y la suave sonrisa del tiempo, dirigidas, por encima del instante irreal, a un punto donde el ayer, el hoy y el mañana tenían la misma calidad de sueño. Y así como el soñar nos revela, a veces, la esencia de personas y cosas que nos son habituales, pero que la vigilia nos disfraza, así el viaje pone al descubierto, quebrando lo cotidiano, el eterno abandono y la soledad permanente que forman la única realidad de la vida y que ligan los días y los años, desde el principio hasta el fin, con su broche misterioso. Viaje breve aquél, pero, ¿empezado desde cuándo y para terminarse cuándo? Valparaíso había sido una escala como tantas otras y quizá volviera a ser una nueva escala. El viento del mar venía desde el fondo de la noche, soplando sus rebaños de puertos, brumosos unos, alegres otros, todos cargados de esos amores y de esas exaltaciones que no se pueden gozar plenamente hasta que no se pierden sin remedio y hasta que no empezamos a olvidarlos para recuperar, entonces, nuestra libertad y para nutrir con nuevos delirios y con nuevos tormentos el corazón insaciable. Juego pueril y amargo como la vida. Siempre es demasiado tarde cuando nos percatamos de que, mecidos en el flujo del deseo y en el reflujó del has-

tío, olvidamos desembarazarnos de la libertad antes de que se transformara en soledad irremediable. Entonces...

—¡Aguanta la caída!

La voz del piloto se elevó en la sombra.

—Así, la proa —dijo Baucho.

—Así va bien.

—Así va bien...

—¿Quiere usted tomar un café? —preguntó el capitán a Roy.

—No, gracias.

—Bajemos de todas maneras, para que conozca el comedor.

Descendieron rápidamente las dos escalerillas hasta la cubierta. Moreno, que iba adelante, observó:

—Se ve que tiene usted costumbre.

—¡Bah!, he navegado un poco.

Al lado de la escala se abría la puerta del comedor. Carlos Mujica, primer ingeniero, bebía café y charlaba con el Polo. El capitán hizo las presentaciones y Percy estrechó las manos de los dos hombres. El cocinero parecía más alegre que nunca, con sus pequeños ojos iluminados de malicia, como esperando una interrogación.

—¿Sabe?— exclamó por fin, al ver que Moreno no parecía dispuesto a hacer caso de él—. ¡Salí con mi gusto! El fregado Bernardino me las pagó anoche. Lo encontré en "El Pato Loco" y le di un par de patadas.

—¿Le pegaste?

—¡Bah!... —y el cocinero se pavoneaba con aire de inocencia—. ¡Poca cosa, capitán, poca cosa!... Nada más que dos patadas en el culo. Le advierto que él no estaba borracho. ¡Eso no! Yo no soy hombre para pegarle a un curado. Pudo defenderse, pero en vez de hacerme frente, se escondió detrás de una gorda, con la que estaba bailando. ¡Era para la risa! Me costó pescarlo, pero le di su merecido. El muy sinvergüenza me había robado ciento cincuenta pesos.

—Bernardino —explicó Julio Moreno a Percy— es el contraamaestre que se emborrachó y nos hizo perder una ballena. Este tenía una cuenta con él.

—¡Ya está arreglada la cuentecita! —dijo riendo el Polo—. Bernardino salió arrancando del "Pato". Como a las dos de la mañana, cuando yo iba por la calle Clave, lo encontré otra vez. Ya estaba borracho y andaba con unos picantes como él. Apenas me vió, apretó a correr y los otros gallos ni chistaron cuando pasé junto a ellos. Todos son unos curados, ladrones y cobardes.

—Bueno —replicó el capitán—, lo mejor es que si te vuelves a encontrar con ese tipo lo dejes tranquilo.

Y agregó, dirigiéndose a Roy:

—Bernardino Rubio era buen marino. Yo lo conocí hace años; navegó conmigo. Después se mezcló con mala gente que lo echó a perder. Yo creí que podía enderezarlo y lo traje a bordo, pero la experiencia fué desastrosa.

El ingeniero bebía su café en silencio, con su cara triste inclinada sobre la taza. El Polo se volvió a su cocina, muy satisfecho del efecto causado.

—A la hora que usted quiera servirse cualquier cosa, señor Roy, no tiene más que pedírsela al cocinero. A bordo comemos con buen apetito —y el capitán sonrió—. Lo único que no tenemos es trago. No hay más que agua mineral, jugo de huesillos y naranjada.

El Gringo Roy hizo un gesto de cómica resignación.

—Está bien. No le diré, capitán, que soy miembro destacado de la Liga Contra el Alcohólisto, pero puedo privarme... Por lo menos, durante algunos días.

—Entonces, no hay dificultad. ¿Nos vamos a dormir?

Dieron las buenas noches al ingeniero y al Polo, que sacó la cabeza por la puerta de la cocina, y salieron a la toldilla. El "Alcatraz" navegaba por un mar tan tranquilo que ni una gota de agua saltaba a cubierta. Sobre las lumbreras de la cámara de máquinas

se paseaba "Toribio", estirando las patas traseras penosamente.

—¿Qué tiene el gato? —preguntó el Gringo, acercándose.

—El pobre recibe algunos chapuzones. Cuando se seca, la sal debe escocerle, y por eso hace esos movimientos tan raros. Hay que decirle al Polo que le dé un buen baño de agua dulce.

—¡Pobre viejo! —dijo el Gringo, acariciando al animal, que levantó la cabeza, lo miró con sus grandes ojos fosforescentes y empezó a restregarse contra su manga.

—¿Le gustan a usted los gatos?

—Los gatos, los perros, los burros, los elefantes y hasta creo que las ballenas, capitán.

Moreno se echó a reír.

—Y eso, ¿por qué? ¿Por reacción contra la gente? He oído decir: "más conozco a los hombres, más amo a los perros".

Tomando a "Toribio" en los brazos, Roy contestó:

—Tal vez haya algo de eso. La humanidad no me entusiasma mucho. Ahora está de moda sostener que el hombre es fundamentalmente bueno, que son las condiciones sociales las que lo pervierten, pero como yo no estoy a la moda, creo que el hombre es cruel, egoísta y estúpido.

—No debe usted vivir muy satisfecho con esas ideas...

Percy Roy pasaba la mano sobre el lomo de "Toribio", y el animal, flaco y con el pelaje endurecido por la sal seca, le lamía la mejilla.

—¡Bah! —y el Gringo se encogió de hombros—. ¡Satisfecho!... No, naturalmente; pero tampoco soy desgraciado. Creo que ya no hay nada que pueda amargarme... ¿La humanidad es idiota? ¡Tanto peor para la humanidad!...

—Usted considera que no forma parte de ella...

—Quizás no... ¿Cómo se llama el gatito?

—"Toribio".

—Yo debo formar parte de la familia de “Toribio”.

—Bueno. Vámonos a dormir.

Percy colocó delicadamente a “Toribio” sobre la lumbreira de la sala de máquinas.

—Mañana me ocuparé de ti, mi viejo. Te sacaré la sal y te daré un buen desayuno.

El gato se quedó mirando al Gringo fijamente.

—Reconoce a la familia —dijo el capitán riendo.

Subieron a la primera plataforma, y Moreno entró delante en la cabina. Puso la gorra sobre el escritorio y encendió la luz.

—Por favor, capitán, déjeme dormir en el sofá...

—A bordo no se discute —contestó Moreno con voz alegre—. Usted es mi invitado y quiero que disfrute de todas las comodidades del “Alcatraz”, que no son muchas. Acuéstese usted en la litera y duerma bien. Buenas noches. Yo voy a trabajar un poco.

Encendió una pequeña bombilla sobre la mesa de las cartas marinas y se sentó, lápiz en mano. Percy se desvistió, se hizo una *toilette* rápida y apenas puso la cabeza en la almohada se quedó dormido.

## V

Cuando Percy Roy se despertó, se halló solo en la cabina llena de sol. El reloj marcaba las seis y media. Sin afeitarse, se lavó y se vistió con un *pull-over* y un viejo pantalón. Lo hizo todo muy de prisa, temeroso de no estar presente en el momento en que se arponeara la primera ballena. El fuerte balance del navío contrariaba sus movimientos.

El brillo de la mañana lo hizo detenerse un instante en la puerta. Había esperado ver tierra, pero el cielo, de un azul muy pálido, cerraba el círculo del horizonte. El navío surcaba a gran velocidad un mar de olas largas y de profundos senos sin espuma. El balance era muy marcado, pero rítmico. Percy iba a subir al puente, cuando la voz de Polo lo llamó desde la puerta del comedor:

—El desayuno está servido, señor.

—No quiero perder la primera ballena.

—Venga no más. Todavía no se ve ninguna.

Bajó, pero a mitad de la escala tuvo que esperar que el agua que barría la cubierta se retirara para saltar hasta la puerta del comedor. La amura del "Alcatraz", muy alta hacia proa, desaparecía en la parte maestra, protegida sólo por una barandilla. A cada bandazo del navío el agua se precipitaba en remolinos de espuma y corría después hacia popa, pronto absorbida por los imbornales.

—Buenos días, señor —dijo el Polo, aplaudiendo el salto de Roy—. ¿Un poco de jamón?

—Buenos días. No, gracias, me basta con una taza de café y pan.

—¿No se siente mareado?

—Hasta ahora, no.

Entró el nuevo ayudante de cocina, Alamiro Ubi-lla, que substituía a José Cardoso, elevado al rango de marinero. Era un muchacho de unos dieciocho años, grande, sólido, muy moreno, con el pelo cortado en forma de escobilla.

—Este se ha mareado un poco —informó el Polo—. Y eso que ya es navegado.

—¡Bah, no es nada! —replicó el muchachote—. Yo he estado en las goletas langosteras un poco tiempo. Las goletas se menean de otra laya.

Percy bebió su taza de café rápidamente y cuando iba a dejar el comedor, se presentó Moreno.

—¡Hola!, ¿ha dormido usted bien?

—Buenos días, capitán. He dormido como un elefante.

—¿Por qué como un elefante?

—No sé..., quizá porque todo debe ser pesado en un animal tan grande, hasta el sueño.

—¿Mareado?

—No, nada.

El capitán Moreno había cambiado su gorra blanca por un gorro de lana con orejeras. Vestía un pantalón de diablo fuerte y un grueso *pull-over* de cuello alto; calzaba botas sólidas que le defendían toda la pierna.

—Vaya usted a la cabina y póngase unas botas que le he dejado allí. Si no, no va a poder estar sobre cubierta. Más tarde el mar pegará con mayor fuerza.

Percy obedeció, y cuando estuvo calzado con las botas de grueso cuero, que le subían casi hasta las rodillas, miró compasivamente sus zapatos terrestres, tan ridículos en aquel barco barrido por las olas.

Cuando subió al puente encontró a José Cardoso

en el timón. El antiguo ayudante de cocina había timoneado ya muchas veces, aun durante la persecución misma de la ballena, pero la satisfacción actual de su rostro decía bien claro que una cosa es timonear como ayudante de cocina y otra como marinero. Junto a él, don Antenor Brito liaba un cigarrillo. Roy contempló al "Alcatraz" de proa a popa por primera vez. Le pareció un famoso navío.

Le llamó la atención el cañón arponero, instalado sobre el entrave del alto castillo de proa. Una estrecha pasarela unía el puente con el castillo, de modo que el capitán podía movilizarse rápidamente de un punto a otro sin necesidad de bajar a cubierta. Dos mástiles tenía el "Alcatraz": el trinquete sólido, que llevaba una cofa casi en su extremo y sostenía gruesas poleas; el otro, a popa, no parecía servir sino para la radio.

El piloto Brito observaba al Gringo Roy, y bastó una mirada interrogadora de éste para que el lobo de mar se lanzara en explicaciones.

—Como usted ve, el gran mástil sostiene todo el aparejo de caza. Allá arriba está la cofa, o, como la llamamos nosotros, tina. Ese es mi puesto. Yo señalo la presencia de la ballena y dirijo la maniobra para que el buque se aproxime a ella. Mi trabajo es muy importante —añadió con satisfacción—. Cualquiera capitán le dirá a usted que gran parte del éxito de la caza depende del piloto que está en la tina, porque él sirve como de lazo entre el capitán que está en el cañón y el timonel. En realidad, es el piloto el que coloca el buque en posición adecuada para que el capitán tire. Claro que si el cañonero no tiene buen ojo y no es rápido, la posición del buque no sirve para nada, por muy favorable que sea. Durante la caza, la tripulación de un ballenero forma un solo cuerpo y es el piloto el que dirige sus movimientos.

—¿Y esas poleas?

—Las de arriba se llaman catalinas; las de abajo, patecas. Los cabos que pasan por ellas se llaman

líneas. Hay una línea a babor y otra a estribor. La parte más delgada de la línea, que va amarrada al arpón, se llama ceba. Cuando se dispara el arpón, todo ese aparejo funciona y mueve un sistema de amortiguadores que sirven de freno. De otro modo el buque perdería su estabilidad.

—¡Diablo, todo eso es más complicado de lo que yo había creído!

—No, es pura cuestión de costumbre.

—El capitán me ha dicho que usted es un veterano de la caza.

La redonda cara del piloto se llenó de satisfacción.

—¡Bah, yo empecé muy cabro! He hecho toda mi vida en los balleneros.

—¿Es un buen oficio?

—Sí, es un trabajo que lo agarra a uno. La paga no es mala. Además del sueldo tenemos un porcentaje sobre las ballenas que cazamos. Se come muy bien y se está a bordo con comodidad. Además, como se vuelve a puerto todas las semanas, uno puede ver a la familia. Eso cuenta sobre todo cuando uno ya se va poniendo viejo.

—Los capitanes, ¿son buena gente?

—Sí, todos son tipos serios y justos. Yo he trabajado durante muchos años con capitanes noruegos. Usted sabe que son los mejores arponeros del mundo.

—Sí. Y el capitán Moreno, ¿qué tal es?

El orgullo dió cierta rigidez a la respuesta del piloto:

—Es el mejor de la flota. Ya lo verá usted en el cañón. No hay ballena que se le escape. Nosotros estamos acostumbrados a trabajar con él y sabemos cómo tenemos que acercarnos al animal para que el tiro no falle. Yo conozco al capitán Moreno desde mucho antes de que fuera cañonero, cuando era simple grumete. ¡Qué tipo!... Serio y leal como pocos.

—Pero a veces las cosas no van muy bien a bordo. He oído esa historia del contramaestre Rubio...

—¡Bah!... Leseras... Rubio es un perdido, un

borrachín. Lo que ha ocurrido con él es una rareza entre nosotros. No pasan nunca cosas así. Los balleneros nos conocemos todos y los capitanes saben escoger a los nuevos. Ya ve usted éste —agregó Brito, dando un manotazo sobre el hombro de Cardoso—. Este es un buen cabro. Hace ya dos años que anda con nosotros y ahora empieza su carrera de verdadero marino. Lo hemos aconsejado mucho: hay que trabajar duro y, sobre todo, no meterse con esos aniñados que creen que todo se arregla a punta de trago. Ya le he dicho a usted: la tripulación de un ballenero forma un solo cuerpo, y cuando se tiene la suerte de que la cabeza sea un Julio Moreno, el cuerpo anda siempre bien... Con su permiso: me voy a mi puesto.

Bajó a cubierta, anduvo revisando cabos y cadenas, y luego, con una agilidad increíble en su grueso cuerpo de cincuenta y cinco años, subió al mástil y se metió en la tina.

—¿Tiene buena vista? —preguntó el Gringo a Cardoso.

—Don Ante ve bajo el alquitrán —replicó el muchachote.

El capitán subió al puente.

—No se ven ballenas —dijo—. Antes las cazábamos en abundancia por estos lados; ahora se van haciendo escasas.

—¿Llegará un día en que faltarán completamente?

—Sin duda. Será necesario ir las a buscar a otros parajes.

—Ustedes terminarán por extinguirlas...

—No crea usted. Vendrá un momento tal vez en que se harán tan escasas, que ya no será negocio el cazarlas. Las compañías dejarán de funcionar y las ballenas volverán a reproducirse. Entonces los balleneros se harán a la mar otra vez.

—Y si se produce el paro, ¿qué harán ustedes?

—¡Bah! El mar es grande. ¿Por qué habrá de faltarnos trabajo?

Moreno, que fumaba una corta pipa, parecía no preocuparse de la maniobra, pero sus ojos, negros y vivos, vigilaban el horizonte con rápidas miradas.

Así pasaron dos horas. Percy estaba impaciente. A cada instante le parecía oír en la cofa el grito anunciador de la presa. Sentía al capitán como a un boxeador que iba a poner a prueba su *punch* delante de un público severo. Lo veía tranquilo, indiferente, pero imaginaba que, en su interior, aquel hombre debía calcular sus posibilidades. Le parecía además que las miradas que el timonel dirigía de cuando en cuando a su capitán sondeaban también el estado de éste, con la atención con que el *second* sondea a su pupilo en el *ring*.

—¡Ballena a estribor!

Roy se volvió nerviosamente. Un oscuro instinto se había despertado en él y todo su ser entró en tensión. El brazo del capitán se tendió señalando un punto del océano en el cual Roy no vio nada más que olas azules.

—¡Toda fuerza! —gritó Moreno por el tubo acústico, al mismo tiempo que accionaba el telégrafo de la máquina. La caña giró entre las manos del timonel, y el "Alcatraz" se sacudió como un caballo fustigado.

—Allá... ¿Ve usted el espauto?

Roy siguió con la vista la dirección que Moreno indicaba, pero no vio nada.

—Allá... Siga mi dedo... Hay dos ballenas.

¡Ah!... ¿Cómo no había visto antes? Sobre el azul se destacaban claramente dos surtidores blancos que desaparecían por momentos.

—¡Sí —gritó Roy—. ¡Ahí están las ballenas!

Toda su sangre latió de prisa; todo su ser se tendió hacia la presa con la avidez del cazador. José, el timonel, tenía los ojos fijos en los espautos y hacía pasar cuidadosamente entre sus manos las empuñaduras de la caña. Martín, el contramaestre, corría hacia el cañón. Baucho y otros marineros se ocupaban de la línea, y hasta Polo y su ayudante, Alamiro Ubi-

lla, habían dejado su cocina y curioseaban en cubierta. En un segundo el "Alcatraz" se había animado con una especie de alegre violencia. Roy se sentía arrastrado por ella, mezclado a la acción de esos hombres rápidos y alertos. "En el momento de la caza — había dicho el piloto—, toda la tripulación no forma más que un solo cuerpo." El gringo Roy lo comprendía ahora y se sentía parte de ese cuerpo.

En la agitación general, sólo Moreno parecía indiferente. Sacudió su pipa, golpeándola contra la barandilla. El tabaco encendido fué arrastrado por el viento. El capitán guardó la pipa en el bolsillo, bajó las orejeras de su gorro y abrió la puerta que conducía a la pasarela. Lentamente echó a andar hacia proa, seguido de Roy.

El "Alcatraz" cortaba el agua a gran velocidad. Ya se distinguían perfectamente los lomos de los cetáceos, que nadaban uno junto al otro.

—Espermas —dijo Moreno, volviéndose hacia el Gringo.

Este no respondió. ¿Fallaría el golpe el arpone-ro? Nada, fuera de esta interrogación, existía en él. Una alegría brutal le animaba, mezclada a la angustia de que la presa pudiera escapar. ¡Como si él mismo tuviera que lanzar el arpón!...

El grito del piloto bajó desde la cofa:

—¡Media fuerza!

Sonó de nuevo el *standby* y el "Alcatraz" disminuyó su andar. Percy Roy se sintió defraudado. ¿Por qué se disminuía la velocidad cuando los animales estaban aún tan lejos? Seguramente se escaparían...

Pero los balleneros tenían razón: con sorpresa Roy vió que el "Alcatraz", a pesar de su marcha reducida, en un instante se halló a pocas brazas de los dos cachalotes, que nadaban tranquilamente. El capitán había ya empuñado el cañón, y, con las piernas abiertas, había tomado una postura sólida. De pronto alzó un brazo y la voz de Brito volvió a oírse:

—¡Menos fuerza!

Cardoso repitió la orden por el tubo acústico. Las olas, a las cuales la débil marcha del "Alcatraz" no oponía ya resistencia, se deslizaban sin ruido. Un gran silencio se extendió sobre el mar, un silencio majestuoso y terso en el cual sólo vibraba, con una claridad alucinante, el ruido acompasado que hacían los dos cetáceos al cortar el agua. Ese ruido llenaba la inmensidad brillante y dura del día, se le metía a Roy hasta el fondo del alma y lo ahogaba de angustia.

—*Stop!*

El "Alcatraz" siguió avanzando con su solo impulso. Los lomos enormes y relucientes de los cetáceos emergían chorreando agua. De pronto dos colas gigantescas se levantaron en una sacudida violenta al mismo tiempo que una detonación formidable aturdió a Roy. Se llevó las manos a las orejas, y, pasada la impresión, buscó con la vista la ballena arponeada. Pero sólo pudo ver dos remolinos sobre los cuales la proa del "Alcatraz" avanzaba lentamente.

—¡Maldita sea!

Todo el mundo echaba pestes y maldiciones. El tiro había fallado y los marineros se afanaban para recuperar la línea y el arpón. A pesar del zumbido de sus oídos, Roy oyó que Moreno le decía:

—Hay frotación en la hélice y las ballenas se asustan.

Roy se apretaba los tímpanos para desembarazarse del insoportable zumbido. El capitán seguía escrutando el mar, pero no se veían nuevos espantos por ninguna parte. Al cabo de unos diez minutos de observación, Moreno, seguido del Gringo, volvió al puente.

—¡Lástima de haber errado el golpe!

—Es la maldita vibración de la hélice. Las ballenas no nos dejan tiempo de acercarnos con la máquina parada.

Toda la mañana transcurrió en una inútil vigilancia. En el círculo del horizonte no se pudo descubrir ninguna nueva presa. Baucho subió a la tina para relevar a Brito, y éste, el capitán y Roy bajaron a almorzar.

Comieron con excelente apetito. Los marinos no parecían decepcionados e hicieron bromas, comentando el fracaso del tiro y la porfía del armador que se negaba a enviar el "Alcatraz" al dique para corregir la vibración de la hélice.

Moreno y Brito bebieron su café de prisa y se marcharon. Percy Roy permaneció en el comedor, revolviendo su cuchara en la taza. Se había sentado en un rincón, y, poco acostumbrado a dejar la cama temprano, el balance del navío lo amodorraba. Se acomodó bien en la banqueta, calzó su espalda en los ángulos de las paredes y poco a poco los ruidos se fueron confundiendo. De súbito, se despertó sobresaltado: el mismo silencio que había precedido al primer tiro se extendía en torno suyo. Saltó de su asiento y cuando ganaba la puerta del comedor una detonación sacudió al navío. Salió precipitadamente y al pisar la cubierta vió pasar una inmensa mancha de sangre que se extendía en el agua. Se apoyó contra la pared y cerró los ojos. Hasta entonces lo había animado la furia de la caza. Ahora la muerte estaba junto a él, y, a través de sus párpados cerrados, esa enorme mancha de sangre se le echaba sobre el alma y le hacía desfallecer. El silencio oprimía el mar y el navío con una solemnidad angustiosa, en la cual flotaba el aniquilamiento de esa vida terrible que él viera momentos antes agitándose entre las olas. Como presa de un vértigo, Roy continuó apoyado contra la pared.

La voz del Polo le hizo abrir los ojos. El cocinero reía, mostrando sus dientes separados, y pronunciaba palabras que Roy no comprendió. El "Alcatraz", con sus máquinas paradas, se había atravesado en el oleaje y se balanceaba lenta y profundamente.

El Gringo avanzó hacia la proa. A pocos metros del navío un cachalote, con un arpón clavado en el nacimiento de la cabeza, se debatía, azotaba el agua con la cola y hacía saltar un torbellino de espuma sanguinolenta. Martín gritaba órdenes y los marineros tiraban de la línea.

—Es un esperma —explicó el contramaestre, volviéndose hacia Roy.

Las convulsiones del animal cesaban poco a poco y al fin los marineros atracaron el enorme cuerpo al costado del barco. Rápidamente clavaron junto al arpón una lanza a la cual iba unida una manguera, y un aparato funcionó dejando oír un silbido agudo.

—Es para inflarla —dijo el contramaestre—, para que no se hunda.

Mientras el aire comprimido entraba en el cetáceo, éste tuvo aún algunas convulsiones. Martín se inclinó sobre la amura sosteniendo un asta revestida en su extremo inferior de una punta metálica y que llevaba en lo alto una bandera negra y roja. Con movimiento seguro la clavó en el dorso de la ballena. Luego amarró una linterna bajo la bandera y en la parte inferior un cabo a cuyo extremo iba atada una cruz de madera. Arrojó la cruz al agua, mientras Baucho retiraba el arpón. Una orden vino del puente:

—Avante.

El "Alcatraz" se puso en movimiento, y la ballena, con su mástil bamboleante y su bandera tendida por la brisa, fué quedando a popa hasta perderse en la lejanía.

Percy subió al puente y encontró allí al capitán que fumaba su pipa. Un marinero gordo, vestido con una camiseta roja y cubierto con una vieja gorra, había substituído a Cardoso.

—¿Qué le ha parecido nuestra primera caza? —preguntó Moreno al Gringo.

—Bien.

—Es un cachalote pequeño —agregó el capitán—. Ojalá encontremos alfabaras. Eso le interesará. Es una ballena mucho más grande y que resiste más. Cuando la granada no le toca un punto vital, se pone a nadar a toda velocidad, y a veces va tan de prisa que aventaja casi al barco y saca fuera toda la línea.

Pero aquel día no encontraron alfabaras ni ninguna otra clase de cetáceos. Hasta que cayó la rápida

noche de septiembre, el capitán permaneció en el puente, y el piloto en la cofa, vigilando con atención. Cuando la obscuridad hizo imposible descubrir los espautos, se abandonó la caza, y el "Alcatraz" siguió navegando a media fuerza hacia el North-West.

Percy acompañó al capitán a la cabina. Moreno hizo funcionar la radio y estuvo largo rato en comunicación con la base del Cerezo. Después se inclinó sobre las cartas de navegación y consultó sus tablas. El Gringo quiso dejarlo trabajar en paz y se marchó al comedor. Allí encontró al piloto Brito y al ingeniero Mujica, que devoraban ya la abundante ración de porotos servidos por el Polo. Al cabo de un momento apareció el capitán. A pesar del poco éxito de la jornada, el buen humor no había abandonado a los marinos.

—Me comuniqué por radio con el gerente y me ha preguntado cómo va usted —dijo Moreno al Gringo—. Quería saber si usted se había mareado.

—Usted es uno de los pocos visitantes que se han portado bien —afirmó el piloto—. Felicitaciones.

Roy estaba satisfecho. El marearse lo habría humillado. Los marinos parecían contentos de tener con ellos un hombre que, lejos de darles preocupaciones, se había familiarizado tan pronto con la vida de a bordo. Hablaban con vivacidad, contando sus propias aventuras y las de otros.

—El verano pasado —dijo el capitán— tuvimos la visita de dos funcionarios del Gobierno y de sus esposas. Los pobres anduvieron con muy mala suerte: había mucha niebla y el mar estaba agitado. A pesar de eso cuando salimos del puerto parecían muy contentos. Pero, apenas el barco comenzó a rolar, se sintieron mal. Estaban todos en el puente y uno de los hombres fué el primero que cayó. Lo bajamos al camarote y lo acostamos en mi cama. Al poco rato el otro empezó a vomitar y se puso tan enfermo que se tendió en el suelo y se negó a moverse. Las mujeres fueron las que resistieron más. Se mostraron valientes y trataron de aguantar hasta lo último. Al fin hu-

bo que bajarlas también al camarote y acostarlas. Y viendo que los cuatro sufrían tanto tuvimos que regresar al puerto y desembarcarlos. Juraron que no volverían a poner los pies en un barco, a menos que no fuera de veinte mil toneladas.

—¡Bah —dijo el ingeniero—, también hay quienes se marean en esos grandes vapores! No es cuestión de tamaño...

—Lo peor —explicó Brito— es que al fin les dió miedo.

—Sí. A cada ola creían que el "Alcatraz" se iba a dar vuelta. Fué inútil que les explicáramos que un ballenero es más seguro que un acorazado.

—Nadie es amo de su miedo —anotó filosóficamente Mujica.

—Así es. ¿Quién no ha tenido miedo alguna vez en su vida?

—Yo no me acuerdo de haber tenido nunca miedo —dijo el piloto—. Ni cuando chiquillo. No es por dárme las de valiente, pero es así.

—Yo he navegado bastante —dijo Roy— y no me he mareado nunca. Pero eso depende...

—Si no se marea usted ahora, ya no se mareará en su vida...

En realidad, el "Alcatraz" rolaba rudamente en ese momento. Había que sostener platos y tazas, y las olas asaltaban el puente con tanta fuerza que hubo que cerrar la puerta para evitar que el agua entrara en el comedor.

—También tuvimos la visita de dos cinematografistas —contó el capitán—. Un señor de edad y un muchacho. Se marearon de una manera terrible y apenas salimos del puerto una ola bañó al joven de pies a cabeza. Tuvimos que prestarle ropa. Pero éstos eran gallos de estacas. A pesar del mareo hicieron su trabajo. El muchacho subió hasta la tina y tomó la película. Al fin se acostumbraron al balance, se les pasó el mareo y estuvieron muy contentos.

El piloto reía a grandes carcajadas. Luego contó una aventura de su juventud.

—Cuando yo era cabro, estuve navegando en la goleta de un italiano medio pirata, medio contrabandista y una fiera para el trago. Salía del puerto con cualquier tiempo y pasaba la vida echando maldiciones. Todavía me acuerdo de algunas de sus órdenes. “Orza! Sotto la barra! —gritaba—. Orzare a filo!” Una vez, con mar gruesa, encontramos frente a Corral un yate que había perdido el timón. Los dos hombres que lo tripulaban estaban muertos de miedo. Mi capitán los hizo embarcar en la goleta y tomó el yate a remolque. La idea de que la gente de tierra considerara el mar como una diversión y creyera que podía navegar en barcos de lujo lo ponía furioso. “*Lione en terra, ratone en la mare*”, vociferaba.

Después de charlar un rato todavía, el piloto y el primer ingeniero se marcharon. El capitán y Roy se quedaron saboreando el café.

—¿Es usted soltero, capitán?

—Sí. ¿Y usted?

—Yo soy casado. Soy de esos que se han casado ya viejos y maniáticos, y que, en cierto modo, a pesar de vivir con una mujer, siguen siendo solterones.

—A mí me gustaría casarme —dijo el capitán con aire soñador—. Es aburrido llegar a puerto y no encontrar más que compañías de ocasión. Uno no puede vivir siempre en la inestabilidad. En cierta época de la vida se siente la necesidad del hogar, de la mujer, de los hijos. ¿Cuántos tiene usted?

—¿Qué? —preguntó el Gringo, sobresaltado.

—Hijos, ¿cuántos tiene?

—¡Ninguno, a Dios gracias!

—¿No le gustan a usted los niños?

Roy estiró los labios con un gesto de desdén.

—Yo he hecho muchas tonterías en mi vida, capitán, pero he hecho algo que está bien: no tener hijos.

—¿Por qué?

—Porque el ser humano me parece, en general, una porquería, y ¿para qué echar más porquería al mundo?

Se puso a reír y bebió las últimas gotas de su café.

—Tengo una casa vieja y simpática en Playa Ancha, capitán. Usted vendrá a visitarme. Comeremos juntos.

—De acuerdo. Ahora vámonos a dormir.

El Gringo se puso de pie y con aire inocente preguntó:

—¿Es cierto que no hay una gota de alcohol a bordo?

—No —contestó Moreno, poniéndose la gorra galoneada que había sustituido al gorro de la cacería—. A bordo de los balleneros el trago está prohibido. Ya el Polo le contó la aventura de Bernardino.

—¡Hombre! —exclamó el Gringo, riendo—. Si hubiera sabido habría hecho este viaje cuando él estaba a bordo. Seguramente me habría convidado algunos tragos de aguardiente.

## V I

AL DIA SIGUIENTE el "Alcatraz", a unas setenta millas al North-West de Valparaíso, embestia una mar gruesa, bajo el cielo encapotado. La proa levantaba torbellinos de espuma y las olas barrían la cubierta y reventaban contra los mamparos del comedor y las claraboyas de la sala de máquinas, cuidadosamente cerradas.

Saliendo de la cabina, Percy Roy tuvo que aferrarse al pasamano para resistir al balance, y como sintiera que el viento frío traspasaba su chaqueta de lana, volvió a recoger el impermeable.

Después de desayunar subió al puente. Allí estaba el capitán Moreno, fumando su pipa y echando sobre el mar gris miradas en apariencia distraídas.

—Buen viento, ¿eh?

—Bueno para correr a la vela.

—¿Ha navegado usted a la vela, capitán?

—Sí, durante varios años.

—¿Le gusta?

—Naturalmente. Para conocer bien el mar, hay que haber sido velero. ¿Sabe usted que ya hemos visto algunas ballenas?

—¿Hace rato?

—No. Andamos cerca de un cardumen de alfabaras.

—¡Ballena a popa!

—¡Orza a estribor!

Los dos gritos se sucedieron casi simultáneamente

y la rueda giró entre las manos de Cardoso. El "Alcatraz" empezó a virar con rapidez. Al recibir el golpe del oleaje por barlovento, los bandazos fueron tales, que Percy, bien aferrado a la barandilla, apenas lograba mantenerse en su sitio. A través del chisperío de agua que el viento le arrojaba a la cara vió a Moreno que corría por la pasarela.

—¡Toda fuerza!

Favorecida por el viento, la nave se lanzó a una velocidad de doce nudos, dejando a popa un remolino profundo. Otra vez ansioso, Percy Roy clavaba la vista en los espantos que había descubierto a lo lejos. Eran dos, más potentes que los vistos la víspera.

—Alfobaras —dijo Cardoso, respondiendo a una mirada del Gringo.

Moreno se erguía ya junto al cañón; Martín, Baulcho y otros marineros se activaban en el aparejo de la línea; el arrugado ceño del timonel decía toda su reconcentrada atención; el Polo y su ayudante corrían entre la cocina y la proa para no dejar que se quemaran los porotos ni perder tampoco el momento decisivo de la caza. Toda la tripulación del "Alcatraz" vibraba con la misma inquietud y la misma voluntad.

—¡Media fuerza!

"Están demasiado lejos —pensó Roy—; debíamos seguir a toda máquina. Se van a escapar." Salió a la pasarela y marchó hacia proa, con la vista clavada en los dos lomos relucientes y enormes, ahora muy cercanos. Le parecía que cada movimiento de las ballenas iba a terminar con el coletazo que anunciaba la zambullida. ¡Qué angustia! El, que no era jugador, tenía la impresión de haber apostado su vida entre las manos del capitán. ¿Iría a fallar el tiro? "Demasiado lejos", murmuró al oír la orden que venía de proa:

—*Stop!*

El "Alcatraz" dejó de oponer resistencia al oleaje y, junto con cesar el rumor de la máquina, cesó también el fragor del agua, que ya no iba a reventar contra la amura, sino que jugaba sin ruido con el ágil navio. Seguía éste avanzando con su impulso y apro-

ximándose a los dos cetáceos como una bestia sigilosa y traicionera.

Se había hecho de nuevo el grande y terrible silencio en medio del cual subían, nítidos y como irreales, el ruido rítmico que hacían las ballenas al cortar el agua y el silbido de los espautos. Bajo su angustia, Roy pensó confusamente en un ruido de pasos que anunciara la presencia de la muerte. La tripulación inmóvil, el mundo entero en suspenso, esperaban la aparición de la muerte. La silueta del capitán se perfilaba sobre el entrave contra el gris del cielo. Roy, que no quería apartar los ojos de la presa, le dió una rápida mirada y recibió un choque como a la vista de un desconocido en quien se adivina una amenaza inexorable.

Un segundo antes Percy Roy había creído que las ballenas estaban demasiado lejos para haber parado la máquina. De pronto las vió casi tocando la roda. Percibió distintamente los movimientos de las aletas, la forma de las enormes cabezas que cortaban el oleaje, el batir de las colas, los surtidores de los espautos, el agua que subía bañando los lomos y se escurría después. Los contornos de esás masas oscuras parecían pesar sobre el mundo. "Una de ellas va a morir." Lo pensó confusamente: todo su ser estaba colmado por la angustia de la muerte, por el horror de aniquilar esa vida inmensa, esa fuerza terrible que emergía del fondo del mar y que parecía confundida con la fuerza misma del mar. Los dos cuerpos se ofrecían a la muerte, ciegos en su inocente potencia, indefensos en su colosal majestad.

El estampido del cañón sacudió el aire y un gran látigo zigzagueó sobre una alta columna de espuma. En el centro de ella emergió un inmenso cono, rematado por la cola, maravillosamente dibujada, que azotó el vacío y después el agua. Luego, muchos metros más allá, en el extremo de algo cuya enormidad no tenía ninguna relación con un ser vivo, se levantó una masa casi cúbica en la cual Roy, horrorizado, creyó descubrir un ojo pequeño, brillante en la luz del día.

Todo aquello había durado quizá pocos segundos. La masa inmensa se mantuvo perpendicularmente fuera del agua y cayó en un torbellino de sangre y de espuma. El silencio se había roto de una manera brutal. Por sobre gritos, estrépito de cadenas y de máquinas Roy percibió el chasquido de las olas azotadas por las convulsiones de la ballena.

El Gringo, incapaz de otro gesto que el de aferrarse a una driza, trataba de no perder un detalle. De pronto vió que la línea se ponía tensa entre el navío y su víctima y que el animal se alejaba nadando a gran velocidad, con un surtidor de sangre como un penacho plantado sobre su enorme cabeza.

—¡Toda fuerza!

Le parecía a Roy que la voz de Moreno sonaba muy lejos. El capitán seguía junto al cañón, en compañía de dos marineros. El "Alcatraz" empezó a saltar sobre las cavidades de las grandes olas, a rasgar sus crestas blancas, lanzado a toda velocidad tras el cetáceo que huía con el arpón clavado profundamente.

Caminando con precaución a causa del duro cabeceo, Roy se acercó a Moreno.

—¿Qué le parece? —preguntó éste, volviendo la cabeza—. ¡Mire qué fuerza! Es una alfabara formidable. Tal vez de veinticinco metros.

La ballena nadaba con tal rapidez, que el "Alcatraz" podía apenas mantener la distancia y se veía obligado a echar fuera más línea para impedir la tensión y la ruptura posibles de ésta. Se escapaba el cabo en un rodar de patacas y de catalinas. Una vida vertiginosa circulaba a lo largo del mástil, en cuya cofa don Antenor Brito agitaba los brazos.

—Piense que un kilo de pólvora le ha estallado bajo el pellejo. ¡Qué vitalidad! —dijo el capitán—. Pero ya comienza a aflojar. Mire.

—¡Qué vitalidad! Sin embargo, el hombre se atreve a aniquilar una vida tan poderosa. En un momento más el movimiento de ese cuerpo se habrá detenido para siempre; la sangre ya no circulará por esas venas de veinticinco metros —pensaba Roy—. La muerte,

a pesar de su traición, de su arma enorme, de su kilo de pólvora, tarda una eternidad en cubrir el cuerpo de su víctima.”

El animal seguía nadando velozmente con el arpón clavado en el dorso. Sus aletas hacían volar la espuma, el agua corría a lo largo de sus flancos. El cabo que arrancaba del arpón y giraba en las patacas y en las catalinas se mantenía tenso por encima de las olas.

—Ya empieza a ceder —murmuró el capitán.

En efecto, el cabo se combaba y caía al agua, mientras la distancia entre el barco y la ballena disminuía.

—Se acabó la pelea.

El “Alcatraz” iba acercándose rápidamente a su presa. La cola se alzó aún dos o tres veces; el espauto sangriento cesó y los remolinos de espuma desaparecieron. Las grandes olas empezaron a mecer a su antojo la enorme masa inanimada.

La proa del navío llegó a tocar la ballena. Cuando los marineros, dirigidos por Martín, se disponían a inflarla, tuvo aún algunos espasmos y la cola volvió a hacer saltar chorros de espuma, pero éstos fueron ya los últimos movimientos. En menos de media hora el animal fué abandonado con su mástil bien plantado y su bandera roja y negra flameando al viento.

Aquella mañana el “Alcatraz” corrió aún en persecución de algunos espautos, pero no pudo hacer ninguna otra víctima. Antes de que las ballenas estuvieran a tiro se veían alzarse las colas lustrosas y ya no quedaba en la superficie sino un remolino que se perdía a popa.

El capitán y Roy bajaron al comedor cuando el Polo dió las primeras campanadas llamando al almuerzo. Comieron y saborearon el café tranquilamente.

Hablaron de la ballena que acababan de cazar y de otras. El capitán calculaba que una alfabara de veinticinco metros como aquella debía pesar más de cien mil kilos, es decir, el equivalente de ciento cincuenta bueyes o treinta elefantes “bien gorditos”. Por desgracia, la ballena azul, que había sido siempre rara en esos mares, desaparecía rápidamente, y dentro de

pocos años, para encontrarla, se haría necesario ir a los mares australes, a la Antártida.

—En el Cerezo —dijo el capitán— verá usted cómo descuartizan estos bichos.

—Debe ser repugnante.

—No. Es una masa tan enorme, que no se tiene la impresión de que sea un animal. Esos trozos colosales no parecen de carne. Los sistemas que se emplean en el Cerezo son higiénicos y la grasa desaparece tan rápidamente que no hay lugar a putrefacciones ni malos olores. ¡Si usted hubiera visto cómo se trabajaba en mi juventud, en el Sur! ¡Había que tener estómago!

Volvieron a subir al puente. A las dos de la tarde se anunciaron nuevos espautos y el "Alcatraz" arponeó un gran cachalote. Apenas se terminó de inflarlo se avisaron más cetáceos. El navío navegaba en medio de un cardumen y, en un momento, Roy vió con sorpresa que el mar estaba lleno de espautos. Nunca había pensado que las ballenas abundaran a pocas millas de Valparaíso, pues en sus numerosos viajes por la costa jamás había visto nada parecido. El "Alcatraz" corría tras una presa, y si fallaba el golpe no tenía más que volverse sobre otra. Los cetáceos nadaban en parejas, en grupos de cuatro y hasta de ocho.

Julio Moreno arponeó tres más aquella tarde. El último ya casi de noche, cuando la visibilidad era muy mala. En ese momento iba a abandonar la caza, pero el animal surgió de súbito junto a la proa. El capitán, sorprendido, apenas tuvo tiempo de apuntar y, sin embargo, clavó el arpón tan certeramente que el cachalote murió sin convulsiones, tocado por la granada en sus centros vitales. La tripulación celebró con gritos entusiastas la hazaña del capitán. Percy Roy gritó también no sólo arrastrado por el entusiasmo de los otros, sino por su propia fiebre.

Aquel último esperma no fué abandonado con mástil, bandera y cruz, sino que se la amarró inmediatamente a la banda de babor con gruesas cadenas. Un marinero, armado de una sierra, empezó a cortarle las dos aletas de la cola.

—¿Para qué se hace eso? —preguntó el Gringo.

—Las aletas molestarían para el remolque —explicó Cardoso—; es la costumbre.

El viento sur empezó a soplar con mayor fuerza. El "Alcatraz", con su cubierta barrida por las olas y dando grandes bandazos, se lanzó en busca de las presas de la jornada. La noche era negra y fría, con estrellas pequeñas y efímeras perdidas en el infinito y algo desolado que parecía empapar la atmósfera. Al abarcar el círculo del horizonte durante el día, Percy Roy no había tenido la impresión de la pequeñez del "Alcatraz". Ahora, en la oscuridad, lo sentía como una cosa miserable, como un juguete del mar, sin destino ni razón de existir.

Anduvo el Gringo curioseando por la proa, examinando el cachalote amarrado a babor, y después se fué en busca del "Toribio". El gato lo recibió con ternura, frotándose contra su manga y olfateándole el rostro cuando él lo tomó en brazos. El día anterior, al hacerle una pequeña *toilette*, se había percatado de que "Toribio" no lo aprobaba completamente, aunque se había aliviado no poco de los escozores de la sal marina.

Con "Toribio" en los brazos, Roy entró en el comedor y cenó con gran apetito, dando al gato trozos pequeños de carne que escogía con cuidado y que "Toribio" recibía sin gran entusiasmo, como obligado solamente por la cortesía y no sin examinarlos de antemano con desconfianza.

—Lo que más le gusta —dijo el Polo, señalando al "Toribio"— es el bistec de ballena.

—¡Pobre! ¡Qué vida!

—¿Qué vida? ¡Como de príncipe! —Y el Polo se echó a reír—. Aquí lo queremos todos, y yo me preocupo de darle las cosas que le gustan. Su única pena es que a bordo del "Alcatraz" no hay ratones.

El Gringo comió rápidamente y subió al puente. Allí estaban Moreno y Brito explorando la oscuridad del mar.

—¿No derivan las ballenas muertas? ¿Cómo saben

ustedes que las encontrarán en el mismo punto en que las dejaron? —preguntó Roy.

—No; en el mismo sitio, no, naturalmente —explicó el capitán—; pero no muy lejos. A menos que el viento no sople con demasiada fuerza o que se produzca algún fenómeno desconocido, podemos calcular la deriva con bastante precisión. Allí, por ejemplo, ve usted, un poco a estribor.

En un principio Percy no vió nada, pero al fin divisó una débil lucecita que se sacudía furiosamente a lo lejos, que aparecía y desaparecía con rapidez.

—¡Bien difícil de descubrir! —comentó.

—Todo es cuestión de costumbre. Para nosotros es muy fácil. Sin embargo ocurre que perdemos alguna ballena, tal vez porque la corriente la arrastra demasiado lejos, tal vez porque el viento o la marejada arrancan el mástil... Por suerte no pasa esto muy a menudo.

La violencia del viento hizo muy ruda la tarea de amarrar la ballena a babor. Los marineros trabajaban bajo los continuos chapuzones de las altas olas. El capitán y el piloto bajaron a cubierta y se pusieron a dirigir ellos mismos la maniobra y a dar una mano a sus hombres cuando era necesario. Roy, poco deseoso de recibir los chubascos, se quedó en el puente, observando la escena violentamente iluminada por los reflectores.

La última ballena fué amarrada a la una de la mañana. Apenas terminada la maniobra, Percy se marchó a la cama, muerto de sueño y de fatiga, como si hubiera trabajado a la par de los marineros.

Se levantó tarde al día siguiente. Eran las ocho de la mañana cuando entró en el comedor. El viento había cesado y el día estaba espléndido. El "Alcatraz" navegaba lentamente, remolcando a sus costados las cuatro grandes masas grises de las ballenas.

Desde la toldilla Roy examinó el mar en busca de espautos, pero no descubrió ninguno. Se diría que los cetáceos desdeñaban mostrarse a un ballenero que había terminado su trabajo y que volvía al puerto. Convencido de que su vigilancia era inútil, el Gringo se

fué a dormir una siesta después de almuerzo. Soñó que él iba solo en un bote tan pequeño que sus piernas colgaban en el agua, persiguiendo una inmensa ballena que de cuando en cuando volvía la cabezota y le lanzaba un chorro de agua en un ojo.

Al despertarse se encontró con que "Toribio" le lamía delicadamente el párpado izquierdo.

—¡Ya llegamos, ya llegamos, señor Roy!

La voz de Moreno venía alegremente del puente. El Gringo saltó de la litera, se descalzó las botas de mar, se puso sus zapatones y arregló su saco tan de prisa que no pudo cerrarlo.

Cuando salió a cubierta vió que el "Alcatraz" entraba en una pequeña caleta cerrada por altas rocas negras. En la playa se veían construcciones grises y grandes chimeneas. Sobre el paisaje triste volaban miles de gaviotas y de alcatraces lanzando agudos chillidos.

El ballenero fondeó a poca distancia de la costa y echó al agua un pequeño bote. Percy Roy, con su saco en la mano, se acercó a la borda. Estrechó la mano del capitán y del piloto que lo esperaban allí.

—Gracias, gracias. He pasado unos días magníficos.

—Gracias a usted por su compañía.

Roy apretó también la mano de Cardoso que pasaba por allí; del Polo, que se había asomado a su cocina, y de Martín.

—Gracias, gracias.

—Buen viaje; felicidades.

—Capitán, cuento con usted para que nos veamos en Valparaíso. ¿Cuándo estará usted ahí?

—El sábado.

—¿Quiere usted que comamos juntos el sábado?

—Muy bien.

—¿Dónde podemos encontrarnos?

—Le dejaré mi dirección en el "Bote". ¿Qué le parece?

—En el "Bote". Convenido.

El Gringo Roy repartió aún apretones de manos y saltó a la embarcación, que empezó a navegar lenta-

mente hacia la costa al impulso de los remos de Baucho y bajo un espeso toldo de chillidos de aves marinas.

Atracaron a un pequeño *wharf*. Los pilotes de hierro estaban incrustados en las rocas negras donde se estrellaba la fuerte marejada. Roy saltó a lá escalerilla perpendicular. En lo alto un joven grueso, vestido con un *pull-over* gris y cubierto con un *jockey* del mismo color, le tendió la mano.

—Martínez, administrador de la fábrica.

—Servidor. Percy Roy.

—Lo esperábamos. ¿Ha hecho usted un buen viaje?

—Excelente.

—¿Se quedará usted con nosotros hasta mañana?

—No. Desearía seguir a Valparaíso esta misma tarde.

—Muy bien. Tendremos tiempo para visitar la fábrica. Seguramente usted desea tomar un baño y afeitarse. Vamos andando.

Un Ford los esperaba a la entrada del *wharf*. Martínez se puso al volante y echaron a correr hacia la parte alta. Roy vió las construcciones de la planta beneficiadora instaladas en el estrecho espacio plano que quedaba entre el mar y la colina. Dos o tres camiones los cruzaron. Martínez conducía con pericia y a gran velocidad, sorteando las dificultades del camino angosto que a veces bordeaba el precipicio. En un instante estuvieron ante un grupo de *bungalows* rodeados de jardincitos. El auto se detuvo y el ingeniero hizo entrar a Roy en un *hall* pequeño, todo de madera barnizada.

—Instale al señor en un departamento y prepárele un baño —ordenó Martínez al mozo de chaqueta blanca que los recibió. Y dirigiéndose a Roy—: Lo esperaré en la Administración. Si le interesa, iremos a dar una vuelta por las instalaciones.

Media hora después el Gringo emprendía el descenso de la colina. Los *bungalows* formaban varios grupos, separados por sus jardincillos. Unos eran alojamientos para las visitas; los otros, habitaciones para los empleados. Cerca se levantaban bodegas y galpo-

nes, todos pintados de colores claros y cubiertos de techos rojos. Aquello ponía una nota alegre en el paisaje árido de cerros.

Martínez esperaba a Roy en la Administración. Le presentó a otros empleados. El trabajo de la oficina concluía a esa hora y la gente se marchaba a su casa.

—Vamos a visitar la fábrica. Primero a la playa.

Sobre un gran plano inclinado de cemento que iba a hundirse en el mar se hallaban tres de las ballenas cazadas por el "Alcatraz". La cuarta, la alfabara, flotaba a poca distancia. Dos hombres en un bote rodeaban el nacimiento de la cola con una gruesa cadena. Martínez llevó a Roy hasta una alta plataforma, desde la cual se dominaba el trabajo.

—Ha tenido usted suerte de ver la caza de un animal tan magnífico —dijo el ingeniero.

Aunque medio sumergida, la masa de la alfabara daba la impresión de llenar la pequeña caleta. Roy, que la había visto debatirse y emerger de las olas su cuerpo inmenso, se creía ya libre de sorpresas. Pero apenas empezó a accionar el *winch* y las cadenas se tensaron, tuvo la sospecha de que su exploración a través de ese continente de carne aun no había terminado.

Jadeaba el *winch*, temblaban las cadenas y, lentamente, como una mole fatal que iba a aplastarlo todo, surgía palmo a palmo el cuerpo de la alfabara, el cilindro lustroso cuyo extremo parecía alcanzar a las profundidades del océano. "Ahora se acabó; no hay más", se decía Roy. Pero el tambor del *winch* seguía girando, los cables de acero se tensaban aún, las cadenas crujían y el agua liberaba nuevas y nuevas masas de esa cosa gigantesca que no iba a terminar nunca.

Sobre la plataforma treinta o cuarenta hombres, algunos armados de enormes cuchillos, ayudaban a la maniobra, saltando, agitando los brazos, dando gritos para acelerar el *winch* o detenerlo según la ballena se deslizara bien o una amarra cediera. Por un instante el Gringo Roy tuvo la visión de una escena absurda en que la humanidad enloquecida aullaba y alzaba los

brazos saludando su victoria sobre las fuerzas supremas de la naturaleza y el aniquilamiento del animal cuyo último y más apocalíptico ejemplar era aquél; vió a los hombres danzando y cantando en torno al cuerpo de la ballena, celebrando el quedar ellos como los únicos seres vivos del planeta, como las únicas máquinas de carne y sangre en un mundo de máquinas de hierro y acero construídas por ellos mismos. ¡Victoria del hombre! ¡Ya no hay más bestias en las tierras ni en los mares! Máquinas, sólo máquinas! Pronto tocará su turno al reino vegetal. ¡No habrá más flores que las construídas por nosotros; no más árboles que nuestros árboles de materias transparentes y brillantes, mil veces más hermosas que las de la naturaleza. ¡Y después será la aniquilación del sol, de la luna, de las estrellas! ¡Nuestras composiciones químicas iluminarán el universo!... ¡Victoria, victoria! ¡Arrancaremos los viejos luceros de Dios como hemos arrancado los ojos a las bestias! Nuestro sol artificial hará crecer nuestras plantas artificiales. Y cuando ya no quedemos sino nosotros los hombres, los únicos hijos de la naturaleza, los todopoderosos, los fabricantes de un mundo; cuando ya no quedemos más que nosotros, ebrios de victoria en medio de nuestra creación mil veces más bella que la de un pobre Dios en derrota, entonces pondremos en el corazón del universo nuestro explosivo más potente y, aniquilándonos al fin nosotros mismos, habremos conquistado nuestra victoria suprema sobre la vida. ¡No más vida, muera la naturaleza! Esperando ese día he aquí la primera victoria decisiva; he aquí el fin del último y más gigantesco animal. Ya no hay más corazones que laten en la tierra fuera de los corazones humanos; de hoy en adelante ya no circula más sangre que nuestra sangre. Hemos arrancado al mar su último habitante, el más monstruoso, el que encerraba toda la potencia del animal. ¡Helo aquí! Nuestras máquinas lo arrebatan a las olas que hacen esfuerzos para retenerlo; nuestros cuchillos van a descuartizarlo, nuestras marmitas van a hacerlo hervir y en pocas horas más ya no quedará de este cuerpo colosal ni un ligero

rastro. ¡Victoria, victoria! ¡Ha muerto la ballena que ayer de un coletazo habría podido aplastar cincuenta hombres; que ayer, con el arpón clavado, tuvo aún fuerzas para arrastrar un navío! ¡Ha muerto la gran ballena, la soberana de los mares, la que Dios modeló por su propia mano, la que vió formarse los continentes, la que conoció la infancia de la tierra!...

Así cantaban los hombres, dando gritos y saltos en torno al cuerpo del cetáceo que había terminado por salir del agua y que se hallaba extendido sobre la plataforma. Así cantaban. Percy Roy oía claramente las palabras... Uno de aquellos seres extravagantes parecía entonar una especie de solo a grito pelado. Debía ser el más fanático enemigo de la naturaleza. Acompañaba sus chillidos de gestos delirantes.

—¡Veintitrés metros, señor Martínez!

El ingeniero dió con el codo al Gringo.

—¿Oye usted?

—¿Qué? —Y Roy hizo un esfuerzo para recobrase.

—La alfabara tiene veintitrés metros de largo.

Ya los hombres subían sobre el cuerpo de su víctima, armados de sus enormes cuchillos y de sierras. El capitán Moreno tenía razón: aquella masa no daba la impresión de un animal; era demasiado enorme para poder relacionarla con algo que hubiera podido ser habitado por la vida.

—Vamos a visitar la fábrica, señor Roy.

Bajaron a la plataforma donde se hallaban las ballenas. Los descuartizadores retiraban formidables lonjas de carne de los tres cachalotes cazados por el "Alcatraz". Sin embargo, al verlos junto a la inmensa alfabara, Percy tuvo la impresión de que esos animales eran pequeños e insignificantes.

Alejándose de la playa, el ingeniero Martínez condujo a su visitante hacia la planta beneficiadora. Era una vasta instalación. Percy vió volantes que giraban velozmente, grandes marmitas y tuberías complicadas. El ingeniero daba explicaciones prolijas. La ballena era aprovechada íntegramente según procedimientos propios de la compañía. El aceite, los huesos, la carne,

la esperma, todo tenía su aplicación. Infinidad de productos industriales salían de allí. La visita terminó en el laboratorio, donde el químico —un hombre amable, pequeñito y de voz apagada— puso en manos de Roy un trozo de ámbar gris. Percy lo examinó con veneración. ¡Ámbar gris!... Aquella materia que parecía un producto para limpiar el *parquet* y que despedía un vago olor dulzón, formaba parte de las imágenes de su infancia de lector de aventuras. De ese tiempo vagabundo Percy Roy había traído un botín alguna vez inventariado: la pata de palo del pirata, la pipa de Sherlock Holmes, el calumet de la paz, el submarino del capitán Nemo, el cuchillo de los tramperos de Arkansas, la cimitarra del León de Damasco ¡y el ámbar gris! Había sido por el ámbar gris que se habían batido las tripulaciones en las vecindades del Polo, que los contrabandistas habían tendido emboscadas al honesto y viejo capitán, que habían corrido la sangre y el ron. ¡Por el ámbar gris!... Y ahí lo tenía Percy Roy en su mano, objeto insignificante, despojado de misterio y de leyenda, como la errante imaginación de la infancia transformada en la reflexión destefada de la madurez.

Cuando volvieron a la playa se había hecho de noche. Potentes reflectores iluminaban los cuerpos de las ballenas sobre los cuales un enjambre de pequeños hambrecillos se afanaban en arrancarles trozos de carne más grandes que ellos mismos. La alfabara había sido ya despedazada en una buena parte, pero Roy no tuvo ninguna impresión. No, aquello no era verdadera carne, ese promontorio sanguinolento no había sido nunca un animal... Cortada ya, disminuída, la ballena parecía aún demasiado grande para ser real, sobre todo a la luz mentirosa de los reflectores.

Miró el Gringo hacia el mar oscuro desde el cual venía un viento silencioso y frío. A lo lejos divisó apenas unas lucecillas que se agitaban y desaparecían a veces.

—Es el "Alcatraz" que se va —dijo el ingeniero.

Roy se estremeció ligeramente. ¿Era el frío o la

súbita impresión de que el barco lo había abandonado? Se quedó inmóvil mirando hacia el negro océano hasta que la voz del ingeniero lo sacó de su ensimismamiento:

—Vamos a comer.

—Vamos —respondió alegremente el Gringo, volviéndose hacia Martínez—. ¿Podremos tomar un *whiskey sour*?

—Todos los que usted quiera...

## VII

QUIEN HAYA disfrutado del encanto de una tarde de septiembre en ciertos cerros de Valparaíso, no lo olvidará fácilmente. Vuela en el viento apenas tibio una suerte de melancolía sensual que da al paseante la impresión de haber cargado su vida con el peso de todas las experiencias ardientes y desgarradoras capaces de ponerlo en paz consigo mismo y con el mundo. La fatiga física de subir y bajar cuestas, de marchar sobre el defectuoso pavimento, llega al espíritu como a través de un tamiz, y uno se encuentra dulcemente cansado, no por unas cuantas horas de camino, sino por toda una existencia de desgracias exaltantes y de triunfos desdeñados con elegancia. Apoyando los codos en una baranda del Cerro Alegre o del Paseo Alemania, oyendo el rumor que sube de la ciudad y el roce de las hojas nuevas, contemplando la bahía que se adormece bajo los fanales multicolores del crepúsculo, uno se halla confortablemente instalado en la línea sutil que separa la acción de la contemplación. Uno se mece por encima de las vanas luchas del mundo y al mismo tiempo se empapa en la esencia de la inquietud humana. La suavidad del aire y de los colores en la lenta primavera de la costa es un sedante para el corazón ansioso, cuyos latidos—sordos como los de las turbinas de los transatlánticos— ritman la inquietud navegadora. Uno se halla

inmóvil junto a la corriente de la vida, a salvo de sus vorágines y de sus escollos, pero sabe que le basta tender la mano para mojar los dedos en esa agua negra en la cual derivan ahogados azules, pedazos de alguna carta de amor, escupitajos de granujas y veleros fantasmas que van a la bolina, más veloces que el girar de la tierra, corriendo siempre en la noche de los mares.

Una tarde de primavera en ciertos cerros de Valparaíso es como un gato que viene a acurrucarse sobre nuestro pecho y a comunicar a nuestro viejo corazón su calor animal. Desde lo profundo de nosotros sube el pasado inútil y se proyecta el destino vacío. Pero eso no nos hiere sino que aumenta nuestra paz. Desde lo profundo avanza el olvido piadoso, borrando el rostro del enemigo y palpando el rostro del amigo, como un ciego que trata de reconocer con sus dedos sutiles las líneas de la juventud perdida. La miseria y la felicidad se confunden en el dulce desdén del que, saturado de vida, goza el placer melancólico de olvidarla. Si hemos logrado nuestra ambición o si somos una ruina, nos es igual. Hemos perdonado a los demás y —lo que es mejor— nos hemos perdonado a nosotros mismos, resignándonos a no obtener jamás el perdón de los otros. Lentamente, a través de los años, a través de alcoholes distintos, de rebeliones y de lágrimas, del perfume sexual de rubias y morenas, hemos ido conociendo una sola verdad: que no hay esperanza, y que, cualesquiera que hubieran sido el rumbo y la cadencia de nuestro paso, teníamos que llegar a la misma meta. Héla aquí. La hemos alcanzado por fin. Es esta tarde de primavera en nuestro puerto de matrícula. Estamos espléndidamente solos, livianos, libres, en la atmósfera apenas tibia, saturada del acre olor marino y del perfume de las primeras hojas. Tan ligera es la tarde que no tiene fuerzas para retenernos. Un movimiento brusco nos arrojaría de nuevo en el torbellino del amor, del viaje, de la rebelión. Rodaríamos otros años aún, sin más deseo que el de volvernos a encontrar en este sitio y en es-

te momento, en la tierna paz y en la perfecta soledad de esta primavera, contemplando cómo la noche viene a largar el ancla de la Cruz del Sur en el agua o en el cielo (que es lo mismo) de Valparaíso.

Bernardino Rubio estaba apoyado en la baranda del Paseo Alemania. A través de sus párpados entornados veía la maniobra de la noche que entraba a la bahía, arriando sus estandartes de fuego. El ex piloto se hallaba en paz con el destino, pero no podríamos atribuir este fenómeno a la sola influencia de la tarde: un litro de tinto había contribuido eficazmente a su beatitud. Lo había bebido en el "Bar Napolitano", con los últimos pesos de su desahucio. Ya no pesaba nada en sus bolsillos. Estaba libre de dinero, de rencores y de obligaciones. Libre aun de domicilio. ¿Qué le importaba? Si tenía la fortuna de encontrar algún compañero generoso, pasaría la noche bebiendo; si no, iría a dormir sobre un banco, o en la Caleta del Membrillo, donde tenía amigos, al abrigo de un bote varado. La noche pasa rápidamente. Todas las noches y todos los días pasan rápidamente. Bernardino apenas pensaba en eso o en otra cosa.

Cuando obscureció echó a andar lentamente, al azar, con paso inseguro. Las luces se habían encendido. Por momentos atravesaba calles iluminadas; otras veces, lugares sombríos. Tenía de pronto la vaga impresión de que muchas personas pasaban a su lado; de pronto, que se hallaba completamente solo. Subía callejones empinados tropezando en las veredas mal pavimentadas; descendía después por pendientes tan pronunciadas que el peso de su cuerpo lo arrastraba hasta obligarlo a buscar apoyo en una pared o en un farol. Todo era vago en torno suyo, pero su alma había almacenado íntegra la dulzura del crepúsculo, y ésta, conservada por el calor del vino, le daba una perfecta clarividencia. Bernardino veía claro dentro de sí mismo. Perfectamente claro. Podía recordar toda su vida hasta en los menores detalles. ¡Pobre Bernardino! Se compadecía a sí mismo, pero no le guardaba ningún rencor a su mala pata. Una fuerza obs-

tinada alzaba su corazón lleno de ternura hacia sus amigos y sus enemigos. Con la misma generosidad abriría los brazos en ese instante al mejor camarada o al hombre que le hubiera hecho el mayor daño. La vida... ¡Bah!... Se vive, ¿y qué?... El había nacido por ahí, en esos cerros donde los ranchos de calamina se tambalean al viento, aferrándose con sus viejas pezuñas a la tierra roja; donde en los inviernos lluviosos la presión de los aludes había hecho reventar las veredas; donde los niños harapientos gritan obscenidades a los borrachos; donde las viejas comadres empavesan los patios con la ropa lavada, como si fueran navíos que izan cien banderas blancas de rendición ante la miseria. Su madre había sido lavandera. Las largas lluvias obligaban a secar la ropa en el único cuarto, y Bernardino recordaba los inviernos de su infancia, cuando se arrastraba bajo las colgaduras húmedas, mientras en el callejón borbotaba la lluvia oscura y opresora.

A los diez años Bernardino Rubio, anémico y escrofuloso, pero de huesos anchos y sólidos, era un pillete del puerto. Por la noche, con los pies desnudos, corría entre la muchedumbre de la Plaza Echaurren y de la Plaza de la Aduana, en compañía de otros cabros, capitaneados por el Ciego. Este era un muchacho de unos quince años, con los ojos roídos por la infección. Robaban frutas a los vendedores ambulantes, y a la salida de los cines lograban, a veces, arrebatarse el sombrero de un hombre o el saco de una mujer. En ciertas ocasiones el Ciego conquistaba un botín más valioso: una cartera o una estilográfica. El dinero de esas rapiñas se perdía en el juego o se gastaba en cigarrillos. A los quince años Bernardino había conocido la prisión. Más tarde, la Escuela Correccional. Su madre venía a visitarlo y le cubría de injurias y reproches. Un marino a quien ella lavaba la ropa se había interesado por el muchacho, y cuando éste fué puesto en libertad le consiguió trabajo como ayudante de fogonero de un remolcador, recomendando al capitán "mano de hierro". En esa época Ber-

nardino se había arrepentido de sus trastadas. Quería llegar a ser, como el marino le aconsejaba, "un hombre de provecho", y ayudar a su madre. La pobre vieja le daba lástima. Durante el primer mes de trabajo Bernardino le entregó lealmente toda su paga. Entonces comieron mejor y la madre compró dos pallasas nuevas. Bernardino quería llegar a ser dueño de una radio y se propuso ahorrar centavo a centavo. Pero un sábado, al desembarcar del remolcador, se había encontrado con uno de los compañeros de la antigua banda transformado en matón y ratero. Fueron donde unas niñas de la calle Clave, bebieron toda la noche, quebraron las poncheras y los vasos, y al alba, cuando salieron del prostíbulo, se batieron con un grupo de pijes. Bernardino pudo escapar apenas de la policía, sangrando a chorros por la nariz quebrada. El lunes, con el rostro tumefacto y amarillo por la hemorragia y la borrachera, llegó al remolcador. El capitán puso una cara de tigre y se desató en improperios. Cuando fondearon por la tarde y Bernardino se disponía a desembarcar, el marino que le había recomendado se presentó a bordo. Entre él y el capitán formaron una especie de tribunal al que el muchacho tuvo que presentarse, avergonzado por la hinchazón de la nariz y el ojo en tinta. "Si sigues en el puerto —decretaron los dos hombres— terminarás en el patíbulo. Tienes una mala inclinación que es necesario remediar. Sólo la disciplina de un buque de vela puede enderezarte." Una semana más tarde Bernardino Rubio llegó a la fragata "Punta Arenas", donde Julio Moreno era entonces segundo piloto. Rubio se mostró trabajador y sufrido. Moreno le tomó afecto. Le guió con sus consejos paternalmente, sin perder jamás la paciencia, a pesar de tener ambos casi la misma edad: Bernardino navegó dos años en la "Punta Arenas", sin más falta que alguna que otra borrachera en puerto de escala. Enviaba a su madre casi la paga completa. Pero después que Julio Moreno abandonó la fragata para navegar en los transatlánticos, la "mala inclinación" de que habían

hablado los marinos de Valparaíso volvió a despertarse en Rubio. No hubo escala sin borrachera y un día respondió con insolencia al primer piloto. La disciplina de los buques de vela no permitía entregarse a expansiones de esta clase. Sin esperar que Bernardino terminara su retahíla de insolencias, el piloto le tiró un izquierdo. Bernardino lo esquivó con agilidad y en ese instante se creyó escogido por el destino para innovar en la tradición de los veleros: manteniendo su guardia se aproximó con la intención de demostrar que un marinero vale tanto como un piloto. Pero éste, que pertenecía a la vieja escuela, no participaba de la opinión de Bernardino y poseía, además, unos puños enormes que, apenas se soltaba el resorte del brazo, iban infaliblemente a chocar contra la barbilla de su enemigo. El pobre Rubio quedó boqueando sobre el puente sin saber cómo. Dos compañeros tuvieron que recogerlo, acostarlo, mojarle la cabeza y vendarle la ceja izquierda, casi completamente arrancada. Tardó más de un cuarto de hora en recuperar el conocimiento. Y tanto lo recuperó que una semana más tarde, cuando la "Punta Arenas" ancló en el Callao, Bernardino desertó. Arrastró su miseria durante un año y fué a dar en prisión por ratero. El cónsul obtuvo su libertad y lo repatrió en el "Santa Sabina", un vaporcito de carga que sin duda el buen Dios mantenía a flote nada más que por no desacreditar a la santa de su nombre.

Al llegar a Valparaíso, Bernardino se encaminó a casa de su madre. Una mujer flaca, picada de peste, salió a abrirle y le informó que su madre había muerto hacía un año. Por la noche los carabineros metieron a Bernardino en un calabozo junto con otros borrachos. Dos días después lo pusieron en libertad, y él recordando que el capitán del "Santa Sabina" le había ofrecido ayuda, fué en su busca. El capitán era un viejo pequeñito, de cara roja y brillante, con una cabellera como de seda blanquísima. A pesar de las dificultades que provocó la desertión en el Callao, el viejo terminó por conseguir la libreta de embarco pa-

ra Bernardino. Navegó así durante tres meses, hasta que al fin el buen Dios, harto de guardarle deferencias a Santa Sabina y sin importarle nada el descrédito que con ello acarreaba a la Corte Celestial, desencadenó una tormenta espantosa y envió al barquito, con la hélice rota, al fondo, frente a Antofagasta.

Después de un día entero de estar en el mar afechado a una jaba de gallinas —todas muertas, por cierto—, Bernardino fué salvado por un remolcador. Al día siguiente supo que era el único sobreviviente del “Santa Sabina”.

Esta experiencia lo dejó escamado. Era su primer naufragio y decidió que sería el último. No valía la pena trabajar como una bestia para correr todavía el peligro de ahogarse. “Mientras más tierra adentro, mejor”, se dijo, y fué a engancharse para lá oficina María Elena. Apenas el tren se internó por las sierras y los arenales comprendió el disparate que había hecho: no podría acostumbrarse nunca ahí. La oficina salitrera con sus altas chimeneas apareció al fin a lo lejos como un navío perdido en la infinita soledad del océano, como un navío condenado a no llegar jamás a puerto, en el cual la tripulación enloquecida terminaba por sublevarse.

Pero los pampinos parecían muy satisfechos de la desolación que los rodeaba. El antiguo marinero no encontró más solución que la que ya otras veces le había dado excelentes resultados, y sus borracheras se hicieron más frecuentes y tumultuosas, a pesar de que comprobaba la ineficacia del remedio, considerado infalible en otro tiempo.

Al fin bajó a Antofagasta y se enganchó como estibador. Una noche que riñó en “El Calameño”, un bar de la calle Bolívar, y recibió una cuchillada en el hombro, la Rosalba Quijano, una muchacha tísica, sirviente del bar, lo escondió de los carabineros, lo llevó a su cuarto y le vendó la herida. Bernardino pasó toda la noche con la Rosalba. Era una buena y valiente muchacha que podía aún sonreír, a pesar de todas las miserias y las humillaciones sufridas. Ha-

blaron largo aquella noche, se contaron sus penas y al día siguiente la Rosalba llevó su catre, su pallasa y su baúl (que formaban todo su bien terrestre) al cuarto que Bernardino arrendó por Bellavista. Fué una buena época para los dos. La Rosalba dejó su trabajo en "El Calameño" y no se ocupó más que de su hombre, el cual pudo salir los domingos con la camisa limpia y los zapatos brillantes. Iban a merendar a Playa Blanca y por la noche al cine. Bernardino dejó la bebida y abrió una cuenta en la Caja de Ahorros. Pero la Rosalba tosía cada vez más, y a veces las piernas le flaqueaban y tenía que pasar horas tendida en la cama. Una vecina le dió una hierba muy buena para la debilidad, pero la muchacha siguió sintiéndose mal. Bernardino Rubio no daba gran importancia a las quejas de su amiga porque sabía que las mujeres están siempre quejándose por algo, hasta que una mañana ella empezó a escupir sangre y a gritar que se iba a morir. Bernardino salió corriendo en busca del médico. Este no pudo venir sino al anoecer. La Rosalba estaba tendida en la cama, descarnada y con los pómulos encendidos. El médico la auscultó y declaró que debía ser trasladada inmediatamente al hospital. Bernardino se puso hecho una furia; el hospital era un matadero, nadie mejor que él podía cuidar a su mujer; para eso tenía plata.

—Tiene que llevarla al hospital —replicó el médico, que no parecía conmovido por las vociferaciones de su cliente—. Yo conseguiré la cama. Vayan mañana a las diez y pregunten por el doctor Santelices.

Se alzó en la penumbra la voz temblorosa de la Rosalba:

—¿Me voy a morir, doctor?

—No, no. En el hospital la sanaremos.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Bernardino, cada vez de más mal humor.

—Nada.

—¡A mí no me gusta la caridad! Tengo con qué pagarle. ¡A ver, diga cuánto le debo!

El doctor, que era un hombre corpulento, cargado

de espaldas, con grandes anteojos montados en carey, tomó a Rubio del brazo y lo sacó del cuarto a la calle.

—No se bote usted a tieso, amigo —dijo—. En estos casos no sirve para nada. Hay que ser razonable. Su mujer se halla muy mal, y será difícil que podamos salvarla; pero de todas maneras, en el hospital estará bien cuidada.

—¿Muy mal? ¿Se va a morir?

El doctor se cubrió la cabeza con un sombrero negro de anchas alas.

—Creo que hay pocas esperanzas; es demasiado tarde.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó la Rosalba cuando Bernardino entró en el cuarto.

El no respondió nada, y la muchacha pasó toda la noche llorando.

Un mes más tarde, Bernardino canceló su cuenta en la Caja de Ahorros para comprarle un ataúd y un nicho a la Rosalba.

Volvió a las tabernas y se hizo amigo del Petrolero y del Guitarrita, dos compadres que habían dado que hacer a la policía de todo el norte. Una noche, cuando Bernardino Rubio dormía en su cuarto, golpearon a la puerta. Abrió, y se encontró con el Petrolero, que venía a pedirle alojamiento. Rubio lo hizo entrar, y el hombre se tendió a su lado sobre la pallasa. Apenas se había vuelto a dormir, unos brutales golpes en la puerta lo hicieron saltar a tierra.

—¿Quién es? —gritó.

—¡Abran a la autoridad!

Se oían en la vereda pisadas de caballos y voces de varios hombres. Bernardino encendió la vela, y el Petrolero sacó un cuchillo, reculando hacia la puerta que daba al patio. Pero, antes que la alcanzara, la puerta de calle saltó bajo un empujón, y cuatro carabineros se precipitaron en el cuarto, iluminándolo con sus linternas. Brilló en el aire la hoja del Petrolero; se oyeron gritos y golpes, y Bernardino, recibiendo una bofetada, contestó con otra. Se formó un tumulto de cuerpos que se debatían entrelazados a la luz zigzagueante e

intermitente de las linternas, pues la vela se había extinguido al comienzo de la pelea. Desde la calle llegaba ruido de pisadas, voces de mujeres, silbatos de la policía.

Finalmente, Bernardino se sintió arrastrado fuera del cuarto, sujeto por un hombre, empujado por otro.

—¿Por qué me llevan? —aullaba—. ¡Yo no he hecho nada!

Por fin logró desasirse y recular hasta la pared. El carabiniere que se le acercó recibió una tremenda patada, que lo dejó doblado en dos, gimiendo. Pefo inmediatamente otros se echaron sobre Bernardino y lo tumbaron bajo una lluvia de golpes. Aun en el suelo, intentó patear y clavarle los dedos en la cara a alguno de sus enemigos, pero uno de los carabineros le asesó un culatazo en la cabeza.

Cuatro meses después salió de prisión, cuando se pudo establecer que él no había participado en el crimen que el Petrolero había cometido la misma noche en que le pidiera alojamiento. El Petrolero y el Guitarrita habían intentado robar en un chalet de la avenida Brasil, y, como el dueño resistiera, lo habían acribillado a puñaladas. Las declaraciones de la esposa de la víctima y de los sirvientes que habían visto huir a los asesinos y la confesión de éstos salvaron a Bernardino. Quedó libre, pero ya la policía andaba sobre sus talones. No pudo encontrar más trabajo, tuvo que sufrir amenazas y vigilancias. Al fin logró embarcarse de pavo en un vapor de la Sudamericana, y así volvió a Valparaíso.

Llevó una vida miserable, bebiéndose lo poco que ganaba, hasta que se encontró con su antiguo piloto, Julio Moreno, convertido en capitán ballenero. Julio había oído hablar de la perdición de Bernardino, pero su vieja simpatía renació al verlo en tan lastimoso estado.

—Te voy a dar la última oportunidad —le dijo—; si la pierdes, lo mejor será que te tires al mar.

Bernardino juró que no la perdería; que todas sus faltas habían sido causadas por la mala suerte; que no

volvería a tocar una botella ni a meterse en líos. Julio no tenía más que acordarse de los viejos tiempos de la "Punta Arenas", cuando Bernardino había sido un marinero disciplinado y duro para el trabajo...

—Hablemos como hombres —puntualizó el capitán—: si me haces una mala jugada, te desembarcaré, pero antes te daré la más grande pateadura que te has llevado en tu vida.

El capitán Moreno había cumplido su palabra... a medias. Lo había desembarcado, pero no le había dado una pateadura muy seria. ¡Bah, Bernardino se había visto en otras!... Apenas si Julio le había pegado una cachucha. Fuerte, eso sí, pero nada más que una cachucha... Ese Julio Moreno era un buen tipo, un buen amigo... Y como ballenero, ¡qué fenómeno!... "Es un gallo el capitán Moreno, pensaba Bernardino; se ha portado harto hombre conmigo. ¡Para qué se me iría a ocurrir llevar trago al "Alcatraz"!... Soy un borracho sin remedio, un mal amigo; el vicio me domina..." Esta idea le llenó los ojos de lágrimas. Su corazón, dilatado por la generosidad, apenas podía contener la inmensa compasión que experimentaba por su propia suerte. "Un perdido... ¡No soy más que un perdido! Julio quiso ayudarme y le correspondí mal... Tendré que pagar mi culpa. Cada día seré más miserable y desgraciado. Me curo como tetera. ¿Qué otra cosa puede hacer el hombre para olvidar su pena?..."

La calle, en aguda pendiente, zigzagueaba entre pobres construcciones de madera y calamina, montadas sobre veredas un metro más altas que la calzada. Algunas casas tenían frente a la puerta escaleras de piedra o de cemento con barandillas de hierro mohoso. Bernardino descendía con precaución, evitando los obstáculos que podía distinguir vagamente a través del velo de tristeza que le cubría los ojos. De pronto tropezó con una piedra, y estuvo a punto de caer. Una muchacha, apoyada en una barandilla de la vereda, se echó a reír. Su risa sonó extrañamente en el aire fresco del anochecer. Rubio afirmó las piernas y se quedó mirando el rostro de la chica, iluminado por la luz dé-

bil de un farol. Rostro redondo, moreno, bajo un cerquillo de pelo muy negro; nariz chata, boca grande con dientes muy blancos.

—¿De qué se ríe, mi hijita?

La muchacha dió un respingo y entró en la casa. Pero su risa le quedó a Bernardino repicándole en el corazón. La pena se le fué de puntillas, sin que él mismo la sintiera escapársele. Más parecía que no hubiera estado jamás triste, que todas esas historias del capitán Moreno y de su propia ignominia no hubieran existido nunca. El gozo de la vida le cosquilleó deliciosamente bajo la piel, y, buscando con ojo experto el sitio más seguro para apoyar el pie, siguió bajando la calle a la mayor velocidad que le permitía el vino.

No hubiera creído nunca que iba a llegar a la plaza San Francisco, pero ya que se encontraba allí, no era cosa de preguntarse qué camino había hecho ni cuánto tiempo había marchado. La plaza San Francisco se le ofrecía con sus viejas fachadas, con su ancha iglesia vetusta y su modesto arco de cémento enhebrado por una escalera de piedra.

Apojado contra un farol estaba el Cara de Doctor. Bernardino se detuvo frente a él, y lo saludó, llevándose los dedos de la mano derecha al ala del sombrero. El otro correspondió con un leve alzamiento de hombros. Luego, lentamente, retiró el pucho de su boca y lanzó un salivazo de soslayo.

—¡Ya estás curado! —dijo, con un tono que no se sabía si era de reproche o de envidia.

Rubio no ocultó el asombro que le producía tan injustificada afirmación.

—¿Yo curado? Apenas si he tomado un trago.

—Convídame otro.

Las manos de Bernardino se hundieron en los bolsillos de su pantalón y sacaron afuera los dos forros. Tal mímica provocó una expresión de profundo desdén en el Cara de Doctor. Ambos personajes quedaron contemplándose en silencio algunos instantes. Bernardino, todavía invadido por la alegría de vivir, sonreía bajo la mirada fría de su amigo. Finalmente éste hizo

un gesto que el otro interpretó sin inconveniente, y los dos compinches bajaron la escalera, pasaron bajo el arco y entraron en el bar de la esquina.

Era aquél un establecimiento destinado a apagar la sed y no a rodear de confort al cliente. Un mostrador, unas cuantas mesas de cubiertas grasosas y de patas inseguras, unas banquetas de madera y una radio ocupaban la pequeña sala. En una de las paredes se veía una oleografía representando el combate de Angamos; en otra, un gran marco, antes dorado, que encerraba una pintura al óleo, tal vez un paisaje campestre, tal vez una naturaleza muerta.

El Cara de Doctor se sentó gravemente en una banqueta, y, con su voz gangosa, pidió medio litro de tinto. Había echado hacia atrás el sombrero de paño gris, lo que hizo aparecer aún más largo su rostro anguloso, de mandíbula maciza. Un espeso bigote castaño pesaba sobre su boca desdentada.

Bernardino se sentó frente a su anfitrión y se puso a contemplarlo. Siempre le había impresionado el aire de superioridad del Cara de Doctor, sus gestos reposados y su economía de palabras. Ahora, por primera vez, le parecía un poco ridículo y hasta digno de lástima. Esta impresión le hizo sonreír.

—Parece que estás muy contento —se dignó gruñir por fin el Cara de Doctor—. ¿Te has sacado la lotería?

Bernardino Rubio, aun bajo la influencia del dulce atardecer, acentuó su sonrisa:

—No me he sacado la lotería, pero estoy contento. ¿Por qué no?

—Con los bolsillos planchados. —Y el Cara de Doctor escupió, tal vez para desembarazarse de los restos del pucho o para significar su desprecio—. No creo que te vaya muy bien.

—A mí me va siempre bien. —replicó Bernardino, con énfasis—. ¡Siempre bien!... Es cierto que soy tomador, pero no le hago mal a nadie, ni siquiera a mis enemigos. ¡Aquí hay nobleza, compañero!

Y se dió dos tremendos puñetazos en el pecho.

El otro lo miró con sus pequeños ojos negros, pri-

sioneros entre las cejas espesas y el fino tejido de arrugas de las mejillas. Con voz glacial preguntó:

—Si estás tan santo, ¿por qué no te haces canuto?

—No necesito hacerme canuto ni nada. Estoy muy contento de lo que soy. Un marinero como yo es siempre más noble que un mataperros como tú, un tipo sin oficio, fichado por la policía.

El Cara de Doctor tenía demasiado dominio sobre sí mismo para dejar transparentar el asombro que le causaba la insolencia del infeliz Bernardino Rubio. Encendió un nuevo cigarrillo, y, después de un silencio, replicó con calma:

—Muy botado a niño parece que has llegado, Bernardino. Hace poco tiempo no te habrías atrevido a hablarme así. ¡Por la madre! Bien decía el otro día el español de “La Bola de Oro”: “Ahora ya no se respeta el mérito de nadie. Cualquiera pendejo se cree un hombre”. Un desgraciado como tú es capaz de creer que puede botarse a seco con un hombre como yo, que ha probado tener cojones.

—¡Para lo que te ha servido! —Bernardino lanzó la frase sin una sombra de sarcasmo; más bien con un leve acento de compasión.

El Cara de Doctor bebió un trago de tinto y se puso a reflexionar. A pesar de su profunda experiencia de los hombres, la insólita actitud de Bernardino lo desconcertaba. El ex contramaestre del “Alcatraz” no parecía completamente embrutecido por el alcohol: si su mirada era vaga y apenas podía filtrarse bajo los pesados párpados, sus labios, sin embargo, dibujaban una sonrisa de bonhomía burlona, nada tranquilizadora para el amor propio del Cara de Doctor. Después de unos minutos de examen, éste juzgó preferible atacar por el flanco.

—Dices que eres marinero, Rubio...; marinero de tierra, querrás decir. ¿Dónde está tu barco?

—Ahora no ando embarcado, pero eso no importa. Volveré luego a bordo.

—¡Ah, miren el niño!... ¡No andas embarcado! ¿Y por qué? ¿Quieres saberlo? ¡Porque eres un pobre

borracho, porque nadie te aguanta! Todos saben que el capitán Moreno te sacó la mugre a guantadas.

La expresión de la perfecta beatitud se amparó en la cara afilada de Bernardino Rubio. Con la voz de los justos que han sabido recibir todos los castigos para ganar el cielo, respondió:

—Cierto que el capitán Moreno me pegó una guantada. Una sola, ¿sabes? Y me la pegó con razón. Yo lo reconozco. ¡Con razón!... Yo estaba borracho, y le hice perder una ballena grandaza. Aunque me hubiera descrestado, yo diría que tuvo razón. Y diría también que Julio Moreno es mi amigo y que yo lo quiero más que si fuera mi hermano.

Tuvo un hipo, y con mano temblorosa se llevó el vaso a los labios. El vino le chorreó abundantemente sobre el pecho, uniendo en una sola gran mancha las muchas que ya tenía su camisa. El Cara de Doctor enderezó el busto, depositó su vaso y apoyó los codos sobre la mesa. Así, bien instalado, alargó el pescuezo hacia su interlocutor y replicó con tono firme y sentencioso:

—¿Quieres que te diga, Rubio? Un hombre puede ser borracho y ladrón; puede tener todas las plagas, y andar en pelota de puro pobre. Siempre es un hombre. Pero cuando aguanta que le peguen, cuando no se defiende, y, para peor, encuentra que le pegan con razón, entonces ya es menos hombre que un maricón; es un cobarde, una basura, una porquería. Tú eres una basura, Bernardino Rubio, y a mí, Crisóstomo Montoya, el Cara de Doctor, me da vergüenza estar tomando contigo... ¡Esta es la última vez!... No te pongas más delante de mí, porque te voy a escupir. Todavía no ha nacido el hijo de madre que me ponga una mano encima sin recibir su castigo, y no puedo andar con tipos que no sean tan hombres como yo.

—Sí. ¡De puro hombre te has llevado en la cárcel!

El Cara de Doctor se puso en pie.

—¡Claro! —dijo, dando un golpe seco sobre la mesa—. Tú sabes que el gallo que se me vino una vez encima, con cuchillo, fué a parar al cementerio. Estuve

en la cárcel, pero al fin se reconoció que yo había obrado en defensa propia. Tú sabes que nadie se bota a niño con el Cara de Doctor.

El hipo impidió a Bernardino responder inmediatamente. Cuando pudo, se colgó de la manga de su amigo:

—¡Déjate de leseras, cabro! Siéntate y tomémonos otra botella.

—¿Otra botella? —La dignidad herida del Cara de Doctor apenas encontraba palabras para expresarse—. ¿Otra botella, yo, con un cobarde como tú? ¿Crees que voy a gastar mi plata en un marica? ¡Por la vida!...

Pero Bernardino, sin dejar de sujetar al otro por la manga, insistía:

—¡No seas porfiado! ¡Siéntate! Al fin, somos amigos. ¡Oye, guacho!... ¿Somos o no somos?

Un olor de papas fritas que venía de la trastienda del bar aumentó el sentimentalismo de Bernardino.

—Tú sabes, Cara de Doctor, que eres mi mejor amigo, que te quiero como a un hermano. No me vas a dejar solo ahora, cuando necesito compañía. Para que veas que no tengo orgullo contigo: me he tomado hasta el último cobre... ¡Pide otra botella y convidame algo de comer!... ¡No te botes a tieso!... ¡Guachito, las tripas me están crujendo y me muero de sed!...

Desde la calle llegaban la música de un organillo y voces como de disputa. El patrón del bar salió a la puerta, y, después de una breve inspección, volvió a entrar, mirando de reojo a Bernardino y al Cara de Doctor. Este se había sentado como cediendo, no tanto a la fuerza de Bernardino colgado de su manga, como al peso de su caso de conciencia. Para abrir un escape a sus dudas exclamó:

—¡Eres un cobarde, Rubio, un desgraciado!

—Tú no comprendes nada y estás hablando por no dejar. Dices que no aguantas que nadie te ponga la mano encima. Yo tampoco, tú lo sabes. Pero lo que pasó con Moreno fué otra cosa... Moreno me ha ayudado mucho... Nos conocemos desde hace la mar de años. Yo le falté y me dió una guantada. Si yo digo que tuvo

razón, no es por cobardía, sino porque, la pura verdad, tuvo razón, y yo soy harto noble para reconocerlo.

El Cara de Doctor no respondió. Se frotaba el mentón, reflexionando. El otro insistió:

—Si andas con plata, ¿qué te cuesta convidarme otro trago y algo de comer?

—Bueno —respondió por fin el suplicado—. Vamos a ir a comer unos porotos, y después volveremos a tomar otra botella. Lo hago para que no digas que me boto a orgulloso con un gallo que está en las malas. Perc no creas por eso que tú eres para mí el mismo de antes. Un gallo noble no aguanta bofetadas de amigos ni de enemigos.

—¡Dale con la lesera!... Yo no tengo enemigos. Ya te lo dije. He perdonado a todos los que me han hecho mal.

El Cara de Doctor hizo un gesto de fastidio, resignado, como hombre que sabe pasar por encima de las debilidades humanas. Se puso de pie, tiró un billete sobre la mesa y salió, seguido de Bernardino, ahora mucho más débil de las piernas.

La calle Clave, pasado el reflujo de la hora en que los trabajadores vuelven a sus casas, había tomado un aspecto tranquilo, pero algo misterioso con su línea que serpentea entre las viejas fachadas como buscando desesperadamente una salida hacia la cumbre del cerro. Bajo los faroles se veían hombres que fumaban inmóviles; en la penumbra de los zaguanes se dibujaban algunos bultos, quizá de parejas estrechamente abrazadas. Se oían el taconeo de mujeres jóvenes que iban calle abajo y el grito monótono de un vendedor ambulante. Hacia el puerto el brillo de las vitrinas iba al encuentro de la vida nocturna del barrio.

El Cara de Doctor y Bernardino entraron en una cocinería, y una muchacha gorda y de aire malhumorado les tiró sobre la mesa de hule grasiendo dos platos de charquicán con porotos. Los cubiertos cayeron estruendosamente junto a los platos, pero los dos comensales, demasiado hundidos en sus preocupaciones, no prestaron atención a la rudeza de la chica. Por pri-

mera vez en su vida, el Cara de Doctor se encontraba frente a un problema tan complejo como el de Bernardino: un tipo a quien él había conocido siempre macho parecía ahora casi agradecido de que le hubieran dado una pateadura. ¿Qué era eso de perdonar a los enemigos?... ¡Ah, bien decían que la marina era una esclavitud! El capitán de un barco es un tirano, y domina a sus hombres por el terror.

—¡Tenía harta hambre, compadre! —dijo Bernardino—. Desde ayer no había comido nada. ¡Puro trago!

—Por eso es que estás tan bruto —replicó el Cara de Doctor, lentamente—. Ahora la mona te da por sentirte un ángel, por dar las gracias a los que te pegan.

—¡Bueno que eres cargante, guacho!... ¡Dale con la misma lesera! ¿Hasta cuándo quieres que te diga que llevé aguardiente a bordo del "Alcatraz", que me curé, que por mi culpa se perdió una ballena grandaza? ¿No sabes que todos los tripulantes tienen un porcentaje sobre las ballenas que cazan? Bueno. Ya te puedes imaginar cómo estaban de furiosos todos conmigo. El capitán Moreno me dió una guantada. ¿Y qué? La purita verdad es que tuvo razón. Si no, no lo habría hecho. Moreno es mi amigo.

El Cara de Doctor no se echó a reír. No reía nunca a carcajadas, porque nada en el mundo le parecía digno de una manifestación exuberante. La estupidez humana provocaba en él, cuando más, una sonrisa sardónica, que le hacía caer la punta del bigote izquierdo. En esta ocasión la mueca no podía ser más justificada. La acompañó de la siguiente sentencia:

—¡Pobre animal! ¡Un capitán no es nunca amigo de un marinero; un rico no es nunca amigo de un pobre!

—Un capitán no es un rico —replicó Bernardino, con la boca llena de porotos.

—¡Es lo mismo! Es un patrón.

—Tampoco es un patrón; es un capitán.

—¡No seas imbécil! Discutes porque estás borra-

cho. Ese Moreno es un abusador. ¡Tu amigo!... ¡Buena cosa el amigo!... Te da una bofetada y te echa a la calle. En buenas cuentas te quita el pan de la boca.

Bernardino, que había terminado su tocino y sus porotos, se quedó perplejo.

—¿Sabes que por un lado tienes razón?

—¡Claro que tengo razón!... Moreno te ha echado, te ha obligado a desembarcar por borracho. Todo el mundo lo sabe. ¿Quién va a querer ahora darte trabajo?

—Es la pura verdad...

—Si hubiera sido tu amigo, como dices, te habría castigado, pero no echándote a la calle, no desacreditándote como marinero. ¿Qué vas a hacer ahora?

Bernardino reflexionaba:

—Voy a estar bien fregado. Nadie va a querer embarcarme.

—¡Por culpa de tu amigo del alma!

La barriga bien estibada del antiguo contramaestre del "Alcatraz" reemplazaba ahora a la dulzura de la tarde para mantenerlo en un baño de beatitud.

—De alguna manera me arreglaré. No faltará alguien que quiera embarcarme. Soy buen marinero...

—¡Las cosas tuyas, pobre crestón! No sabes que Moreno anda diciendo por todas partes que eres un borracho, que le hiciste perder una ballena...

—Es la verdad no más.

—...que casi le hiciste encallar el buque.

Rubio dió un respingo, que el peso de todo el alcohol que llevaba en el cuerpo no pudo impedir.

—¿Encallar el "Alcatraz"? ¿Quién? ¿Yo?

—Tú mismo. Moreno lo cuenta por todas partes.

—¡Es una calumnia! ¡Eso no es cierto!...

—Pero tu capitán tan querido, tu noble amigo, anda jurando que tú estuviste a punto de joder el buque y de ahogar a todos tus compañeros.

Bernardino había caído en una gran postración. Los últimos rayos de la dulce tarde contemplada desde el Paseo Alemania se habían apagado en su alma; un relente de vino, un pesado olor de porotos guisados con

manteca rancia terminaba de sepultar en el pasado el perfume del viento marino y de los jardines de primavera. La voz del Cara de Doctor seguía implacable como el ruido tenaz de un mortero que machacara las últimas esperanzas:

—Te han desacreditado, Bernardino. Hazme caso: eres víctima de una persecución. Lo que ese tipo quiere es cerrarte todas las puertas y que te mueras de hambre.

—Pero desde hace muchos años Moreno me ha ayudado.

El Cara de Doctor escupió. Ninguna de las artimañas de hipocresía se le escapaba. Sin vacilar reveló todo su conocimiento del alma humana:

—Eso ha sido para joderte mejor ahora.

Bernardino estaba abrumado por la revelación inaudita. Lo único que se le ocurrió decir fué:

—Oye, vamos a tomar otro poco.

El Cara de Doctor llamó a la muchacha malhumorada y pagó. Luego los compadres volvieron a la taberna. Durante el trayecto ninguno había pronunciado una palabra. Ante dos vasos de tinto seguían mudos.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó Bernardino al cabo de un largo momento.

El Cara de Doctor no respondió sino después de un detenido examen de su amigo.

—Tú eres un hombre de mala suerte, Bernardino; pero eres un hombre honrado.

—Eso es cierto —respondió el otro enternecido.

—No puedes quedarte con la guantada que te ha pegado tu calumniador.

—¿Y qué voy a hacer?

—¡Vengarte!

La palabra sonó seca, sin un eco. Fué como si el Cara de Doctor hubiera clavado un puñal en la cubierta de la mesa, entre él y su desgraciado compañero.

—Pero yo no puedo hacer nada contra Moreno. Ese es un gallo que de una guantada me tira de aquí al Barón.

—Debes vengarte. Sea como sea. El pobre no tie-

ne más que su honor, y si no lo defiende es una mugre.  
Bernardino bebió hasta la última gota de su vaso y respondió:

—¿Quieres que te diga? ¡Creo que tienes razón! Ahora que pienso... ¿Sabes que la otra noche el Polo, el cocinero del "Alcatraz", me pescó borracho en la calle Cochrane y me dió la tanda?

Aquello fué demasiado. El Cara de Doctor se levantó de su silla con la boca torcida por el desprecio y se encaminó hacia el mostrador, donde el patrón atendía a otros clientes. Pero reflexionó y volvió a sentarse.

—¿Cómo? ¿Te pegó el cocinero? ¿Te dejaste atropellar por el cocinero?

Bernardino se disculpó débilmente:

—Yo estaba borracho...

—¡Aunque estuvieras borracho!... ¿No tenías cuchillo?

—Tú sabes que yo no manejo.

El Cara de Doctor se cogió la cabeza a dos manos, oprimiéndosela para impedir que la indignación la hiciera estallar.

—¡Boludo! —profirió finalmente—. ¿No te das cuenta de que el cocinero fué mandado por Moreno? ¿No comprendes que Moreno quiere matarte?

—¡Matarme! ¿Por qué?

—Porque es un canalla, porque te odia.

Bernardino se echó sobre su amigo:

—Oye, guachito, yo soy muy desgraciado. Sólo tú puedes ayudarme. Ya sabes que tú eres mi hermano. ¡Tienes que protegerme!

Baluceaba con los labios flojos por la borrachera, crispando las manos sobre el vestón de su amigo.

—Yo te ayudaré, siempre que te portes como hombre y no como un boludo ni como un marica.

—Soy harto hombre, tú lo sabes. ¿Crees de veras que Moreno quiere matarme?

—¡Está más claro que el agua! Lo que tienes que hacer es tomarle la delantera, si quieres salvar tu pellejo.

—¿Pero cómo?

—Tienes que buscar a Moreno y sacarle los bofes a patadas. Así te vengarás y él te tomará miedo y dejará de perseguirte.

—¡Sacarle los bofes a patadas! ¡Tienes razón! ¿Tú me ayudarás?

—Te ayudaré porque soy tu amigo.

—¿Promesa?

—¡Promesa!

—Tomémonos otro trago por la amistad hasta la muerte.

El Cara de Doctor se puso en pie, derecho como una espada y se echó el sombrero sobre el ojo izquierdo.

—No. Tú estás muy borracho. Lo mejor es que te vayas a dormir.

—No tengo dónde dormir. Estoy sin cobre.

—Toma.

Metió unos billetes en el bolsillo de Bernardino, lo levantó de un brazo y, después de pagar el consumo, lo sacó a rastras de la taberna.

—Mañana nos veremos aquí. Ahora me voy.

—¿Me dejas solo?

—Tengo un asunto que arreglar esta noche. Ven mañana. Andate a dormir ahí al frente.

Bernardino cruzó la calle a trastabillones hasta el hotel que lucía su enseña desgarrada encima de un zaguán oscuro. El Cara de Doctor tiró su pucho y empezó a bajar hacia el puerto.

## VIII

A MEDIDA que el capitán Moreno remontaba la pendiente de la calle, el mar y el puerto iban apareciendo entre los árboles y los miradores de las viejas quintas. Cuando volvió la cabeza desde la esquina tuvo la impresión de que la extremidad inferior de la calle desembocaba sobre el mar a una gran altura, como en un balcón fantástico con su balaustrada de eucaliptos y cipreses. El otro extremo subía entre las curvas del cerro de tierra roja, marcada por la huella de las aguas lluvias. Era una calle ancha, con largas tapias y jardines. El furioso viento sur arrancaba de las ramas un rumor de rompiente marina.

Julio siguió una tapia baja, se detuvo ante una puerta de reja y consultó la dirección que Roy le había dado. El número se hallaba marcado en una placa tan mohosa como la reja misma y como la cadena que la cerraba. El polvo acumulado allí mostraba que esa puerta no se abría desde hacía años. Pensando en una equivocación del Gringo y en que la casa se hallaba deshabitada, siguió caminando hasta la esquina en busca de alguien a quien preguntar la verdadera dirección de Percy Roy. Allí vió con sorpresa que la tapia se encontraba derruida en un espacio de tres o cuatro metros y que, a juzgar por las huellas, los habitantes de la quinta entraban y salían por esa abertura. Avanzó con precaución y descubrió un jardín comple-

tamente salvaje. Entró mirando a todos lados, hasta que un perro policial, un galgo y un quiltro salieron de entre las matas y se precipitaron hacia él ladrando. Moreno se detuvo e iba a dar media vuelta, intimidado por el recibimiento, cuando una voz de mujer sonó a lo lejos y contuvo la carrera de los animales, que se quedaron gruñendo y mostrando los dientes.

El capitán permaneció inmóvil. Entre los árboles se veía una construcción anticuada de muros en otro tiempo blancos y ahora grises y polvorientos. Una mujer, vestida con un pantalón azul y una blusa blanca, apareció al fondo del jardín. Al divisar al visitante avanzó hacia él con paso rápido.

Julio se quitó el sombrero y esperó. Los perros se le aproximaron otra vez amenazadores, pero un nuevo grito de la mujer los hizo ir hacia ella dando cabriolas. Cuando la dama estuvo a pocos pasos, el marino empezó a explicarse y a dar excusas: buscaba al señor Percy Roy. Había visto la puerta de reja cerrada, luego aquella parte del muro caída y había pensado... Como parecía que la reja no se abría desde hacía tiempo... Pedía perdón... Tal vez el número estaba equivocado y como la tapia...

Inmóvil frente a él, con los cabellos de un dorado oscuro iluminados por un rayo de sol poniente, la mujer lo observaba, tendiendo las manos hacia los perros que saltaban en torno y a veces iban a apoyar las patas en sus piernas y en su pecho. Sonreía levemente y sus grandes ojos castaños y penetrantes detallaban al marino con tal frialdad que éste empezó a retroceder.

—Está usted en buen camino —dijo por fin la mujer—. ¡Quieto, "Whiskey"; tranquilo, "Dominó" —gritó al galgo y al policial que le ponían en la blusa las marcas de sus manos.

—Lamento ser inoportuno —comenzó de nuevo Julio.

—Pase usted. Yo soy Mónica, la mujer de Percy. Usted debe ser el capitán Moreno.

—Julio Moreno, a sus órdenes...

Ella le tendió la mano. El ballenero vió el brazo

desnudo cuya pelusilla dorada brillaba al sol, y alzó la vista hasta el rostro. Un rostro más bien ancho, encuadrado por una frente amplia, una mandíbula firme y dos bandas de cabellos lacios y dorados. La boca era grande, con el labio inferior ligeramente abultado, la barbilla redonda, los ojos castaño claro, la nariz recta y pequeña.

—Pase usted —siguió Mónica—. Percy no tardará en llegar. Me había prevenido de su visita. Lo estaba esperando. No se extrañe usted de que lo haga entrar por aquí. Como la tapia se derrumbó, nos ha parecido más práctico dejar este hueco como puerta. Así nos ahorramos el trabajo de abrir y cerrar la reja. Percy y yo somos muy flojos.

—¡Qué hermoso jardín! —murmuró Julio asombrado.

—Es un jardín salvaje. A nosotros nos gusta así. Las plantas deben vivir como les dé la gana. Lo único que nosotros hacemos es regarlo.

Mónica echó a andar hacia la casa seguida del marino. Los perros ladraban ahora alegremente y en sus cabriolas venían a estrellarse contra las piernas del visitante.

El jardín, plantado de árboles frutales, de palmeras, acacias, pinos y cipresés, era enorme. Entre las ramas, al fondo, Moreno distinguió algo así como un corral donde había un caballo. Más allá se alzaban viejos galpones y gallineros.

—Esta es el Arca de Noé —dijo Mónica.

Mientras subía los escalones que conducían a la entrada principal de la casa, Julio detalló a la mujer: edad, treinta y cinco años; estatura, mediana; salud, de hierro; hábitos deportivos. ¡Qué cintura tan estrecha y qué caderas tan sólidas! El pantalón modelaba unas nalgas gloriosas y escondía unas pantorrillas que debían ser admirables.

La casa de los Roy, rodeada del enorme jardín, era una vasta construcción de dos pisos, estilo chalet, muy abandonada. Los muros se veían polvorientos, roídos por las lluvias; las molduras, rotas; las rejas, mo-

hosas, y la escalera por la cual Mónica y Julio subían, con los peldaños medio hundidos y cubiertos de musgo en los rincones.

Siguiendo a la dueña de casa Julio Moreno se encontró en un gran *hall* en penumbra, casi desnudo de muebles. De una puerta del fondo salió una mujer anciana vestida de azul oscuro y con su amplia falda casi cubierta enteramente por un delantal negro.

—María, abra las ventanas del salón —le dijo Mónica. Y agregó, dirigiéndose al marino—: Tenemos tan poca costumbre de recibir visitas, que ya ve usted... No sé cómo hacer...

—Tal vez he venido demasiado temprano.

—¡No, no! Tanto mejor que haya venido usted temprano. Así trabaremos amistad por nuestros propios medios.

Entraron en una amplia pieza amoblada solamente con cuatro sillones antiguos, un vasto diván, un *bouffe* de caoba coronado por un reloj que no marchaba, dos mesitas bajas y un gran espejo adosado al muro de la izquierda. En el de la derecha se veían dos telas representando paisajes ingleses. La pared central estaba casi completamente ocupada por los dos balcones, cuyos sombríos cortinajes María apartaba para abrir las ventanas. La luminosidad de la tarde pareció reventar dentro del salón.

Los perros habían entrado también y saltaban sobre la alfombra gastada.

—Siéntese usted, señor... capitán..., ¿qué tratamiento hay que darle? —Y dirigiéndose a la sirvienta—: ¡María, tome el sombrero del señor... Ahora cuénteme ese famoso viaje de mi marido. El me ha dicho que no se había mareado. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto.

Mónica sacó una cigarrera de metal y la tendió abierta a su visitante. Después empezó a fumar lentamente.

—Percy me ha contado todos los detalles de la caza a la ballena. Me parece una cosa horrible. ¡Pobres animales! Percy ha sufrido una fuerte impresión al

ver agonizar un ser tan enorme y al mismo tiempo tan indefenso. Nosotros queremos mucho a todos los animales. Ya le mostraré luego la verdadera *ménagerie* que tenemos en casa. Somos el asilo de los perros y los gatos vagabundos..., y de otras bestias... ¿A usted no le gustan los animales?

—Sí, naturalmente...

—¡Qué bien! Yo tengo horror de la gente que no los quiere. Eso revela egoísmo, orgullo y deslealtad. ¿No lo cree usted así?

—Sí, tiene usted razón.

—Creo que sí. Anda por esas calles de Dios cada hombre y cada mujer llamando a los animales "seres inferiores"... ¡Y ellos!... ¡Si se conocieran!...

Se echó a reír. Había hablado lentamente, con una voz de timbre claro que de pronto se quebraba en inflexiones graves. Moreno pensó en el agua de un torrente que salta un instante y luego se adormece en un pequeño remanso.

—Esta casa es un poco extravagante —siguió—. Aquí las personas, los animales y las plantas viven como les da la gana. Yo trato de facilitarles las cosas a todos a medida de mis fuerzas. Percy se ocupa también un poco, porque es muy descuidado y más perezoso que yo. En fin, vamos saliendo adelante... No recibimos casi nunca visitas, pero no somos misántropos, no vaya usted a creer. Lo que pasa es que nadie quiere venir tan lejos y nos vemos con todo el mundo en el centro o en Viña. Usted es de los pocos valientes que se atreven a venir hasta aquí.

Sonaron en el pasillo unos pasos menudos y una cabrita hizo irrupción en el salón, balando. Los perros fueron a su encuentro alegremente y aquello fué una algazara.

—¡Juana, Juana! —empezó a gritar Mónica—. ¡Ven a sacar de aquí a "Biquet"!

Apareció otra criada vieja y empezó a empujar a los animales fuera del salón refunfuñando. Mónica contemplaba la escena sonriendo y con el rostro como iluminado.

—“Biquet” es adorable, ¿verdad? ¿Ha visto usted su cabecita inteligente y sus patitas tan finas? Es como un juguete. Ya le dije a usted: esta casa está hecha una miseria a causa de los animales, pero es mejor que ellos estén a gusto...

Desde fuera llegó el ruido de un automóvil. Mónica se puso de pie:

—Percy está ahí.

Salieron a la escalera de la entrada. Percy descendía de un viejo Chrysler detenido junto al corral. Vino hacia Mónica y el marino con su manera tan especial de caminar: los pies un poco hacia afuera, el paso rápido y los brazos colgantes. Los finos y escasos cabellos rubios se alborotaban sobre su frente.

—¿Qué tal, capitán? —saludó—. Muy amable de venir hasta aquí. Perdóneme que esté un poco en retardo. Debía haberle dado cita en el plano y habríamos subido en el coche.

—La verdad es —dijo Mónica— que no nos atrevemos a ofrecer el auto sino a los amigos de mucha confianza. Cuando usted suba en él, comprenderá.

—¿Qué? —preguntó Moreno riendo—. ¿Que he llegado a ser amigo de confianza?

—Desde luego..., y que en nuestro coche hay más balance que en su buque.

—¡Oh!, está un poco viejo, es cierto. Por lo demás, como usted ve, capitán, en esta casa todo es viejo...

Entraron en el salón. Roy sacó del *bouille* botellas y vasos y empezó a preparar un cóctel. El viento había cesado. Por los balcones abiertos entraban la frescura del anochecer y sus últimas claridades en reflejos verdes proyectados por el jardín. El tintineo de los vasos que el Gringo manipulaba salpicaba el gran silencio de gotas melancólicas. Mónica se había sentado en un sillón echando la cabeza hacia atrás y extendiendo los brazos desnudos sobre sus piernas. Desde su sitio Moreno la veía de perfil contra la luz. No recordó en ese instante nada de lo que había contado el doctor Varela, pero le dominó una confusa impresión, como si el

pasado de esa mujer estuviera ahí erguido junto a ella, apenas visible en la penumbra que rodeaba la ventana. Era una sombra desdibujada y como envuelta en el brillo de otras tardes, en otros años y en otros cielos. Ahí estaba ese pasado; pero, en realidad, ¿era el de Mónica o el de Moreno mismo? Tal vez el marino veía la silueta de la mujer en ese instante a través de sus propias sensaciones de otro tiempo; tal vez era la presencia de ella la que despertaba esos largos ecos en el vacío de su corazón... Las imágenes giraban rápidamente. Moreno no apartaba la vista de los cabellos de oro oscuro aureolados por la luz moribunda. Y de súbito la luz se reanimó. Se reanimó hasta llegar a transformarse en la claridad de un día de sol en el invierno de Amberes. El sol bañaba la calle cubierta de nieve y solitaria. Sólo en una esquina un mendigo arrancaba a su flauta unas notas largas y agudas que subían en el cristal claro y frío del día... La imagen subsistía con una consistencia absurda, con una nitidez perfecta, como si hubiera surgido para instalarse definitivamente en el cerebro de Moreno. Sin embargo, él no había pensado jamás en este cuadro perdido entre tantos otros desde hacía diez o quince años... ¿Por qué el perfil de Mónica lo evocaba?... Mónica y el brillo de ese lejano día de sol y de nieve, atravesado por las agudas notas de una flauta. Un día de luminosidad y de frío en Amberes... Como esa sensación, Mónica venía también de lejos en el tiempo y en el espacio...

La voz de Percy hizo que el capitán se volviera vivamente hacia él.

—Como usted ve, yo soy más humano que lo que fué usted a bordo del "Alcatraz": yo le ofrezco inmediatamente un *whiskey sour*.

—Es que a bordo el alcohol está prohibido.

—Felizmente en el Cerezo el ingeniero jefe me convidó un excelente aperitivo. ¿Qué tal encuentra éste?

—De mano maestra.

Después de vaciar su vaso, Mónica se retiró para vestirse. El Gringo invitó a Moreno a visitar el jardín,

y los dos hombres salieron acompañados de los tres perros.

Aunque era ya casi de noche, se pasearon por los senderos abiertos en la verdura salvaje. Por los troncos de los viejos árboles subían enredaderas espesas y en algunas partes el camino pasaba bajo un techo de ramas. El jardín era muy grande. Más allá de una pequeña parte cultivada en hortalizas había un corral que encerraba un caballo y una llama.

—Aquí tiene usted a “Arizona” y “Gitano” —dijo el Gringo acariciando a los animales.

Siguieron caminando hasta una pajarera y un gallinero. Pájaros y gallinas dormían ya. En la penumbra Moreno creyó ver que había gran cantidad.

Dieron vuelta por detrás de la casa y entraron por otra puerta. En una galería estaba “Biquet” echada sobre un confortable lecho de paja. Al ver a Percy se levantó y fué hacia él tecleando rápidamente con sus patitas sobre el *parquet*. Percy la tomó en los brazos.

—Mire usted, capitán, ¡qué hermosura!

El marino notó que la voz del Gringo, habitualmente irónica o sin color, se teñía de ternura. El animalito frotaba el hociquillo contra el mentón de su amo.

—“Biquet” lo conoce bien a usted.

—¿Que me conoce? ¡Me adora, capitán, y está bien pagada!

Avanzaron por la galería, donde había algunos muebles viejos, hasta llegar a una percha sobre la cual dormitaba un loro. Percy le alargó un dedo y el pájaro se despertó y empezó a lanzar unos sonidos confusos. Luego se puso a gritar: “Papá, papá”, y a picotear dulcemente el dedo del Gringo.

—Es el viejo “Lord Brandy”, un bandido de la peor especie. Habla mucho, pero ahora tiene sueño... Guárdese usted de ponerse a su alcance. Cuando no conoce a las personas se porta como un viejo lord cascarrabias. Ahora ya es muy tarde y no le puedo presentar a “Cleopatra” y “Mesalina”. ¡Dios sabe dónde se habrán metido! Son dos tortugas coquetas, casi

desvergonzadas. Nos llaman a comer. Otro día verá usted al zorrillo "Tenorio". Es un seductor terrible. Le estamos buscando una novia. Todos estos animales nos dan mucho trabajo, pero nos divierten.

La voz de una de las criadas se oía al fondo del corredor llamando para la comida.

—Si pudiéramos tenerla le pediríamos a usted, capitán, que nos trajera una ballena viva... ¡Qué lástima verse privado de la compañía de un ser tan adorable!...

Riendo el Gringo condujo a su huésped al comedor, donde Mónica los esperaba, vestida de negro con gran simplicidad, sin más joyas que un broche de oro en el ángulo de su escote muy abierto. Moreno admiró a la mujer cuyo encanto era una mezcla de fuerza y de delicadeza: los hombros anchos, el busto amplio, las caderas sólidas; el talle, los tobillos y las muñecas finos, y el cuello largo y terso.

Comieron dos platos sencillos y abundantes, bien regados de vino blanco y tinto. Percy estaba de buen humor y pidió al marino que les contara algunas aventuras extraordinarias. Julio no veía en su vida nada de asombroso, nada que valiera la pena. Recordó sus primeras experiencias de ballenero en pocas palabras. Entonces el Gringo empezó a hablar de la historia de la caza a la ballena, que parecía conocer perfectamente. Dijo que los primeros cazadores habían sido los vascos en el siglo IX; contó una cantidad de anécdotas que hicieron reír a Moreno. Mónica escuchaba en silencio, fumando cigarrillos entre los platos. Moreno pensaba que debía encontrarse profundamente aburrida, y esta idea lo cohibía un poco, dándole la impresión de ser inoportuno. No pretendía que la dueña de casa se mostrara deslumbrada por su presencia, pero de ahí a esa frialdad casi hostil...

Los dos hombres hablaron luego de box y de fútbol. Percy estaba al tanto de todas las novedades deportivas del mundo.

—Me han dicho que usted escribe artículos de *sport* —apuntó el marino.

—A veces..., de tarde en tarde, cuando se presenta algo interesante o cuando me falta un poco de dinero para dar de comer a nuestros animales. Ya le he dicho que no soy amante del trabajo.

—Es natural si usted no tiene necesidad de trabajar...

—¿Necesidad?... Según y cómo... Ya ve usted que vivimos bien modestamente; pero, en fin, eso nos basta. Yo trabajaría si supiera que en poco tiempo me iba a hacer rico, no para guardar el dinero, sino para gastarlo. Pero como sé que no tengo capacidad para hacer fortuna, me parece ridículo sacrificar mi ociosidad y seguir en la misma situación o con un beneficio insignificante.

—¿Pero no hace usted nada? Perdone la impertinencia de mi pregunta, pero como yo he trabajado toda la vida me resulta asombroso encontrar a alguien que no se ocupe en algo.

—Leo, converso a veces, ando por ahí... La vida es corta..., para enterarse de todas las cosas interesantes que hay o ha habido en el mundo. Me gustan especialmente los libros de historia, los libros sobre la vida de los animales, las relaciones de viajes antiguos. El deseo de aprender cosas es un signo de vejez. Yo estoy viejo.

Julio Moreno se sintió más cohibido: los ojos fríos de Mónica se clavaban en él desde hacía un instante. "Apenas pueda me mando mudar —pensó—. ¡Qué mujer más impertinente y qué importancia se da!"

—¿Es usted casado, capitán? —preguntó ella de pronto.

—No.

—Pero con novia...

—Tampoco. Hace años pretendí casarme, pero el proyecto no marchó bien. Ahora se me ha pasado la edad.

—¡Hombre! —dijo Percy—. Usted debe tener unos cuarenta años: la buena edad para casarse con una chica de veinte.

El marino levantó los ojos de su plato y se en-

contró de nuevo con la mirada inquisitiva de Mónica. "A la impertinencia con la impertinencia", se dijo, y agregó en alta voz:

—¿Para qué? ¿Para que la muchacha me engañe por viejo? La juventud es para la juventud. Un hombre de cuarenta ya no debe casarse, y si hace esa tontería debe buscar por lo menos a una mujer de treinta y cinco. A esa edad ya no son peligrosas.

Si Mónica percibió la mala intención de la frase, no lo dejó adivinar. Sin apartar los ojos del marino, fumando lentamente su cigarrillo, contestó:

—Creo que usted se equivoca. A mí, por lo menos, cuando era muchacha me gustaban los hombres maduros, reposados y que tenían, o parecían tener, cierta experiencia. Los imberbes que fumaban sin cesar y hablaban a gritos para darse aires de hombres me ponían los nervios de punta. ¿Ha visto usted algo más tonto que una pareja de adolescentes? Una chica joven se ve siempre mejor con un hombre de cierta edad.

—Tal vez para la mujer esté bien —Moreno se refugiaba en la porfía, aunque el tema no le interesaba para nada—, pero cuando el hombre es mucho mayor que su prenda pasa por un viejo verde.

Roy intervino con animación:

—Eso del viejo verde es una tontería. Cuando la gente ve que un señor de sesenta años toma una amigueta de veinte se ríe y dice que eso es inmoral. ¡Puro rencor, pura envidia! La gente quisiera ver al viejo con una arpía de su edad que lo obligara a cuidarle los reumatismos y a oírle sus lamentaciones. Le da rabia a la gente que ese hombre aun se considere con derecho al amor y que tenga una chica bonita que le hace agradable la vida y le distrae. ¡Nada, nada! ¡La juventud de las mujeres se ha hecho para adornar la vejez de los hombres!

—Pero las mujeres no piensan así —argumentó Moreno, buscando ya una frase francamente desagradable—. Se aburren con los viejos y los engañan. Yo creo que la fidelidad en el matrimonio no está garan-

tizada sino por las patas de gallo y la barriga de la esposa.

Satisfecho de su hallazgo, miró a Mónica para comprobar el efecto. Ella había apoyado la barbilla en la mano derecha y continuaba mirándolo con la misma frialdad. Sin embargo, su respuesta mostró que había recibido el golpe:

—Entonces, según usted, yo que no tengo patas de gallo ni barriga, debo ser infiel.

Julio sonrió.

—Yo no hablo de casos particulares...

Ella se puso de pie.

—Pasemos al salón —dijo—. El café ya está servido.

La criada disponía las tazas en la mesita baja. Dos grandes gatos ordinarios, uno rubio y otro gris, dormían en el diván. Mónica se sentó, recogió las piernas bajo su falda y los dos gatos fueron a echarse sobre ella.

—¿Qué prefiere usted, capitán? —preguntó Percy—. ¿Coñac o *whiskey*?

—Lo que ustedes quieran. Yo bebo poco.

—Pero diga lo que desee.

—Lo que prefiera la señora.

Mónica acariciaba los dos gatazos, y éstos entornaban los ojos bajo el roce de los dedos largos, despojados de anillos. Parecía haber olvidado la conversación de la mesa.

—¿Qué quieres tú? —le preguntó Percy.

—Yo, *whiskey*, pero no quiero imponer mi gusto al capitán.

La luz de la gran pantalla amarilla fué a brillar en sus dientes muy blancos y parejos. Mónica sonreía como a una idea secreta. Sus labios un poco gruesos daban a su sonrisa algo de malicioso y crispado. Julio tuvo la impresión de que su pequeña victoria, lo que él creía su victoria, se le escapaba. Sonriendo a su vez, quiso afirmar sus posiciones.

—Perdóneme, señora —dijo—. Creo que hace un momento he dicho una tontería. En realidad estoy hablando de lo que no entiendo. He pasado mi vida en el

mar, y conozco poco a las mujeres. Usted no me va a tomar en serio.

El Gringo intervino al mismo tiempo que servía el *whiskey*:

—¡Bah, no se preocupe, capitán! ¡Nosotros nos escandalizamos difícilmente! Volviendo a nuestro tema, le diré que creo que usted es un caso de deformación profesional. De tanto cazar ballenas ha terminado por pensar que la mujer ideal debe parecerse a un cachalote. ¡Qué escándalo! ¿Así es que usted prefiere la fidelidad barriguda y con várices a la infidelidad con juventud y belleza? ¿Le gustaría a usted más dormir todas las noches al lado de una vieja bigotuda que dos noches por mes con una chiquilla linda y de piel suave?

—Ni con una ni con otra; a mí me gusta dormir solo. —Y riendo, Julio bebió un sorbo de *whiskey* tan largo, que se atragantó y empezó a toser desesperadamente. Cuando se repuso, sus ojos encontraron de nuevo la mirada fría de Mónica, iluminada esta vez por una lejana chispa de ironía.

—¡Qué torpe soy! —gruñó Moreno.

La luz de la pantalla amarilla brilló otra vez en los dientes apenas descubiertos, como si la sonrisa desfalleciera sin alcanzar a remover la pesada voluptuosidad de los labios. “Cuando sonrío es menos anti-pática”, pensó Moreno, y se levantó para despedirse.

—¿Tan pronto se marcha, capitán? —dijo Mónica—. ¡Debe usted tener que acostarse temprano como un colegial! Me había formado otra idea de los marinos, sobre todo de los balleneros...

—Ya ve usted: somos iguales a los demás. ¡No va usted a creer en las novelas!

—Eso es lo malo —apuntó Roy—: el no poder creer en las novelas. Hay algunas que sería interesante vivir.

—Yo he leído pocas novelas —dijo Moreno—. Dos o tres sobre la vida del mar. Pintan allí a los marinos como unos brutos que pasan bebiendo ron y repartiendo bofetadas.

—¿Y eso no es verdad? —preguntó Mónica.

—¡Qué va a ser verdad!

—¡Este capitán es un hipócrita! —exclamó Roy, riendo y sirviendo un nuevo *whiskey*—. Dile que te cuente la paliza que le dió hace pocos días a uno de sus marineros, un tal... ¿Cómo se llamaba? Belarmino, Bernardino... Dile que te repita sus exclamaciones cuando alguna ballena se le escapa...

—¡Cuente, cuente, capitán!

“Cuando ríe es simpática —pensó Moreno—, pero debe ser una mujer de un orgullo insufrible.”

—¿Qué pasó, capitán? ¿Es verdad que dice usted palabrotas y da bofetadas? A ver, ¡cuente, cuente! —Y reía, echando hacia atrás la cabeza y ofreciendo a la luz de la lámpara la piel mate de su cuello.

Moreno seguía de pie, en actitud de despedirse. Pero Roy llenó por tercera vez su vaso y lo obligó a sentarse de nuevo, a pesar de sus protestas:

—Debo marcharme. Yo soy un colegial dócil, como usted dice, señora, y tengo que irme a casita y no beber tanto *whiskey*.

Ella había abandonado súbitamente su aire de aburrimiento y parecía alegre. Para oprimir el cigarrillo en el cenicero extendió el brazo que el traje descubría casi completamente, y donde brillaba una pelusilla dorada. Preguntó:

—¿Vive usted solo, capitán?

—Con una hermana.

—Y de veras, ¿no piensa casarse?

—No. Ya le he dicho que se me pasó la edad. Estoy lleno de manías de solterón, y creo que le haría la vida imposible a una mujer. Además, si me enamorara, sería celoso como un turco y no me gustaría estar separado de mi mujer. Eso es una catástrofe para un marino.

—Yo siempre me he preguntado —dijo el Gringo—, cómo es posible que una fuerza tan exaltante como el amor conduzca a algo tan estúpido como la vida de familia.

—Pero la vida de ustedes no me parece estúpida. El Gringo se encogió de hombros.

—¡Bah, nuestra familia es bien original: “Cleopatra”, “Mesalina”, “Biquet”, “Arizona”, “Gitano”, y los demás!... Vivimos, como usted ve, en perfecta armonía. Además entre Mónica y yo no hay ninguno de esos principios tan respetables, pero tan sórdidos, que hacen la fuerza y la grandeza de la vida familiar.

—¿Qué principios?

—El de esclavizar uno al otro, el de constreñirlo, el de hacerle sentir a cada minuto que la vida no es sino una cadena de obligaciones y de responsabilidades. Además, nosotros no tenemos hijos.

—¿Detesta usted a los niños?

—No, no; lo que quiero decir es que el amor verdadero, el amor-pasión, no puede sobrevivir a la paternidad. Yo pienso...

—¡Vamos, Percy! —interrumpió Mónica—. ¡Ya va a empezar con tus sermones! ¡Cállate! El señor Moreno va a creer que eres un loco.

El Gringo, que había vaciado su *whiskey*, se levantó y se sirvió otro. El alcohol le encendía las pupilas y sus gestos se hacían un poco vacilantes.

—¿Por qué voy a callarme? —dijo—. Nos hemos reunido esta noche para conversar, y a mí me gusta ser sincero. Usted, Moreno, que es marino, que ha recorrido el mundo, no me interpretará mal. ¡Vaya, tómese ese *whiskey* y póngale otro! ¡Es del bueno!

—Cuando le da por exponer sus teorías —y Mónica hizo un gesto de resignación—, no hay más que oírlo.

—¿Y usted participa de esas teorías, señora?

Ella se echó a reír.

—Yo soy una esposa sumisa.

Roy, botella en mano, se plantó ante el marino, y éste no tuvo más que ceder.

—Bueno, vamos con este nuevo vaso, pero será el último. Usted, señora, parece que tiene miedo de que su marido diga lo que piensa. Eso me intriga.

El Gringo dejó la botella sobre la mesa, y de pie empezó a hablar, interrumpiéndose para beber a pequeños sorbos.

—Lo que yo quiero decir, capitán, es que el amor es una fuerza anárquica y libertadora. Cuando estamos enamorados nos sentimos dueños del mundo, con energías para echar abajo todas las barreras, para destruir todos los prejuicios. La razón y las conveniencias nos parecen idiotas; queremos hacer de la mujer amada una triunfadora, exaltada por la pasión y por la vida, por lo que hay de dramático y de lírico en la vida. Somos rebeldes a todo lo que no sea nuestro amor, y a cada instante queremos llegar a la raíz del placer. Vivimos con una intensidad feroz; y si es necesario, nos arrojamos contra la sociedad y el destino, porque somos libres y conocemos la verdad suprema que es el sentido pasional de la existencia humana. ¡Muy bien! ¿Qué ocurre cuando, en compañía de la mujer que nos ha dado tanta exaltación, caemos en la vida de familia? Todo cambia, mi querido capitán. Empiezan las pequeñas miserias, la rutina, las exigencias y las recriminaciones. Los suegros y los cuñados hacen su aparición; la mujer tiene que seguir un régimen para amamantar con éxito; el bebé tiene alfombrilla, hay que lavar los pañales en casa y otras gabelas por el estilo. ¿Cree usted que hay amor que resista a todo eso?

El Gringo había bebido hasta la última gota de su *whiskey*. Alzando el vaso vacío frente a Moreno, volvió a interpellarlo:

—¿Ah, capitán? Dígame, ¿hay amor que resista a tanta miseria?

El marino reía.

—¡Qué cuadro pinta usted! —exclamó—. Yo entiendo poco de estas cosas, pero me imagino que el amor no puede ser sólo una exaltación pasional; hay la ternura, la continuidad de un sentimiento sereno y profundo, que sucede a la pasión, y que vale tanto como ella. En otro plano, naturalmente.

Roy alzó los brazos, protestando.

—¡No, no! —gritó—. ¡Sólo hay grandeza en el amor-pasión! Lo demás es rutina, egoísmo y mezquindad.

—Pero no hay hombre ni mujer que puedan vivir la vida entera en pleno romance.

El Gringo se dejó caer en su sillón con aire abatido.

—¡Eso es lo terrible! —exclamó—. Por eso, cuando uno ya no puede vivir en romance, como usted dice, debe meterse en su rincón y renunciar a vivir.

Mónica había escuchado la peroración de su marido con indiferencia, bebiendo y fumando lentamente. Moreno observaba la delicadeza de los dedos que sostenían el vaso o el movimiento de los labios al recibir el cigarrillo. “Debe haberse tomado tres o cuatro *whiskeys*, y está tan tranquila”, pensó el marino.

El Gringo parecía fulminado por la conclusión a que había llegado su discurso. Estaba casi tendido en la butaca, con los brazos colgantes y el cigarrillo ‘apagado en los labios. Sobre el peluche azul del respaldo se destacaba su mechón de cabellos escasos y finos. Sus ojos vidriosos miraban fijamente delante de él. Mónica se había quedado inmóvil con el busto erguido y las manos sobre la falda. Julio seguía contemplándola con delicia en el silencio que se prolongaba, pero, al cabo de un largo momento, creyó que debía decir algo por buena educación.

—Todo está muy bien, Roy, pero usted combate un mal del cual no sufre usted mismo. En esta casa no se lavan pañales, y, por lo que he visto, creo que no hay exceso de rutina.

—No sólo los esclavos luchan por la libertad —murmuró el Gringo, sin moverse—. Yo soy una especie de La Fayette doméstico. Desde mi país anárquico vuelo en socorro de los oprimidos por la vida de familia...

Dejó oír su risilla sorda y encendió un nuevo cigarrillo.

—¡Bah! —replicó Moreno—. La mayor parte de la gente vive contenta con sus cadenas; la esclavitud tiene ciertas ventajas, y es el estado ideal para los in-

decisos. Saque usted a toda esa gente de la rutina, póngala frente a lo incierto, y no habrá conseguido más que llenar el mundo de desgraciados.

Roy agitó una mano bamboleante, sin despegar el brazo de la butaca.

—¡No me hable usted de “la mayor parte de la gente”! El hombre que está enamorado de una mujer por su bonito cuerpo, ¿qué es lo que piensa? Pues nada más que en hincharle la barriga y en hacerla parir. ¡Qué porquería!...

Julio miró sobresaltado a Mónica, pero ella parecía no haber oído. Si al comienzo de la velada había mostrado una impertinencia desdeñosa, ahora parecía completamente ausente, tan lejana como aquella tarde de Amberes que había sugerido al marino el reflejo de la luz en los cabellos de oro oscuro.

—Creo que debo marcharme; ya es muy tarde —dijo Julio.

El Gringo, que seguía hundido en la butaca, gruñó haciendo un gesto vago:

—¡No se vaya todavía, capitán!

—No, no; debe ser tardísimo —protestó Julio. Y agregó, acercándose a Mónica—: Señora, me despidó...

Ella se animó súbitamente. Incluyó el busto y miró al marino con los ojos un poco entornados y sonriendo.

—¿De nuevo quiere usted marcharse? Le encuentro razón: los discursos de Percy son muy aburridos. Yo creo que los que le oyen sus diatribas contra la vida de familia salen inmediatamente a “fundar un hogar”, como se dice. Este Percy sería un pésimo abogado. ¿Lo ha convencido a usted?

Moreno se encogió de hombros.

—Usted sabe, señora..., yo no me he planteado nunca esos dilemas. Uno se casa porque quiere vivir con una mujer que le gusta... Luego la vida lo va empujando sin que uno sepa hacia dónde...

Mónica se puso de pie y ofreció otro *whiskey*, que Moreno no quiso aceptar.

—Tiene usted razón, capitán —dijo—; pero no haga caso a Percy. Cuando bebe unos tragos se pone más discursador que el comandante Roquebruna.

—¿Conoce usted al comandante Roquebruna, señora? —preguntó Julio echándose a reír.

Desde la butaca se elevó la voz burlona de Percy:

—¡Cuidado, cuidado, gallardo marino, no vaya usted a hacer una plancha! El comandante Roquebruna es tío de mi mujer. ¡Nuestro tío muy querido y muy venerado!

—¡Oh! —repuso Moreno, un poco confuso—, yo sólo he preguntado. No me imaginaba que la señora conociera al comandante.

Mónica se divertía con el aire embarazado del marino. Se veía que hubiera querido confundirlo más.

—¿Por qué se extrañaba usted de que yo conociera al comandante Roquebruna? Todo el mundo en Valparaíso conoce a los tres comandantes.

—Sí, claro —respondió Moreno, riendo ya francamente—. Son figuras populares.

—Querrá usted decir que son los tres más grandes chiflados que ha habido desde que el puerto existe —exclamó Percy sin moverse de su sillón—. Ahora, si alguna vez usted juzga que mi mujer es un poco rara, ya comprenderá de dónde le viene.

—¿Son verdaderamente tíos suyos, señora?

Mónica se echó de nuevo sobre el diván, recogiendo las piernas bajo las faldas.

—Siéntese todavía un momento, capitán —rogó alegremente—. No hay nada más interesante que hablar de los tres comandantes. A mí me apasiona esa conversación.

Julio Moreno se sentó, y después de ofrecer un cigarrillo a Mónica encendió el suyo. Percy se levantó de su sillón para servirse un nuevo *whiskey*.

—¿Conoce usted la casa de los tres comandantes? —preguntó Mónica.

—No, no, señora.

—¡Qué vergüenza para un porteño! La casa de los tres comandantes es un monumento nacional. Yo

lo llevaré uno de estos días y usted verá lo más extraordinario que haya podido imaginar. Está en la subida Taqueadero, ¿sabe? Yo voy de tiempo en tiempo cuando estoy aburrida y siempre regreso encantada. Basta decir a cualquier *chauffeur* de taxi: "Lléveme a la casa de los tres comandantes", y lo llevan. Todo el mundo la conoce en el puerto.

—Yo —dijo Julio— conozco de vista a los tres, pero únicamente he hablado con el marino, don Anselmo.

—Son tíos de mi madre, es decir, tíos abuelos míos. Anselmo, el mayor y el pobre, es capitán de fragata, en retiro, naturalmente; Belisario, el mediano de edad y fortuna, es coronel, también en retiro, y el menor y el rico, Santiago, es comandante de policía jubilado. El menor tiene más de setenta años, el mayor debe haber pasado los noventa. Ni él mismo sabe su edad. ¿No le parecen a usted tipos formidables?

—Don Anselmo, el que yo conozco, me parece muy divertido.

—Loco como una cabra —apuntó Roy, que había vuelto a sentarse y que parecía aburrido con aquella conversación.

—Los tres están locos —dijo riendo Mónica—, y creo que el resto de la familia no anda muy bien tampoco de la cabeza, pero son originales y cada habitante de la casa de los tres comandantes es un personaje. ¿No conoce usted a Ermelinda? ¿Y a Juanita? ¿Y a Cristina? ¿Y al marido de Cristina?

Moreno movía la cabeza negativamente.

—Pues está perdiendo usted un espectáculo. Yo lo llevaré apenas esté usted libre. Anselmo, el marino, de más de noventa años, es soltero y no tiene más que su pensión, pero como se la da casi enteramente a su sobrina Juanita, apenas le alcanza para comer; Belisario, el militar, es viudo y heredó de su mujer una pequeña fortuna, pero como es un avaro terrible no le da un centavo a su hija Juanita, la cual si puede comer y vestirse es gracias a Anselmo. El comandante de policía es casado con Ermelinda, que es muy rica.

Tienen dos hijas, Trinidad, viuda de Marquesado, y Cristina, que está casada con Pepito Sierra. ¿No conoce usted a Pepito Sierra?

—No —dijo Moreno.

—Ese es el más fenómeno de la familia —apuntó Percy—. A su lado yo soy un héroe del trabajo. ¡Con eso se lo digo todo!

Mónica parecía alegremente exaltada por la evocación de la familia Roquebruna. Su rostro se había iluminado con una expresión de divertida espontaneidad y hablaba rápidamente subrayando sus palabras con ademanes ligeros. Moreno se mantenía atento a esa voz grave, quebrada a veces en inflexiones cristalinas. Le interesaba el relato de Mónica. Como todo porteño, conocía muchas anécdotas de los tres comandantes, personajes clásicos del viejo Valparaíso, pero sus viajes le habían dado pocas oportunidades de encontrarse con ellos. Sólo había visto en algunas temporadas con cierta frecuencia a don Anselmo, que acostumbraba a rondar por los muelles y los círculos marítimos.

—Los comandantes —siguió Mónica— heredaron la casa de la subida Taqueadero de sus padres, una casa inmensa, de cuarenta piezas, y, aunque los tres se detestan entre ellos, no han querido nunca repartirse la herencia y dejar de habitar ese caserón. Allí nacieron y allí morirán..., si es que mueren alguna vez. La única que emprendió el vuelo fué mi tocaya Mónica, hermana de los comandantes, que se casó con un francés rico y que vive en París hace cuarenta años. Durante la guerra escribía cartas terribles contando que se moría de frío y de hambre. Los hermanos le rogaron que se viniera, pero ella contestaba que no podía porque se sentiría *dépaysée* en Chile. Es una vieja viuda y avara que vive en un pequeño departamento de Passy, sola, sin sirvientes, rodeada de media docena de gatos y de perros.

Percy dormitaba en su sillón. Mónica siguió hablando de la familia Roquebruna largo rato con el mismo entusiasmo; contaba las extravagancias de los

ancianos y de sus hijas, de Ermelinda y de Pepito Sierra. Las anécdotas se sucedían entre risas y bromas. Moreno no hubiera creído nunca que aquella mujer, de aire frío e impertinente al principio, pudiera tener un fondo tan espontáneo y burlón. Con los ojos brillantes de malicia, dijo:

—No le voy a describir a usted la casa de los tres comandantes ni a revelarle todos sus secretos. Es mejor que tenga usted algunas sorpresas. ¿Cuándo quiere que vayamos a visitar a mis tíos?

—La próxima semana, cuando vuelva de mi carcería.

A lo lejos un reloj marcó las dos de la mañana y Moreno se puso de pie.

—Ahora sí que me marchó —dijo.

Roy salió de su somnolencia, y, sin levantarse, invitó:

—La próxima semana vuelva usted a comer con nosotros, capitán.

—No, no —repuso Moreno—; la próxima semana serán ustedes mis invitados. Comeremos en el puerto, y, si les gusta el sitio, será en el “Bote Salvavidas”.

Convinieron el lugar y el día. En esa comida Mónica diría al marino cuándo podían ir a visitar a los comandantes. Había que elegir un momento en que toda la familia estuviera en casa.

—Espero que esta noche no se haya aburrido usted —dijo Mónica.

—¿Por qué ha de haberse aburrido? —preguntó Roy, levantándose penosamente del sillón—. La mayor parte de la gente es más aburrida que nosotros.

Salieron los tres al jardín, acompañados de los perros, a cuyos ladridos respondieron otros ladridos lejanos en la noche tranquila. La luna surgía de una manera completamente artificial, como en el decorado de un teatro. Se hubiera dicho que alguien levantaba su enorme disco amarillo por encima de las montañas. Una ligera brisa murmuraba en las copas de los árboles.

Fueron caminando hacia la tapia derruida.

—Ustedes han solucionado el problema de la puerta —dijo Moreno riendo.

—La solución no es muy elegante, pero es práctica.

El marino se despidió y al estrecharle la mano contempló a Mónica con cierta emoción. El humo del cigarrillo que ella levantaba en su mano izquierda, a la altura del pecho, subía en largos arabescos hasta su rostro. Moreno vió que aquel rostro había recuperado su expresión lejana, su vaga sonrisa en la cual no había ni burla, ni simpatía, ni nada.

El marino echó a andar a largos pasos calle abajo. “¡Fregadas mujeres!”, se dijo.

## I X

CUANDO SE instalaron en el comedor del "Bote Salvavidas", junto a la galería, y ordenaron el menú, Moreno vió aparecer en la puerta la figura maciza de Gustavson, quien le saludaba guiñando un ojo. El ballenero le hizo un gesto para que se acercara y lo presentó a Mónica.

—Aquí tiene usted a otro colegial tímido como yo: el capitán Gustavson.

—¿Usted tampoco pega bofetadas ni dice palabras feas? —preguntó ella, estrechando la manaza del finlandés y riendo.

Gustavson, que no comprendía nada, balbuceó unas cuantas frases mitad en español y mitad en su idioma.

—El capitán Moreno —explicó Roy— nos quiso convencer la otra noche de que los marinos son tan pulcros que jamás dicen una mala palabra ni dan un golpe.

Los ojos de Gustavson parpadearon mostrando el esfuerzo de comprensión que hacía, hasta que, al coger la intención de la frase, lanzó una carcajada que hizo volver la cabeza a todos los comensales.

—¡Oh! Cuando la gente se pone porfiada —exclamó—, a veces es necesario pegar un poquito. Pero ya ha pasado el tiempo de los buenos boches.

—¡Ya ven ustedes! —prorrumpió Roy con aire

desolado—. Yo he sostenido siempre que en nuestra época ya no hay nada bueno, ni siquiera los boches. ¿Sabes, Mónica, que el capitán Gustavson toca admirablemente el acordeón?

—¿De verdad? Yo adoro el acordeón.

Gustavson se pavoneaba, devorando a Mónica con sus ojos pequeños y maliciosos.

—¡Oh, yo toco un poquito nada más! Después de comida háganme el honor de aceptarme una copa y haremos un poco de música.

El finlandés se marchó, y Mónica se puso a mirar el puerto negro que mecía sus luces tras la galería.

—¿Dónde está su barco, capitán?

—No se ve desde aquí.

Empezaron a comer. Roy, que se había mostrado de buen humor, fué cayendo rápidamente en el mutismo y en la melancolía. Mónica no parecía advertir ni el tedio de su marido ni la molestia del capitán: se hallaba ausente, silenciosa, con una sonrisa que apenas desfloraba sus labios y que a veces dirigía a Moreno y a veces al puerto a través de los vidrios de la galería.

El ballenero habló de un reciente *match* de box, pero apenas pudo arrancar algunas palabras a Roy. El Gringo declaró que la pelea había sido una estafa y que los dos boxeadores debían haberse escapado de un sanatorio. Después de eso volvió a quedarse mudo y bebió varios vasos de vino.

“Este es un maniático —pensó Moreno—. Sólo se anima cuando habla contra la vida de familia y echa sus sermones sobre el amor. ¡Gente ociosa que necesita discutir tonterías y matar el tiempo con complicaciones ridículas! ¿Y ella? Otra vez se ha puesto antipática. ¡Lo tengo bien merecido! ¡Qué idea la mía de invitar a estos pájaros raros!”

Los pájaros raros no parecían dispuestos a cambiar de actitud a pesar de los esfuerzos que hizo Julio para entablar una conversación. Roy comía poco, pero bebía en abundancia; Mónica picoteaba en los platos y bebía apenas.

Por fin, ante la insistencia del marino, el Gringo dijo algunas palabras. Explicó que había entregado al diario su reportaje sobre la caza de la ballena.

—Espero que usted no lo leerá —dijo a Moreno—. Es una tontería y usted va a encontrarlo todavía más tonto. En realidad lo he escrito sin entusiasmo.

—Sin embargo, usted me había dicho que la caza le había interesado.

—¿Interesado? ¡No sé! Creo que me impresionó, eso sí; que me impresionó mucho. Todavía cierro los ojos y me parece ver esas enormes manchas de sangre esparciéndose en el agua.

—¡No hables de eso! —intervino Mónica—. No hablemos de muerte. Hemos venido aquí para divertirnos.

—Parece que no nos divertimos mucho —apuntó Moreno con cierta amargura.

—Yo me siento muy bien —contestó ella—. No haga usted caso de la murra de Percy. Este tiene un carácter insoportable. Y mientras más viejo, naturalmente, se pone peor. Yo estoy encantada. El "Bote" me gusta mucho.

—No hay en el mundo muchos lugares más pintorescos —dijo Roy—. Como ambiente de puerto, como cosa típica, no se puede pedir mejor. Esto acentúa el carácter de Valparaíso, que, después de todo, es la ciudad más original de Chile.

—Me alegro de que el lugar no le disguste —dijo Moreno—. Yo también lo encuentro muy bien, pero supongo que debe ser por la costumbre que tengo de venir.

—No, no lo crea usted. El "Bote Salvavidas" sería un lugar clásico en Marsella, en Barcelona, en Génova, en Nápoles, en cualquier gran puerto mediterráneo, y hasta no sé si en puertos nórdicos. Aquí nosotros no lo apreciamos bastante. Somos nuevos ricos y no nos gusta sino lo monumental y lo brillante. Nos falta clase para comprender el encanto de esta barraca.

Habían terminado de comer, y como Gustavson

rondaba por ahí, Moreno propuso ir a escuchar las canciones del capitán, temeroso de que la sobremesa fuera aún más melancólica que la comida. Hizo una seña al finlandés, que se aproximó.

—¿Me van a aceptar un traguito, verdad? —preguntó con su gran sonrisa—. Un poco de *acquavite* y de música hace muy bien después de comida.

Salieron del comedor, y, yendo por el estrecho pasadizo que separaba los dos cuerpos del pequeño edificio, entraron en la pieza donde Roy había bebido sus últimos vasos la noche de su embarco en el "Alcatraz". Gustavson los invitó a sentarse ante una mesa ya preparada con varios vasos y botellas.

La locuacidad del viejo capitán hizo desaparecer el fastidio de la comida, aunque Roy continuó pensativo y silencioso. El finlandés contaba chistes que hacían reír a Mónica y episodios de sus viajes que adornaba con detalles caricaturescos. El hombre había recorrido todos los mares y había recolectado una cantidad tal de anécdotas, que se enhebraban unas a otras como un collar capaz de dar la vuelta al globo terráqueo varias veces. Los relatos resultaban más pintorescos a causa de la jerigonza idiomática de Gustavson, que se preciaba de dominar el español y hablaba a gran velocidad, inventando palabras que, a veces, por sí solas valían toda la historia.

Las narraciones o chistes de amor, de que Gustavson no era avaro, perdían toda crudeza a causa del pintoresco idioma. Aparte del amor, lo más frecuente en su conversación era la pelea. Su última gran batalla la había librado hacía unos quince años en el muelle de Nyhum, en Copenhague. Se habían batido allí dos tripulaciones, una finlandesa y otra alemana. Cuando intervino la policía los dos bandos se habían unido contra ella y al cabo de un momento la lucha era general. Los bebedores de todos los bares del muelle daban y recibían golpes que era un contento sin saber por qué.

Gustavson describía Nyhum: sus altas casas que miran al canal con sus fachadas simples, rojas, blan-

cas o grises, bien pulidas por el viento y la lluvia y cruzadas de firmas comerciales. El costado, como quien dice de estribor mirando a la desembocadura del canal, está lleno de oficinas, de bodegas, de comercios al por mayor; el lado de babor deja apenas espacio a esas respetables empresas entre las tabernas subterráneas, las tiendas de artículos marítimos y de tatuajes. Allí, por unas cuantas coronas, uno puede ornarse el pecho o los brazos con una linda chica desnuda en actitud provocativa, con un velero ciñendo el viento o con un tritón que corta las olas. A lo largo de todo el canal se amarran las fuertes goletas y los sólidos pailebotes del Mar del Norte. De noche ese lado del muelle vive su verdadera vida bajo las luces que atraviesan la niebla y van a reverberar tristemente en la nieve. Las tabernas, con los mesones de madera bien lustrada y las paredes enriquecidas de banderolas y de grabados de la vieja marina, rebosan de una clientela exuberante. Cada parroquiano levanta su cerveza con una mano mientras que con la otra ciñe el talle de una muchacha muy rubia. Algunas de estas chicas no tienen aún veinte años, pero beben a la par que sus amigos de una noche y ofrecen su ebriedad bulliciosa y sus bocas dulcemente desvergonzadas a la lujuria masculina, enardecida por largas navegaciones y días de pesado trabajo. Al grito de la sirena que viene desde el puerto responde la risa de una muchacha. Ella ríe echando atrás la cabellera rubia y sus pechos duros tiemblan bajo el *pull-over* que los modela. El ambiente es denso de humo, de alcohol y de ruido. De cuando en cuando un cliente experimenta la necesidad de reanimarse con un latigazo de aire glacial y empuja la puerta. Sale al muelle y se divierte un momento observando la noche enmarañada por los aparejos de los navíos anclados a pocos pasos, por el ir y venir de las parejas a la luz melancólica de los focos y de las enseñas que anuncian otras tabernas y ciertos hoteles donde se ofrecen todas las facilidades necesarias para agregar una noche cálida y gozosa a la historia de una vida. Con frecuencia se oyen el

chasquido de un beso o de una bofetada y el chapoteo de las gruesas suelas de los policiales en la nieve. A veces también un coro. Los cantantes, mujeres y marineros, tomados del brazo, pasan y se pierden en la noche blanca. ¡Gran puerto Copenhague, y Nyhum un paraíso!, afirmaba Gustavson, chasqueando la lengua. Cuando el marinero parte de ahí lleva un cargamento de recuerdos que le bastará para las horas de guardia en una larga travesía. En Nyhum se está; seguro de encontrar siempre una linda muchacha, un excelente brandy y un sólido navío, es decir, los tres elementos de la felicidad. ¡Ah, Nyhum!

—Aquí no hay nada tan pintoresco —dijo Mónica.

—Esto es otra cosa —repuso el finlandés—. Valparaíso es otra clase de paraíso.

Su juego de palabras le provocó tales carcajadas que parecía que el "Bote" entero iba a desarmarse.

Mónica, a quien divertía la exuberancia del viejo, insistió:

—¿Cree usted de veras que nuestro puerto es un paraíso?

El capitán Gustavson alzó su vaso.

—¡Ya lo creo, señora! Aquí hay también bonitas chicas, barcos sólidos y tragos de primera.

—Pero nada tan pintoresco como lo que usted cuenta de Copenhague...

—¡Bah, no lo crea! Hay que conocer nuestro puerto...

La locuacidad del marino se desbordó de nuevo como un torrente, arrastrando esta vez descripciones y anécdotas de Valparaíso. Luego tomó el acordeón y empezó a tocar canciones finlandesas y chilenas que Mónica y Moreno aplaudieron. Percy bebía en silencio, indiferente a todo.

—¿Por qué se habla siempre —preguntó Mónica— de la alegría latina? Los españoles, los franceses y los italianos son tristes; sus canciones son siempre dramáticas. En cambio, los nórdicos, que tienen fama de fríos, son exuberantes. ¡No hablemos de los alemanes, por ejemplo, cuando se ponen a divertirse! ¡Usted, se-

ñor Gustavson, es, como dicen, alegre como unas castañuelas.

—Es que soy joven, señora —replicó Gustavson riendo a gritos.

Bebieron todavía algunos vasos de *acquavite* y de cerveza. Mónica no parecía hacer mucho caso de la actitud sombría de su marido, y Moreno, viéndola contenta, sentía crecer en él una sorda cólera contra ese aguafiestas. “Seguramente está amargado porque no puede darnos la lata con sus teorías —pensó Julio—. Ojalá que no se le ocurra partir. Si se fuera solo estaría muy bien, pero sería lástima que se llevara a Mónica cuando tiene tantas ganas de divertirse.” Tal vez atribuía a ella los deseos que le dominaban a él: reír con Mónica, ir con ella en medio de la gente y de la luz, oír música, cantar, decir tonterías. La boca y los ojos de la mujer le exaltaban, el sonido de su risa le fustigaba los nervios y se extendía por su piel.

Como si adivinara su pensamiento, Percy Roy se puso de pie diciendo:

—Creo que es hora de que nos vayamos.

—¿Tan pronto? —Moreno no había podido contener la exclamación.

—Usted se aburre, señor Roy —dijo el finlandés—. ¡Todavía es temprano!

—No, no me aburro —contestó el Gringo con un aire que desmentía sus palabras—, pero creo que es hora de marcharse.

—Vamos a algún sitio donde podamos divertirnos un poco —dijo Moreno—. Veamos si en realidad Valparaíso puede compararse a Copenhague, como dice Gustavson.

Mónica aprobó con los ojos brillantes:

—¡Eso es! Vamos a conocer los misterios del puerto.

Gustavson acogió la idea con exclamaciones y guardó inmediatamente su acordeón.

—Yo no creo que vayamos a ver nada de extraordinario —dijo Moreno—, y seguramente los sitios que encontremos no serán propios para la señora.

Mónica protestó:

—No me tome por una cursi, capitán, ni por una mojigata. No conozco nada típico del puerto y me gustaría.

Salieron empujados por la euforia del finlandés, que proponía diferentes programas de diversión de un modo confuso. Al fin del pequeño grupo iba Percy Roy, de mala gana y en silencio.

La noche estaba clara y fresca. Un expreso entraba en la estación; un gran barco, todo iluminado, abandonaba la bahía.

—Es el "Reina" —dijo Gustavson—. Va a Liverpool...

—Lleguemos hasta el embarcadero —propuso Mónica.

El finlandés y Roy echaron a andar adelante. Mónica y Julio los siguieron a pocos pasos.

—Es bonito un barco que se va en la noche —dijo ella.

—Sí, es bonito —contestó el marino—. ¿Le despierta a usted el deseo de viajar?

—¡Bah, viajar! Eso ya se acabó para mí; ni siquiera pienso.

Hablaba en voz baja y con un tono que Julio no habría imaginado: Parecía una muchacha sin defensa. Quiso animarla.

—¡Hay siempre que pensar en lo que a uno le gusta! —replicó alegremente—. Con seguridad, si lo desea con fuerza, antes de lo que se imagina tomará usted un barco o un avión para Europa.

—No, no lo creo; Percy no quiere oír hablar de dejar Valparaíso.

—Creo que él ha viajado mucho, ¿verdad?

—Sí, en su juventud, como yo, pero ahora se ha apegado a la tierra.

—Pero usted podrá convencerlo...

—No, el carácter de Percy cambia cada día más, y, por desgracia, no para mejor. Detesta los viajes, las fiestas, la gente; se pone sombrío y misántropo...

Pasaban bajo un farol cuya luz bañó la sonrisa

triste de Mónica. Moreno la contemplaba sorprendido y fascinado, pensando: "Es una mujer que también tiene penas... , como las otras... ¡Qué distinta de la orgullosa que vi en la primera comida!"

—La otra noche cuando estuve en casa de ustedes —dijo el marino—, su marido me pareció, por el contrario, un hombre alegre. ¿Se acuerda de las bromas que me hizo porque no me gustan las muchachas jóvenes?

Ella se volvió hacia él. Sonreía siempre, pero ya la sombra de tristeza había desaparecido. Su boca dibujaba de nuevo un pliegue como malicioso y provocativo.

—Sí, me acuerdo. Creo que ése es el único tema que puede llevar a Percy a una discusión. Ya es manía eso de la juventud. ¡Y muy poco halagador para mí que tengo treinta y cinco años!

—¡Oh, usted es maravillosamente joven! —exclamó Julio con voz tan apasionada que los que iban delante volvieron la cabeza.

En el embarcadero del muelle Prat había poca gente: un carabinero de servicio, cuatro o cinco fleteros y dos oficiales franceses de un vapor. Atracadas a la escala se movían algunas lanchas entre los reflejos negros del agua. Desde una chalupa que se alejaba venía una música lenta, silbada por el remero. La masa brillante del "Reina del Pacífico" desaparecía tras el molo.

Como no había allí nada interesante que ver y la brisa refrescaba, Gustavson propuso ir en busca de un local acogedor para terminar la velada. Volvieron hacia el "Bote Salvavidas", cerca del cual Percy había dejado su auto. Otra vez el Gringo, cabizbajo, se puso en marcha acompañado del finlandés y seguido por Mónica y Moreno. Este dijo:

—Parece que su marido se aburre. Tal vez yo no habría debido insistir para retenerlo, pero lo he hecho por el placer de estar más tiempo en compañía de usted.

Miró el rostro que se volvía hacia él encuadrado en los lazos cabellos de oro oscuro. La boca grande y carnosa sonrió tan cerca que Julio creyó respirar su aliento.

—¿Le agrada a usted mi compañía?

—Mucho.

—Felizmente yo no soy como mi marido: a él le gustan las chicas muy jóvenes, pero a mí no me gustan los muchachitos.

—Ni los muchachitos ni los viejos, supongo...

—Los viejos tampoco: los maduros...

El pensó: "Trato de sonreír, pero debo estar haciendo una mueca ridícula". Sentía los maxilares contraídos y buscaba una respuesta inútilmente. Anduvieron algunos pasos en silencio hasta que ella murmuró:

—Lo que usted dijo la otra noche sobre la fidelidad de las mujeres no fué muy amable.

—¡Oh, todavía piensa usted en eso! Yo hablé estúpidamente y creí que ya me había perdonado.

—¡Bah, el perdón se espera sólo de las personas que interesan!

"Usted me interesa", pensó él contestar, pero no se atrevió y se puso a fumar nerviosamente. Ella siguió hablando en voz baja:

—Cuando una mujer cree que va por un callejón sin salida nadie sabe lo que esa mujer puede hacer. No hay que juzgar tan a la ligera...

—Pero ése no puede ser su caso —respondió Julio con exaltación—. No me imagino que usted esté desengañada ni que se aburra. Su marido es un hombre inteligente; ustedes viven una vida original...

—¡Original!... Sí, puede ser... Yo adoro los perros, las tortugas, los gatos y todos los animales de la creación, pero no me resigno a que ellos sean la única emoción en lo que me queda de vida.

El quiso responder, pero los otros habían llegado al automóvil y esperaban.

—Vamos a "La Estrella Solitaria" —propuso Gustavson.

—Ese no es un local para la señora —protestó Julio.

—¿Por qué? —preguntó Mónica—. ¿Qué hay en “La Estrella Solitaria”?

—Nada; es una taberna de mala muerte.

—¡Vamos! —decidió ella, subiendo al coche—. Nunca he estado en una taberna del puerto.

Subieron todos y el viejo automóvil empezó a rodar hacia la Aduana por la calle Blanco.

—¡Aquí, aquí! —gritó de pronto Gustavson.

Roy detuvo el automóvil bajo la enseña luminosa da “La Estrella Solitaria”, a cuya puerta fumaba un hombre gordo en mangas de camisa. Algunos pasos más allá dos prostitutas compraban tortillas. El vendedor había depositado su canasto en el suelo y contestaba riendo a las bromas de las mujeres.

El hombre gordo saludó a los visitantes, abrió la mampara invitándolos a entrar y recomendándoles tener cuidado con la escalera. La recomendación era prudente: los cinco peldaños estaban cubiertos de una capa de humedad resbalosa. Gustavson tendió su enorme zarpa roja y peluda en la cual desapareció completamente la mano de Mónica.

El local subterráneo era pequeño. Al fondo había un mesón respaldado por el estante del bar con sus botellas multicolores; una docena de mesas formaban círculo en torno a la estrecha pista de baile. La orquesta, un acordeón, un piano y una guitarra, empezó a tocar en ese momento un samba, cuyo refrán cantaba el pianista a media voz.

Había poco público: en el mesón, dos fogoneros negros de un vapor norteamericano; en una mesa, tres marineros de la Armada con tres muchachas; más allá un tipo que bebía solo en un rincón; dos mujeres junto a los músicos, sentadas en un banco de madera, esperando con aburrida resignación ser invitadas a bailar; cinco o seis personas más que iban de un lado a otro con paso cansado y gestos vagos.

Gustavson instaló a sus amigos y pidió pisco al mozo que se acercó a frotar vigorosamente el encera-

do de la mesa con una servilleta de dudosa blancura. Inmediatamente un muchacho de unos veinte años se acercó a saludar a Julio Moreno.

—Buenas noches, capitán. ¿Usted por aquí? Yo he venido a dar una vuelta porque nuestro buque está en el dique y no saldremos hasta el martes. El capitán Erikson está ahí. ¿Lo ve usted? El gringo se ha entusiasmado con aquella negra, pero no le va muy bien porque el pobre no habla más que noruego...

Moreno estrechó la mano del muchacho. Este había bebido, pero se esforzaba por aparecer correcto. Saludó ceremoniosamente a los demás, sonriendo con un aire estúpido. Cuando se marchó, Julio dió explicaciones: era el cocinero de un ballenero de la Compañía del Norte. Muy buen chico.

El capitán Erikson se acercó en seguida a estrechar la mano de Moreno, que lo presentó a Mónica. Roy lo conocía ya. Era un hombre pelirrojo, pequeño y recio. Pronunció algunas palabras en noruego y se alejó haciendo reverencias. A los pocos momentos apareció en la pista de baile, acompañado de una negra no más alta que él, pero dueña de un enorme y ondulante trasero.

—Como ustedes ven —dijo Julio, dirigiéndose a Mónica y a Roy—, “La Estrella Solitaria” no se parece mucho al cabaret del Casino.

—Yo me divierto más aquí que en el Casino —replicó Mónica.

El Gringo empezó a beber su pisco en silencio mientras Gustavson iniciaba un cuento sobre las desventuras de un hombre del campo, recién casado, que no sabía cómo cumplir sus deberes conyugales.

Cuando la orquesta atacó una rumba, el muchacho que había venido a saludar a Moreno salió a la pista en compañía de una chica de unos dieciocho años. Era una figurita esbelta y ligera que se adaptaba con gracia a los desordenados movimientos del cocinero. El Gringo Roy la siguió con la vista, y de pronto, como persiguiendo una idea, murmuró:

—¡Qué ricas son cuando son jovencitas!

Moreno, sentado al lado suyo, lo miró sorprendido por el tono de la voz. El Gringo bebió su pisco de un solo trago. Por su rostro de hombre sin edad pasaba una expresión intensa, como la sombra del tiempo. Confusamente el marino tuvo la sensación de que la figura ondulante de la muchachita se proyectaba sobre la lejanía de su propia juventud, sobre sus primeros amores y sobre todas sus luchas y miserias.

La chica bailaba fresca y liviana, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los grandes ojos negros como encendidos por la ondulación de su cuerpo. Tenía la boca pequeña y carnosa, y cuando agitaba la cabeza su larga melena descubría una nuca delicada. Vestía una falda de seda azul que sus nalgas firmes mordían a veces.

Roy pidió otro pisco. Moreno propuso un baile a Mónica.

—Le prevengo que hace años que no bailo y que lo hago muy mal.

—Vamos a ver.

El no se atrevió a estrecharla demasiado y dió algunos pasos falsos hasta acomodarse al ritmo. Mónica se había retirado el abrigo y Julio sentía bajo su mano el calor del talle de su pareja.

—Yo no habría querido traerla a usted aquí —dijo el marino—. Este ambiente no es para usted.

—¿Por qué?

—Porque usted es demasiado elegante y bonita para venir a este tugurio.

—¿Y dónde me habría llevado usted?

—No sé; a otro sitio. Creo que por el Almendral hay cabarets mejores.

—Me llevará otra vez.

—¡No habrá otra vez! —replicó él con desaliento—. ¡Su marido se aburre tanto que no querrá salir más conmigo!

—¿Pero usted cree que yo no puedo salir más que con mi marido?

—¿Querrá usted que yo la vea de nuevo? —Habla-ba bajo para disimular su emoción.

—¡Claro que sí! Desde luego acuérdesese que tenemos que ir a visitar a los tres comandantes.

—¡Es verdad! ¿Cuándo?

—Cuando usted quiera. Hace tiempo que yo no voy a verlos, y, aunque ellos no esperan mi visita, creo que debo llegar por allá.

—Yo zarpo mañana y el sábado estaré de regreso.

—Pues entonces, el sábado.

Terminó la música y volvieron a la mesa. Gustavson seguía hablando infatigablemente. Roy, con la barbilla apoyada en la mano y la vista perdida en el vacío, parecía no oírlo.

—Hemos arreglado con el capitán una visita a los tres comandantes para el sábado —dijo Mónica a su marido—. ¿Tú vendrás?

Roy volvió la cabeza lentamente.

—De aquí al sábado pueden pasar muchas cosas.

—¡Qué va a pasar! —exclamó la mujer con un despunte de impaciencia—. ¡Nunca pasa nada!

Como la orquesta iniciaba un fox-trot, el muchacho cocinero salió a la pista nuevamente acompañado de la chica morena, pero antes de empezar a bailar se acercó otra vez a saludar a Julio. Estaba un poco más borracho, pero redoblaba sus esfuerzos para aparecer correcto. El alcohol afirmaba en él la solidaridad del oficio.

—¡Qué contento estoy de verlo aquí, capitán! —dijo—. ¡Donde están los balleneros está la mejor gente!

—Mis amigos —contestó Julio riendo— no son balleneros, pero son también buenas personas.

El muchacho se inclinó ante Mónica, enredándose en complicadas frases de respeto. Ella le tendió la mano.

—Mucho gusto de conocerlo. Le presento a mi marido, al capitán Gustavson...

El cocinero hacía reverencias y presentó a su vez a su compañera de baile, que se llamaba Marina Colombo.

—¡Qué suerte tiene este hombre! —dijo el capitán

Gustavson al estrechar la mano de la chica—. ¡Bailar con una niña tan bonita como usted!

La muchacha, roja de confusión, apenas se atrevía a levantar la vista. Sus largas pestañas negras le sombreaban los ojos y parecía más hermosa con su tez morena encendida.

—¡No crea usted! —repuso el cocinero tristemente—. Yo no tengo suerte. Esta chiquilla tenía un novio y no quiere olvidarlo.

Gustavson mostró un bullicioso asombro.

—¡Eso no es posible! ¡Una lindura como usted sufriendo por un ingrato! ¡No faltaba más!...

Percy Roy, que había abandonado su apatía y miraba fijamente a la muchacha, preguntó:

—¿Y qué se hizo su novio?

Avergonzada, ella no se atrevía a responder. El cocinero la animó:

—¡Vaya, no seas tonta! ¡Contesta al caballero!

—Se fué a la Antártida —murmuró por fin la muchacha.

Y, sin esperar más, arrastró a su compañero a la pista.

Roy, que la seguía con los ojos, dijo:

—Esa es la poesía de Valparaíso. No hay muchos puertos en los cuales una muchacha pueda decir: "Mi novio se fué a la Antártida".

El local iba quedando solitario. Los marineros y sus damas se habían marchado y los fogoneros norteamericanos, ya completamente borrachos, se tambaleaban cerca de la puerta. El hombre gordo, no sin trabajo, logró ponerlos en la calle. La mampara quedó abierta un instante, y el puerto sopló hacia el interior su aliento yodado, sus rachas impregnadas de la obscuridad húmeda de los muelles. El mugido de una sirena vino atravesando el ritmo de la orquesta, dispersando sus notas lánguidas, y el mar nocturno pareció invadir el recinto con sus reflejos bajo los fanales.

El cocinero, Marina Colombo y el capitán noruego se acercaron a despedirse de Mónica y de sus amigos.

Los dos hombres, muy bebidos, formaban una gran algarazara, pero la chica se mantenía seria. A la salida, ya en el último peldaño, se volvió sonriendo y alzando el brazo desnudo. Su fina silueta se perfiló contra la mampara como el trazo de un pincel elegante y el vello de la axila selló con un pequeño punto negro la desaparición de la linda muchacha.

Quedaban el bebedor solitario, las dos mujeres dormitando cerca de los músicos y cuatro personas acodadas en el mesón del bar, con aspecto de infinito aburrimiento. El piano, la guitarra y el acordeón empezaron a tocar "*The man I love*", pero ya no hubo bailarines. Se respiraba una atmósfera enrarecida por la fatiga y por el humo. Hasta Gustavson había dejado de reír y de contar sus historias. Mónica, imperturbable, seguía fumando con la mirada perdida en el vacío.

El fox, cada vez más plañidero en las notas agudas del piano, más arrastrado en el resoplar soñoliento del acordeón, se empeñaba en sacar a la superficie de cada alma algunas imágenes románticas y desesperadas. Julio sentía la proximidad de Mónica a través de la exaltación de su propia vida, de su pasado y de su porvenir, sobre los que ella ya pesaba con su peso de mujer alta, bien hecha, sólidamente plantada.

Cuando salieron a la calle Blanco, el cielo estaba nublado y soplabla una brisa húmeda. Allí se separaron. Moreno y Gustavson no permitieron que Roy los condujera en su automóvil, y echaron a andar hacia la plaza Sotomayor. Moreno iba sordo a la charla de su amigo. "El sábado a las cinco." Esas habían sido las palabras de Mónica al despedirse.

\*

\* \*

No hacía diez minutos que esperaba cuando el destartado Chrysler de los Roy apareció a la entrada de la subida Taqueadero y vino a detenerse al lado de Julio Moreno con gran ruido de frenos. Mónica se ha-

llaba ya en la vereda, después de haber cortado el contacto, cuando el coche tuvo aún una especie de violento estertor, que puso en alarma al marino.

—¡Oh! —dijo ella—, tiene las bujías un poco sucias.

Su sonrisa decía hasta qué punto se hallaba familiarizada con tales fenómenos.

El traje gris claro le ceñía las líneas del busto y de las caderas y dejaba adivinar la esbeltez de las piernas en el amplio vuelo de la falda. El sol había dorado la piel que el amplio escote y las mangas cortas descubrían. Iba sin sombrero, y una mecha venía como una gaviota color de miel a volar sobre el fondo marino de los ojos. Moreno la admiró desde los cabellos hasta los pies de alto empeine, calzados con diminutos zapatos de tacón elevado.

—Percy me ha prestado el coche —dijo—. Estaba resuelto a venir, pero a última hora lo llamaron de Viña. Bueno, vamos a ver a nuestros comandantes.

A pesar de su vetustez, el caserón imponía su tranquilo señorío en la vulgaridad de la calle. La fachada, en otro tiempo pintada de rojo, y ahora descascarada y sucia, impresionaba con su portón claveteado y sus ventanas defendidas por rejas de fierro forjado. El piso superior tenía un balcón corrido, sobre el cual asomaba una visera de tejas rotas como los dientes de un viejo serrucho.

Mónica contuvo a Moreno, que iba a tocar el timbre:

—Creo que no ha sonado nunca —dijo. Y se puso a tirar de una cuerda que, al abrir una hoja pequeña en el portón, mostró un gran jardín lleno de sol. Mónica, seguida de Julio, avanzó por una galería abierta, pavimentada de ladrillo rojo, con una baranda de madera rota y caída en muchos sitios, hasta una de las numerosas habitaciones cuyas puertas daban a la galería, rodeando el jardín. Era un vasto comedor, uno de cuyos muros se hallaba casi enteramente cubierto por un enorme trinchero ornado de columnas que llegaban

hasta el techo. Había allí una gran mesa y numerosas sillas, todo un poco polvoriento y abandonado.

—Este es el comedor de la familia —explicó Mónica, apoyándose en la mesa de roble—. Cada uno de los comandantes tiene su cocina aparte de acuerdo con sus propios recursos. Si usted viniera a la hora de comida, vería en este extremo a Santiago, el rico, con su mujer, sus hijas Cristina y Trinidad y su yerno Pepito Sierra, comiendo pollo y langosta; allí, al medio, a Belisario y Juanita echándose al cuerpo un bistec con algunas papas cocidas, y allá, en la otra punta, a Anselmo, el más pobre y el más viejo, que toma un caldo, donde sólo de tarde en tarde nada un chicharrón. Con frecuencia, los tres comandantes están peleados, y no se hablan entre ellos, pero almuerzan y comen siempre a la misma hora en esta mesa. Como le dije, Belisario, el ex comandante de caballería, es viudo y vive con su hija Juanita, a la que no da un centavo, porque el pobre sufre de una verdadera enfermedad de avaricia. Juanita se viste con lo que le da Anselmo, el más viejo, que no tiene más que su retiro de marino.

—¿Cómo es Juanita?

—Usted la verá. ¡Qué solterona chismosa! Durante mucho tiempo estuvo viniendo a nuestra casa a husmear lo que ocurría, y hasta me siguió varias veces por la calle y fué con insinuaciones donde Percy. Me detesta, y no se cansa de pelarme con el primero que llega. Ahora, al verme en compañía de usted, va a tener motivo para soltar la lengua.

—Parece que no hay nadie en la casa —dijo Moreno, mirando hacia la galería.

—Sentémonos. Ya vendrá alguien por aquí. Déme usted un cigarrillo.

Apenas habían empezado a fumar, un anciano, vestido con un traje negro, demasiado ancho para su flaco cuerpo, entró en el comedor. Era tan alto, que, a pesar de su espalda curvada, igualaba a la estatura de Moreno, quien se había puesto de pie.

Miró con desconfianza a los visitantes, y se dirigió a Mónica:

—¿Qué desea usted, señora?

—¡Soy Mónica, tío Anselmo!

—¿Mónica? ¿Qué Mónica? ¿Qué hace usted aquí? —gritó el viejo, partiendo el aire con el movimiento agresivo de su barba en punta como el espolón de un antiguo acorazado.

—¡Soy Mónica Sanders! ¡Soy la mujer de Percy!...

El viejo dejó escapar una risa sorda que removió los largos pelos de su bigote y de su barba.

—¡Ah, tú eres Mónica!... Hacía tiempo que no venías por aquí... Los viejos no reconocemos a la gente que no vemos con frecuencia. Dicen que es porque estamos chochos y perdemos la cabeza, pero no es cierto. Lo que pasa es que, a mi edad, ya la gente no le importa a uno... ¡A espaldas vueltas, memorias muertas!... Tú eres la mujer de Percy, dices... ¡Ah, sí! ¡Percy. Roy, el hijo del gringo de la Bolsa!... ¡Sí, me acuerdo! ¡Del gringo que se hizo saltar la tapa de los sesos!... ¡Yo me alegré! Esos gringos vienen a hacer la América, pero la América a veces se los traga a ellos. ¡Claro que hablo de los comerciantes, porque los marinos ingleses son otra cosa!... Nosotros hemos sido formados en la tradición británica. Cuando Prat preguntó: "¿Ha almorzado la gente?", Condell contestó: "*All right*". ¡Así éramos en nuestro tiempo!...

—A propósito, tío, le voy a presentar a un marino, el capitán Julio Moreno.

El viejo observó al ballenero de soslayo, sin estrecharle la mano que éste le tendía:

—¿Capitán? ¿De corbeta, de navío?

—De ballenero...

—¿De qué?

—De un barco cazador de ballenas —vociferó Julio, creyendo al anciano duro de oídos.

—¡No grite tanto, mi amigo, no grite tanto! —El comandante masticaba nerviosamente los pelos de su barba—. Le he oído perfectamente... Usted es pesca-

dor. ¿No es eso? ¡Pescador de ballenas o de sardinas da lo mismo!

Volvió la espalda y salió del comedor a toda la velocidad que sus piernas le permitían. Ya en la galería, se le oyó gritar:

—¡Juanita, Juanita, ven a ver lo que quiere esta gente!

Julio alzó los brazos con ademán desolado.

—¡No se puede decir que la visita empiece muy bien!

—¿Cree usted? —preguntó Mónica—. Por el contrario, yo encuentro que empieza magníficamente. Hay que ver a los comandantes cómo son en su propia salsa. Don Anselmo ha estado magnífico, ¿no encuentra usted? Ahora ha ido a llamar a su sobrina Juanita, para que nos eche a la calle, pero usted va a ver que Juanita se va a interesar por saber quién es usted, y por qué me acompaña, para después ir a contar a las otras beatas que usted es mi amante.

—Eso puede perjudicarla a usted...

—¿A mí? ¡No se preocupe! Me han corrido como la amante de todos los hombres de Viña y Valparaíso, mayores de veinte años y menores de noventa. ¿Qué me va a hacer un amante más que me invente Juanita? Vamos a buscarla.

Mónica se echó a reír. Julio le tomó una mano y le hizo una pequeña presión para atraerla hacia sí. Ella giró y lo arrastró fuera del comedor, oprimiéndole con fuerza los dedos.

La espesura del jardín era tal, que apenas se veía el otro lado de la galería. En el centro, una vieja palmera lanzaba sus hojas a lo alto como un surtidor vegetal.

Por la ancha puerta del fondo, que comunicaba con un segundo patio, apareció una mujer delgada, vestida de negro. Era Juanita, con sus cincuenta años agrios coagulados en sus labios finos y en sus ojos suspicaces. Tendió los brazos a Mónica.

—¿Cómo estás, hijita?

Luego se quedó inmóvil frente a Moreno, mirando al suelo.

—Te presento al señor Moreno..., Julio Moreno.

El marino le tendió la mano con cierta confusión. Entre los párpados de Juanita se filtraba una mirada que parecía multiplicarse en torno suyo. Por lo menos una docena de Juanitas con veinticuatro ojos lo observaban de todos lados.

—¿Percy no ha venido contigo?

Mónica sonrió maliciosamente, mirando a Julio.

—No; tuvo que ir a Viña. Por eso el señor Moreno, amigo de Percy, ha tenido la bondad de acompañarme.

—¿Este caballero es amigo de Percy? ¡Nunca había oído hablar de él! ¡Es curioso!

—Pero, Juanita, tú no puedes conocer a todos los amigos de Percy.

—No, naturalmente. Sobre todo que ya no sabemos nada de él; no viene nunca a vernos. Sólo tú te acuerdas de nosotros, y es mucha gracia, pues, con tus ocupaciones sociales, no debes tener tiempo para nada. Debes estar llena de compromisos...

—No tantos, no creas...

—Pero, ¿por qué estamos hablando aquí afuera? Pasemos al salón, porque supongo que no tienen ustedes mucha prisa.

Entraron en un amplio salón en penumbra. Cuando Juanita apartó las cortinas, surgieron las tapicerías multicolores de una gran cantidad de muebles de distintos estilos, sobre los cuales el polvo y la polilla habían casi terminado su obra.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted a Percy, señor Moreno?

—Sí, mucho tiempo —respondió Julio, preocupado de pesar lo menos posible sobre una silla vacilante.

—Ha hecho usted bien en acompañar a Mónica. En estos tiempos una mujer sola se expone a que los hombres le falten el respeto en la calle. Lo malo es

que cuando una mujer sale acompañada por un hombre, las malas lenguas...

—¿Tú crees que van a hablar de mí, Juanita, porque el señor Moreno me acompaña? —preguntó Mónica con inocencia—. Y pasando a otra cosa: don Anselmo nos hizo un recibimiento un poco brusco. ¿No te dijo que nos echaras a la calle?

—¡Ah, el pobre! Hay días en que no tiene su cabeza muy buena.

Hubo afuera ruido de voces, y una dama con el busto opulento, envuelto en una blusa de volantes y encajes, hizo su entrada seguida de un hombre de unos treinta años, rubio, pequeño, cuyo rostro correspondía exactamente al de una jovencita inglesa según se ve en las carátulas de los magazines londinenses: ojos azules, nariz pequeña y perfilada, boca diminuta, barbilla redonda. La señora vertía un torrente de palabras, como si se hubiera estado ahogando con ellas:

—¡Hijita, qué gusto! ¡Por fin has venido a vernos! ¡Hemos pensado tanto en ti! ¿Estará enferma Mónica? ¿Qué será de Percy?, nos preguntábamos cada día. Nos hallábamos preocupados, porque ahora, con esta epidemia de gripe, se muere tanta gente, lo mismo los jóvenes que los viejos. Aquí en esta casa todos han estado enfermos. ¡Un verdadero hospital! Por suerte yo me he librado. Yo tengo una salud de fierro. Así me decía Marquesado, el pobre. "Tu vivirás cien años", me decía. Y, sin embargo, cuando él murió, yo estuve también a la muerte. ¡La impresión, hijita, la impresión! ¿Tú te acuerdas? ¡Qué gusto de verte!... ¡Ah, pero yo vivo siempre a la carrera, ocupándome de la casa, sin tiempo para hacer visitas! Sin mí aquí no se hace nada. Marquesado, que me conocía muy bien...

—Tía Trinidad, te presento al señor Moreno... — interrumpió Mónica.

—Mucho gusto de conocerlo. Creí que usted era alguien de la familia. A veces aparecen por aquí primos lejanos por parte de los Roquebruna, y también parientes míos por parte de Marquesado. El tenía una familia muy numerosa. Cada año, a la misa que yo ha-

go decir por el descanso de su alma, viene un mundo de gente. ¿No es cierto, Mónica? ¿Usted conoció a Marquesado, señor? ¡Pobre! Fué un hombre muy fino, un caballero perfecto, un ángel.

Sin dejar de hablar, dió vuelta la espalda y salió del salón. Ya había traspasado el umbral y se oía aún el eco de su voz.

El joven rubio se dirigió a Moreno con marcado acento español:

—¡No se alarme usted, señor, no está loca! Es su estado normal. Tú, Mónica, debías explicarle al caballero; mira la cara que tiene el pobre... ¡Tranquílcese usted! Esa dama es inofensiva. Se llama Trinidad Roquebruna de Marquesado. Estuvo casada siete días justos, ni uno más ni uno menos. Al cabo de una semana de oírla hablar, Marquesado, el marido modelo, resolvió buscar la paz en la tumba. Siendo demasiado bien educado para suicidarse, se murió de un ataque al corazón, como un hombre consciente de la respetabilidad burguesa. De eso hace veinte años, pero el recuerdo de Marquesado vive en el alma de mi cuñada... Porque ha de saber usted que esa dama es mi cuñada. Y puesto que nadie me presenta, me presento yo mismo: José Sierra, servidor de usted.

A pesar de su bella cara y de lo menudo de sus rasgos, Sierra no tenía nada de afeminado. Su voz, sus gestos y sobre todo sus ojos daban la impresión de un tipo varonil y frío. La mano que tendió a Moreno era pequeña, pero firme y seca. Se dirigió a Mónica:

—¿Y cómo estás tú? ¿Y Percy? ¿Siguen ustedes coleccionando animales?

Y volviéndose hacia Moreno:

—¿Ha visto usted qué vergüenza? Esta mujer pierde su tiempo en criar burros y perros en lugar de echar hijos al mundo y perpetuar las razas ilustres de los Roy, de los Sanders y, sobre todo, de los Roquebruna. Yo ya tengo dos niños que heredarán mis virtudes y las de los eminentes antepasados de su madre...

Juanita se levantó de su silla y se aproximó a Mónica, diciendo:

—Yo detesto cuando Pepe empieza con esas bromas sobre la familia, sobre todo delante de visitas.

Y bajando la voz, y aproximando su boca al oído de su sobrina:

—¿Tú no crees, Mónica, que eres muy imprudente? Tú sabes que hay muchas malas lenguas... ¿Qué va a decir la gente al verte en compañía de este señor Moreno?

Había hablado en un murmullo, pero Mónica le respondió en alta voz, para que los hombres oyeran:

—No te preocupes, Juanita querida. Tú eres la única que aun no se ha aburrido de chismear a mi costa. Ahora te doy una buena ocasión de calumniarme, y parece que todavía no estás contenta.

La solterona se levantó violentamente y abandonó el salón, murmurando frases que los otros no entendieron. Sin parecer impresionada por la escena, Mónica preguntó a Pepito:

—¿Están en casa los tíos?

—Por ahí deben de andar; hace un instante vi a don Anselmo.

—Nosotros también lo vimos. Al principio no me conocí, y luego se puso furioso.

—Sí, el pobre está cada día más chocho. ¡Qué quieres! No anda lejos de los cien años, y acaso no sea el más deschavetado: la avaricia de don Belisario lo tiene casi demente. Ya come apenas. Esta infeliz de Juanita subsiste gracias a don Anselmo, que se priva de todo por ella. ¿Y qué me dices de Trinidad, con su historia de Marquesado? Hay días en que en medio de esta gente yo me siento también loco de remate. Por suerte la casa es grande y uno puede sacarles el cuerpo. ¡Qué familia! No sé cómo no me largo... ¡Si no fuera porque aquí tengo la vida asegurada!...

—¡No exageres, Pepito; no exageres! —exclamó Mónica, riendo—. No te quieras hacer pasar por más malo de lo que eres. La verdad es que estás encantado,

y que si no te largas es porque quieres a tu mujer y a tus hijos.

El español se dirigió a Moreno:

—Lo que dice Mónica es verdad, señor: yo quiero a Cristina y a mis chiquillos, y hasta quiero a estos viejos locos, gracias a los cuales vivo sin alquillarme, y que al morir dejarán a mis hijos al abrigo de la miseria. ¿Usted no ha conocido todavía a mi mujer, a Cristina? Pues es una chica formidable. Si la hicieran ministro de hacienda, el país se iba a las nubes. Es ella la que se encarga de administrar la fortuna de su padre y corre con todos los asuntos de las tres familias. Ella cobra los arriendos de las propiedades, las pensiones de los viejos; ella paga los criados y pone orden hasta donde es posible en este enjambre de locos. Sin ella, hace tiempo que la casa de los tres comandantes no existiría. Ahora debe andar en alguna diligencia del Banco, del agua potable, de qué sé yo... Pero, ¿qué hacemos aquí? Vamos a dar una vuelta por el jardín.

Sallieron del salón. Mónica partió en busca de la tía Ermelinda, y los dos hombres cruzaron el corredor.

—Yo me ocupo un poco del jardín —explicó Pepito Sierra—. He plantado rosas de muchas variedades. ¿Es usted entendido en rosas? ¿No? Entonces es inútil que le explique... Venga por aquí... Mire estas azucenas, ¡qué hermosura!... La casa es enorme, ¿sabe usted? Hay treinta y ocho piezas. Todos los dormitorios están en la planta alta. Aquí abajo hay piezas que han estado cerradas durante muchos años, y que yo me he entretenido en abrir y explorar. Están llenas de trastos viejos. En algunas he encontrado papeles de la familia y he podido, más o menos, reconstituir la historia de la casa. Creo que la planta baja de este primer patio ha debido ser construída por 1814 ó 16. Lo cierto es que en 1817 esta casa ya existía, y que aquí se alojaron don Santiago Bueras y don José Santos Mardones. Usted sabe que los dos patriotas estaban prisioneros a bordo de la fragata "Victoria", que esperaba órdenes para llevarlos al destierro, creo que a Juan Fernández. Cuan-

do los realistas, derrotados en Chacabuco, llegaron a Valparaíso, el pueblo se sublevó y empezó a perseguir a los españoles. Bueras y Mardones se amotinaron también con otros presos, lograron encerrar en las bodegas de la "Victoria" al capitán y a los tripulantes, y vinieron a tierra para dirigir los grupos de patriotas que peleaban sin orden. Se apoderaron de los fuertes, y quisieron disparar contra los barcos que huían llevando los restos de las tropas realistas, pero los cañones habían sido inutilizados. Tuvieron que conformarse con hacer prisioneros a los que quedaban en tierra. Parece que esta casa les sirvió entonces de alojamiento y también un poco de prisión.

—Usted conoce la historia...

—Sí, un poco. Ya le digo que aquí he encontrado una cantidad de papeles y de libros viejos, que me entretengo en hojear... Vicio antiguo... Yo era periodista en Madrid.

—Usted es español, naturalmente...

—Sí, madrileño.

—¿Y a qué se dedica usted ahora?

—A nada. Un poco de jardinería, un poco de ratoneo en los papeles. ¿Por qué se ríe usted?

Julio Moreno se reía de buena gana, apoyado en una columna y contemplando el jardín, sobre la mitad del cual la galería del piso alto tendía su sombra.

—¡Hombre! ¿Cómo quiere usted que no me ría? No sé lo que me pasa, pero desde hace algún tiempo no me encuentro más que con gente enemiga del trabajo: Percy Roy, usted...

Sierra se echó a reír también, y dió dos o tres palmadas sobre el hombro de Moreno.

—¡El Gringo Roy! ¡Ese es un tío majo!... Yo no soy perezoso, no crea usted; pero, verdaderamente, no tengo entusiasmo por nada, y no veo la necesidad de complicar las cosas cuando ellas van bien. ¡Es tan raro que vayan bien!... Mire usted; yo hice toda la guerra de España. En Guadalajara fui herido de gravedad. ¡Cinco meses de hospital, y otra vez al frente!... Salí

de Barcelona con los últimos grupos que pasaban a Francia. Nos metieron a un campo de concentración guardado por senegaleses. Logré escaparme y llegar a París. Allí viví un año bastante mal, escondiéndome de la policía. Los franceses nos perseguían porque no teníamos nuestros papeles en regla, y al mismo tiempo se negaban a darnos documentación o a reconocer la documentación de las oficinas de refugiados republicanos. En mis andanzas conocí a doña Mónica Roquebruna, un fenómeno que honra a la familia. Hace medio siglo que vive en París, y ya se le ha olvidado el español, sin que haya logrado aprender el francés. Habla un idioma personal sumamente pintoresco... Sus recuerdos de Chile son fantásticos. Me pintó un país patriarcal, de vida apacible y fácil. Eso me entusiasmó, y gracias a doña Mónica me vine. Me presenté a esta casa con una carta que ella me dió para sus hermanos, a los cuales ve todavía jóvenes como hace cincuenta años, uno vestido de marino, el otro de militar y el otro de oficial de policía. A través de las descripciones de doña Mónica, yo también veía a los tres comandantes cubiertos de galones de oro y con grandes espadas al cinto... Apenas desembarqué en Valparaíso, vine a visitarlos, conocí a Cristina y nos enamoramos. Hace ya ocho años que estamos casados. Ahí tiene usted mi historia. ¡Ah!... ¿Por qué no trabajo? Mire usted: empecé muy joven en el periodismo, y hasta la guerra el oficio me entusiasmó. Yo era un muchacho de ideales. Luego vino aquello... ¡Tanta sangre, tanta miseria y tantos sacrificios perdidos!... Cuando llegué a París, tenía treinta años, pero ya no era el mismo de antes: ya estaba desalentado, sin fe en nada... Aquel año de miseria terminó de descorazonarme. ¿En qué se va a creer cuando se ha visto morir tantos compañeros, cuando se ha visto caer los ideales y cuando el destino se ha ensañado contra uno? Llegué aquí, me casé con Cristina, que es una mujer admirable, que es rica, que administra los intereses de la familia mejor que un tío de Wall Street. ¿Para qué voy a com-

plicar las cosas metiéndome en negocios que pueden fracasar con perjuicio para la fortuna de mi mujer, o mezclándome en la administración de sus intereses cuando ella los lleva mejor que nadie? ¡No, lo más prudente, me parece, es estarme quieto en mi rincón, y no tentar al destino, que al fin ha tenido compasión de mis penas!... Por lo demás, "el mundo", como dicen los frailes, no me interesa. Salgo raramente, ni siquiera voy al café. Me paso los días cuidando el jardín, revolviendo papeles viejos, arreglando la pata de una silla rota, o, a veces, dibujando un poco... Siempre me ha gustado dibujar.

—Una vida agradable, de poco esfuerzo.

—De ninguno. Los comandantes me quieren. Les oigo sus divagaciones y digo amén a todo. Cuando la charlatanería de Trinidad o los enredos de Juanita me hartan, me refugio en cualquier rincón de esta enorme casa. Hay mil escondites. Venga usted.

Pepito Sierra abrió las puertas de varias habitaciones enormes, atestadas de muebles viejos y de objetos indefinibles a primera vista. Después de dar la vuelta al jardín, pasaron al segundo patio, flanqueado por una fila de piezas, y luego a un gran huerto.

—También me ocupo un poco de esto —dijo Sierra, mostrando los árboles frutales y las hortalizas.

—Al fin de cuentas, usted se ocupa de muchas cosas, y usted trabaja, aunque lo niegue —apuntó Moreno.

Volviéron al primer patio, y allí encontraron a Mónica en compañía de un anciano corpulento, iluminado por la blancura satinada de su abundante cabellera y de su espeso bigote.

Sierra informó al marino:

—Es don Santiago, mi suegro. Parece que era un tigre como comandante de la vieja policía. Ahora se ha convertido en un manso cordero. Su única pasión son las cartas, el rocambor.

De su antigua comandancia había quedado a don Santiago cierto aire de altanería. Saludó a Moreno con

indiferencia, sin duda adivinando en él un profano del rocambor. A los pocos minutos se despidió y se marchó, anunciando que le esperaba una reunión de negocios.

—¡Qué negocios! —dijo Pepito Sierra—. Son los amigos que lo esperan para echar una manito.

—¿Ha visto usted toda la casa? —preguntó Mónica a Julio.

—Sí, toda.

—¿La pila también?

—No —dijo Sierra—. ¡Qué palurdo soy! Olvidé mostrarle a usted nuestro orgullo artístico. Vamos a verla.

Los tres atravesaron los patios hasta el huerto, al fondo del cual, tras una verja de madera azul, un jardincillo rodeaba una pequeña fuente de mármol, coronada por un fauno en bronce. ¿Qué espíritu pagano se había deslizado mañosamente en la tradición católica de los Roquebruna, para erigir allí ese símbolo de los goces terrestres, esa divinidad maliciosa que danzaba con un pie en el aire y alargaba los labios sobre su caramillo como para besar? ¿En qué momento de peligrosa exaltación uno de los tres comandantes había tenido la idea de elevar ese modesto monumento al recuerdo de una juventud libertina? ¿Había sido el simple azar el que había llevado el pequeño fauno al jardín de Roquebruna, jamás perfumado por otras flores que las de la virtud cristiana? ¿O don Anselmo, en sus cruceros por el mar antiguo, había recogido la estatuilla en alguna playa de Italia? ¿Era un trofeo de don Benigno, que había conocido antaño la ebriedad de conquistar ciudades a sangre y fuego? Nadie lo sabía, y las rebuscas de Pepito Sierra habían sido infructuosas. Ninguno de los viejos papeles que había escudriñado revelaba la procedencia del fauno. Había que conformarse con contemplarlo como estaba, sobre su pequeño pedestal en el centro de la fuente: una pierna peluda en el aire, los brazos en alto, acercando el caramillo a los labios y la cabeza inclinada en gracioso

movimiento. Así, olvidado en el fondo del jardín, danzaba el pequeño fauno, y su danza era una invitación a la fiesta de la vida.

Alguien gritaba a lo lejos:

—Es Cristina que llega —dijo Pepito Sierra—. Con permiso.

Y desapareció.

Mónica y Julio quedaron solos. Un rayo de sol se filtraba a través de los grandes árboles e iba a clavar-se en el agua de la fuente, donde se repetía la danza del fauno.

Mónica se apoyó en la verja azul y echó atrás la cabeza. Los cabellos descubrieron las orejas y el brillo caliente del crepúsculo fué a fundirse en la piel dorada de su garganta.

—¿Tiene usted un cigarrillo? —preguntó.

Julio abrió su cigarrera, y, como Mónica siguiera inmóvil con las manos apoyadas en la reja, le colocó el cigarrillo en los labios y aproximó el encendedor.

Ella, la cabeza echada hacia atrás y los ojos entornados, aspiró el humo, y, cuando, sin otro movimiento que el de su mano, retiró el cigarrillo, Julio, inclinándose lentamente, la besó en la boca.

## X

MIENTRAS MONICA, sentada frente al tocador, se peinaba, Julio terminó de vestirse y fué a apoyar las rodillas en la banqueta de tal manera que podía contemplar el rostro de su amante reflejado en el espejo. Mónica procedía con tranquilidad y lentitud, alzando los cabellos lacios y aplastándolos después con la escobilla de lomo metálico. Al ver aparecer el rostro de Julio en el espejo le sonrió sin volver la cabeza, y en su sonrisa, tan plácida como sus gestos, él no pudo descubrir ni la más ligera huella de esa turbación propia de la mujer que acaba de entregarse a un amante. Por lo menos, él creía que en tales circunstancias una mujer casada podía estar nerviosa, inquieta... Pero se hubiera dicho que Mónica vivía una escena habitual, que se hallaba en su hogar, preparándose a salir con su marido...

Moreno encendió un cigarrillo y fué a sentarse en una esquina del lecho revuelto. Desde allí la veía oblicuamente: la bata descubría una pantorrilla sólida, un tobillo más bien grueso, pero bien dibujado; un pie pequeño, de alto empeine. Alzó la vista: las nalgas redondas, bien asentadas en la banqueta, la cintura fina, el busto erguido, los hombros firmes y cuadrados. Allí la piel dorada se ensombrecía entre los pliegues de la bata.

¡Y aquella bata!... “¡Diablo de mujer —pensó—; ha previsto todos los detalles!... En fin, mejor así...”

La cita se había concertado de una manera natural, con unas cuantas palabras la misma tarde que él la besara en casa de los tres comandantes. Al despedirse Mónica le había anunciado que el viernes de la próxima semana iría a casa de su costurera, en Viña.

—Yo entro con mi barco el jueves; el viernes estaré aquí. ¿Me permite acompañarla?

—¡Naturalmente!

El la había esperado cerca del hotel Miramar y no había tenido ni siquiera tiempo de inquietarse: a la hora anunciada apareció el Chrysler de los Roy, zarrandeándose alegremente por el camino. Moreno subió y su amiga le tendió los labios antes de poner nuevamente el coche en marcha.

—Esta modista donde vamos —dijo Mónica— es una antigua amiga mía. Se encontró en muy mala situación y yo la ayudé con un poco de dinero para que instalara su tienda. Así la casa donde vamos es un poco mía.

—¿No importará que la modista me vea contigo?

—¡Qué idea!

La modista, una mujer grande y morena de cierta edad, los había recibido afectuosamente, y después de revolver algunas telas y conversar un momento con Mónica, había bajado la cortina de hierro de la puerta y había desaparecido. La trastienda era amplia; la salita, con un gran diván-lecho, un tocador y un gran espejo, era confortable...

“¡Qué bonita es y qué segura de sí misma”, se decía Julio, contemplando a su amiga. La idea de que esa seguridad podía provenir de la costumbre y de que Mónica usaba con frecuencia del saloncito aquél vino a rozarlo ligeramente, pero él la apartó, demasiado feliz para aceptar la inoportuna sospecha. Al contrario, como discreta caricia corría en su interior la satisfacción de que todo ocurriera de manera tan natural. ¡Así debiera ser siempre! ¡Cuántos placeres nos llegan es-

tropeados por el esfuerzo que nos cuesta apoderarnos de ellos! Julio Moreno contemplaba a su amante y la impresión de plenitud que lo invadía llevaba envuelto un cierto agradecimiento por la forma impecable en que funcionaba aquella trastienda, aquel saloncito, el viejo Chrysler; en fin, todo...

Mónica se puso en pie y se despojó de la bata. Bajo la seda rosa de la combinación palpité el vientre plano, todo músculo, sin grasas ni redondeces blandas, y se combaron las nalgas duras. Moreno siguió fumando inmóvil, mientras ella, después de vestirse con un traje negro de falda ajustada y abierta sobre la pantorrilla izquierda, volvía a sentarse frente al tocador, para ponerse el sombrerito pequeño, sin adornos. Al cabo de un instante se dió un último toque de polvos sobre la nariz y se puso de pie.

—Estoy lista.

El se levantó a su vez, la enlazó por el talle y la llevó frente al gran espejo hasta hacerla casi tocar el cristal. Le dijo:

—Me gusta mirar tu imagen. Es como si, al mismo tiempo que te tengo conmigo, estuvieras lejos.

Ella se contempló también, con los ojos entrecerrados, apoyando la cabeza en el hombro del marino y sonriendo.

—Mira qué bonita eres. ¿No te admiras tú misma?

—¡Bah, bonita!... —respondió, sin apartar la vista de su propia imagen—. Tengo algunas cosas que no están mal: la boca, por ejemplo.

Su sonrisa tenía siempre algo de crispación y ahora la crispación se acentuaba, abultando el labio inferior a la derecha, cargándolo de una voluptuosidad pesada, de una sensual malicia casi amarga.

—Tienes una boca de gozadora —dijo él.

—Tengo una boca bestial. Mira...

Julio clavó los ojos en la imagen del espejo y vió palpar los labios gruesos, y entreabiertos, no sólo bajo su mirada, sino también bajo la mirada que la misma Mónica fijaba en ellos. En los ojos sombríos de la mu-

jer había un brillo devorador, como si ella ardiera de deseo por su propia boca que se le ofrecía en el cristal. Julio oprimió la espalda de Mónica contra su pecho y se inclinó hacia el espejo, persiguiendo en su profundidad vertiginosa la esencia turbia de sus deseos confundidos. Ella seguía inmóvil, sonriendo apenas. Entre sus ojos y sus labios se había establecido una complicidad oscura y golosa, a través de la cual pasaba la lujuria del hombre.

De súbito Julio la hizo girar violentamente y la besó en la boca. Luego, sin desvestirla, volvió a poseerla al borde del lecho. Tenía la impresión de que el rostro de Mónica pasaba en un *carrousel* vertiginoso, cada vez con una expresión distinta. El nunca sabría cuál era la verdadera Mónica, no descubriría jamás el secreto de su rostro. Julio la poseía frenéticamente, empujado por la lujuria y por la angustia de llegar al fondo de esa vida, de ese ser que se retorció entre sus brazos, misterioso, ajeno, fugitivo...

Sin embargo ella se daba con la misma furia con que él la poseía. Con las ropas en desorden, el sombrero torcido y los cabellos echados sobre los ojos, Mónica tenía algo de bestial y casi grotesco.

Cuando él la dejó, ella fué lentamente a componer su tocado delante del espejo.

—¡Te adoro! —murmuró el marino, reteniéndola de una mano.

Ella le revolvió los cabellos con una caricia brusca.

—¡Gran bruto! Mira en qué estado me has puesto.

Julio siguió recostado en el lecho mirando cómo ella alisaba de nuevo sus cabellos, cómo rehacía la línea de los labios y cómo trataba de hacer desaparecer las arrugas de la falda maltratada. Sus movimientos eran lentos como los de una mujer libre de obligaciones familiares. Sin embargo, las ocho de la noche habían sonado ya hacía largo rato. "Quizá Percy no comerá en casa", pensó Julio. El recuerdo de Percy le produjo una vaga desazón. Percy... El marido a quien esa mujer pertenecía... Per-te-ne-cía... Es decir, el

hombre que no debía experimentar la angustia que él experimentaba, la de sentir algo ajeno y desconocido en ella.

—Dime, Mónica, ¿por qué te has entregado a mí?

Ella volvió la cabeza y se quedó mirándolo con una expresión de divertido asombro. El insistió:

—¿Qué idea te ha venido de acostarte conmigo? Dime.

—Y a ti, ¿qué idea te vino? No soy yo quien te ha hecho la corte.

—Bueno, pero, ¿por qué me has aceptado?

—¿Eso te preocupa?

—No, no me preocupa, pero me parece raro...

Ella se echó a reír, y, volviéndose hacia el espejo, continuó su tocado.

—¿Tan mala suerte has tenido con las mujeres, que te parece raro que me gustes?

—Ni buena ni mala suerte. A mí, ¿sabes?, las mujeres no me han quitado nunca el sueño. Tengo muchas otras cosas de qué ocuparme...

—¿Por qué te parece entonces raro que yo haya aceptado tus galanterías y que tú me gustes?

El no respondió inmediatamente. Encendió un cigarrillo y se quedó mirando los arabescos del humo. Al fin dijo:

—Me parece raro, es cierto... Debe ser porque tú no eres una mujer como las otras.

—¿Como cuáles?

—Como todas las otras. Ni la más elegante ni la más linda se compara a ti. Tú tienes algo... No sé... Dime, ¿por qué te has entregado a mí? Muchos hombres deben cortejarte...

—Suponte que estoy enamorada de ti —contestó Mónica, mirándolo muy seria.

El se echó a reír, pero se interrumpió, y después de aplastar su cigarrillo en el cenicero, se acercó a ella y le puso las manos en los hombros.

—¿Qué harías tú si yo me enamorara de ti y te dijera: "Tienes que divorciarte para casarte conmigo,

tienes que serme fiel; al menor coqueteo con otro, te mato? ¿Qué harías?”

—Me iría contigo —respondió Mónica, levantándose y echándole los brazos al cuello—. Te diría: “Mi capitán, mi pirata, llévame contigo, arponéame como a una de tus ballenas; haz de mí lo que quieras”. ¡Tú comprarías un barco y yo un ukelele, y nos iríamos por esos mares como en una película!...

Los dos se echaron a reír con las cabezas juntas.

—No vuelvas a sacarme el *rouge*. ¡Cuidado!

—Tú dices que te has entregado a mí porque yo te gusto... ¿No será más bien porque tú andas en busca de sensaciones, por curiosidad?

Mónica retrocedió un paso, y, siempre con su aire de divertido asombro, contempló al marino de alto abajo.

—¡Vaya, vaya!... Estás empeñado en saber... Su ponte que me he entregado a ti, como tú dices, por curiosidad, por experimentar sensaciones. Muy bien. Y tú, ¿por qué me has hecho la corte? También por curiosidad, por contar una aventura más... ¡Estamos pagados, mi querido capitán!...

—Muy bien. Pero yo sentiría —respondió él con un tono melancólico— que, una vez satisfecha tu curiosidad, la aventura se terminara...

Ella se inclinó para darse la última mirada en el espejo del tocador.

—Por el momento estamos juntos. ¿No te basta eso?

—Sí, claro.

—Es tardísimo. ¿A qué horas voy a llegar a casa?

Pasaron del saloncito a la tienda. Julio levantó la cortina de hierro y salieron a la calle.

—¿Dónde están las llaves? —preguntó el marino cuando hubo bajado la cortina.

—No te preocupes. Deja eso así. Berta debe andar por ahí y vendrá a cerrar.

Doblaron la esquina y llegaron al automóvil. Mónica empuñó el volante, y, mientras corrían hacia Valparaíso, Moreno dijo:

—Yo te decía hace un momento que me parece raro que te hayas entregado a mí, porque apenas me conoces. Lo natural es que tuvieras algún temor... ¡Nunca se sabe!... Yo puedo ser un tipo peligroso y meterte en un lío... Imagínate que me da por los celos o por cosas así...

—¡Eso me encantaría! —respondió Mónica, riendo—. Yo, cuando me enamoro, soy muy celosa...

—Imagínate que soy un bruto que un día los celos me trastornan y te pego...

—¡Bah, yo no te importo nada!... ¡Tú no eres hombre de pasiones!...

—Imagínate que tú te cansas de mí, que no quieres verme más, y que yo te persigo y te hago la vida imposible.

El Chrysler corría a toda la velocidad de su viejo motor, por el camino trepidante de circulación, hacia las luces de Valparaíso, las más lejanas de las cuales se confundían con las estrellas o con los fanales de algunos barcos anclados fuera de los malecones. Mónica, atenta al volante, dió una rápida mirada al marino.

—Nada de eso me preocupa —respondió—. Los hombres se imaginan siempre que son un peligro para las mujeres, que las dominan, que las pueden acorralar. Pero las mujeres tenemos muchos más recursos de los que ustedes se imaginan. Si yo quisiera deshacerme de ti, no me faltaría cómo...

—Dime, ¿cómo?

—Haciéndote asesinar, por ejemplo...

—¡Oh, el sistema no vale nada; está usado y puede traer malas consecuencias!...

—Haciéndote cometer un crimen, entonces, para que fueras a la cárcel por toda la vida.

—O al patíbulo.

—Claro.

—¿Ya has enviado a alguien?

—No, pero a veces me dan ganas de hacerlo. Yo me aburro, ¿sabes?

—Pues no te hagas ilusiones conmigo. Yo no te daré esa diversión. Cuando te canses de mí, me lo dices y yo desaparezco. ¡Ballenero a tus ballenas!

Ambos se echaron a reír. Después de una curva del camino, Mónica levantó una mano del volante y la acercó a la boca de Moreno. Este la besó largo y con pasión.

—Las precauciones sirven de poco —dijo ella—; pero, en fin, vale la pena tomar algunas: voy a parar el coche antes del Barón y tú vas a bajar rápidamente. Si nos detenemos demasiado y tardamos en despedirnos, puede pasar alguien que nos conozca.

—¿Nos veremos la próxima semana? Yo me hago a la mar mañana, a las siete.

—El sábado próximo entonces. Donde Berta, como hoy.

Mónica frenó, Moreno saltó a la acera y se quedó mirando el coche que desaparecía en la curva del camino.

## X I

A LAS CINCO y media de la mañana el capitán Moreno subió al puente. El "Alcatraz", a unas sesenta millas al noroeste de Valparaíso, navegaba sobre un mar que surgía fresco y dorado del estuche de la noche. El horizonte se disimulaba bajo una ligera bruma rosa, y la brisa soplaba tan dulcemente, que las olas apenas lograban subir hasta la cubierta de la nave.

Cardoso estaba de cuarto en el timón. El capitán examinó el compás y permaneció un largo rato contemplando el mar.

—Ojalá nos vaya hoy día mejor que ayer —dijo el marinero.

—Ojalá. Lo que nos friega es esa maldita hélice.

Julio Moreno estaba dispuesto a no volver a sacar el "Alcatraz" del puerto mientras el armador no hiciera reparar la hélice. ¡No había manera de trabajar en esas condiciones! La frotación era tan sensible, que, antes que la ballena estuviera a tiro, se zambullía, asustada por las vibraciones.

—¡Si no fuera usted el arponero, el "Alcatraz" no cazaría ni una!

El orgullo que ponía Cardoso en la frase era lo que precisamente había perjudicado al "Alcatraz". ¡No hay ballena que se le escape a Julio Moreno!... Esto lo decían todos, y de ello se valía el armador para no hacer

reparar la avería. ¡Muy halagador, pero el capitán del "Alcatraz" no podía hacer milagros!...

—No, cabro, por muy buen ojo que yo tenga, no puedo hacer milagros...

Dió un palmotazo en el hombro de su marinero, y bajó al comedor. Allí estaba ya don Antenor Brito terminando su café y oyendo pacientemente las disquisiciones del Polo. Apenas el capitán y el piloto se desearon los buenos días, la conversación cayó en el tema obligado:

—Tienes que exigirle a don Santiago que entremos en el dique inmediatamente. Con esta hélice no se puede trabajar —dijo Brito. (Había sido el superior de Moreno, y, cuando no estaban en el puente, lo tuteaba como antaño.)

—Yo creo que el viejo no quiere gastar plata —respondió el capitán—. Debe estar ya resuelto a vender los buques para la nueva compañía de la Antártida.

—Sí los vende, ¿tú te vas con el "Alcatraz" para el sur? Será una vida harto sacrificada. Ya nos hemos acostumbrado al buen clima, y será difícil aguantar los hielos del polo.

—Creo que no me iré...

Moreno pronunció la frase lentamente, pensando en Mónica. Hacía tiempo que había tomado la resolución, después de darle muchas vueltas al asunto. Harrisson y Co. iban a liquidar y el "Alcatraz" y sus otros buques pasarían a una nueva empresa, que instalaría una gran planta beneficiadora en plena Antártida, en la Tierra de O'Higgins. Moreno había tenido ofertas halagadoras para continuar como capitán arponero del "Alcatraz" o de cualquier otro de los buques más modernos que la compañía había encargado a Suecia. Pero su resolución estaba tomada: dejaría la pesca de la ballena y hasta la navegación, y tomaría un trabajo en Valparaíso, jefe de bahía de alguna empresa, y así podría seguir viviendo cerca de Mónica.

—Creo que no me iré, don Antenor —repitió—. Dejaré el mar y buscaré un trabajo en el puerto. Creo que

ya me he sacrificado harto, y que ahora me toca disfrutar un poco.

El piloto movió la cabeza.

—Eso tal vez no te convenga; tú eres joven y tienes que navegar lo más que puedas para ahorrar plata.

—¿Y usted, don Antenor, se irá a la Antártida con la nueva compañía?

—No, yo ya no estoy para esos trotes. Creo que no aguantaría el rigor del clima. Además, yo tengo hijos, y no puedo descuidarlos. Si uno se va para el sur, ya no podrá volver a Valparaíso quién sabe en cuántos años más.

“¡No volver a Valparaíso en muchos años... no ver más a Mónica!... —se dijo Moreno—. ¡Qué disparate sería! Precisamente, porque soy aún joven debo disfrutar. ¿De qué me serviría el dinero que ganara en las soledades del sur, si cuando volviera aquí ya no tuviera a Mónica? ¡Para vivir sin ella es mejor no vivir!”...

Un mes había transcurrido desde la tarde en que la besara por primera vez en la casa de los tres comandantes; un mes desde la primera cita en Viña... Ahora el tiempo llegaba casi al fin del tierno corredor de la primavera, y saltaba a las primeras terrazas calientes del verano. Tendía en ellas su cuerpo dorado y robusto. Como en un juego, alargaba por las tardes su mano perezosa, para prolongar cada vez más el brillo de las ventanas. Espejeaban los cristales en los cerros de Valparaíso, como reflectores de señales, apresurando la arribada del verano. ¡Un mes desde las primeras caricias, y una o dos citas, invariablemente en cada escala del “Alcatraz”!... ¡Qué profundidad, qué consistencia puede adquirir el tiempo cuando pesa en él toda la intensidad de la vida!... ¡Qué sólido, qué real era ese mes! ¡En él podían apoyarse sin miedo todas las esperanzas y todas las ambiciones de un hombre!...

—Tú debes seguir navegando, capitán. No conviene irse a tierra a tu edad.

La voz de Brito lo sacó de su divagación. El piloto había terminado su desayuno y se calaba la gorra cerca de la puerta. El Polo, cafetera en mano, sonreía.

—¡Bah! —respondió Moreno, sirviéndose otra taza de café—. Hay tiempo para pensarlo, don Antenor, aunque yo ya lo tengo pensado: ¡me quedo en Valparaíso!

El piloto salió del comedor. El Polo contempló un instante al capitán. Una malicia infantil asomaba entre sus dientes separados.

—¡Ojalá cambie de idea, cap! ¡El "Alcatraz" no sería el mismo sin usted!

—Y tú, ¿te vas a la Antártida con la nueva compañía?

—¡Claro, cap! Ya estoy acostumbrado a los balleneros, y por allá hay menos tentaciones.

—¿Así es que andas arrancando de las tentaciones?

El Polo se echó a reír y explicó:

—Quiero guardar un poco de plata, capitán, y aquí con las chiquillas y los traguitos no se puede...

Moreno volvió a su camarote a poner en orden algunos papeles. Antes de entrar examinó el mar. Estaba tranquilo, de un azul pálido, sin ningún espanto a la vista. En la tina, don Antenor Brito vigilaba.

Toda la mañana estuvo el capitán ordenando papeles y poniendo sus cuentas al día. En el momento en que el Polo tocaba la campana llamando al almuerzo, la voz del piloto bajó desde la cofa:

—¡Ballena a estribor!

De un salto el capitán subió al puente. Cuatro espantos se alzaban a una milla del "Alcatraz".

—Son espermas —dijo Baúcho, que se hallaba en el timón.

El "Alcatraz" corría a toda máquina hacia su presa. Ya las olas venían a barrer la cubierta, y, como cada vez que se aproximaba el momento de arponear, la tripulación y el barco se identificaban en una misma tensión. Cada hombre sabía que la empresa era difícil,

a causa de la vibración de la hélice. ¿Cómo se iría a desempeñar el capitán? ¿Le acompañaría otra vez la suerte?

Moreno había hecho aumentar la carga de pólvora para poder disparar antes que las vibraciones alarmaran a las ballenas. Aunque resultaba difícil hacer blanco desde tan lejos, él tenía confianza. La calma del mar también podía ayudarlo.

Bajó las orejeras de su gorro de lana y avanzó lentamente por la pasarela hasta el cañón. Martín, que había preparado la carga, se retiró algunos pasos para dejarle libertad de movimientos. Moreno no apartaba la vista de los cuatro espantos que surgían y desaparecían rítmicamente.

—¡Media fuerza!

Las olas que levantaba el "Alcatraz" se suavizaron contra sus costados. Los cachalotes seguían nadando en línea sin dar muestras de alarma. Al cabo de seis o siete minutos, Moreno alzó una mano, y la voz del piloto se hizo oír:

—¡Para!

Don Antenor, desde su cofa, había gritado porque no podía sino obedecer al capitán, pero diciéndose que disparar un arpón a tanta distancia era una locura. Una locura, a menos que, como decían los hombres, Moreno hiciera milagros.

El capitán empuñó el cañón lentamente, y apuntó al más corpulento de los cuatro cachalotes, al segundo contando desde la derecha. Las cabezas de los cuatro animales surgían chorreando agua y sus lomos negros brillaban al sol en un avance rítmico y rápido. El piloto golpeó violentamente con el puño el borde de la cofa:

—¡Por la grandísima!...

Como si su cuerpo formara parte del navío, sentía que aquél era el instante preciso en que la velocidad de los cetáceos empezaba a sobrepasar la del "Alcatraz", que, con las máquinas paradas, había seguido avanzando por su solo impulso. ¡Aquél era el instante! ¡Me-

dio segundo más, y los animales se pondrían fuera de tiro!...

—¡Grandí...!

Sonó el disparo y el cañón culateó con violencia. A pesar de sus orejeras de lana, Moreno se sintió ensordecido. El segundo cachalote, contando desde la derecha, agitaba medio cuerpo fuera del agua, y emprendía ya la fuga con el arpón clavado en el nacimiento de la cabeza. La proa del "Alcatraz" cortaba lentamente una vasta mancha de sangre.

—¡Bienhaiga con el capitán —gritó Brito desde la cofa, agitando su gorra—. ¿De dónde me sacan otro arponero como éste?

—¡Bravo, bravo! —aullaba Baucho en el puente.

Julio Moreno agitó la mano respondiendo a los gritos de sus hombres. La verdad es que era como para estar satisfecho. A esa distancia, pocos capitanes podían clavar un arpón.

Martín corrió a proa para la maniobra de inflar el cachalote y clavarle la bandera. Moreno, ayudado de Cardoso, se apresuró a cargar nuevamente el cañón. Pero las ballenas habían desaparecido, y, después de media hora de vigilancia, el capitán bajó al comedor.

El ingeniero Mujica terminaba en ese momento de beber su café, pero se quedó haciendo sobremesa para acompañar al capitán. La conversación tuvo, naturalmente, un tema obligado: las vibraciones de la hélice. Según el ingeniero, el mal podía repararse en cuatro días de dique.

—Habrà que carenar también —dijo Moreno.

Los dos hombres hablaron de una cosa y otra. Julio estaba de buen humor, quizá por el éxito de su tiro de media hora antes.

—Con el barco en buenas condiciones, don Carlos, hacemos raya y nos llenamos los bolsillos.

Mujica asintió moviendo su gran cráneo calvo, sin que el entusiasmo del capitán disipara la melancolía habitual de su rostro. Moreno habló con pasión y ni un momento la imagen de Mónica vino a mezclarse

a sus preocupaciones marítimas. Así era siempre: durante su trabajo no pensaba en ella. A veces, los ojos, la boca de Mónica aparecían en un relámpago, y eso le bastaba para saber que la vida le resultaría imposible sin la certidumbre de volver a encontrar a su amiga. El podía decir exactamente a cuántos grados al sudeste estaba ella con su voz grave, quebrada en inflexiones cristalinas, al otro extremo del hilo telefónico, dispuesta siempre a señalar la hora de la cita, a la cual acudía con exactitud. Eso era allá, en el puerto; aquí, en el mar, Moreno vivía para su tripulación, para su barco, para pegar de lleno en el lomo de la ballena.

A las dos de la tarde clavó otro arpón casi a la misma distancia del primero. El Rucio Aldana tiró su gorra sobre el puente y le dió dos patadas.

—¡Chitas el gallo padre! ¡Así da gusto tener un capitán!

Al anochecer Julio arponeó un tercer cachalote, a menor distancia, pero ya tan oscuro, con tan mala visibilidad, que el golpe resultó también una hazaña. Y una hazaña que pudo transformarse en catástrofe: el disparador del cañón se atascó y en el momento que Julio lo golpeaba con el puño para desprenderlo, salió el tiro. La excesiva carga de pólvora provocó un culatazo tan violento, que, sin la rapidez de su gesto, le habría destrozado la mano.

—Oye, Julio —dijo el piloto, a la hora de comida—: no se puede trabajar en estas condiciones. Muy bonito será que te conviertas en campeón de tiro, pero si eso te va a costar un brazo...

—La escapé jabonada...

—Ya lo creo. No, no se puede seguir así ni un día más...

—Es peligroso —confirmó Mujica, pasándose la mano por la calva—. Capaz que en una de éstas el cañón reviente.

Moreno ordenó:

—¡Bien, a remolcar los espermas y proa al Ce-

rezo! De ahí nos vamos a Valparaíso y presentaremos nuestro ultimátum a don Santiago.

\*

\* \*

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, Julio Moreno estaba sentado ante el gerente de Harrisson y Co.

—¡Imposible trabajar un día más en las condiciones en que está el “Alcatraz”, don Santiago! Las vibraciones de la hélice asustan a las ballenas y para tirar de lejos he tenido que cargar el cañón con casi doble cantidad de pólvora.

—¡Que me viene con cuentos, capitán! ¡Los hombres dicen que usted arponea las ballenas a una milla de distancia!

—¡No lo eche a la broma, don Santiago! Yo tengo tal vez buen ojo, pero también tengo buena mano y no quiero perderla. ¡Ayer, si no ando tan listo, el culatazo me la arranca!

—¿Y no podemos esperar un poco, capitán?

—¿Esperar a que yo quede manco?

—¡No, hombre, no sea bárbaro! ¡Ni diga eso!

—Lo digo porque es así, don Santiago. No se puede jugar con estas cosas. Dígame la verdad, ¿tiene ya resuelto vender los barcos a la Compañía Antártica?

El gerente se rascó la barbilla.

—Parece que sí. Aun no hay nada resuelto. ¿Usted se va con la nueva compañía?

—No creo. Me gustaría quedarme algún tiempo en Valparaíso trabajando en el puerto.

Don Santiago alzó los brazos escandalizado.

—¿Interrumpir su carrera? ¡Qué barbaridad! ¡Si no sigue como ballenero, muchas compañías lo querrán a usted como capitán!

Moreno se encogió de hombros.

—Bueno, don Santiago, ya hablaremos del porvenir. Por el momento hablemos del presente. Yo no vuelvo a salir en el “Alcatraz” hasta que la hélice esté arreglada. Por estar forzando el cañón y haciendo otras tonterías de repente nos va a pasar una mano...

—Bueno, si la cosa es tan grave, capitán, qué quiere que le diga... El "Alcatraz" tiene que seguir trabajando porque aun no hay nada resuelto con la Compañía Antártica. Mañana vea usted si el dique puede recibir el barco y métalo ahí.

—Una carenada no estará de más. Para aprovechar la ocasión.

—Bueno, una carenada. Usted, Moreno, hace lo que quiere conmigo, pero le voy a decir: estoy hasta la coronilla con los balleneros y las ballenas. Si Harrison y Co. vende sus barcos, me compro una chacra en Quilpué y... ¡adiós!

—Usted ya está rico. Es muy justo que descanse.

—¡Rico!...

Don Santiago hizo un gesto para significar el infinito absurdo de tal idea. Pequeño, con los ojos vivos bajo una frente estrecha y una onda de pelo blanco, el gerente era conocido en el puerto como un hombre cuyos cálculos financieros no erraban jamás. Harrison y Co., cuyas acciones le pertenecían en su mayor parte, había sido un negocio lucrativo para él, y, sobre todo, una experiencia que afectaba despreciar como todo lo que le interesaba.

—¡Estoy hasta aquí, Moreno, de balleneros y ballenas!

Moreno se echó a reír y se puso de pie.

—A mí, don Santiago, me es igual que esté usted hasta donde esté con nosotros y con las ballenas... Con tal que se arregle el barco, lo demás no me interesa.

—¡Hombre, qué amable! Le agradezco...

—¿Y qué quiere que le diga? Los hombres, cuando tienen éxito en los negocios, como usted, llegan a un momento en que creen que se lo merecen todo, que el mundo está organizado para que ellos sigan ganando dinero sin tener ninguna molestia. Que los demás se jodan les parece muy natural. ¿Pero ellos? ¡Ah, no! ¡Eso por ningún motivo!... Cuando uno se pone tan regalón, pues, don Santiago, y se tiene platita, como usted tiene, lo mejor es hacer lo que usted dice:

comprarse una chacrita en un sitio apartado y no fregar más a los que tienen que trabajar.

Moreno había hablado riendo, pero don Santiago, aunque acostumbrado a las franquezas del marino, se quedó un poco turulado.

—Parece que le cayó pesado el bistec de ballena, amigo Moreno...

—Así debe haber sido, don Santiago. Bueno, mañana si el dique me acepta, meto el "Alcatraz"...

Los dos hombres se estrecharon la mano, y Moreno se encerró en la cabina telefónica en el fondo de la oficina.

La voz de Mónica respondió inmediatamente, pero no para acceder esta vez a las proposiciones del marino: "Mañana me es imposible ir a Viña... No... Mañana no te podré ver... ¡Completamente imposible! Es muy largo para explicarte por teléfono... No puedo... Ven esta noche, después de comida, y conversaremos... ¡Ven, tengo muchas cosas que decirte!... Percy comerá en Viña y volverá tarde... Te esperaré a las diez en la reja y hablaremos en el jardín... ¡Ven!..."

El protestó, en el fondo no deseando sino dejarse convencer: "¡Es un disparate!... Alguien del vecindario puede verte... Tú sabes lo que son los chismes... Roy puede llegar inesperadamente y sorprendernos..." Pero Mónica insistía, y cuando Julio Moreno colgó el fono, la cita estaba acordada para las diez de la noche en el trozo de muro derruido que servía de entrada a la quinta.

Comió de prisa en un restaurante de mala muerte cerca de la Aduana, subió en el ascensor Artillería y se metió en el tranvía que lo dejaba a unos doscientos metros de la casa de Mónica.

La noche estaba nebulosa, pero clara; noche de primavera con luna en cuarto creciente, amarilla, fantástica, humorística, rodando tras gasas plateadas, salpicadas de estrellas pequeñitas. Mientras el tranvía se perdía por la calle con un ruido infernal, como si echaran cerro abajo mil toneladas de hierro, Mo-

reno se puso en camino sin prisa. “¡Qué tontería —se decía—. Si me encuentro con Percy voy a hacer un papel idiota. ¿Qué disculpa podré darle? El Gringo no tiene un pelo de leso y no me extrañaría que ya estuviera saltón... Cuando uno empieza a hacer disparates por una mujer, ni Dios sabe dónde puede ir a dar... ¿Por qué no querrá verme mañana? ¿Qué habrá pasado? ¡En qué líos me voy a meter! Si yo tuviera un poco de sentido común debía cortar ahora mismo este enredo”... Pero, sin darse cuenta, fué apurando el paso, apremiado por esa pregunta que colmaba su espíritu y que parecía derramarse por todo su cuerpo: “¿Por qué no podrá encontrarse conmigo mañana?”

Llegó a la calle de los Roy, sin un alma, bañada por la débil claridad de la noche, con tres o cuatro bombillas eléctricas que derramaban una luz amarillenta y sin convicción. Las masas negras de los eucaliptos y las siluetas extravagantes de los miradores se recortaban en el cielo nebuloso. Todas las quintas dormían con sus jardines espesos y sus ventanas cerradas. Julio echó a andar pegado a la tapia de la quinta de los Roy. La vereda se hallaba blanqueada por la vaga claridad de la luna, mientras la opuesta se oscurecía bajo los ramajes asomados por encima de los anchos tapias. Se encontraba a unos veinte pasos de la parte derruida del muro cuando un hombre cruzó la calle y se le aproximó, murmurando algo que él no pudo entender. Instintivamente se echó atrás y trató de ver la cara del desconocido, pero no pudo percibir sino un viejo sombrero que disimulaba el rostro. Moreno dió un paso adelante con los puños cerrados, listo para golpear, pero el hombre se le atravesó en el camino mostrando un cigarrillo.

—¿Tiene fuego, patroncito?

En el instante en que Moreno lo iba a apartar de un manotazo, el Cara de Doctor le lanzó un izquierdo al bajo vientre. El marino tuvo apenas tiempo de esquivarlo saltando a la derecha, cuando ya el otro le tiraba un nuevo golpe, esta vez a la cara. Pero ya Mo-

reno se había repuesto de la sorpresa: lo barajó con facilidad y respondió lanzando su puño recto al pecho del adversario. El Cara de Doctor, con el sombrero en la coronilla, se quedó pegado como una mosca contra la tapia. Sus ojos brillaban en la claridad de la noche y su gran boca hacía una mueca ridícula. El marino lo observó un instante y le tiró otro golpe menos violento sólo por ver la reacción del pobre diablo, ya vencido. Tambaleándose el Cara de Doctor, en vez de responder, se apoderó del brazo de Moreno y se colgó de él tratando de hacerle una zancadilla. El marino lo golpeó con vigor, pero el otro se aferraba a él como un desesperado y le metía la pierna derecha tras la izquierda de Moreno, dándole al mismo tiempo formidables empujones para tirarlo de espaldas.

Julio resistió perfectamente a la maña, y, bien plantado sobre sus pies, cogió a su enemigo por el cuello y lo zarandeó como un pelele. El Cara de Doctor, medio estrangulado, largó la presa, y el marino lo iba a soltar a su vez cuando el otro lo cogió por los hombros y se tiró de espaldas, arrastrándolo en su caída. Julio le lanzó una bofetada a la cara, se desasíó y en el instante en que se iba a poner de pie una llama le abrasó todo el lado izquierdo del cráneo y le devoró la oreja. Comprendió que había sido golpeado con un laque y que el arma había resbalado. Se volvió, apoyándose aún con una mano en tierra y vió a Bernardino Rubio que lo miraba estúpidamente, como sorprendido, y que enarbolaba otra vez su arma.

Instantáneamente Moreno saltó sobre él. Bernardino trató de utilizar el laque, pero recibió en plena boca el puño del capitán y fué a chocar contra la tapia medio aturdido. Moreno le arrancó el arma y le dió un nuevo golpe. En el instante en que Bernardino se desplomaba, Julio quedó paralizado por el dolor: el cuchillo del Cara de Doctor le había entrado profundamente en el hombro derecho.

Se volvió tambaleándose y fué a apoyarse en la tapia. El otro lo miraba con la hoja en la mano, esperando el mejor momento para asestar el golpe de-

cisivo. Transcurrieron así unos segundos hasta que Julio avanzó echando mano al bolsillo trasero de su pantalón. Ante este gesto el Cara de Doctor giró sobre sus talones y se puso a correr calle abajo vertiginosamente, a grandes zancadas. Julio volvió a apoyarse en el muro. Las piernas empezaban a flaquearle. A pesar de eso se aproximó a Bernardino, que seguía tumbado en el suelo, y lo cogió por el pelo y lo sacudió rabiosamente. Bernardino abrió los ojos y empezó a arrastrarse hacia atrás. Moreno lo soltó y el otro se puso de pie.

—¡Por favorcito, don Julio, yo no tengo la culpa!... ¡Yo no quería!... ¡Oiga, capitán, por su vida!...

Moreno tuvo aún fuerzas para tirarle un izquierdo. Con voluptuosidad sintió la nariz y la boca de Bernardino como una masa fofa bajo su puño. En ese instante, a pocos pasos, una voz apagada de mujer exclamó:

—Julio, ¿eres tú? ¿Qué pasa?

Bernardino echó a correr calle abajo. Moreno hundió sus dedos en las junturas de la tapia para sostenerse y se mantuvo así, sin responder, tratando de reunir sus fuerzas. Todo su pensamiento y toda su voluntad estaban concentrados en un solo propósito: alejarse de allí, evitar el encuentro con Percy Roy, no comprometer a Mónica.

La voz femenina no se repitió, pero al cabo de un instante se oyeron pasos. Mónica y Andrés, el jardinero, armado de un garrote, se acercaron.

—Julio, ¿qué ha pasado?

Su voz era tranquila. El marino sonrió lo mejor que pudo.

—Nada. Creo que estoy herido... Poca cosa...

Ella se aproximó y quiso rodearlo con sus brazos para sostenerlo.

—Cuidado..., no te manches... Hay sangre...

Mónica no se retiró y cogiéndole la barbilla le levantó la cara.

—¿Dónde estás herido? ¿Qué ha pasado?

—Aquí en el hombro...; una cuchillada... No puede ser nada grave. Me siento perfectamente.

Mónica se volvió hacia el jardinero que, garrote en mano, husmeaba la calle en busca de los agresores.

—Venga, Andrés. El señor Moreno está herido. Ayúdeme a llevarlo a la casa.

—¿A qué casa? —preguntó el marino.

—Aquí, a la mía. Hay que llamar inmediatamente al médico.

—¡Ah, no! ¡Eso no!... Que este hombre vaya a buscar un taxi y que me acompañe a mi casa. Yo puedo ir perfectamente.

Mónica metió su mano bajo el vestón de Julio y la retiró empapada en sangre.

—¡Dios mío, qué horror! ¡A ver, Andrés, ayúdeme!

—¡No, no! —protestó aún Julio—. ¡Que vaya a buscarme un taxi!

—¿Qué taxi? ¿A dónde va a encontrar taxis a esta hora en este barrio? ¡Tendría que bajar hasta la Aduana! Percy se llevó el auto. ¡Ya, Andrés, ayúdeme!

Moreno no tuvo fuerzas para oponerse. La noche giraba lentamente delante de sus ojos, y, por instantes, desaparecía bajo un ligero velo. Pero no se desvaneció. Sostenido por Mónica y el jardinero, atravesó el parque y penetró en la casa.

Mónica estaba perfectamente tranquila y se movía con rapidez y seguridad. Colocó una frazada sobre un diván del *hall*, retiró el vestón y la camisa del herido y lo obligó a tenderse boca abajo.

—¡Andrés, rápido, vaya a despertar a Juana y que ponga inmediatamente agua a hervir! ¡Mucha agua!

El jardinero salió trotando. Moreno cogió las manos de Mónica.

—¡No seas loca, amor mío, hazme un vendaje cualquiera y que el hombre vaya a buscar un taxi! ¡Que tu marido no me encuentre aquí!

Ella le acarició los cabellos y con su pañuelo le enjugó el sudor que le corría por la frente.

—¡Qué disparate! ¿Qué importa que Percy te encuentre aquí? De todas maneras, por los criados sabría lo que ha ocurrido.

Mientras hablaba oprimía un gran pedazo de tela plegado en varios dobleces sobre la herida, pero la sangre seguía escapándose.

—Hay que llamar a la Asistencia Pública —dijo el jardinero, que había vuelto a entrar.

—¡No —murmuró Moreno—, nada de Asistencia!... ¡Mónica, por favor, hágame un vendaje y yo me iré solo a casa!...

Hizo un esfuerzo para incorporarse y se desplomó sobre el diván. La herida sangró más.

—¡Se va a morir, señora! —gimió el viejo Andrés—. ¡Hay que llamar a la policía!

Mónica se volvió con las mandíbulas contraídas por la ira.

—¡Cállese, no diga estupideces! ¡Haga algo! Vaya a apurar a Juana para que traiga el agua... ¡Vaya a buscar el gran paquete de algodón que está en el baño! ¡Rápido!

En ese momento la criada entraba con una gran jofaina de agua humeante. La mujer temblaba, y al ver a Julio de bruceas sobre el diván estuvo a punto de soltar la jofaina.

—¡Ay, señora, qué desgracia! ¡Por el amor de Dios! ¡La Santísima Virgen tenga piedad de este pobre!

Mónica le arrancó el recipiente de las manos.

—¡El algodón! ¿Dónde está el algodón?

El jardinero venía con él. Mónica se puso a lavar la herida y a extender sobre ella vendajes bien apretados. La sangre empezó a estancarse.

—Esto va mejor —dijo Mónica—; pero parece que la herida es muy profunda.

Moreno trató de incorporarse de nuevo.

—Me siento con fuerzas... Puedo irme a mi casa...

La criada y el jardinero reanudaron al mismo tiempo sus lamentaciones:

—¡Ay, señora!... ¡Por Diosito!... El caballero se nos va a quedar aquí mismo... Tiene todas las venas abiertas... ¡La Virgen del Carmen nos ampare!

Mónica cogió a Moreno por el cuello, lo inmovilizó sobre el diván y gritó:

—¡Silencio! ¡Aquí se hace lo que yo mande! ¡Usted, Julio, se va a quedar quieto! ¡Nada de disparates ni de caprichos! ¡Usted se irá a su casa cuando el médico diga que puede irse!... ¡Ustedes dos se van a callar!... ¡Si siguen chillando, los mando a la calle ahora mismo!...

Los criados enmudecieron y regularon ante las furiosas miradas de Mónica. Julio, sin fuerzas, se mantuvo quieto bajo la mano que le oprimía el cuello. Sólo pudo murmurar:

—Tal vez sería bueno llamar al doctor Varela. El podría llevarme a casa.

—Juana —ordenó Mónica—, telefonee donde el señor Oteiza. Usted sabe el número. Ahí debe estar Percy. Pregunte por él y dígame que el señor Moreno ha sufrido un accidente, que vaya a buscar al doctor Varela y que se venga con él lo más rápidamente posible.

La criada desapareció en el acto.

—Usted, Andrés, vaya a poner más agua a hervir, y traiga la botella de *whiskey* del comedor y un vaso.

—¿Cómo vamos a explicar todo esto a Percy? —preguntó Moreno cuando el jardinero hubo abandonado el *hall*.

Mónica se encogió de hombros.

—De cualquier manera... Yo creo que a los heridos no les conviene hablar.

—¡Bah, ésta es una herida sin importancia!... A mí me preocupa Percy.

—A mí me preocupa que tú salgas de ésta. No creas que la herida es tan poca cosa: el cuchillo te ha entrado profundamente. ¿Te das cuenta de que han podido matarte? ¿De que te has salvado milagrosamente?

—¡Bah, yo tengo el pellejo duro! Déjame levantarme un poco.

Ella le ayudó a volverse y a incorporarse.

—¿Sufres mucho? —preguntó al ver que él hacía una mueca.

—Algo..., poca cosa... Dame un cigarrillo.

Ella lo encendió en su boca, aspiró dos o tres veces y se lo puso en los labios.

—¡Mi amor! —murmuró él, oprimiéndole las manos—. ¡Mi amor de toda la vida!... ¿Qué explicación vamos a dar a Percy?

—Nada, le diremos que tú viniste a visitarnos y que te asaltaron. ¿Qué otra cosa vamos a decirle?

—Pero a él va a parecerle raro que yo venga de visita así, de repente...

Juana vino en ese momento a anunciar que don Percy venía. Estaba en casa del señor Oteiza y había salido en busca del doctor Varela.

El herido, reconfortado con un trago de *whiskey*, se fué sintiendo cada vez más animado. Sin embargo, cuando intentó incorporarse, el dolor lo obligó de nuevo a tenderse en el diván.

Andrés y Juana, desde la puerta del *hall*, miraban con terror y desconfianza al marino y a Mónica, sentada junto a él. Al oír en el jardín el motor del auto de Percy, la criada y el jardinero salieron, dando voces, al encuentro del patrón.

—Creo que Percy va a sospechar algo —murmuró Julio.

Mónica susurró:

—¡Nada, no te preocupes! Ahora no des ninguna explicación. Yo hablaré con Percy más tarde.

Roy y el doctor Varela entraron seguidos de los dos sirvientes, que se quedaron en la puerta, encogidos y recelosos. El Gringo no parecía haber perdido su tranquilidad habitual. Se acercó a Moreno tras el médico y no hizo ninguna pregunta.

—Basta verte para saber que no tienes nada grave —dijo Varela a Moreno, que seguía fumando—. Un poco de dolor, ¿eh?

Le tomó el pulso, le miró a los ojos y tocó por encima de los vendajes.

—Usted, señora, ha hecho lo necesario, que era vendar apretando bien. Estas heridas no sangran mucho. Estoy seguro de que el pulmón no ha sido tocado, pero vamos a mirar un poco cómo se presenta la cosa.

Retiró rápidamente los vendajes y examinó minuciosamente la herida y la desinfectó.

—Sí, muy dolorosa... Una cuchillada que si te alcanza el pulmón te habría puesto en apuros..., en grandes apuros... Pero el arma no tocó ningún órgano... ¡Nada! En una semana estarás bueno.

—Dentro de una semana, entonces, los gallitos que me han jugado esta broma tendrán su merecido...

—¿Los conoces?

—A uno de ellos, por lo menos...

El médico colocó de nuevo los vendajes, ayudado por Percy. Mónica recogió los recipientes y los restos de tela y ordenó al jardinero y a la criada que se fueran a dormir.

—¿Un poco de *whiskey*, doctor? —preguntó Roy—. También será bueno para el herido.

—Yo ya he tomado —dijo Julio—, pero otro trago me pondrá bien del todo.

Varela aprobó:

—¡Excelente idea! Beberemos nuestros *whiskeys* lentamente, para que el herido descanse y después lo llevaremos a su casa. Para que usted no se moleste en bajar, Percy, yo iré a buscar mi coche...

Roy protestó: él conduciría a Moreno, y si era necesario ir en busca de medicinas, también iría.

—No, no —dijo Varela—, este hombre es duro como roca. No necesita más que unas cuantas desinfecciones de la herida, y asunto concluido.

Roy sirvió los *whiskeys*. Mónica fumaba en silencio y Moreno se decía que había llegado el momento de dar alguna explicación. Varela la facilitó, preguntando:

—¿Hay muchos asaltos en Playa Ancha?

—Yo no he oído hablar de ninguno —contestó el Gringo.

—Este barrio es muy tranquilo —confirmó Mónica.

—Entonces debe ser una venganza. ¿Tú dices que conoces a uno de los agresores?

—Sí —dijo Moreno—, lo conozco, y muy bien, pero no sé si después que le devuelva la mano va a quedar reconocible.

—¡Hombre, hay que perdonar las ofensas! —dijo el médico, riendo.

—Una vez que haya dado su merecido a ese par de valientes, los perdonaré de todo corazón.

—¿Eran dos? —preguntó Varela.

—Sí, dos. Mientras peleaba con uno, el otro trató de pegarme un lazo en la cabeza por la espalda, pero el golpe resbaló. ¿Ves? Tengo un poco de sangre en la oreja. Después se cambiaron los papeles, y, cuando peleaba con el del laque, es decir, mientras me quedaba como un tonto mirando el efecto que le había producido mi bofetada, el otro compadre me plantó el cuchillo en el hombro.

—Te deben haber esperado en la calle oscura...

—Deben haberme seguido desde el puerto. Después de comer me vino la idea de visitar a ustedes —dijo Moreno, dirigiéndose a Mónica y Roy.

Este no había preguntado nada, y no parecía interesado por el interrogatorio del médico. Con sus lentos ademanes de siempre, llevaba el cigarrillo o el vaso a sus labios.

—Mi idea de venir fué bien desgraciada —insistió Julio—. Estoy confundido por todas las molestias que les estoy ocasionando.

—¡No diga eso, capitán! —exclamó Percy—. Usted no nos da ninguna molestia. Ha sido una suerte que los bandidos lo atacaran cerca de la casa, y que Mónica haya podido socorrerlo a tiempo.

Y sin dar la impresión de querer cambiar de tema, se dirigió al médico:

—Es curioso, doctor, que no nos hayamos encontrado desde hace tantos meses. Dicen que Valparaíso es chico, y, sin embargo, ya ves tú, dos personas que no andan muy lejos una de otra pueden pasar meses sin verse... ¿Qué es de tu vida?

Varela habló de sus actividades, y, cuando los vasos estuvieron vacíos, el médico dió la orden de partir.

—No será muy cómodo para ti —dijo a Moreno—, pero eres sufrido...

El marino estrechó la mano de Mónica.

—Buenas noches, señora. Perdona esta visita de novela policial.

Y salió apoyándose en los brazos de Roy y de Varela.

Ya en el auto, el Gringo trató de manejar con cautela, para evitar los movimientos bruscos, pero los resortes del viejo Chrysler eran rebeldes a todas las precauciones.

—Mientras más me duela la herida —dijo el marino—, más gorda es la cuenta que me van a pagar los gallos cuchilleros.

Cuando Eugenia Moreno vió llegar a su hermano sostenido por dos hombres, prorrumpió en gritos, y el doctor Varela tuvo no poco trabajo para tranquilizarla y hacerla entrar en razón. Por fin, la pobre mujer se convenció de que Julio no iba a morir allí mismo y ayudó a meterlo en cama.

—Te has portado bien, capitán —dijo el médico—. ¡Como un hombre!

—¡Bien poco vale un hombre en este estado! ¿Cuándo crees que podré levantarme?

—¡Ya estás pensando en levantarte! ¡No seas bárbaro! ¡Ten paciencia!

—Es que me corre prisa de ver a los ñatos que me han hecho esta broma.

—¿Piensa matarlos, capitán? —preguntó Roy, riendo.

—Matarlos no, pero casi...

—¡Bueno! —interrumpió el doctor—. Basta de conversación. Nosotros nos vamos, y tú te duermes tranquilo. Usted, señorita Eugenia, también se va a dormir. Mañana temprano vendré por aquí. Buenas noches.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN CHILENA

## X I I

JULIO MORENO no había estado nunca enfermo, y el permanecer recostado en un diván el día entero le resultaba una novedad aburridora.

El doctor Varela había dado cuenta a Harrisson y Co. que el capitán había sufrido una caída con luxación de un tobillo. El piloto Brito se encargó solo de entrar el "Alcatraz" al dique, y, cuando, junto con Gustavson y los otros amigos del "Bote Salvavidas", quiso ir a visitar a Moreno, Varela les informó que éste se había marchado a descansar a Quilpué. La verdad era que Julio no deseaba recibir a nadie para que Mónica no fuera vista en su casa.

Ella venía cada tarde. El primer día la había esperado, echando miradas inquietas al reloj. "Si no viene es porque el Gringo se ha dado cuenta del lío y la tiene encerrada", pensaba a veces; pero luego se decía que podría no venir por simple indiferencia. "Yo no le he servido más que de diversión, y ya no le intereso desde el momento que han empezado las molestias. Seguramente no le importo nada, y no vendrá..."

Pero ella apareció al atardecer, con un enorme paquete de golosinas, de libros, de diarios, de tabaco. Eugenia Moreno torció el gesto al verla, pero cuando Mónica le hubo dicho que tenía lindos ojos y le hubo alabado el gusto con que había arreglado la casa, la solterona quedó cautivada y se lanzó en larguísimas

explicaciones del carácter de Julio y de su propio carácter, y de cómo ella había consagrado su vida al cuidado del marino.

Este contemplaba un poco asombrado aquella Eugenia desconocida para él. La mujer abúlica y destefida se cambiaba en una charladora de buen humor, que sabía presentar con una malicia muy suya las anécdotas divertidas. A pesar de esta agradable impresión, Julio deseaba quedarse a solas con su amante, y cuando, por fin, Eugenia salió de la pieza, cubrió de besos las manos de Mónica, interrogándola sobre lo que había ocurrido en su casa.

Mónica dijo que Percy no había parecido extrañado por la visita del marino la noche anterior, y que había prestado una oreja distraída a sus explicaciones sobre la manera cómo ella había oído la riña y había socorrido a Julio; por lo demás esa mañana Percy había telefoneado al doctor Varela para preguntarle por el estado del herido y hablaba de venir a visitarlo. Mónica parecía feliz. Besó largamente a su amante y se puso a desempaquetar sus regalos.

Moreno la contemplaba desde su sillón, tan elegante, tan refinada en el ambiente monacal de su cuarto. Estaba allí el viejo sillón de cuero que había pertenecido a su padre; en un rincón, el catre de hierro de sus tiempos de estudiante; un armario con libros y papeles, otro con ropa, un pequeño escritorio y un mueblecito para los zapatos. Nada más. Mónica echó una mirada circular sobre las paredes desnudas, y declaró:

—Aquí faltan unos cuadros. Mañana te traeré.

—No —se apresuró a contestar Julio—; ése es el mejor cuadro.

Y mostró la ventana abierta sobre la bahía.

Mónica se acercó y se puso a contemplar el mar azul que la tarde estriaba de amarillo y rojo, los malecones, el espejeo de las ventanas en los cerros.

—¡Qué maravilla! En realidad, no puede haber un cuadro más hermoso.

A pesar de eso, al día siguiente apareció con un

paisaje cubista que hizo reír a Moreno y que entusiasmó a Eugenia, ya completamente conquistada. Las dos mujeres, martillo y clavos en mano, colgaron la tela en el lugar más visible de la pieza, y estuvieron un rato contemplándola con admiración, sin hacer caso de las burlas del marino. Cuando Mónica se marchó, Eugenia se sentó junto a su hermano, y, mientras sus dedos se movían vertiginosamente en el tejido, hizo el elogio de la belleza, de la inteligencia, de la distinción, de la bondad, de la gracia y de las mil otras cualidades de Mónica. Julio la oía en silencio, contemplando, a través del humo de su pipa, el miraje que le ofrecía la ventana, toda azul de mar y cielo. ¿Dónde estaba su amante en aquella inmensidad? ¿Dónde estaba Mónica en su vida de marino? La voz de su hermana terminó por llegar a sus oídos como un vago runrún, y la imagen de su amor terminó por desvanecerse en el azul violento de la tarde perfumada por el viento oceánico.

—¿Tú crees que Percy no se enterará de tus visitas? —preguntó al día siguiente a Mónica.

—¡Que se entere! ¿Qué tiene de particular que venga a visitar a un amigo enfermo?

Mónica llegaba hacia las cuatro de la tarde y se marchaba a las nueve de la noche, o se quedaba a comer. Traía langostas, pichones o golosinas, y Eugenia, riendo y hablando sin cesar, corría de un lado a otro, con cargamentos de platos y de fuentes.

Un día después de almuerzo se presentó Percy Roy.

Dijo que no había venido antes porque sabía que el herido iba muy bien. Mónica y el doctor Varela le habían dado continuamente noticias. Sentado, con un diario bajo el brazo, el Gringo tenía el aire melancólico de costumbre. Contó cómo se había producido el accidente de un *jockey* en las carreras de Viña, y, sacando su lapicito de oro y dibujando en el margen del diario, explicó el desarrollo de la partida de fútbol del domingo último. Aparte de eso, no había nada de nuevo; la vida seguía tan estúpida como de costumbre.

Ofreció dejar el diario, pero se dió cuenta de que era de tres días atrás.

—La costumbre —dijo— de andar con un papel bajo el brazo. No lo leo casi nunca. Cuando pasa algo, interesante, me entero por los comentarios de los amigos. Es más divertido.

Se despidió y se marchó fumando, con sus pelos rubios al viento.

Mónica llegó más tarde.

El quinto día de su enfermedad, Julio se sentía ya perfectamente, y andaba por la casa sin más molestia que algún dolor que le producían ciertos movimientos del brazo derecho. A pesar de su buen estado el doctor Varela no quiso autorizarlo para salir.

—¡Es el colmo que quieras irte a la calle cuando estás tan bien cuidado! —dijo el médico, maliciosamente, al oír las risas de Mónica y de Eugenia en el *hall*.

Julio titubeó un instante, y al fin repuso:

—Justamente, porque estoy muy bien cuidado, te pido que me echés a la calle lo más pronto posible. ¡Qué quieres, viejo, ya no aguanto más! Para mí las mujeres han sido siempre el "extra", pero ahora se han convertido en el guiso cotidiano. ¡Y no es nada divertido!... Esa pobre Eugenia, tan discreta, tan tranquila, está inconocible desde que Mónica viene. Entre las dos pasan el día diciéndome lo que debo hacer y lo que no debo hacer, discutiendo la organización de la casa, planeando mi vida. Mira sobre mi escritorio: todos mis papeles están en orden; mira mis trajes y mis libros. Yo, como todos los marinos, soy un maniático del orden, pero del mío y no del que me imponen. Felizmente no tengo que buscar nada, porque no encontraría ni mis tablas de navegación, ni mis calzoncillos. Mónica piensa que debo cambiar de sastre; Eugenia, naturalmente, piensa lo mismo... Las dos opinan que como demasiada carne, y que debo ponerme a régimen de verduras... ¡Oye, doctor, échame a la calle! ¡Te lo suplico!...

El médico se reía a carcajadas.

—Pero Mónica es adorable, y tú la adoras...

Moreno se quedó mirando un instante al techo antes de responder:

—Sin duda, pero yo preferiría adorarla como antes, cuando tenía tantos misterios; cuando, después de una o dos horas de intimidad, desaparecía en una calle cualquiera; cuando hablábamos nada más que de amor o de placer, y no de regímenes de verduras...

—¿Te aburre ahora?

—No, no me aburre, pero... Tal vez sea porque este encierro me revienta. Necesito mi barco, mi arpón, mi buen surazo...

—¿No te basta una mujer bonita?

—No —murmuró Julio, apoyándose en el balcón y contemplando la bahía.

—Tendrás que aguantarte aún un par de días. Ya sabes que tu amigo Bernardino no te trató con muchos miramientos.

—¡Ah, ése!... ¡Tú verás cuando lo pesque!

—¿Y has sabido algo?

—Tengo al Polo y a Martín haciendo averiguaciones. Esos cabros son verdaderos detectives. Ya se han enterado de que el compañero de Bernardino es un distinguido maleante que llaman el Cara de Doctor.

—¡Hombre, muy honroso para nuestra profesión!

—A ti te interesaría conocerlo para comparar y ver si tú tienes verdadera cara de médico.

—Sí, claro.

—Pues tienes que apurarte, porque, aunque el hombre me duela, apenas salga a la calle voy a dejar a tu colega que no lo va a reconocer ni la madre que lo parió.

Cuando el médico se fué, Mónica vino a acodarse en el balcón, junto a Julio. Este le mostró el "Alcatraz", que acababa de salir del dique y había ganado su fondeadero habitual.

—¡Ya vamos mejor, mi viejo! —exclamó el capitán, agitando la mano—. ¡Ya luego estaremos otra vez pegándole a la ballena!

Era una magnífica tarde que se zambullía en el límite mismo de la primavera y el verano, saludada por la gran trompeta del sol, entre los azules tan parecidos del mar y del cielo. Valparaíso, blanco, rosado, gris y verde, corría por el litoral y subía a los cerros en dibujos caprichosos. Aquí y allá manchas de jardines, de barrios nuevos, de fábricas, de casas viejas amontonadas o en equilibrio al borde de un barranco. Abajo, la Estación del Barón, con sus humos y sus ruidos de viaje.

—¡Qué hermoso es Valparaíso! —dijo Mónica.

Julio contemplaba con placer este cuadro, que no perdía su encanto a través de los años.

—Sí —contestó—, es muy hermoso, pero me gustaría que creciera hacia arriba, que fuera más gran ciudad; me gustaría, por ejemplo, que las avenidas Pedro Montt y Brasil fueran enteramente de edificios de seis pisos. ¿No sería mejor?

—No. —Y Mónica habló lentamente—. No deseo que nada cambie: quiero seguir viendo a Valparaíso como lo vi desde que era pequeña. Así siento que todo esto es un poco como mi casa. He vagado por estas mismas calles hace tiempo, cuando era desgraciada, y la vista de esa muchedumbre me ha distraído y consolado. “Estas gentes son de mi tierra, de mi pueblo —me decía yo—, y no pueden dejarme sufrir mucho tiempo.” Y no me dejaron. Luego fui feliz en esas mismas calles, mezclada a esas mismas personas. Aquí, en Valparaíso y en Viña, fui terriblemente joven, ¿sabes? Joven de una manera casi frenética. Me parecía que no tenía sentidos bastantes para gozar de mi juventud. Ahora, cuando miro este puerto en una tarde de sol, tengo la impresión de que todo aquello vuelve, de que otra vez siento la sed de la vida.

—Hablas como si aún no fueras joven...

—En todo caso, no lo soy como lo fui. Yo tengo un pasado, Julio; quizás un pasado más largo que mis años.

—¿Y todo vivido aquí?

—No. He andado por Europa y por otras partes, pero aquí es donde yo he sido más feliz y más desgraciada. Tal vez, en el fondo, eso no importe en el amor por una ciudad, pero sí los descubrimientos que uno hace en ella. Yo descubrí en Valparaíso el encanto de la calle, el rumor de la muchedumbre, lo pintoresco de la vida. Por eso, cuando he vuelto después de un largo viaje, he visto siempre con alegría que poco o nada ha cambiado. Me ha parecido cada vez que recobraba intacta mi juventud.

—Puede que tengas razón.

—Claro que la tengo. Mis recuerdos están intactos en esta ciudad, que ha variado tan poco desde que yo era niña.

—A mí, tú sabes, los recuerdos...

—¿Qué?

—Tú has tenido una juventud feliz que debe ser agradable recordar. Yo sufrí muchas humillaciones cuando era niño. La pobreza no es buena ni siquiera en el recuerdo.

—¿Tú crees, verdaderamente, que la pobreza es tan mala? Yo soy pobre ahora, y casi no lo siento...

—Eso es otra cosa; tú eres pobre de una manera muy especial: vives cómodamente, no sufres privaciones; eres halagada como mujer bonita. Eso que tú llamas pobreza no puede compararse con las humillaciones que los ricos, o los que se creen ricos y poderosos, imponen a un niño pobre. Yo conozco todo eso muy bien, y no quiero recordarlo. Me imagino que tú, cuando eras muchacha y millonaria, no tenías el horrible orgullo del dinero y la grosera soberbia de la fortuna que me hirieron en mi infancia.

Mónica pasó un brazo sobre el cuello del marino.

—Tal vez yo era una niña orgullosa..., seguramente lo era, pero no por el dinero. ¡Me parecía tan natural el ser rica!...

—¡Uf, qué desagradable! Felizmente ahora eres pobre, como dices, y te has convertido en una mujer razonable. A mí me asquea la gente que chilla: "tengo

esto que es de gran valor”, “soy dueño de tal cosa”, “lo mío es lo mejor, lo más caro...”

—Eso es natural: la gente que tiene algo se siente satisfecha y lo demuestra.

—A mí, eso me parece grosero, de mal gusto. Yo tengo bien poco, es cierto, pero siempre he sentido una especie de vergüenza ante los que tienen menos que yo.

—Sin embargo, tú tienes tu autoridad de capitán y la muestras y la impones a los inferiores.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—En un mundo ideal, no habría ni pobres ni ricos, ni superiores ni inferiores de ninguna especie.

—¡Bah, imposible!... No estamos hablando de sueños...

Julio volvió la espalda a la ventana y fué a sentarse en el sillón. Mónica aproximó una silla baja y se sentó junto a su amante, enlazándole las manos.

—Yo sí que estoy hablando de sueños, Julio. Imagínate que yo sueño que soy algo en tu porvenir. ¿Es verdad?

El la miró fijamente. Mónica estaba de espaldas a la ventana, cuya claridad se avivaba en sus cabellos, y de pronto, dentro de esa aureola de oro, Julio descubrió con sorpresa un rostro envejecido. Quizás por efectos de la luz se acentuaban ciertos pliegues de las mejillas y en torno a los ojos.

—¿En mi porvenir? —murmuró él, desconcertado—. Tú no eres nada en mi porvenir, como yo no soy nada en el tuyo. Tú te cansarás de mí uno de estos días y no volverás más.

—Yo volveré siempre.

Lo dijo con alegría. Se puso de pie de un salto, y giró en la pieza con un paso de danza. El siguió su rostro con insistencia para comprobar el sello de vejez que había descubierto, pero Mónica era de nuevo la mujer fresca y ágil que él estaba acostumbrado a ver. En ese momento entró Eugenia anunciando la visita del piloto Brito. Mónica se despidió de prisa. En la puerta repitió riendo:

—Yo volveré siempre.

Julio hubiera querido retenerla, examinar su rostro a todas las luces y desde todos los ángulos, asegurarse de que había sido falsa esa impresión, esa sombra de vejez sorprendida en su amante. Pero Brito entraba ya cautelosamente, husmeando, como un animal receloso, el perfume de la mujer que no viera salir. Traía una carta para el capitán.

Este la leyó y miró interrogadoramente al piloto.

—Sí —dijo Brito—, ya sé lo que es: don Santiago te comunica la venta de los buques a la Compañía Antártica. El "Alcatraz" se nos va.

—Me dice que en pocos días más hará entrega de los buques. ¡Maldita sea! ¿No podré tirar el último arponazo en mi barco?

Don Antenor Brito estaba triste.

—Yo abandono la ballena, capitán. Estoy muy viejo para irme a la Antártida. ¡Qué diablos, un día tenía que ser!

—Mejor así, don Ante, nos quedamos en Valparaíso.

—Ya me han ofrecido varios puestos en la bahía. ¡Bah!, trabajo no ha de faltarme: el piloto Brito es bien conocido y estimado. No es eso lo que me preocupa: es la ballena... Me da pena dejar la ballena... después de tantos años.

—¡Qué ballena ni qué cachalote, don Ante! ¡No ponga esa cara por tan poco!... Empezamos una nueva vida. Yo también me quedo en el puerto. Espero que tendré la misma buena suerte suya y que también encontraré trabajo.

Brito movió la cabeza con aire preocupado:

—Un capitán joven como tú no debe abandonar el mar.

—Pero si no abandono el mar: trabajaré en la bahía.

—No es lo mismo. En fin, cada uno sabe dónde le aprieta el zapato... En todo caso, los de la Compañía Antártica cuentan contigo; no tienen capitanes.

—¡Que traigan noruegos! Lo que es yo no me voy

a ir al Polo a vegetar entre las focas y los pingüinos.

Don Antenor enrolló un cigarrillo y pasó la lengua sobre el borde del papel para pegarlo. Cuando lo tuvo bien cabeceado, dijo:

—Te traigo otra noticia, Julio. Los muchachos querían venir a dártela, pero como yo tenía la carta les dije que mejor sería una sola visita.

—¿Han descubierto algo?

El piloto chupó el cigarrillo con aire preocupado. Parecía vencer una gran repugnancia para seguir hablando:

—El Polo y Martín han visto en un bar de la calle Cajilla a Bernardino y al Cara de Doctor, conversando, ¿a que no te imaginas con quién?

—No.

—¡Con Percy Roy, capitán!

Julio se quedó mirando estupefacto al piloto. Pasó un buen momento antes de que pudiera preguntar:

—¿Están seguros de que era el Gringo Roy, el mismo que fué a bordo del "Alcatraz"?

El piloto, a quien el asombro de Moreno no tomaba de sorpresa, respondió con calma:

—El mismo. Estaban juntos, como buenos amigos, tomando cerveza.

—¡Esta sí que es grande!

—Grande es. Y los muchachos creen que el tal Roy ha tenido algo que ver en el asalto. Dicen que el Gringo tenía que saber que tú ibas esa noche a su casa y que...

—¡No, don Ante, ésas son ridiculeces! ¡Eso no puede ser!

Lo afirmó una y otra vez con tanta convicción que Brito, al marcharse, iba también seguro de que Percy Roy, amigo de Moreno, hombre pacífico y medio filósofo, no tenía nada que ver con el asalto. ¿Cómo explicar que se le hubiera visto con los dos badulaques? Nada más sencillo: Roy, siempre un poco curadito, se tomaba un trago donde la sed lo pillaba. Entrando por casualidad en ese bar de la calle Cajilla, había encontrado a Bernardino y al Cara de Doctor y había enta-

blado conversación con ellos entre trago y trago. Roy ni siquiera tenía idea de que eran los asaltantes de su amigo Moreno.

Cuando se marchó Brito, el marino continuó repitiéndose estos argumentos a sí mismo. No podía imaginar a Roy en tratos con malhechores, montando una intriga complicada para matar al amante de su mujer. Si el Gringo tenía sospechas sobre la fidelidad de Mónica, no debía darles ninguna importancia.

Al día siguiente comentó la noticia con el doctor Varela. El médico era de su misma opinión:

—¡Hombre, es imposible que el Gringo tenga algo que ver con tu puñalada! Se ha hablado tanto de Mónica que algunas de las cosas que se cuentan deben ser ciertas, y el Gringo tendría trabajo si quisiera mandar al otro mundo a todos los que han sido amantes de su mujer.

Al ver la mueca del marino trató de hacerse perdonar su rudeza:

—¡Qué diablos, viejo! ¡La vida es así! Tú no te vas a poner celoso del pasado. . . Ella te quiere y tú la quieres. Eso basta. Percy es un buen muchacho, sin voluntad, un poco aficionado al *whiskey*, anarquista, pesimista. . . No, un hombre así no manda asesinar a otro.

—Mónica me ha explicado que ella y Percy son buenos camaradas, que se dejan la mayor libertad, que jamás ha habido entre ellos escenas de celos.

—Debe ser así. Son gente navegada que ha vivido mucho y que ya está de vuelta de todos los prejuicios. Yo creo que no se casaron por amor, sino por amistad, porque se entendían bien. . . Tú sabes que Percy es un original y un vago de temperamento. Con frecuencia le da por recorrer las calles y meterse en las tabernas más miserables. Allí se ha encontrado con tus asaltantes y tal vez le han parecido tipos pintorescos y se ha puesto a conversar con ellos.

El médico y el marino conversaron hasta tarde. Moreno explicó la venta de los balleneros y sus propios proyectos.

—Lo he pensado bien: no me separaré de Mónica.

Me quedo en Valparaíso. Cierto es que ella me fatiga un poco aquí en casa, pero apenas tú me dejes salir a la calle, reanudaremos nuestra antigua vida, nuestras citas, nuestros paseos. Tendría que estar loco para dejar a una mujer tan encantadora y a quien quiero tanto.

—¿Tanto como para renunciar a todo por ella?

—¿Qué llamas "todo"?

—Tu carrera.

—¡Pero si no renuncio! Buscaré un puesto de jefe de bahía y ganaré tanto como si navegara.

En ese momento entró Eugenia batiendo la coctelera del *whiskey sour* preparado según la receta de Mónica.

—¿Cómo lo encuentra, doctor? ¿Cuándo podrá salir?

—Yo lo dejaría salir mañana mismo, pero tengo miedo de que haga tonterías.

—¡Te tomo la palabra! Mañana me largo a la calle y les rompo la crisma a Bernardino y al Cara de Doctor.

\*

\* \*

Pero cuando al día siguiente Julio Moreno se reunió con sus hombres, éstos le informaron que habían perdido completamente el rastro de los dos compadres.

—Yo estoy seguro de que han alertado a esos gallos —refunfuñó Martín—. Alguien les ha llevado el soplo de que usted quería ajustarles las cuentas.

El Polo, rascándose la cabeza y mirándose los zapatos con aire tozudo, puntualizó lo que los otros no se atrevían a decir:

—Para mí que ha sido ese don Percy Roy. Sólo por él han podido saber que usted ya está sano, capitán.

—No digas estupideces, Polo; Roy es mi amigo.

—Así será, pero los gallos se han hecho humo.

Moreno no quería herir la lealtad de su tripulación, pero prefirió cortar secamente los comentarios:

—¡No quiero que se vuelva a pronunciar el nombre de Roy en este asunto! Si ustedes creen que él está en

connivencia con los cuchilleros, prefiero que me dejen solo. Yo me las arreglaré para encontrarlos.

—No es para que se enoje, capitán —dijo el Polo, amurrado—. Nosotros decimos francamente nuestro parecer.

—No me enojo, pero repito que no acepto que se mezcle a mi amigo Roy en este lío. ¿Por qué creen ustedes que él ha ido a decirles a Bernardino y al Cara de Doctor que yo estoy ya sano y que los busco? Los gallos no han necesitado que nadie se los vaya a decir: puesto que saben que no me han muerto, tienen que imaginarse qué ya, al cabo de una semana, tengo que estar en pie. Bernardino me conoce lo suficiente para saber que no me voy a quedar así no más. Es natural que se escondan.

Y se escondían admirablemente. Martín, el Polo y don Antenor habían recorrido todos los bares y prostíbulos de Cajilla, de Clave y de las callejuelas vecinas; las cafeterías y pescaderías del plano hasta las quintas de Playa Ancha. En ninguna parte se sabía nada de los dos compinches.

Cada noche, en el comedor del "Bote Salvavidas", Julio prorrumpía en maldiciones, contando al capitán Gustavson y a los otros amigos el fracaso de sus pesquissas. Le quedaban sólo cuatro días en tierra: después tendría que volver al "Alcatraz" y entonces ya le sería mucho más difícil, en sus breves escalas, dedicarse a la busca de Bernardino y de su amigote.

Moreno había tenido largas conferencias con don Santiago y con los gerentes de la Compañía Antártica. Estos, faltos de capitanes arponeros, le habían hecho ofertas suculentas, pero él no quiso oírlas.

—Imposible. No tengo ninguna gana de irme a pasar la vida en la bahía Decepción.

—Pero con las condiciones que le hacemos en pocos años usted se forma un capital.

—No soy ambicioso de plata. Me puedo ganar la vida y hacer economías con menos sacrificio.

Su decisión era irrevocable: seguiría en el "Alcatraz" todavía un mes, mientras el barco continuaba ca-

zando por cuenta de Harrisson y Co., pero en el momento que pasara a poder de la Antártica él lo abandonaría.

Ya había hecho gestiones en el puerto y con buen resultado: el capitán Julio Moreno era demasiado conocido para que las mejores empresas no quisieran confiarle puestos de responsabilidad en la bahía. Zavala Hnos., armadores de tres naves; la Compañía de Remolcadores Page y hasta la Interoceánica le habían hecho ofertas. Moreno no tenía más que escoger, pero no se apresuraba. "Hay que reflexionar y dar tiempo al tiempo".

Desgraciadamente no podía reflexionar obsesionado por los malditos cuchilleros a los que no podía echar el guante. ¿Habían abandonado Valparaíso? Tanto hacer conjeturas llegó por un momento a pensar si sus hombres no tendrían razón y si el Gringo Roy no estaría mezclado en el enredo. Pero rechazó en seguida la idea absurda. Moreno no había querido decir nada a Mónica del encuentro de su marido con Bernardino y el Cara de Doctor. Le repugnaba que todo ese lío la tocara ni aun de lejos, y cuando ella le había preguntado si pensaba siempre en una venganza, él se había echado a reír y había respondido que tenía otras cosas más interesantes de qué ocuparse y que los dos facinerosos se harían prender por la policía un día cualquiera.

Después de la visita que Roy le hiciera durante su enfermedad no había vuelto a verlo. El Gringo no aparecía por el "Bote Salvavidas" ni por los clubes y bares del centro. Moreno tenía deseos de encontrarlo, de observar la actitud que tomaría con él y cómo reaccionaría si él hiciera algunas alusiones a Bernardino y al Cara de Doctor. Mónica, a quien veía casi diariamente, no hablaba de su marido.

Una tarde se separó de ella sin manifestarle su propósito y una hora después telefoneó a Roy preguntándole si se quedaba en casa y anunciándole su visita para esa misma noche. A las diez transpuso la tapia derruida. Los perros salieron ladrando a su encuentro y tras ellos apareció el jardinero Andrés, que, al verlo, se mostró asombrado y temeroso. Sin duda creía que

Moreno no podía venir más que con el fin de hacerse apuñalar.

Mónica lo recibió en el porche, inquieta por esa visita de la cual el marino no le había hablado. El la tranquilizó murmurando algunas palabras muy bajo para que no llegaran a oídos del jardinero. Ella lo guió hasta el salón, donde Roy leía un diario inglés, bajo la gran pantalla amarilla, con el vaso de *whiskey* al alcance de la mano. Recostado en el diván, Pepito Sierra fumaba acariciando tres gatos echados sobre él.

Percy se levantó y fué a estrechar la mano de Moreno, sonriendo plácidamente.

—Me alegro de que haya venido. Sabía que ya estaba bien y por eso no he telefoneado a su casa.

—Yo, en cambio, creí que usted estaba enfermo: no se le ve en ninguna parte.

—Perdone que no me levante —dijo Pepito Sierra, estirando la mano desde el diván—. No me atrevo a molestar a estos diablos que se han acomodado tan bien sobre mí.

—¿Y ha sabido usted algo de sus asaltantes? —preguntó el Gringo.

Le bastó a Moreno oír el tono de esa voz y mirar esos ojos, un poco velados por los vapores del *whiskey*, pero sinceros y buenos, para comprender que Percy Roy no tenía nada que ver con la ralea del puerto ni con su asalto. ¿Sospecharía algo de sus amores con Mónica? ¡Bah!... Como había dicho el doctor Varela, el Gringo era un filósofo y no daba importancia a las flaquezas humanas. Además era un hombre demasiado gastado para su edad, un abúlico roído por el alcohol...

—Mis asaltantes me tienen sin cuidado —respondió Julio con voz alegre—. Lo único que hago es tomar ciertas precauciones. Claro que si se ponen al alcance de mis manos les enseñaré a valientes...

—Yo supe su percance —intervino Pepito Sierra, mientras continuaba acariciando los gatos—, pero no fuí a visitarlo porque me dijeron que no era nada grave...

—No valía la pena. ¿Y cómo están los tres comandantes?

—Más chalados que nunca —repuso el español riendo—. El otro día hubo una discusión tremenda a la hora del almuerzo a propósito de la próxima guerra. Cada uno defiende su arma, pero como mi suegro, don Santiago, no puede sostener que será la policía la que decidirá la victoria, se ha declarado partidario de la aviación. El marino defiende a la marina, como es natural, y el militar al ejército.

—¿Pero son partidarios de los comunistas o de los anglosajones? —preguntó Mónica.

—¡Ah, eso no lo sé! Creo que ignoran la existencia de los comunistas y de los anglosajones. Cada uno de ellos es partidario de un arma y considera las otras completamente ridículas e inútiles. El pobre don Santiago se hace poner de oro y azul porque, siendo partidario de la aviación, no se ha acercado jamás a un avión...

Todos rieron y Pepito siguió contando anécdotas de los tres comandantes. Mónica servía *whiskey* a su marido y a Moreno. El español bebía limonada y rechazó los cigarrillos que le ofreció el marino.

—Yo no fumo ni bebo ni tomo café.

—Es usted un hombre de principios.

—No sé... Tal vez... No quiero ser esclavo de esas manías.

Sólo los ojos brillantes y vagos y un cierto rictus de la boca revelaban la ebriedad de Roy. Se mantenía derecho en su silla, sin mayor torpeza en los movimientos con que se llevaba sin cesar a los labios el cigarrillo o el vaso.

—¡Esclavo! —Y su risilla cascada sonó por lo bajo—. El alcohol te libera..., te libera de todo, hasta de ti mismo...

Pepito Sierra opinaba lo contrario: vicios y manías no son sino cadenas que amarran al hombre. El no necesitaba libertarse de sí mismo, sino ser dueño de sí mismo. Y creía haberlo conseguido.

El españolito, a pesar de su cara de colegiala boni-

ta, daba una extraordinaria impresión de virilidad y de carácter. Se veía que aquellos ojos azules y cándidos podían encenderse fácilmente con una llama de cólera y de voluntad tenaz.

Hablando de alcohol y de drogas, relató varios episodios de sus andanzas de periodista madrileño y de refugiado en Francia. Las anécdotas hacían reír a Mónica y a Moreno y hasta lograban provocar algunas sonrisas de Percy.

La charla se fué enhebrando, cada vez más pintoresca, hasta que Pepito Sierra llegó a relatar su viaje a Chile.

Dijo que los refugiados españoles en París no vivían en muy buena armonía. Las mismas diferencias que los habían separado durante la guerra habían seguido separándolos en el destierro. Se formaban grupos, y por las noches, en los cafés de los bulevares y de Montmartre, los unos hablaban mal de los otros con una inquina feroz.

—¡Qué quieren ustedes! ¡Para nosotros vivir es dar guerra!

El, después de muchas diligencias, había conseguido juntar un poco de dinero y obtener la ayuda de una de las organizaciones republicanas que se encargaban de enviar a América a los refugiados. Se había embarcado en tercera clase del famoso barco inglés "Imperator", de 20.000 toneladas, en compañía de otro refugiado, un muchacho de veintidós años, madrileño también, llamado Jaime Zaragoza. Este Zaragoza era un fenómeno de simpatía y estaba convencido de que cuando él se proponía algo el mundo entero tenía que someterse a su voluntad.

Sierra y Zaragoza fueron instalados en un amplio camarote de tres literas, la última de las cuales estaba ocupada por un judío. Desde el primer momento Jaime Zaragoza decretó que el judío era antipático, que olía mal y que debía marcharse. Se lo dijo sin ambages, pero como el hombre opusiera resistencia empezó en el acto a hacerle la vida imposible: muy de mañana iba en busca de una palangana con agua y, aunque el "Im-

perator" mostraba la estabilidad de una montaña; Jaime se las arreglaba para entrar en la cabina dando tratabillones y arrojar el agua sobre el infeliz judío; cuando éste llegaba a acostarse por la noche, encontraba entre sus sábanas montones de frutas podridas, y el día que recibió sobre la cabeza una pesada maleta se declaró vencido y fué a suplicar al comisario que lo pusiera al abrigo de los dos bárbaros españoles. Así Jaime y Pepito tuvieron la cabina para ellos solos y se propusieron disfrutar de su conquista. Jaime decretó que no se levantaría hasta la una del día. Cuando se despertaba se ponía a dibujar, completamente desnudo sobre el lecho, con gran desesperación del *steward* que venía una y otra vez a hacer la cama y que se marchaba jurando en inglés. Sierra imitaba a su amigo por solidaridad, y así, cada uno, en cueros sobre las literas, discutían y dibujaban, sordos a las protestas del *steward*. Un día éste, sin poder contenerse ante la indiferencia altanera de Zaragoza, lo cogió de un brazo y pretendió arrancarlo del lecho. Sin la menor vacilación el rebelde le propinó un puntapié en el vientre y continuó leyendo una vieja revista ilustrada. El *steward* quedó unos cuantos minutos apoyado contra la pared, sin resuello, y salió después curvado en dos y dando alaridos. Los jóvenes no se inquietaron por eso y siguieron acostados, aunque ya era la una del día.

El comisario de a bordo, cuyo rostro rojo se había puesto escarlata de indignación, entró violentamente vociferando. Ninguno de los dos españoles se dignó darle ni una mirada. El hombre, fatigado de chillar y mover los brazos en medio de la cabina, se aproximó a Pepito Sierra, pero al instante Jaime saltó sobre él blandiendo un taburete y jurando que si tocaba a su amigo le partía la cabeza en el acto. El comisario retrocedió hacia la puerta, no tanto impulsado por el miedo como por el asombro: ¿era posible que extranjeros se atrevieran a tratar así a súbditos británicos y, aun más, en un barco del Lloyd? El pobre hombre había perdido hasta su rojo habitual: pálido, atónito, observaba a Jaime desnudo que blandía su banqueta. Salió al fin de la

cabina completamente abrumado. Los dos amigos resolvieron vestirse y dirigirse al comedor. Hacía más de una hora que el almuerzo había sido servido, y como el *maitre d'hôtel* no quisiera darles nada de comer, los dos rebeldes volvieron a su cabina, sacaron a empujones al *steward* que se hallaba haciendo las camas, se desnudaron y se acostaron. Al día siguiente, a mediodía, se presentó el comisario. Jaime y Pepito estaban desnudos, tendidos sobre las coberturas porque hacía mucho calor. El comisario chilló en inglés. Jaime, con un gesto desdeñoso, le dijo que si no sabía explicarse en castellano era mejor que se marchara. El comisario, a quien la ira entorpecía grandemente sus facultades de poliglota, compuso con pena algunas frases para rogar a los perezosos que se levantaran y dejaran al *steward* hacer las camas y limpiar la cabina. Zaragoza repuso que había leído atentamente el reglamento del "Imperator" y que no había encontrado artículo alguno que estableciera la hora en que debían levantarse los pasajeros. El comisario se enfureció y Jaime empezó a dar gritos amenazadores, hasta que el otro, convencido de que no había nada que hacer, se marchó.

Jaime y Pepito se revolcaban de la risa en sus literas y, cubiertos con sus batas, recibían a los demás pasajeros que venían a pedir detalles de los incidentes y a celebrar con ellos el furor impotente de los británicos. La insubordinación crecía en la tercera clase del "Imperator", una insubordinación burlesca que, sin proponérselo, los marinos avivaban tomándola en serio. El comisario era acogido con cuchufletas por todas partes; Sierra y Zaragoza se dirigían a él en un lenguaje de palabras inventadas, que el infeliz se esforzaba por comprender, mientras su rostro mofletudo pasaba de la palidez cadavérica al escarlata congestionado.

El segundo piloto, un muchacho elegante y simpático, se presentó al fin en la cabina de los energúmenos, que seguían discutiendo tozudamente su derecho a levantarse a la una del día. No pudo obtener nada y se marchó muy dueño de sí mismo. Esta actitud produjo mucho efecto en Jaime y Pepito, que se consideraron

fracasados por no haber podido encolerizar al piloto. Pero su decepción no tardó en dejar paso al más regocijado entusiasmo. Veinte minutos después de la partida del oficial todos sus anhelos se vieron colmados: el capitán del "Imperator" en persona se presentó en la cabina.

—¿Se dan cuenta ustedes? —preguntó Pepito, todavía entusiasmado al solo recuerdo del incidente—. ¿Saben ustedes lo que significa el capitán británico de un barco de veinte mil toneladas? ¡Es monarca, un dios!... Pues bien, ese monarca, esa divinidad había salido de su espléndido aislamiento para venir a visitarnos.

—¿Y qué pasó? —preguntó Moreno.

—Nos levantamos de nuestras literas, desnudos como estábamos, y recibimos la augusta visita haciéndole grandes reverencias. El capitán, un tipo alto, frío, correcto, impasible, elegante, en fin, con todos los atributos de un capitán de la marina de Su Majestad, se llevó la mano a la visera de su gorra y nos preguntó muy finamente si nos incomodaría el cubrir nuestras desnudeces. Respondimos que lo haríamos con placer. Cuando estuvimos envueltos en nuestras batas, el capitán nos anunció que iba a hacernos examinar por el médico de a bordo y que, si éste juzgaba que estábamos trastornados, iba a dar orden de encerrarnos en la celda de los locos. La idea no nos pareció muy halagadora, pero por nada del mundo hubiéramos desistido de nuestra farsa. Declaramos al capitán que si el médico se presentaba lo sacaríamos a puntapiés. El médico vino y nos lanzamos contra él. Escapó como un conejo y lo perseguimos sobre la toldilla en medio de las carcajadas y el alboroto de todos los pasajeros. Hasta gente de la primera clase había venido a contemplarnos. Ahorraré detalles: esa noche dormimos en la celda de los locos, un cuarto *capitoné*, como se dice en París, y donde no se estaba del todo mal.

—¿Y qué ocurrió después?

—Al día siguiente nos pusieron en libertad y el capitán nos mandó llamar. Nos trató amablemente y

nos pidió, nos suplicó que dejáramos de alborotar. Dijo que había dado instrucciones a todos los camareros, a los mozos del comedor y al comisario para que se nos atendiera de manera especial. Así terminamos nuestro viaje mimado's por toda la tripulación de uno de los más respetables transatlánticos británicos.

Mientras Pepito Sierra había contado su historia, Percy Roy había bebido varios *whiskeys*. Sus gestos eran seguros y se mantenía erguido en su sillón, a pesar de la ebriedad visible sólo en sus ojos.

—Tuvieron ustedes la suerte de caer sobre un Juan Lanas —dijo—. Yo, en el lugar de ese capitán, los meto en el calabozo hasta el fin del viaje. ¿Qué haría usted, Moreno, si se le insubordinaran así los pasajeros?

—No sé. Ya ha pasado el tiempo en que el capitán de un barco de pasajeros era el único amo después de Dios. Ahora hay que andar con mucho tiento; si castigas a alguien y resulta que es un fascista, te acusan inmediatamente de comunista, y al revés, si castigas por casualidad a un comunista, te persiguen por nazi. . .

—Afortunadamente —dijo Pepito Sierra, poniéndose de pie y depositando cuidadosamente los gatos en el diván— quedamos unos cuantos que no somos ni lo uno ni lo otro. . .

—Apenas unos cuantos —murmuró Roy—. El mundo se está convirtiendo en una porquería. Pero, al fin y al cabo, ¿qué nos importa? Nosotros podremos morir en paz. Que se arreglen como puedan los que vengan después.

Y su risa sorda sonó amargamente.

—Es muy tarde para hablar de política. Yo me marchó —dijo Sierra.

—Yo también me voy. —Y Moreno se puso de pie—. Pero no es la hora lo que me impide hablar de política, es mi hábito de no perder el tiempo.

Mónica insistió para que Julio no se marchara.

—No nos ha dicho nada de sus proyectos, capitán. ¿Van a vender el "Alcatraz" o no? Quédense todavía un momento.

—Quédese —apoyó Roy—; si tiene miedo a que le asalten nuevamente, yo lo iré a dejar en el auto.

Moreno se echó a reír de buena gana.

—Protegido por su esposo, Mónica, no corro ningún riesgo. Tal vez él sea más malo que yo para las bofetadas, pero acaso tenga cierta influencia sobre los cuchilleros de Playa Ancha.

—¿Qué quiere decir? —balbuceó Roy, dirigiendo al marino una mirada turbia de borracho.

—Nada; que tal vez el Cara de Doctor y Bernardino le obedecieran a usted y me dejaran esta noche irme a mi casa tranquilamente.

Percy inclinó la cabeza sobre su vaso y luego la echó atrás bebiendo un largo sorbo.

Pepito Sierra estrechó apresuradamente la mano de Percy y de Julio y salió acompañado de Mónica. El marino se quedó de pie un momento contemplando al Gringo, que seguía en su sillón con la vista fija en el vaso casi vacío. “¡Qué tipo! ¿En qué estará pensando? ¿En las mocositas que puede violar o en hacerme pegar otra puñalada por el Cara de Doctor? Ahora tiene aire de culpable, como si mi alusión le hubiera confundido; pero, ¿cómo saber? Cuando no se trata de chiquillas o de futbol este idiota parece siempre preocupado y apenas habla.”

—Oiga, Percy, ¿qué cuenta de chiquillas?

El Gringo alzó los ojos. Moreno quedó impresionado por la expresión de abatimiento que había en su rostro.

—He vuelto a ver a la cabrita que encontramos esa noche en “La Estrella Solitaria”. ¿Se acuerda?...

Iba a seguir, pero en ese momento entró Mónica. Ella se recostó en el diván y tomó sobre su falda los gatos que apenas entreabrían los ojos. Quería saber lo que había de nuevo sobre la venta de los balleneros de Harrisson a la Compañía Antártica. Moreno, que esa misma tarde, en el cuarto de la modista, le había hablado largamente de la venta de los barcos y de su resolución de quedarse en Valparaíso, no comprendía con qué intención Mónica quería que repitiera todo delante de

Roy. Pero, en fin, ¡vaya uno a comprender a las mujeres! Se puso pues a explicar nuevamente que Harrisson había ya vendido sus barcos a la nueva compañía, que ésta establecería una planta beneficiadora en la bahía Decepción, de modo que los balleneros pasarían todo el año en la Antártida, con sólo un mes de vacaciones en Punta Arenas. Repitió que él continuaría como capitán arponero del "Alcatraz" en los días que le quedaban todavía para seguir cazando por cuenta de Harrisson, pero que luego dejaba el barco para trabajar en Valparaíso. Dirigiéndose a Percy declaró que la vida en la Antártida era demasiado sacrificada y que él prefería ganar menos, pero quedarse en Valparaíso y llevar una existencia civilizada. Ya había buscado trabajo en el puerto; se le ofrecían dos buenas situaciones y debía escoger en la semana entrante. Le dolía un poco interrumpir su carrera y abandonar las ballenas, pero ¡qué diablos! No se vive más que una vez.

Julio se interrumpió molesto. Habitualmente detestaba hablar de sí mismo y ahora la indiferencia de Roy le daba la impresión de estar haciendo el ridículo. Maldito lo que podía importarle al Gringo que él se fuera a la Antártida o al infierno. ¿Con qué objeto Mónica lo había empujado a dar esas explicaciones? ¿Para que el borracho de su marido se diera el lujo de adoptar aires desdenosos?

—¿No cree así, Percy? —preguntó secamente.

El Gringo dió una larga chupada a su colilla, abrió lentamente su pitillera y encendió un nuevo cigarrillo. Después de echar una bocanada de humo contestó con voz insegura:

—¡Pchs... la vida!... Yo no creo en nada.

—Claro, usted es el hombre superior: lo que preocupa a la humanidad vulgar no llega a sus alturas...

—¡Yo no creo en nada! —repitió el otro con obstinación de borracho—. ¿Y usted, cree usted en algo?

—Claro.

—¿En qué?

—En que estoy vivo.

Roy se levantó de su sillón penosamente, pero una

vez que estuvo de pie se mantuvo derecho y firme con el vaso casi vacío en la mano. Haciendo una mueca a manera de sonrisa, repuso:

—Yo no estoy seguro ni siquiera de estar vivo.

—Yo sí, mire.

Moreno se levantó, cogió a Roy por las solapas del vestón y lo sacudió con violencia. El Gringo fué de un lado a otro como un muñeco, sus piernas se doblaron y pareció que la cabeza se le desprendía del cuello. Algunas gotas del *whiskey* de su vaso le saltaron a la cara.

Los gatos que reposaban sobre Mónica escaparon en todas direcciones espantados por la violencia del movimiento con que ella se precipitó sobre Moreno:

—¿Qué significa esto, Julio? ¡Basta de imbecilidades! —gritó, tirando con fuerza del brazo del marino.

Moreno soltó a Roy, que recuperó su equilibrio con dificultad. Mónica se interpuso entre los dos hombres.

—¿Está usted loco, Julio? ¿Cómo se atreve a una grosería semejante?

Miraba al marino con los ojos furiosos. Todo su cuerpo parecía cargado de una cólera que contenía apenas, que la hacía temblar; su mano derecha se había alzado con ademán agresivo. Moreno balbuceó algunas frases de excusa.

—¡Bah, no vale la pena! —dijo Roy, arreglándose la corbata y el cuello del vestón—. Su matonaje no prueba nada, Julio. Ahora usted es fuerte; pero ya envejecerá, y un día, si vive muchos años, no podrá matar ni una mosca con sus manos tiritonas.

—¡Quién piensa en eso! —replicó el marino, sin esquivar los ojos de Mónica, brillantes de rabia.

Roy colocó cuidadosamente su vaso sobre la mesita y se dejó caer en su sillón.

—Yo pienso —dijo—. Por eso me gusta tomar. Cuando estoy un poco ebrio me parece que muchas cosas se explican. Es como una revelación exaltante, ¿comprende? Allá en el fondo creo ver una lucecita que se convierte en una gran llamarada. Esa es mi vida, ésa ha sido mi vida... Una gran hoguera... Pa-

sión, genio, dolor, aventura... ¡Todo arde, todo ilumina! ¡Y entonces todo se justifica! Me siento seguro cuando estoy un poco borracho. Seguro de mí y de mi vida. Me siento sólido; capaz de afrontar la vejez y la muerte...

Mónica, que había clavado la vista en su marido mientras éste hablaba, se volvió hacia Moreno:

—¡Bien! Creo que lo mejor es suspender aquí la conversación. Usted me perdonará, Julio, si le pido que se marche.

El marino se inclinó.

—Me iba a ir sin que usted me lo pidiera, señora. Le pido perdón por mi tontería. Lo mismo a usted, Percy.

El Gringo alzó la mano como para significar que todo aquello no tenía importancia. El marino giró sobre sus talones y salió del salón rápidamente. Al llegar a la puerta oyó tras él los pasos de Mónica, pero se apresuró a salir al jardín y lo atravesó casi corriendo.

### X I I I

AL DIA siguiente, muy de mañana, Julio Moreno telefoneó a Mónica. La criada, Juana, respondió diciendo que "la señora había salido". El marino se vistió rápidamente y bajó al puerto. Estaba disgustado consigo mismo y nervioso. Pasó dos horas discutiendo con don Santiago. Luego fué a inspeccionar el "Alcatraz", que debía hacerse a la mar dos días después. El capitán encontró que el barco estaba sucio, que el aparejo de caza no funcionaba, que los arpones estaban mellados. Fué de proa a popa refunfunando y amonestó a gritos al contramaestre Martín, a Baucho, al Rucio Aldana. Sólo cuando se encontró de pronto frente al piloto Brito, que lo observaba con frialdad, bajó la cabeza y en silencio fué hasta la borda. Saltó al bote y volvió a tierra.

A mediodía volvió a telefonar. Colérico y decepcionado, oyó la voz de Juana que le respondía: Mónica había avisado que no iría a almorzar. ¿Dónde estaba? Juana no lo sabía. Colgó el auricular con tanta violencia que casi desarmó el aparato. "¡Esta grandísima se niega! Lo tengo bien merecido. Anoche me porté como un cretino. Cuando oí que ella venía tras mí, en el *hall*, en lugar de apurar el paso, debí esperarla y darle una explicación. ¿Qué he ganado con zamarrear al Gringo? Quedar como un bruto. Al fin y al cabo el pobre Gringo no pretendía darse aires de su-

perioridad: él es así. Mónica lo defendió, no porque lo quiera con amor ni por ponerse de su parte, sino porque es su marido y un tipo débil. Yo he quedado a los ojos de ella como un matón imbécil. ¡No hay derecho de hacer cornudo a un tipo y todavía quererle pegar!”

Sin embargo, la idea de que hacía cornudo a Percy Roy no le resultaba suficiente para halagar su vanidad ni tranquilizarlo. Se fué a almorzar al “Peter-Peter” y se sentó en el último rincón, escapando a los amigos y conocidos. Quería estar solo para reflexionar. El hacía cornudo a Percy, indiscutiblemente; no obstante, algo le decía que él, Julio Moreno, había quedado la noche anterior en una situación muy por debajo de la del Gringo. Volvía a ver la escena; volvía a ver al Gringo zarandeado como un pelele entre sus manos. No había duda de que en ese trance el capitán ballenero era el fuerte, el dominante; y que el otro no era más que un miserable borrachito. ¿Por qué diablos, entonces, Julio Moreno tenía la sensación de que el ridículo había sido él y no Roy? ¿Por qué presentía que había perdido algo a los ojos de Mónica? “¡Maldita sea! Estoy portándome como un idiota al meterme con esa gente. Son unos ociosos que no se ocupan sino de complicarse la vida. ¿Hasta cuándo voy a aguantar los discursos del Gringo contra la familia y sobre las delicias de violar a las chiquillas menores? En el fondo, Mónica debe tener admiración por este tipo y debe pensar que yo soy una bestia incapaz de comprender sus lucubraciones de borracho. ¿Y si ella no quisiera volver a verme?”

Tiró la servilleta y se lanzó al teléfono. Otra vez la voz de Juana, otra vez la historia de que Mónica almorzaba fuera, ella no sabía dónde. “¡Grandísima puta! Seguramente quiere deshacerse de mí. Por algo tiene fama de acostarse con el primero que se presenta... Ya debe haber encontrado otro... ¡Y ese cabrón del marido!”...

Ya acusaba a Roy de no vigilar a su mujer para que ésta permaneciera fiel a Julio Moreno, el único hombre que tenía derecho de posesión sobre ella...

De súbito un verdadero terror le sacudió el cerebro: "¡No la veré más! ¡No podré gozarla nunca más!"...

Se precipitó sobre el mozo y le arrancó la cuenta de las manos y pagó enredando los billetes. Casi a la carrera llegó a la cigarrería de enfrente para pedir a la cigarrera estupefacta que cuando contestaran del número que él iba a marcar, ella preguntara por la señora Mónica y dijera que la llamaban del "Chez André", el peluquero.

Mientras la gorda cigarrera esperaba con el auricular pegado a la oreja, él sentía el latido de su sangre en las sienes y los golpes de su corazón. La muchacha torcía el cuello para observarlo con un ojo, sin alejar la boca de la bocina. ¿Y si fuera verdad que Mónica no estaba en casa? ¡Lo tenía bien merecido por su actitud imbécil de la noche anterior! Debió esperarla en el *hall*, darle una explicación y arreglar una cita para el día siguiente...

Cuando la muchacha dijo "Aló"..., él concentró, sin darse cuenta, todas las fuerzas de su espíritu y de su mente para que la respuesta que iba a seguir no fuera la confirmación de la ausencia de Mónica. Una sola palabra lo separaba de su amante, acaso para siempre. Miraba con angustia los labios de la gorda cigarrera.

—Aló, sí... , la señora Mónica... Dígame que es de la peluquería ché... , ché...

La gorda le daba miradas de desesperación.

—¡Chez André!... —susurró él, aliviado de un peso enorme. Lo importante era que Mónica viniera al teléfono. Estaba seguro de que, hablando con ella, la convencería de que acudiera a una cita.

La cigarrera le pasó el fono, guiñándole un ojo, y él, conmovido y ansioso, oyó la voz de Mónica que le respondía.

Si ella consentía en escucharlo, la partida estaba ganada. Y ella consintió. Hostil, amarga, pero no insensible a las súplicas de su amante. Vencido el peligro de las primeras palabras, él se sintió seguro de su

triunfo, y, aunque rogaba y pedía perdón, esa seguridad le enorgullecía.

Al cabo de unos minutos salió, deslizando un billete en la mano de la gorda cigarrera y mirando con placer la calle animada por la muchedumbre multicolor. Muy complicada sería Mónica, pero él la tenía en su mano... El era muy macho y Mónica demasiado hembra para que pudiera separarse de él tan fácilmente, aunque en el fondo deseara una ruptura... A una mujer ardiente se la domina con el sexo y él la había dominado así... Su amor continuaba y continuaría, ¿hasta cuándo?

Hizo un movimiento brusco como para desprenderse de un peso desagradable. De la certidumbre en la continuidad de su amor, de la certeza de su dominio sobre Mónica se desprendía una incomprensible y vaga sensación de malestar. Sintió echarse sobre él el aburrimiento del viaje en autobús hasta Viña, para encontrar a su amante en la trastienda de la modista, y volvió los ojos hacia el "Peter-Peter", en cuya sala penumbrosa se reunirían más tarde algunos amigos a jugar a las damas, a conversar y beber cerveza. No; no era que él lamentara el haber llamado a Mónica y el haberse reconciliado con ella. ¡No; eso no!... Era tal vez, la impresión casi física de que un hombre no puede estar siempre preocupado de una mujer. Al fin y al cabo un hombre es libre, ¡qué demonios!

Mientras corría en el autobús hacia Viña, mirando distraídamente las viejas y sucias murallas de la Estación del Barón, pensaba que Mónica iba tal vez a exigirle que explicara su actitud con Roy la noche anterior. Eso no dejaba de preocuparle. "No puedo decirle que me exasperó su aire de desdeñosa superioridad, ni que tengo sospechas de que se haya arreglado con Bernardino y el Cara de Doctor para hacerme apuñalar... ¿Qué puedo inventar? Pero también es muy posible que Mónica no me pida explicaciones. Las mías tendrían que acarrear las suyas, y eso tal vez no le convenga. ¿Qué sabrá de los enjuagues de su marido?

Y ella misma, ¿habrá roto verdaderamente con todos sus antiguos amantes? ¿No habrá por ahí uno que de cuando en cuando...?"

En el fondo casi deseaba la existencia de ese amante intermitente y misterioso, cuyo papel sería el de evitar molestas explicaciones al capitán Julio Moreno, y, por lo mismo, de hacerle la vida más sencilla y confortable.

Mónica no exigió explicación alguna.

—¡No hablemos más del asunto! ¡Percy no le ha dado ninguna importancia a tu tontería. ¡Lo pasado, pasado!

Si ella se sintió molesta, fué especialmente porque la actitud de Julio vino a destruir la alegría que le produjera el oírle repetir que renunciaba a la caza de la ballena, que no iría a la Antártida, que se quedaría para siempre en Valparaíso...

—Yo no he dicho "para siempre"...

—Te quedas por el momento; pero yo me encargo de que sea para siempre.

El contempló apasionadamente ese cuerpo desnudo de mujer madura, que muchas jovencitas querrían para sí, de tal manera era fresco, fuerte y armonioso.

Tarde ya salieron de casa de la modista, y, tomados del brazo, fueron en busca del auto, que Mónica había dejado en la callecita vecina. Hablaban de la época feliz que les esperaba cuando él se instalara definitivamente en el puerto.

—¡Y pensar que podíamos habernos separado!

Se echaron a reír, porque ambos habían lanzado la frase al mismo tiempo, y cuando, como de costumbre, el Chrysler frenó cerca del Barón para que Julio bajara, la mano de Mónica, crispada sobre el cuello del marino, prolongó largo rato el beso de despedida.

Media hora después Moreno llegaba al "Bote Salvavidas". En la puerta lo esperaba el Polo, terriblemente excitado. El y Brito habían pasado la tarde buscando al capitán. Así como a las tres, Martín, que bajaba por la calle Clave, había visto al Gringo Roy

conversando otra vez con el Cara de Doctor en un boliche.

—¿No está viendo, por la chita, capitán, que ese mister Roy es el que ha mandado a los cuchilleros a matarlo a usted?

Moreno contuvo las conjeturas del Polo. Lo que le interesaba era saber lo que había pasado después.

El Polo estaba radiante. Explicó que Martín se había puesto a vigilar a los dos compadres, los cuales, después de una hora de conciliábulos, regados con cerveza, se habían separado. Martín había seguido al Cara de Doctor hasta un rancho aislado en lo más alto del cerro Artillería. De allí había enviado a un palomilla en busca del Polo. Este había subido y con Martín había estudiado bien la situación. Caída la tarde habían visto entrar en el rancho a Bernardino con otro tipo. Una mujer les había abierto la puerta. Seguramente había otras personas con ellos, y, como Bernardino había llegado con un chuico, parecía que esa noche iba a haber tamboreo y huifa. Martín se había quedado de guardia en el cerro y el Polo había bajado para prevenir a Brito. Con éste habían recorrido el puerto entero en busca del capitán; habían telefoneado a la casa, y la señorita Eugenia les había contestado que no había visto a su hermano desde la mañana. Ya habían perdido la esperanza de encontrarlo...

—¿Y dónde está don Ante?

—Ha ido al "Bar Inglés" a ver si lo encontraba a usted. Ya volverá.

Entraron en el "Bote Salvavidas" para esperar al piloto. En el pequeño salón estaban Gustavson y el doctor Varela preparándose a comer. Moreno les participó la nueva: Bernardino y el Cara de Doctor habían sido ubicados, y esa misma noche él iría a arreglar cuentas con los dos valentones.

El médico y el finlandés declararon inmediatamente que formarían parte de la expedición.

Moreno protestó: ¡Hombre, no se trataba de una operación militar!... El iría solo o, a lo más, acompa-

ñado de un amigo, para impedir que los badulaques se escaparan; pero no podía caer en el ridículo de presentarse con todo un regimiento.

—Oiga, capitán —intervino el Polo con aire porfiado—, usted no irá solo. Acuérdesse de que Martín y yo hemos visto entrar otro gallo al rancho. Ya son tres, y quién sabe si esta noche no habrá más.

—Por mi parte yo iré, pero como simple espectador. No estoy dispuesto a hacerme vaciar las tripas ni a recibir un lazo. Si hay heridos graves, me encargaré de mandarlos al hospital.

Esta declaración del médico no asombró a nadie. Era difícil imaginar a Varela, tan cuidadoso de su persona, tan elegante, mezclado en una gresca.

—Yo no he podido nunca asistir a una pelea como espectador —vociferó Gustavson—: las manos me comen y tengo que meterme al medio. Por eso no voy nunca al box. Una vez que fui, me subí al *ring* a la mitad de un *round*. Los dos boxeadores y el *referee* se juntaron para darme la tanda. Dejé *knock-out* al *referee*, que era el más piñufla, y me arranqué... Ahora, Moreno, si tú no quieres que te acompañe, iré por mi cuenta; pero la rosca yo no me la pierdo.

El piloto Brito, que entraba en la sala, oyó las últimas palabras del finlandés y, al ver el grupo, alzó las manos, escandalizado.

—¿Toda esta gente contra Bernardino y el Cara de Doctor, y todavía Martín, que está allá arriba?— ¡Ah, no!... ¡Esta es una mariconada! Yo iré también, pero será para ponerme del lado de Bernardino y pelear contra ustedes.

Gran algazara saludó las palabras del piloto. El mozo presentaba la bandeja con los *whiskeys sours* y cada hombre alzaba su vaso entre bromas y risas.

Gustavson reclamó silencio, y, cuando lo obtuvo, relativo y no sin trabajo, declaró:

—Si don Ante va a pelear contra nosotros en el cerro, mejor es que le peguemos aquí al tiro. Así se ahorrará el viaje.

—¡Eso es, eso es! ¡Ya, don Ante, póngase en facha!...

El piloto estaba rojo de tanto reír; Moreno había dejado su aperitivo sobre la mesa y esperaba serenarse para poder beberlo; pero el que más se divertía era el Polo, que, entre carcajada y carcajada, murmuraba:

—¡Otra vez le voy a patear el culo a Bernardino!

De pronto se hizo un silencio general. Todos los ojos se clavaron en el cocinero, que había extraído de su pantalón un cuchillo de hoja brillante.

—¿Qué es eso? —atinó a preguntar por fin Gustavson.

—Un cuchillo —replicó el Polo, mostrando sus dientes separados en una sonrisa inocente.

—¡No seas bruto, hombre! —gritó Moreno, arrancándole el arma—. ¿Cómo se te ocurre andar con eso?

—Ya sabe, cap, que los gallos allá arriba están armados. Ya le anduvieron haciendo un cariño a usted mismo. ¿Para qué nos vamos a arriesgar?

Todos protestaron: ¡Qué barbaridad! No se trataba de matar a nadie, sino, simplemente, de darles una lección a esos botados a niños. Si Bernardino y los otros tenían cuchillos, no les servirían de nada. No eran tipos capaces de emplear armas sino a traición.

—¡A la pura manito no más! ¡A la pura manito! —gritaba Gustavson, agitando el puño, gordo como la cabeza de un niño.

Comieron rápidamente y en grupo bullicioso llegaron hasta el automóvil del doctor Varela. El médico manejaba y el Polo se sentó a su lado para indicarle el camino. Moreno, Gustavson y Brito se instalaron atrás.

Tomaron por Blanco, después por Clave y empezaron a hacer zigzagues por callejuelas cada vez más empinadas, sobre cuyo pavimento el automóvil daba tremendos barquinazos. A veces iban entre dos filas de construcciones de madera y calamina, algunas de dos pisos y cuyo balcón corrido parecía imitar la línea sinuosa del suelo; otras veces tenían a un lado la alta

pared de piedra que ceñía el cerro cortado a pique, y al costado opuesto, una fila de casas desiguales y viejas. La pésima iluminación se hallaba felizmente reforzada por un espléndido claro de luna. En algunos sitios la vereda corría a gran altura sobre la calzada, después se confundía con el pavimento lleno de baches. Pequeños negocios, despachos y tabernas iluminaban sus puertas y vitrinas con bombillas amarillentas. Cuando el auto tomaba ciertos virajes, el panorama cambiaba por completo: de un lado quedaba la muralla del cerro y del otro el camino se abría sobre la ciudad y la bahía iluminadas. Abajo se sentía hervir el barrio del puerto: ruido de tranvías, de cláxones, de radios, todos apagados y confundidos.

Llegaron a una plazoleta amplia y en pendiente a la cual desembocaban callejuelas tan estrechas que hacían imposible continuar el viaje en automóvil. El médico frenó y todos bajaron. El decorado era pobrísimos: casas a las que el desnivel del terreno había terminado por imponer formas absurdas; ranchos fabricados de cualquiera manera, conventillos y despachos en penumbra. La luna iluminaba un costado; desde la sombra del otro venían voces de mujeres y gritos de niños.

Guiado por el Polo, el grupo se internó por un callejón en pendiente aguda. Se veían algunas puertas abiertas sobre cuartos pobres, pero limpios y ordenados. La batalla de Chacabuco, el retrato de Arturo Prat o el combate de Angamos adornaban en oleografías las paredes; la máquina de coser reposaba en un rincón y no faltaba, a veces, la nota coqueta de un ramo de flores de papel sobre la mesita de centro cubierta por el pañito bordado. Aquella vida oscura y amarga no se abandonaba a la miseria, sino que se oponía obstinadamente a ella. Era la pobreza de hombres alertos a quienes el puerto nutre de reciedumbre y de inquietud; la pobreza de mujeres bravas para el trabajo y cuidadosas de que, al volver de la faena, el hombre encuentre un poco de alegría y de belleza en el cuarto

humilde; la pobreza que lucha por arrancarle a la vida los bienes que ésta le debe.

Después de mucho andar y mucho maldecir a cada tropezón, los expedicionarios alcanzaron una calle ancha, ya casi en el despoblado. Allí no había pavimento de ninguna especie y las aguas lluvias habían abierto grandes baches y huellas profundas. Las casas eran todas de un piso, con las fachadas roídas y los aleros de teja carcomidos. Parecían deshabitadas, pues puertas y ventanas estaban cerradas herméticamente. Al fin de la calle, en lo más alto, el claro de luna hacía resaltar una capilla blanca coronada por una cruz torcida.

Cuando llegaron a la capilla, un hombre salió de la sombra y avanzó hacia el grupo. Era Martín.

—Ahí están —dijo, señalando un pequeño rancho en medio de un solar—. Otro tipo y otra mujer han llegado hace una hora. La fiesta está que se arde.

—¿Cuántos son en total?

—Yo he visto cuatro hombres y dos mujeres. No sé si habrá otros.

Los seis avanzaron con precaución hacia el rancho de donde escapaban cantos y sonos de guitarra. Una voz de mujer se elevó, chillona, bajo la luna:

*¡Ay, amor,  
ay, amorcito del puerto,  
para siem,  
para siempre me has dejado!...*

—¡Buena debe estar la fiesta! —dijo el finlandés—. ¿No podríamos hacernos convidar mejor?

Moreno hizo un ademán de alto y todos se agruparon en torno suyo.

—Aquí el que tiene que arreglar cuentas soy yo —dijo—. Ustedes no van a hacer más que impedir que los pájaros se vuelen.

—Pero por lo menos hay cuatro hombres y seguramente armados.

—¡Qué armas ni qué niños muertos!... ¡Vamos! Dos de ustedes se quedan en la puerta y los demás dan la vuelta al rancho para que estos ñatos no se escapen por otra salida.

Se pusieron en movimiento. El tamboreo y la hui-fa seguían sobre un fondo de voces roncadas. La mujer cantó:

*Marine,  
marinero de un navío,  
que se lla,  
que se llamaba "El Ingrato"...*

La voz de Brito sonó a espaldas de Julio:

—Buena moza debe ser la cantora...

El capitán avanzó a grandes pasos hasta la puerta del rancho y descargó en ella fuertes golpes con las manos y los pies.

—¡Abre, abre, Bernardino!

Todo ruido cesó instantáneamente en el interior. El capitán volvió a golpear y esperó un momento. ¡Nada!... La fiesta se había petrificado en el silencio. Otros brutales golpes de Moreno resonaron en la noche clara y fueron a despertar un lejano eco de ladridos.

—¿Quién está ahí? —preguntó desde el interior una voz que no era la del antiguo contraamaestre.

—Yo, el capitán Moreno.

Se hizo de nuevo el silencio completo.

—¡Abra o echo la puerta abajo!

Nadie respondió. Moreno tanteó la puerta: era una débil hoja sostenida por una vieja chapa y algunos alambres. Cogió a Gustavson de un brazo y lo hizo retroceder.

—¡Ya, viejo! ¡Un solo empujón!

La puerta saltó en pedazos y los dos hombres se encontraron en un cuarto pequeño, de muros descascarados y piso de tierra. En el centro había una mesa, y sobre ella, tres velas metidas en golletes de botellas, un chuico y varios vasos. Junto a la mesa, Bernardino

estaba sentado en una silla de paja. El Cara de Doctor y dos hombres más se hallaban de pie al fondo del cuarto. En un rincón se acurrucaban dos mujeres jóvenes y una vieja gorda, que se cubría la cara con una guitarra. Cerca de la puerta había una silla volcada y dos más junto a la mesa.

Moreno y Gustavson contemplaron en silencio el cuadro. Nadie se movía.

—¡Aquí están los niños diablos, ah!... ¡Vengo para ver si me pegan otra cuchillada!...

Los tres hombres del fondo continuaron silenciosos e inmóviles. Bernardino contemplaba al capitán con ojos embrutecidos.

—¿Quién es el Cara de Doctor? —preguntó Moreno.

Uno de los hombres se adelantó. Su bigotillo negro saltaba nerviosamente, como suspendido de su nariz ganchuda.

—¡Yo soy!

—Después de la guantada que te voy a dar ya no van a llamarte Cara de Doctor, sino Cara de Culo.

El hombre se revistió de dignidad.

—Nosotros no tenemos nada que ver con usted, caballero. ¡Yo no lo he visto nunca!

—¿No, eh? ¡Ahora me vas a ver!

Los ojillos del maleante brillaban de astucia, pero su rostro parecía a cada momento más solemne.

—¡Usted viola el domicilio de gente honrada! —Y luego con sorna desafiante—: ¡Miren qué gracia, en pandilla y seguramente hasta con pacos!

Sin que pareciera haber hecho un movimiento, el cuchillo brilló en su mano. Dió un paso adelante y los otros dos hombres avanzaron tras él. Moreno tuvo apenas tiempo para recoger una de las sillas caídas.

—¡Atrás, capitán, déjeme solo! —gritó a Gustavson, colocándose a su lado.

El Cara de Doctor reculó, bajando el cuchillo y fingiendo confusión; pero de pronto dió un salto oblicuo para alcanzar a Moreno por el lado izquierdo. Este

volvió la silla en el momento preciso y el cuchillo resbaló sobre una de las patas. El Cara de Doctor quiso aferrarse a ella con la mano izquierda; pero Moreno dió un tirón y el otro tuvo que soltarla. Instantáneamente el marino empujó el mueble con todas sus fuerzas sobre el pecho de su adversario, el cual tiraba en ese momento una nueva cuchillada en el vacío. Antes que se repusiera del choque, Moreno le asestó un silletazo formidable en la cabeza. El Cara de Doctor soltó el cuchillo y cayó hacia atrás, tratando de afirmarse en el muro.

Los otros dos hombres, cuchillo en mano, avanzaron cautelosamente hacia Moreno y Gustavson, quien, armado de otra silla, se había colocado al lado del ballenero. En ese momento entraban en el cuarto Brito, el doctor Varela, el Polo y Martín.

—¡No se muevan! —gritó Julio a su gente.

Lanzó la silla a la cara del hombre más próximo. El movimiento con que éste esquivó el golpe hizo que su cuchillada quedara corta. Llevado por el impulso, bajó la guardia, y el puño de Moreno fué a chocar de lleno contra la boca del adversario. Estalló ésta como una fruta madura; pero Julio habría recibido el arma del tercer cuchillero en pleno vientre si Gustavson, en ese mismo momento, no hubiera aturcido al maleante, rompiendo silla y cabeza, la una contra la otra.

Rápidamente Martín se apoderó del cuchillo que había caído junto a su dueño, y se lo pasó al médico, inmóvil en la puerta.

Uno de los cuchilleros parecía definitivamente fuera de combate; pero el Cara de Doctor y el que sangraba con la boca destrozada se hallaban aún en pie y no habían abandonado sus armas. Se produjo una pausa. Bernardino había ido a refugiarse junto a las tres mujeres, que se lamentaban y gemían. La más vieja seguía ocultando la cara tras la guitarra. En la puerta estaban Varela y Brito; más adelante, ya dentro del cuarto, Martín y el Polo.

Moreno había vuelto a coger la silla y la sostenía

con la mano izquierda por el asiento. A su lado se hallaba Gustavson. Ambos hombres fijaban la vista en los dos adversarios que tenían al frente armados de cuchillos y que parecían esperar el momento propicio para atacar.

—Nosotros no queremos desgraciarnos con ninguno de ustedes —dijo el Cara de Doctor, que parecía bien repuesto del silletazo que había recibido en la cabeza—. Déjenos salir con nuestros compañeros. —Y designó al hombre golpeado por Gustavson, que seguía en tierra, y a Bernardino.

—De aquí no sale nadie —contestó Moreno—. Tú tienes que pagarme la gracia de la otra noche.

—¿Qué gracia? ¡Yo no lo he visto nunca a usted!

Apenas había terminado la frase, él y su compañero saltaron hacia Moreno blandiendo sus armas; pero, a pesar de la rapidez de sus movimientos, no pudieron sorprender a los dos marinos. El ballenero barajó el golpe con la silla y su derecha alcanzó al Cara de Doctor en el mentón, haciéndolo vacilar. Inmediatamente soltó el mueble y se tiró contra su adversario, sin darle tiempo a esgrimir el arma. El Cara de Doctor no era hombre para Moreno y se tambaleaba bajo los golpes, tratando de cubrirse la cara con el brazo izquierdo y de apuñalar con el derecho. Pero tiraba sus golpes a ciegas, sin fuerzas.

Menos ágil, el viejo Gustavson no pudo esquivar el golpe a tiempo y el cuchillo del otro hombre le alcanzó el hombro. El gigante finlandés lanzó una especie de mugido atronador y, sin hacer caso de una segunda puñalada que le desgarraba el brazo izquierdo, cogió al adversario por el cuello y empezó a apretar sus tenazas peludas. El individuo soltó el cuchillo. Sus piernas se doblaron y empezó a desplomarse, amoratado y con los ojos saltones. Brito se precipitó hacia el finlandés gritando:

—¡Suelta, animal!... ¡Suelta por vida tuya!...  
¿No ves que lo matas?

Gustavson soltó al fin, gracias a los esfuerzos del piloto ayudado por Varela y Martín. El médico, a empujones, llevó aparte al finlandés y le sacó el vestón, a pesar de sus protestas, para examinar sus heridas. Brito y Martín sostuvieron al hombre medio estrangulado. Apenas éste salió de su aturdimiento, el piloto apartó a Martín y de una bofetada magistral hizo perder de nuevo el sentido al tipo, que cayó como una masa y fué a golpear la cabeza contra el muro.

Entretanto el Polo se había aprovechado del tumulto, saltando sobre Bernardino sin que los demás se dieran cuenta. Bernardino, completamente borracho, quiso defenderse; pero el cocinero le cogió por un brazo y empezó a hacerlo girar rápidamente, dándole, a cada vuelta, una patada en el trasero.

El Cara de Doctor seguía tirando cuchilladas a ciegas, cada vez con menos fuerza. Moreno halló por fin el momento propicio y cogiéndole el brazo derecho se lo torció hasta que el cuchillo cayó al suelo. Martín, que ya había recogido el arma del hombre abofeteado por Brito, se apoderó también de este tercer cuchillo.

La batalla se había desarrollado sin más ruidos que el de las bofetadas, el jadeo de los combatientes y los gemidos apagados de las mujeres. Cuando el tercer cuchillo cayó a tierra, Moreno dejó de golpear y reculó. El espectáculo ofrecido a sus ojos le satisfizo: el Cara de Doctor, sangrando abundantemente de la nariz y con un párpado caído, se apoyaba contra la pared: el hombre que al principio de la pelea había recibido el silletazo de Gustavson se levantaba penosamente; el tercero, a quien el finlandés había estrangulado a medias, seguía en tierra, aturdido por la bofetada del piloto; Bernardino giraba como una mula de noria y a cada vuelta, regularmente, el zapato de Polo iba a chocar contra sus nalgas.

—¡Eh —gritó Moreno—, déja a ése!

Y dirigiéndose a los maleantes:

—Ahora estamos más iguales: ustedes son tres contra mí, pero ya no tienen armas. Si quieren, espe-

ramos que se despierte ese otro gallo. Con las manos limpias voy a descrestarlos a los cuatro.

Cubriéndose la boca para contener la hemorragia, el Cara de Doctor habló con dificultad:

—Oiga, caballero, lleguemos a un arreglo. Nosotros reconocemos nuestra culpa. No debíamos haber sacado cuchillo; pero nos asustamos cuando vimos entrar tanta gente.

—Y la otra noche, cuando me apuñalaste en la calle. ¿También fué porque te asustaste?

—Le juro que no fui yo. Es la primera vez que lo veo a usted. ¡Oiga, sea noble! Nosotros reconocemos nuestra culpa y también reconocemos que no somos capaces para pelear con usted. ¡Déjenos irnos!

En ese momento Martín saltó sobre el Cara de Doctor y, antes que éste pudiera hacer un gesto para defenderse, le echó las manos al cuello y empezó a apretar y a zarandearlo, gritando:

—¡Tienes que decirnos si estás de acuerdo con Percy Roy, carajo! ¿Percy Roy te ha mandado apuñalar al capitán? ¡Contesta o te mato, hijo de perra!

Moreno intervino; pero ya el Polo se había precipitado sobre Bernardino, e imitando a su compañero golpeaba al ex contramaestre, gritándole que confesara su complicidad con Roy.

El piloto Brito contuvo a Julio:

—Los muchachos tienen razón: es necesario saber si el Gringo se la está jugando.

—¡Ah, eso no, don Ante! Si el Gringo es culpable, yo prefiero no saberlo.

Y como el Cara de Doctor hiciera gestos significando que quería hablar, Moreno se precipitó sobre Martín, lo apartó de un empujón y antes que el maleante pudiera articular una palabra le asestó un golpe terrible en el estómago. El Cara de Doctor se desplomó sin aliento. Moreno se volvió hacia el grupo que formaban el Polo y Bernardino y con todas sus fuerzas lanzó su puño derecho contra el mentón de este últi-

mo. Bernardino fué a caer de espaldas sobre las tres mujeres, que se levantaron dando chillidos.

—¡Vamos fuera! —gritó Moreno, saltando hacia la puerta—. ¡Vámonos! ¡Rápido, rápido!

El capitán Gustavson y el piloto Brito trataron de retenerlo.

—¡Pero es necesario hacerlos confesar si tienen algo que ver con Roy!

—¡Nada, nada!... ¡Fuera de aquí!

Empujó a sus amigos hacia la salida, a pesar de las protestas de Martín y del Polo que, por lo menos, decían, querían darle aún algunas bofetadas al hombre que, junto al Cara de Doctor, había vuelto en sí y se incorporaba. Julio avanzó hacia el personaje, el cual alzó las manos en señal de rendición:

—¡Por Diosito, patrón! ¡Ya está bueno!...

Moreno lo cogió de un brazo:

—Dile a tus compadres que no se metan más conmigo ni con ninguno de nosotros. Esta no es más que una advertencia; si se botan a niños otra vez, les costará más caro: irán primero al hospital y después a la cárcel. ¿Oíste?

—Sí, patrón.

Julio le dió una fuerte palmada en la cara y empujó a sus amigos fuera del rancho. La calle estaba desierta, los perros ladraban a la luna.

Empezaron a bajar rápidamente, guiados por el Polo y Martín, que conocían cada rincón de los cerros porteños.

—Una de las chiquillas era harto buena —dijo Gustavson—. Debíamos haberla traído como prisionera de guerra. Los wikings raptaban a las mujeres de sus enemigos.

El doctor Varela tomó al capitán por un brazo:

—Usted, en lugar de robar chiquillas, lo que va a hacer es curarse esas dos heridas del hombro y del brazo. Vamos a mi casa para hacerle un buen vendaje. —Y dirigiéndose a los demás—: Tengo *whiskey*, *acquavite*, pisco y cerveza. ¡A escoger!

—¡Bravo, doctor! —gritaron Martín y el Polo—. ¡Y pensar que si el capitán Gustavson no hubiera sido herido, usted no nos habría invitado!

—Los habría invitado de todas maneras para celebrar la victoria.

Llegaron al automóvil. En el momento de subir, Brito sacó un revólver del bolsillo trasero del pantalón.

—Una precaución —dijo, respondiendo a las miradas estupefactas de sus amigos—. No sabíamos con quién íbamos a encontrarnos; Julio habría podido recibir una herida grave, tal vez mortal. Para ese caso yo había resuelto no dejar vivo ni a uno solo de esos tipos. ¡Aunque hubiera pasado en la cárcel el resto de mi vida!

Moreno pasó el brazo sobre los hombros del piloto y apretó sin decir nada. El Polo, mientras el auto partía, se puso a cantar a gritos:

*¡Ay, amor,  
ay, amorcito del puerto,  
para siem,  
para siempre me has dejado!  
Marine,  
marinero de un navío,  
que se lla,  
que se llamaba "El Ingrato".*

## X I V

UN ZUMBIDO casi imperceptible subió de la sala de máquinas y el "Alcatraz" empezó a rasgar delicadamente la tersa superficie del agua matinal, del agua gris, sin un pliegue, pulida como una lámina de plata, que las brumas ligeras del horizonte soldaban al cielo también gris. Los graznidos de las gaviotas, el golpe de una cadena, el rumor de una máquina lejana eran los únicos ruidos que animaban el despertar de la bahía. El viento dormía aún, de tal manera que los mástiles y los cascos mantenían inmóviles en el agua sus imágenes invertidas, conservando a veces hasta sus colores cuando éstos eran vivos, como el del minio que revestía la obra muerta de un barco en desarme.

Valparaíso despertaba perezoso en el friolento amanecer de primavera. Algunos humos se alzaban en verticales reposadas, como si las calderas de donde provenían no hubieran todavía empezado el trabajo diario; una locomotora pequeñita, humeando blanco, corría por el litoral. Sin duda aprovechaba para jugar que las Mikado y las locomotoras eléctricas dormían aún como correspondía a sus altísimas categorías. De muy lejos venían el chirrido de un tranvía mal engrasado, el tañido de una campana, el pitazo de una fábrica, por el lado del Barón.

La gran masa de los ciudadanos dormía aún; pero ya se adivinaba a los viajeros que partían esa mañana,

con una rodilla apoyada sobre la maleta y tratando de encajar la chapa rebelde, bajo la luz eléctrica a cada instante más desteñida a causa de la claridad de la ventana; se adivinaba un olor de leche caliente y de café tostado en los corredores de los hoteles; se adivinaba esa atmósfera fría y gris que envuelve siempre las partidas matinales, cualquiera que sea la época del año; se adivinaba a los obreros dejando mecer su modorra en los ascensores de los cerros; a los serenos y a los *huachimanes* zapateando y golpeándose los bíceps para expulsar el hielo de la madrugada antes de regresar a sus casas. Sobre la cordillera de la Costa, a través de las nubes, se encendía de pronto una vaga masa rosada y un rayo vivo iba a clavarse en la tierra roja o gris de un barranco, en el cristal de una ventana o el agua prisionera de los malecones. Después se apagaba.

Los costados del dique flotante parecían doblemente altos, tal era la nitidez con que el mar inmóvil reproducía su imagen. El "Alcatraz" pasó frente al dique en el momento en que un cachucho desatraca de él. A su bordo un hombre singlaba lentamente. Los remolinos del remo desparramaban grandes círculos dorados en el gris del agua. El ballenero siguió avanzando lentamente y en silencio. Pasó cerca de dos goletas langosteras ancladas. En el extremo de cada uno de sus mástiles había una gaviota inmóvil; otras gaviotas revoloteaban graznando en torno a la boya que servía de amarre a las naves. En la proa de una de las goletas, un hombre inmóvil miraba pasar el "Alcatraz". El humo de su pitillo le subía por la oreja izquierda. Julio Moreno, desde el puente del ballenero, le gritó:

—¡Eh, Viterbo, hasta luego!

—¡Buen viaje! —respondió el otro, alzando las dos manos unidas.

Moreno se echó a reír.

—¡Qué tiempo, ah!... —exclamó, golpeando el hombro de Baucho, que se hallaba al timón—. ¡Uno se siente como nuevo!

Gritó la orden de *toda máquina* por el tubo acústico y de dos saltos estuvo en su camarote, al cual todavía no había entrado esa mañana. Cerró la puerta tras sí y dió una mirada circular sobre sus mapas, su fusil-arpón, su escritorio, sus libros y su cama. Tendió los brazos, respiró profundamente y, mientras se cambiaba ropa, empezó a cantar a grito pelado:

*¡Ay, amor,  
ay, amorcito del puerto!...*

Una vez que se hubo vestido con sus pantalones de diablo fuerte y su grueso *pull-over*, y que se hubo embutido sus botas de mar, salió a cubierta con la gorra en la mano. Fué a popa y se quedó un instante contemplando la estela del "Alcatraz", acarició a "Torbio", que maullaba por ahí; se caló la gorra y volvió a respirar profundamente, abriendo los brazos dos o tres veces. Luego subió al puente y encendió su primera pipa del día.

El "Alcatraz", fuera del abrigo del puerto, rolaba ya que era un contento. El viento sur empezaba a levantarse como para no dejar duda de que en unas horas más pegaría con fuerza. Moreno dió una mirada al compás y se abstrajo en la contemplación de su tripulación y de su barco: el piloto Brito, ayudado por el Rucio Aldana, revisaba línea, ceba, pateca y catalina; Martín se afanaba en torno al cañón; otros hombres disponían las mangueras de aire comprimido, las cruces y las lanzas; don Carlos Mujica aparecía en la escotilla de la sala de máquinas; desde popa corría el Polo con un balde de agua de mar. El "Alcatraz", a doce nudos, embestía a los "toritos" y era como un ser vivo, consciente de su fuerza y de su agilidad. Moreno sentía palpar el navío, dócil a su voluntad, casi como una prolongación de su propio cuerpo.

La mirada del capitán iba de uno a otro de sus hombres, de un extremo al otro de su barco. Un tiempo infinito había transcurrido sin duda desde la última

cacería. ¿Había podido vivir esos días sin sentirse, como en este momento, como durante tantos años, parte de una voluntad y de una fuerza quizá en constante lucha contra la naturaleza, quizá voluntad y fuerza de la naturaleza misma? Su misión y la de sus hombres eran dominar el mar y matar las ballenas; pero no podían llamar enemigos ni al mar ni a las ballenas. Víctimas y victimarios se confundían en una misma fatalidad de acción en los claroscuros del drama sin fin, en las misteriosas líneas entrecruzadas de la vida y de la muerte. ¿Cómo encontrar el límite de cada cual en este movimiento exaltante, en este continuo enlace de causas y de efectos? La aleta de la ballena y el brazo del arponero; la mano del timonel en la caña y el soplo del huracán; las sólidas cuadernas del "Alcatraz" y la contextura del piloto capaz de estar tres días y dos noches de guardia en el puente; el golpe de la ola y la tenacidad del cocinero para preparar, por lo menos, una taza de café cuando nada se sujeta a bordo; el mar siempre cambiante y la obstinación con que el hombre continúa su esfuerzo, a pesar de las penas, las miserias y los fracasos... Todo eso formaba un solo núcleo, y, ¿quién era Moreno en medio de eso?

—¡Eh, don Ante! —gritó—. ¿Está contento de hallarse otra vez embarcado?

—¡Cómo no voy a estar! —contestó el piloto—. ¡Si ya no aguantaba más en tierra!

—¡Las preguntas del capitán! —murmuró como para sí Baucho, mirando maliciosamente a Moreno. Este lo sacudió afectuosamente.

—¿Te hacía falta el "Alcatraz", eh?

En ese momento el primer ingeniero subió al puente a felicitar al capitán, primero por su pelea triunfal de la noche antepasada, y segundo, porque ahora el "Alcatraz" estaba "como una seda". ¡Ni la menor fricción de la hélice!

—Sí; pero lo que falta es que se me haya echado a perder la puntería...

Don Carlos Mujica se puso a reír; ¡las cosas del

capitán! ¡No había mejor que él para el arpón... y para las guantadas!... Ya todo el puerto sabía cómo tratará a los cuchilleros. ¡Y a mano limpia!

—No tan limpia, don Carlos: los silletazos llovían.

—Sí; pero sin armas, y contra tres tipos con cuchillos...

—Bueno; pero todos me ayudaron, don Carlos. Todos: don Ante, Martín, el Polo, el capitán Gustavson y el doctor Varela. El viejo Gustavson salló con dos heridas en el brazo.

—Sí; pero usted fué el hombre. Justamente es Gustavson quien anda contando por todas partes la gallada suya; cómo usted descrestó a los maleantes armados.

—Todos hicimos algo; cada uno su poco...

Lo decía sinceramente. No sentía orgullo por haber castigado al Cara de Doctor. Muchas veces había puesto a prueba su valor y su fuerza con enemigos más peligrosos. El Cara de Doctor, con cuchillo y todo, no era gallo para él. Pero las palabras admirativas del ingeniero y sus propias respuestas le producían una sensación endiabladamente agradable. Desde muchos años atrás estaba habituado a mandar, a ser respetado, a saberse el *jefe*; desde muchos años atrás se había percatado de que sus hombres no sólo respetaban los galones de su bocamanga, sino que —salvo excepciones como ese desgraciado de Bernardino— se apegaban a él con un sentimiento afectuoso y hasta admirativo. El capitán Julio Moreno no analizaba nada de esto: le parecía natural, puesto que en sus años de navegación a la vela y de ballenero siempre había compartido con sus hombres los peligros y las tareas penosas, había tratado de ser justo, y jamás, por ningún motivo ni bajo ninguna amenaza, había echado pie atrás cuando la razón había estado de su parte. Pero ahora tenía la impresión de que la palabra "jefe" adquiría en su persona una vida especial y polarizaba una fuerza humana de la cual él se sentía vagamente orgulloso. No había necesitado la gresca de la noche antepasada para

saber que tenía buenos amigos; pero desde esa noche una extraña sensación de solidaridad le rodeaba. Mientras don Carlos Mujica descendía la escalerilla de hierro, el capitán paseó su mirada de un extremo a otro de su pequeña nave. ¡Pequeña, sí, pero capaz de vencer todas las acechanzas del mar! Ahí en la cofa estaba don Antenor Brito. ¡Cuántos años habían navegado juntos sin que jamás nada los separara? Habían vivido hombro contra hombro, ocupados siempre de tareas rudas y difíciles. El viejo don Ante no mentía jamás. La noche antepasada había llevado un revólver, y si Julio Moreno hubiera sido herido gravemente, él se habría "desgraciado", y habría tenido que dejar a su mujer, a su hija enferma, a la bonita Marina que tanto defendía, para ir a la cárcel tal vez por años... Ahí estaba Martín, a proa, preparando el cañón para que el capitán lo usara contra la ballena; Martín, que había pasado días siguiendo la pista a los bandidos y que se había mantenido junto a él "sin ni siquiera pestañear" delante de los cuchillos. Ahí estaba el Polo, que se habría interpuesto entre él y los maleantes si la orden del capitán no lo hubiera contenido. Y en algún punto de la vaga línea de tierra que se desvanecía a popa estaba el viejo capitán Gustavson, el de las inmensas manos y de las inmensas carcajadas, que casi había estrangulado a un tipo y había recibido dos cuchilladas por defenderlo a él. ¡Y el doctor Varela!... El doctor, que olvidaba sus empresas amorosas y sus regalías para correr en auxilio de Moreno... Ahí estaban todos éstos, que no sólo reconocían en Moreno la autoridad del que ha sido designado jefe por una ordenanza, sino del que se ha ganado el título de "jefe" a costa de hombría, es decir, de valor, de fuerza, de voluntad y de rectitud. Y ellos no se inclinaban ante este jefe, sino que se confundían con él en una estrecha solidaridad humana.

Durante toda la mañana el "Alcatraz" navegó a gran velocidad hacia el suroeste. El piloto, en vigilancia constante en la cofa, se mantuvo silencioso.

El almuerzo reunió al capitán, al piloto y al primer ingeniero en el comedor.

—A buena hora Harrisson vende sus buques —dijo Brito—. Dentro de poco tiempo ya no se encontrarán ballenas por estos parajes. Hace cinco años había cardúmenes; pero ahora las diablas se han pasado la voz y cada día se hacen más raras. Ya ven, la mañana ha pasado, ¡y ni siquiera un espanto!

—¡Tendremos más suerte en la Antártida! —suspiró el ingeniero.

Brito, con la cabeza baja, removió la cuchara en su plato de porotos.

—Usted sabe, don Carlos, que yo no me voy para allá. No es sitio para un viejo...

—¡Miren el viejo —replicó riendo el ingeniero—, el pobre viejito!... ¿Cree usted que no se sabe que de una guantada dejó durmiendo a un gallo la otra noche?

—Sí; pero eso no tiene nada que ver: no puedo dejar la familia...

Moreno estaba ensimismado. Pronunció apenas unas cuantas palabras y se quedó mirando fijamente al piloto cuando éste le dijo:

—¡Y pensar. Moreno, que dentro de un mes ya no seremos balleneros!

La tarde no fué más afortunada que la mañana: se hundió el sol sin que vieran ningún espanto. A un crepúsculo de inmensos arreboles de oro sucedió un claro de luna con un mar bastante movido. El viento sur, que había soplado insistentemente, como empujando el velero del día hacia el otro lado del planeta, lo abandonó cuando éste se perdió en el horizonte y continuó soplando sobre las altas y plateadas velas de la noche. Después de comida, Moreno se comunicó por radio con la oficina de Harrisson en Valparaíso y luego subió al puente, envió a descansar al timonel y durante dos horas estuvo solo, guiando al "Alcatraz" entre las olas de resplandeciente espuma. A pesar de la fuerza del viento la estela era una recta línea de azogue. El barco había disminuído su andar y a veces hundía la

proa en una masa de agua que la envolvía tal un monstruo de escamas brillantes.

Al bajar la vista, el capitán encontraba el círculo de la bitácora como una estrella inextinguible, guía de su vida desde los quince años. No había tinieblas que pudieran ocultar su luz, vigilante bajo el capuchón de cobre. Lámpara fiel que calentaba el corazón; claridad redonda, partida por la aguja, cuyo extremo marcaba siempre la ruta de la libertad.

De pronto Moreno tuvo la sensación de que alguien se hallaba a su espalda. El ruido del oleaje había apagado los pasos de Baucho, pero el capitán sentía tras sí su presencia fiel. Continuó inmóvil un largo momento todavía, accionando apenas la caña; luego se apartó y el relevo vino a ocupar su puesto. A la voz del capitán que señalaba el rumbo, contestó la del marinero como un eco, y los dos hombres quedaron silenciosos, uno al lado del otro, mucho tiempo, hasta que Moreno bajó a su camarote.

Se había desnudado ya y se iba a meter en cama cuando se le presentó la imagen de Mónica. Durante ese día había dado vuelta tantas ideas en su cabeza, que sólo ahora pensaba en la mujer querida...

\*

\* \*

A la mañana siguiente el viento había amainado. Cerca de las ocho la voz del piloto bajó desde la tina:

—¡Ballena a popa!

—¡Vira por estribor! —gritó inmediatamente Moreno.

El "Alcatraz" trazó un medio círculo y puso proa a un cardumen de espermas. La campanilla del *stand-by* picoteó el aire de la mañana ordenando "toda fuerza", y el mar empezó a rasgarse con la alegre blancura de la espuma.

Los cachalotes, cuatro adelante y dos atrás, nadaban perezosamente. Moreno los observó con atención. Al abrir la puerta hacia la pasarela ya tenía elegida

su víctima y, seguro de no errar el tiro, fué acercándose al castillo de proa con paso lento, dando aún algunas chupadas a la pipa.

—¡Media fuerza!

Los seis lomos surgían lustrosos y acompasados, las aletas hacían saltar la espuma, mientras el “Alcatraz” corría como si hubiera sido también un animal en persecución de los enemigos de su especie.

Dió Moreno la orden de parar la máquina, sacudió la pipa, se la guardó en el bolsillo del pantalón y bajó las orejeras de su gorro de lana. Martín, que había preparado el arpón, se apartó, y Moreno empuñó el cañón con movimientos lentos.

El “Alcatraz”, llevado por su impulso, corría hacia el cardumen; todos los tripulantes se hallaban sobre cubierta para presenciar el primer tiro del capitán después de tantos días de inactividad. De súbito el silencio estirado como un elástico se cortó y su latigazo fué a repercutir en la cúpula dorada de la mañana. El cachalote de la izquierda, un macho enorme, sacó medio cuerpo fuera del agua, enseñando el arpón clavado en la base de la cabeza. La roda del “Alcatraz” empezó inmediatamente a cortar una vasta mancha de sangre.

Esa noche pusieron rumbo a la caleta del Cerezo remolcando cuatro cachalotes.

—Cuando no hay vibración en la hélice —decretó Moreno—, uno puede hacer lo que le da la gana.

Así parecía, en efecto; en los tres días que siguieron el “Alcatraz” llevó nueve cetáceos a la planta beneficiadora del Cerezo, y al fin de la semana echó el ancla en Valparaíso para renovar su provisión de petróleo.

Apenas desembarcado, Julio Moreno se encaminó a la oficina de la Compañía Ballenera Antártica, en la calle Blanco. El gerente general lo recibió sin antesala. Moreno, sentado frente a él, encendió el cigarrillo ofrecido por el gerente, y, después de contemplar un momento la cara redonda de éste, animada por una expresión interrogante, habló:

—Vengo a decirle que estoy dispuesto a trabajar con ustedes a condición de que me firmen un contrato por cinco años.

El gerente tiró su cigarrillo al cenicero y, levantándose de su sillón, fué a estrechar las dos manos del marino.

—Por los años que usted quiera, capitán. ¡No faltaba más! Nos saca usted de un apuro tremendo: el cónsul en Oslo acaba de comunicar que en este momento no se pueden encontrar capitanes noruegos. Ibamos a telegrafiar a Alemania; pero ése es un lío terrible: los alemanes no pueden salir de su país sin permiso de los gringos, de los franceses, ¡qué sé yo!... En fin, sin usted habríamos tenido el “Alcatraz” en inactividad durante muchos meses...

—¡Pues el “Alcatraz” no perderá tiempo! ¿Cuándo habrá que partir?

—Lo más pronto posible; apenas usted esté listo.

—Los marinos estamos siempre dispuestos a partir. ¡Ah!, pero yo pongo aún otra condición...

El gerente estaba dispuesto a ceder en todo.

—Yo quisiera —continuó Moreno— que no se hablara de mi partida a la Antártida sino a las personas a quienes es indispensable hablar. Son razones privadas, ¿sabe usted?

¡Si no era más que eso!... El gerente dió todas las seguridades. Se informaría a la tripulación que continuaba en el “Alcatraz” y a los empleados que debían redactar el contrato. A nadie más. ¡Moreno podía estar tranquilo! Sonriente, volvió a estrechar las manos del que ya llamaba “el más valioso colaborador de la Compañía Ballenera Antártica”.

—Le diré la verdad, capitán —concluyó—, que yo no desesperaba de que usted se viniera con nosotros. ¡Qué diablos! ¡Un marino de la personalidad suya no puede dejar el oficio! Yo nunca creí que usted se iba a resignar a quedarse en el puerto, como decía. Usted necesita el mar, su barco, su arpón. ¡Esa es su verdadera vida!...

Moreno se limitó a sonreír, y al despedirse pidió permiso para telefonar. El gerente mismo lo acompañó hasta la cabina.

Hubo un estallido de alegría al otro extremo del hilo telefónico cuando Mónica reconoció la voz de Julio. Inmediatamente aceptó la cita para esa misma tarde.

Se encontraron, como de costumbre, en la trastienda de la modista en Viña. Estuvieron largos minutos estrechamente abrazados. Después él la poseyó con un ardor brutal y ella fué la exaltada gozadora de siempre.

Sólo cuando fumaban sus cigarrillos, a medio vestir, hablaron de algo que no era directamente el placer del amor.

—Y al fin —preguntó Mónica—, ¿cómo van tus asuntos? ¿Tienes ya seguro algún trabajo para quedarte?

Julio se recostó en el diván y lanzó hacia el techo una bocanada de humo, que formó un círculo y fué elevándose lentamente.

—Seguro no, porque aun no me he decidido por ninguna de las proposiciones que me han hecho. No tengo prisa: escogeré con calma lo que más me convenga...

Mónica se acercó al espejo y estuvo mirándose la frente y palpándose la yema de los dedos:

—¡Hum, arrugas!... Me estoy poniendo vieja...

Se volvió vivamente hacia el marino:

—¿Es verdad que te quedas? ¡No me engañes! No sea que me resulte como la cueca:

*¡Ay, amor,  
ay, amorcito del puerto,  
para siem,  
para siempre me has dejado!...*

Se echó a reír. Con la cabellera revuelta, el cigarrillo en los labios y las manos en las caderas, Mónica, siempre tan distinguida, tenía un aire de sensual vulgaridad.

—¡Cómo cambias! —exclamó Julio—. Yo no sabré nunca cuántas mujeres hay en ti.

—Y eso es lo que te hará quererme siempre —repuso ella, besándolo—. Cada día yo me haré distinta, para que mi amo y señor no se fatigue. ¡Los hombres necesitan la variedad! Tú me engañarás conmigo misma.

El resto de la tarde pasó entre risas y ternuras. Los dos estaban de buen humor.

Sin embargo, cuando se separaron, el capitán Moreno se sintió repentinamente desasosegado, y, en vez de ir al "Bote Salvavidas" en busca de los amigos, como se había propuesto, subió lentamente a pie hasta su casa.

Anunció a Eugenia su resolución de partir a la Antártida y estuvo discutiendo con ella los problemas domésticos que planteaba su viaje.

Hablaron hasta tarde y al dar las buenas noches, Julio advirtió a su hermana:

—¡Ah, se me olvidaba!... Si ves a Mónica Sanders no le digas nada de mi partida. Si te pregunta, dile que no sabes, que me has oído hablar de quedarme en Valparaíso.

Eugenia era demasiado sumisa para pedir explicaciones. Se fué a su cuarto en silencio.

## X V

OCHO DIAS más tarde, bajo una luz fría y gris, como es con frecuencia la de las mañanas primaverales en Valparaíso, el ancla del "Alcatraz" se hundió por última vez en el agua de la bahía, no lejos del fondeadero de las goletas langosteras. Un hombre, singando en un viejo cascarón inundado casi hasta la mitad, amarró la espía a la boya y se alejó con su boga pausada. El graznido de las gaviotas, a pesar de su acritud, no desentonaba dentro de la dulzura del aire y del color. Desde el dique flotante llegaban ruidos de martillos y de máquinas...

El "Alcatraz" quedó inmovilizado con amarras que sólo se soltarían dos semanas más tarde, cuando el barco pusiera rumbo al sur, al mando siempre de su antiguo capitán Julio Moreno, que había firmado contrato con la Compañía Ballenera Antártica por cinco años. Don Santiago Santelices había ya hecho entrega de los barcos —el "Alcatraz" y el "Pelicano"— y sólo se esperaba que este último saliera del dique, donde había entrado a carenarse, para que la pequeña flotilla pusiera rumbo al sur.

La tripulación que acompañaba al capitán Moreno a los mares australes era la misma de sus expediciones frente a la costa de Valparaíso, salvo el piloto: don Antenor Brito se quedaba en el puerto como capitán de un remolcador. Martín ocupaba su puesto.

Cuando el viejo se hubo enterado de la decisión de Julio, fué a estrecharle la mano.

—¡Bien hecho, bien hecho! No podías dejar tu barco. ¡Un arponero como tú!... Vas a ganar mucha plata. Lo que me duele es separarme de ti.

—Separados, pero siempre hermanos —afirmó el capitán—. Usted, don Ante, no tiene más que mandarme una palabra y yo estaré a su lado para darle el pellejo si es necesario.

Ahora, en la mañana gris, los dos hombres desembarcaron juntos en una lancha que había ido a buscarlos y que traía el cofre de don Antenor Brito, cofre que durante años había tenido su lugar fijo a bordo del "Alcatraz". El viejo estaba emocionado, a pesar de que no quería demostrarlo y de que no se había despedido de ninguno de los hombres de la tripulación, a los cuales seguiría viendo en el puerto\* hasta el día de la partida. Pero los hombres se hallaban todos en cubierta, riendo y alborotando, y cuando la lancha se apartó del costado, Martín se quitó la gorra, la agitó en alto y gritó:

—¡Viva el piloto Brito!

—¡Viva! —respondió la tripulación entera. La sirena del "Alcatraz" prolongó el saludo.

El viejo, que se hallaba de pie, alzó los brazos. Luego se sentó y se quedó contemplando el barco que abandonaba para siempre. Dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas y él no trataba de disimularlas. La sirena volvió a sonar, lejos ya.

—¡Nunca volveré a pisar su cubierta!, ¡nunca más subiré a su cofa! —dijo con una voz estrangulada por la emoción, y luego, como avergonzado de su debilidad, volvió la espalda al "Alcatraz". Sus gruesos dedos se afanaron con el papel y el tabaco hasta que el cigarrillo empezó a humear en la comisura de sus labios.

Moreno contemplaba en silencio al viejo lobo que iniciaba su retirada. Ahora abandonaba el barco de alta mar por un remolcador que cada tarde lo depositaría en el puerto; después abandonaría el remolcador por el

muelle, y más tarde la tierra se apoderaría de él definitivamente. ¡La tierra mezquina, sórdida, enemiga de la libertad!... ¡Ah, pero tal vez el viejo prefiriera no entregarse nunca y morir con los zapatos puestos sobre un puente azotado por el viento sur!...

Llegaron al muelle. El mismo piloto pasó un cabo en torno a su cofre y éste fué izado por una polea. Un hombre gordo lo recibió y lo puso sobre el lomo de un asno. Moreno saltó a tierra y se quedó contemplando al animal que se alejaba con su carga, seguido de don Antenor Brito. El piloto caminaba lentamente, con su balance de babor a estribor, arrastrando los pies, como si ya no tuviera fuerzas para despegarlos de la tierra, que había empezado a apoderarse de él.

Cuando Brito desapareció, Moreno se puso en camino a su vez, también con lentitud y desgano. El todavía pertenecía al mar, él todavía era libre y, seguramente, lo sería por muchos años; pero, ¿no habría preferido en el fondo de su corazón la tierra y la esclavitud, es decir, Mónica? ¿No habría estado feliz viendo su cofre de marino cargado en un viejo fiacre y alejándose, dando tumbos, hacia el cerro Barón, tierra adentro y para siempre?

Hizo un gesto como para quitarse un peso de los hombros y apresuró el paso. Un cuarto de hora después discutía con el proveedor, don Atilio Buonagamba, sobre las provisiones para el "Alcatraz" y el "Pelicano"; media hora más tarde examinaba los arpones recién recibidos, y a las cinco, junto con el gerente y otros altos empleados de la Compañía Antártica, bebía unos tragos en un bar de la calle Prat, conversando sobre detalles de la futura organización en el sur.

Aquellas preocupaciones le hacían olvidar completamente a Mónica. Cuando cuidaba los detalles del próximo viaje o defendía sus principios formados en la práctica contra las vagas teorías de los hombres de negocios, Julio Moreno era solamente un capitán arponeero que iba a confinarse cinco años en la Antártida para ganar una pequeña fortuna, y no para satisfacer los

caprichos de comerciantes, muy hábiles en el manejo de acciones, pero que no habían visto jamás una ballena. Julio argumentaba y exigía sin que jamás la imagen de Mónica viniera a distraerlo o a debilitar sus palabras.

A las seis y media el grupo salió del bar. Las últimas oficinas cerraban sus puertas y la calle comercial iba despoblándose rápidamente. Las cortinas de hierro de algunas librerías y casas de antigüedades descendían estrepitosamente; sólo ante una cigarrería se detenían algunos hombres, y en torno de ellos un suplementero giraba ofreciendo los diarios de la tarde, como un ave monstruosa que agitara sus blancas alas.

La calle estaba ruidosa de motores que se ponían en marcha. El gerente ofreció a Julio llevarlo en su coche; pero el marino no aceptó. Hubo apretones de manos, y cuatro automóviles partieron, tres hacia Viña y uno hacia el Puerto.

Julio fué a tomar el ascensor para el Cerro Alegre.

Cuando llegó al Paseo, Mónica no estaba aún allí. Se habían dado cita para las siete y faltaban todavía algunos minutos. Julio se sentó en un escaño, satisfecho de poder divagar.

¡Pobre Mónica, tan confiada que estaba en que él se quedaría en Valparaíso!... A él le repugnaba mentir; pero la vida obliga a veces... ¡Tan bonita, tan buena muchacha!... ¿Qué iría a hacer cuando supiera que él se había marchado? ¡Qué golpe!... ¡Pobre Mónica!...

En el amor más tierno hay siempre cierto fondo de lucha, y los amantes más completamente entregados uno al otro son siempre un poco rivales. Julio Moreno, al compadecer a Mónica, experimentaba oscuramente una impresión de triunfo. ¡Pobre Mónica! El la abandonaba..., adorándola. ¡Pero la abandonaba!...

El Paseo estaba casi solitario. Los chalets miraban al mar a través de pequeños jardines separados por barandas verdes y blancas. En uno de esos jardines jugaban dos niños rubios; en otro una mujer leía, tendida

en una silla de lona. En la puerta del chalet de la esquina un viejo, en mangas de camisa y fumando una gran pipa, hacía jugar a un perro policial lanzándole una pelota. De una ventana abierta huía la música de una radio:

*Tú,  
solamente túuuu...*

decía la canción nostálgica, la canción del amor único y perdido...

El capitán se acomodó en la barandilla. El mar ondulaba apenas y los reflejos rojos y amarillos del sol poniente le entristecían lo mismo que la policromía melancólica de las linternas encendidas en una fiesta lejana. Julio vió la manchita negra del "Alcatraz" y volvió los ojos hacia los cerros. Los cristales brillaban y la tierra roja de las quebradas parecía absorber los matices más sutiles de las últimas luces. Aquél continuaría siendo el paisaje habitual de Mónica; pero para él dejaría de existir junto con ella. Mónica y Valparaíso se le confundían en el alma, le sangraban por igual con esas desesperadas luces rojas y amarillas del crepúsculo. ¡Mónica y Valparaíso!... ¡Adiós, acaso para siempre!...

La vió aparecer en el extremo del Paseo. Desde lejos le hizo un gesto alegre y él fué a su encuentro. Estaba linda, con su traje azul oscuro muy ceñido al talle y que le modelaba muy bien los senos, con su sombrero sencillo, del cual se escapaba el pelo dorado oscuro.

Se sentaron en un banco frente a la bahía.

—Allí está el "Alcatraz" —dijo ella, mostrando la pequeñita mancha negra.

—Sí; ahí está.

—¿Cuándo parte?

—Dentro de unos diez o quince días.

—¿Y tú?

El la miró a los ojos y respondió sin vacilar:

—Lo que te dije: me quedo con Sotomayor y Bianchi, como jefe de bahía.

Mónica sostuvo amorosamente la mirada del marino. Al cabo de un instante éste se inclinó y le besó las manos.

—Me habías dicho que no encontraban capitán arponero para el “Alcatraz” —aventuró ella.

Julio respondió lentamente, casi sin retirar los labios de las manos de su amiga:

—Ahora han encontrado uno... Es un noruego que tomará el buque en Punta Arenas.

—¿En Punta Arenas? ¿Y quién llevará el “Alcatraz” hasta allá?

—¿Quién?... No sé... Creo que Gustavson...

—¡Ah, Gustavson!...

—Sí; ese finlandés grande con quien fuimos una noche a “La Estrella Solitaria”. ¿Te acuerdas?

Ella se acordaba muy bien y se puso a hacer comentarios de aquella noche y a reírse de las ocurrencias del capitán Gustavson.

Mónica estaba alegre y su conversación fué de una cosa a otra con una volubilidad que Julio casi no le conocía. Eran ya las ocho y media cuando bajaron al plano y se despidieron, dándose cita para el día siguiente en casa de la modista en Viña.

Ella se dirigió a la Avenida Brasil, a casa de amigos, donde comía esa noche en compañía de Roy, y Moreno fué caminando hacia el puerto.

En el restaurante del “Bote Salvavidas” había poca gente. En una mesa el doctor Varela comía solo. El marino, cabizbajo y de mal humor, se sentó frente al médico, pidió un pedazo de jamón y se lo comió acompañado de casi un litro de vino.

—Parece que las cosas no van muy bien —dijo Varela, que lo observaba con curiosidad.

Julio empezó por afirmar que todo marchaba maravillosamente; luego prorrumpió en maldiciones a causa de la mala calidad del jamón, y terminó por confesar que el mentir a Mónica lo ponía de mal humor, que el haber inventado esa historia de que el “Alcatraz” partía a Punta Arenas al mando de Gustavson le hacía

sentirse como disminuido, como culpable de algo...

Varela se rascó el mentón y después de beber varios vasos de vino declaró que, en efecto, lo que Julio Moreno estaba haciendo era una comedia indigna de un hombre.

—Te estás portando como un *gigoló*, viejo —dijo, medio en serio, medio en broma—; mintiendo a las mujeres que son leales contigo.

—¿Y qué voy a hacer?

El doctor Varela creía que Julio debía decirle francamente a Mónica que se marchaba. ¿Quería abandonarla sorpresivamente para vengarse de ella, porque acaso Mónica tenía algo que ver con el golpe del Cara de Doctor y de Bernardino? Aunque Roy hubiera estado mezclado, ¿qué culpa podía tener la mujer? Y aunque así fuera, el disimulo de Moreno, el engaño, eran indignos.

—¡Bah, la cosa de Bernardino es cosa pasada! —replicó Julio—; ya ni me acuerdo de eso. Lo que hay es que yo pensé sinceramente quedarme en Valparaíso, y así se lo prometí a Mónica. ¡Qué tontería!... ¡Como si yo pudiera dejar mi barco y la caza!... Ahora no puedo desengañarla, no puedo decirle que soy incapaz de cumplir mi promesa... ¡Pobre Mónica! Ha sido tan buena conmigo; me quiere, y yo no tengo valor para verla sufrir.

Varela no estaba de acuerdo; la actitud de su amigo le parecía una bellacada. Como estaban sentados uno frente al otro, el médico tendió su brazo y apoyó el índice sobre el pecho del marino, diciendo:

—Valiente con los cuchilleros y cobarde con las mujeres...

—Bueno: cobarde, si quieres llamarme así. Tú no puedes comprender. Los médicos saben arreglarse muy bien en medio de los sufrimientos y de los llantos; saben consolar. Pero los marinos no sabemos nada de eso. ¿Qué hago yo con una mujer que llora? ¡Prefiero tener delante diez gallos armados de cuchillos!...

—¿Una mujer que llora? ¿Y si le anuncias a Mónica que te vas para siempre y no llora?

Julio interrumpió tan bruscamente el ademán con que se llevaba a los labios la copa de vino, que una buena parte del líquido se derramó sobre el mantel. Se quedó mirando al médico con la mano en el aire y una expresión, de asombro tal, que éste se echó a reír.

—¿Y si no llora? —repitió Varela, tosiendo de la risa.

Moreno se arrancó de su estupefacción con un violento esfuerzo.

—¡Tú estás loco, doctor; tú no sabes lo que dices! ¡Mónica está muy enamorada de mí y mi partida será un golpe horrible para ella! Y lo peor es que yo también la quiero. ¡A bordo, en medio de mi trabajo, no pienso en ella; pero apenas desembarco necesito verla, tocarla!... ¿Cómo crees que no va a llorar?

El médico hizo un gesto vago.

—¡Bah —replicó—, las mujeres son tan raras!

Los dos amigos quedaron en silencio. El mozo levantó los platos y colocó sobre el mantel las tazas de café. Varela echaba bocanadas de humo hacia el techo y Moreno sacudía obstinadamente su cigarrillo en el cenicero. Pasaron así largos minutos, hasta que el marino preguntó:

—¿Por qué piensas tú que mi partida puede ser indiferente a Mónica?

—Yo no he dicho eso.

—Has dicho que tal vez ella no lllore...

—¿Y por qué te empeñas en que lllore? Tal vez lllore y tu partida le sea sin embargo indiferente; tal vez no derrame una lágrima y se muera de pena... Tú sabes: "En cojera de perro..."

—Mónica no hace nunca comedia; es sincera...

—Yo la conocía en otro tiempo; me pareció una mujer poco dada a las sensiblerías y a los lloriqueos; una mujer de mucho temple.

—Lo es; pero el que yo la abandone tendrá que resultar un drama para ella...

El médico no respondió y Moreno se quedó mirándolo en una actitud de expectación. Como su amigo parecía no darse cuenta de que esperaba algo de él, Julio insistió:

—Tú no lo crees, ¿eh?

Varela bebió su último trago de café, se limpió cuidadosamente los labios con la servilleta, se acarició el pequeño mostacho colorín y dijo:

—Me parece que comprendo lo que te ocurre, mi viejo Julio. Tú no te atreves a confesar a Mónica que eres incapaz de cumplir tu promesa, que te vas porque, con todo el amor del mundo, tú no puedes vivir sin tu trabajo de marino, de ballenero. Muy bien. Para justificar tu cobardía has encontrado el dolor de Mónica, su desesperación y su llanto. “No puedo verla sufrir —dices—. No puedo anunciarle mi partida, porque se echará en mis brazos bañada en lágrimas como una loca.” Ahora, con lo que yo te he dicho, te asalta la duda de que ella no lllore. Entonces, ¿en qué queda tu piadoso silencio? ¡Nada más que en un gesto de cobardía, mi pobre viejo!

—¡Bah, cómo complicas las cosas!

Julio Moreno se encogió de hombros despectivamente. Luego golpeó las manos y cuando el mozo se acercó pidió dos coñacs. Varela lo observaba con un chispazo de malicia en los ojos.

—Tú crees que yo soy un Don Juan como tú, que yo gozo con intrigar a las mujeres y darme aires de hombre fatal.

Había hablado el marino con tanta acritud, que la expresión maliciosa se acentuó en el rostro del médico.

—No te pongas de mal humor, mi viejo —respondió—. Sé que no eres un Don Juan. ¿Y yo?... Bueno, si tú te empeñas, aceptemos que yo lo sea; pero Don Juan o no, todos somos un poquito vanidosos y egoístas. Cuando sufrimos por amor nos sentimos menos desgraciados si la “parte contraria” sufre también. Lo único terrible en amor es sufrir solo...

En ese momento los capitanes Gustavson y Artigas

entraron en el comedor y al ver a los dos amigos se dirigieron a su mesa. Moreno se puso inmediatamente de pie.

—Me voy —dijo.

—¿Por qué? ¿Qué te ocurre?

—No estoy con ánimo de charlar.

Y a pesar de todos los esfuerzos de sus amigos, especialmente de Gustavson, que tenía dos o tres nuevas historias que contar, Julio Moreno se despidió:

—¡Chao, chao!... No puedo quedarme... ¡Imposible!

Y salió casi a la carrera.

## XVI

EL TIEMPO transcurrió a un ritmo endiablado. Moreno trotaba el día entero de un extremo a otro del puerto, ocupándose de los preparativos para la partida, y cuando por la noche se echaba agotado en la cama, le venía de pronto la idea de una diligencia olvidada, de un detalle que no había puesto en claro con el abastecedor, con alguno de los empleados de la Compañía Antártica; con el ingeniero que debía llevar los repuestos esenciales, porque allá, en las soledades del sur...

Muy rara era la tarde en que no se encontraba con Mónica. A veces iban a caminar por el Cerro Alegre o por el Paseo Alemania o a beber el aperitivo en algún bar de barrio apartado, donde estaban seguros de no encontrar gente conocida. Pero casi siempre se reunían en Viña del Mar, en la trastienda de la modista, y sus citas eran ardientes y prolongadas. Cada vez Julio descubría en su amante nuevos acicates para su deseo, sin pensar en los pocos días que le quedaban a su lado. Cuando en la penumbra del cuarto tenía en sus brazos aquel cuerpo dorado e insaciable que se multiplicaba en caricias, su conciencia se anulaba para todo lo que no fuera su lujuria. Aquellos momentos, eternos y absolutos, se soldaban sobre su vida como un caparazón de placer. Ni un rayo de luz exterior se filtraba para hacerle medir lo absurdo de su situación y lo efímero

de su goce. Julio se separaba de su amante medio ebrio, sin ganas de pensar en nada, y cuando volvía a encontrarla, era tal su ansia de poseerla y de prolongar las caricias, que la imagen de Mónica rechazaba toda otra preocupación. Sólo algunas noches en su cuarto, fumando el último cigarrillo y recordando la ternura y el ardor de su amante en la cita reciente, venía a su espíritu la inminencia de la separación, y entonces murmuraba: "¡Pobre, mi amor; pobre, mi linda!"

Julio no pensaba que en pocos días más iba a empezar a vivir sin ella, a vivir sin mujeres. La Antártida se le representaba sólo como el lugar de su trabajo, y en su trabajo no había nunca mujeres. Allí no importaban nada más que el "Alcatraz" y las ballenas. Tampoco comparaba sus pescas frente a la costa de Valparaíso y su escala en el puerto cada semana, con lo que sería la pesca dentro del círculo polar antártico y los meses y acaso años de mar y hielo. Su oficio de capitán arponero tenía para él un valor independiente del lugar en que se ejercía. Julio Moreno no hacía comparaciones, no imaginaba el porvenir, no analizaba. Seguía su destino y se conformaba con los días de su vida.

Por las noches, después de trabajar hasta tarde y de beberse un trago con los amigos, llegaba a su cuarto. La ventana estaba abierta y en sus cristales se reflejaba el chisperío de las luces del puerto. Julio se acodaba en el alféizar y encendía un cigarrillo. De la Estación del Barón subían los humos negros, los chorros de vapor blanco y un rumor sordo de trenes. A lo lejos, un pitazo, una campana; a veces, por el camino de Viña, un coro de trasnochadores, en un automóvil a gran velocidad. Ruidos que la noche disfrazaba de melancolía y de misterio, en que Valparaíso ponía todo lo que hay de fugitivo y de errante en un puerto.

Entre esas luces, entre esos ruidos, en la atmósfera fresca de la noche primaveral, al otro extremo de Valparaíso, en el perfume marino de Playa Ancha, estaba Mónica. Julio pensaba en ella y de pronto sus rasgos se le borraban. Hacía esfuerzos por evocar su rostro

con precisión y no lo conseguía. Era inútil que imaginara su boca grande, su pelo dorado oscuro, sus ojos claros. Aquellos elementos dispersos no podían componer el rostro adorado. Mónica se borraba, como escamoteada por la noche, como derivando ya en la profundidad del tiempo y del olvido.

“¡Pobre, mi amor; pobre, mi linda!”

Julio disparaba el cigarrillo a la avenida y se metía en la cama. ¡Cuántos detalles faltaba solucionar para el viaje! A última hora dos marineros anulaban sus contratos, alegando, con certificados médicos, su incapacidad para afrontar las temperaturas polares. ¡Y si no fuera más que eso!...

\*  
\* \* \*

A cada cita Mónica acudía alegre y radiante. Nunca en esos días Julio notó las actitudes desencantadas de otro tiempo. Desde que interrogara al marino en el paseo del Cerro Alegre y éste le afirmara que se quedaría con Sotomayor y Bianchi en Valparaíso, no había vuelto a hacer ninguna pregunta, y Julio se había guardado bien de rozar el tema. Algunas veces ella mostraba su confianza aludiendo a la vida que los esperaba, al cuartito simpático que podrían arreglar en un cerro para evitar los viajes a Viña. ¡Sería tan agradable tener algo íntimo, adornado con algunos objetos escogidos por ellos mismos!... El marino la escuchaba en silencio o respondía con monosílabos; pero Mónica no parecía notar la actitud desganada de su amante y su charla saltaba alegremente a otro tema.

Una tarde, en el momento en que Moreno bajaba del autobús en Viña para irse a reunir con Mónica en la tienda de la modista, un pensamiento que hasta entonces había rechazado con obstinación se apoderó de su cerebro como un animal armado de tenazas se apodera de una débil presa: “Hoy la veo por última vez”.

Hasta ese minuto él no había querido aceptar plazo ninguno. Si ya le había asaltado la idea de que le

quedaban pocos días junto a su amante, había multiplicado aquellos días en horas, había vertido aquellas horas en el espacio, en el incierto futuro imposible de prever. Ahora no había futuro: aquellas horas incontables se habían consumido y ningún acontecimiento imprevisto había desviado el destino. El plazo cabía ya en el cuadrante del reloj y el sol que se ponía era el último.

La certidumbre se apoderó del cerebro y del alma de Julio. El animal armado de tenazas ahogaba su presa. El marino echó a andar a grandes pasos; pero luego se detuvo y continuó después lentamente, como si así lograra retardar lo inevitable.

Junto a ella no tuvo que fingir. Desde que la tuvo en sus brazos no existió para él sino la furiosa lucha por llegar al fondo de un placer que sabía insondable. Ella tampoco se saciaba, y su lujuria activa y alegre perseguía actitudes complejas y la hacía reír a veces con grandes carcajadas.

Sólo cuando se acercaba el momento de prepararse para partir, Mónica se mostró menos exuberante. Se alzó desnuda sobre Julio, que estaba tendido de espaldas en la cama, lo besó largamente en la boca y le revolvió los cabellos.

—Dime, ¿me quieres?

—¡Te adoro! —murmuró él, tratando de atraer otra vez el rostro suspendido sobre el suyo. Pero ella resistió a la presión y se mantuvo sobre su amante mirándolo fijamente a los ojos.

—¡Tonto, mi gran tonto adorado! —dijo con voz grave.

El la tumbó sobre el lecho y la cubrió de besos.

Era ya muy tarde cuando terminaron de vestirse y salieron. Tras ellos la modista bajó la cortina de hierro de la tienda, y, como Mónica no había traído el automóvil, echaron a andar. Llegaron hasta el estero y caminaron a lo largo del parapeto. La noche había caído, un viento fresco agitaba las hojas de las palmeras y las luces se reflejaban largamente en las aguas quietas. El

sitio estaba solitario; los rumores del viento y del mar, que mugía al otro lado de las dunas, daban un tono triste a la noche ligera. De tiempo en tiempo pasaba un automóvil a gran velocidad, con un roce sordo de neumáticos sobre el asfalto. En las ventanas iluminadas de las quintas y de los palacetes, tras los visillos, se veían cruzar sombras vagas y brillar lámparas suntuosas o grandes pantallas de colores dulces. Vifia del Mar, antes de la estación veraniega, vivía su propia vida, de interiores confortables, de reuniones elegantes y tranquilas. La ciudad tenía una extraña actitud de secreto y de retraimiento.

Julio Moreno iba silencioso oyendo la voz de Mónica, pero sin saber lo que decía. El fresco desolado de la noche y la humedad del mar invisible le penetraban bajo la piel. Al llegar a la Avenida Ecuador ella se detuvo.

—Bueno, amor —dijo con voz alegre—, hasta aquí no más podemos ir juntos.

El suplicó:

—No nos separemos todavía. Puedo acompañarte un poco más; nadie nos verá.

—No, no —replicó ella, haciendo un gesto picaresco—. ¡Nada de imprudencias! No olvides que hay que tomar siempre precauciones. Lo primero en la vida es preverlo todo para no dejarse sorprender por nada.

Se echó a reír y cogiendo a su amante del brazo se apretó contra él.

—¡Mira que estoy filósofa! ¿No te parece raro?

El sonrió tristemente, apretándola contra su pecho.

—¡Separémonos aquí! —exclamó Mónica—. ¡Rápido; ya es muy tarde!

Hizo un gesto nervioso y se desasíó del abrazo. Luego volvió hacia él y le ofreció su boca. Se besaron largamente.

—¿Me telefonearás mañana? —preguntó ella.

—Sí; naturalmente...

—¿A qué hora?

—A mediodía.

Julio quiso oprimirla de nuevo, pero ella lo apartó —¡No, no; es muy tarde!

Todavía un beso ligero y se separaron.

—Hasta mañana, mi vida —dijo el marino.

—Adiós, mi amor —respondió ella.

Giró rápidamente y echó a andar hacia la calle Schröders. Moreno se apoyó en el parapeto del estero y se quedó inmóvil, mirando la silueta esbelta y rápida que atravesaba zonas de luz y de sombra, que se aclaraba y se esfumaba alternativamente, hasta que uno de esos pozos de oscuridad la encerró para siempre. Esperó todavía escrutando la lejanía de la calle, pero ya no volvió a divisarla. Entonces se puso en marcha, siguiendo el mismo camino, primero despacio, luego a toda la velocidad de sus piernas, con la esperanza de darle alcance...

Pero Mónica había desaparecido. Moreno llegó a la calle Viana, dejó pasar dos autobuses y escudriñó aún. Después hizo señas al tercero y se embarcó en dirección al puerto.

En el "Bote Salvavidas" lo esperaban los amigos. El doctor Varela, Gustavson y el piloto Brito estaban ya ante una mesa cubierta de botellas en el comedor particular, bastante "puestones". El finlandés interrumpía con cuentos verdes los discursos del médico, a quien el alcohol había colocado en un plano de filosofía donjuanesca y escéptica.

—El verdadero conocedor de una cosa —decía Varela—, el que sabe gozar de ella, no está siempre probando uno solo de sus aspectos. Así, por ejemplo, el que sabe beber no toma toda su vida el mismo vino, ni el que ama la poesía lee eternamente el mismo poeta. Cambian, analizan, comparan, para que su amor sea cada día más refinado y completo. Así, el que tiene la pasión de la mujer no puede vivir entregado a una sola; tiene que conocer el mayor número posible, puesto que sólo así llegará a entrar en contacto íntimo con el arquetipo femenino.

El corpachón del capitán Gustavson se convulsionaba de risa.

—Di francamente, doctor, que lo que tú quieres es acostarte con el arquetipo.

Varela removía apenas en una sonrisa desdeñosa su bigotillo colorín.

—Yo soy un epicúreo, Gustavson; tú eres un cachalote.

El piloto Brito no participaba de la discusión y se mantenía, como de costumbre, tranquilo. Sin embargo, cuando apareció Julio Moreno unió sus voces a las de sus compañeros para saludarlo.

—¡Viva el conquistador del Polo Sur!... ¡Hurra por el rey de los pingüinos!... ¡Salud al capitán general de la Antártida!

Se abrazaron, trincaron, cantaron en coro, armando un alboroto que hizo acudir a varios socios del "Bote Salvavidas", todos amigos de Moreno y enterados ya de su próxima partida.

El viajero tuvo que beber con cada uno de ellos la copa del adiós. Eran las cuatro de la mañana cuando el grupo bullicioso, amontonado en un enorme y viejo Hudson descubierto, lo depositó en la puerta de su casa. Moreno entró rápidamente y cerró tras sí para cortar las estrepitosas despedidas.

Se acostó y se durmió, con su sueño disciplinado que no dejaba jamás de obedecerle. Hora y media más tarde ya estaba bajo la ducha fría. Mientras se vestía oía a Eugenia moverse en el comedor preparando el desayuno. Para la hermana, aquélla era una de las tantas separaciones y no la entristecía demasiado. Hablaron, melancólicos, sin embargo, a la luz espectral de las lámparas, que se ahogaban en la claridad del amanecer, haciéndose recomendaciones y encargos mutuamente. Como el día anterior Julio había enviado todo su equipaje a bordo, no tuvo que llevar consigo más que una pequeña maleta. Salió a la puerta y besó a Eugenia, que había echado sobre sus hombros una chalina a

grandes cuadros negros y verdes, y que permaneció inmóvil mirándolo alejarse.

El amanecer era frío y gris. Julio bajó en pocos minutos hasta la avenida y allí detuvo a un taxi.

—Al muelle Prat.

El vehículo echó a correr. Los largos muros de la Estación del Barón parecían más leprosos en la humedad del alba. Tras ellos subían humos lentos, como adormecidos. Llegaron a la Avenida Brasil, cubierta por una niebla fina. Julio miraba desfilar las fachadas y los jardines con la sensación de que sólo en ese momento descubría el verdadero carácter de cosas tan familiares. ¿Cuándo volvería a ver todo eso? Bajó el vidrio de la ventanilla y el olor frío de Valparaíso le penetró exactamente como en las mañanas de su infancia. Le parecía respirar la esencia secreta de su vida. El taxi corría en silencio y alcanzaba ya la Avenida Errázuriz. El pavimento recién lavado espejeaba glauco y melancólico bajo la luz gris. Todas las puertas estaban cerradas. En las esquinas, los carabineros se perfilaban masivos bajo sus ponchos de Castilla.

En torno al monumento a los Héroes del 21 de Mayo había algunos pequeños grupos. Un vendedor de tortillas atraía algunos clientes, los hombres zapateaban para desentumecerse. Por la calle Blanco desembocó una golondrina, tirada por dos grandes caballos, con un estrépito de hierro bamboleante.

En el pórtico de la Estación del Puerto los "gorras coloradas", los suplementeros y los conductores de carros y camiones empezaban a agitarse. El taxi se detuvo a la entrada del muelle y Moreno bajó con su maleta. Los carabineros de guardia, que le conocían mucho, lo saludaron:

—¿A la ballena, capitán?

—No; me llevo el "Alcatraz" a Punta Arenas. Vamos a cazar a la Antártida.

—Buen viaje, buena suerte.

—Gracias. Adiós.

Los carabineros llevaron la mano a la visera de sus

gorras. Bajo sus ponchos parecían osos de movimientos pesados.

Al acercarse al embarcadero, Julio vió la gran silueta de Gustavson que lo esperaba. La voz del finlandés sonó en la bruma como el mugido de la boya del Buey.

—¡Qué hubo, guacho! ¿Todo está listo?

—Todo. ¿Han llegado mis hombres?

José Cardoso subía en ese momento la escalera del embarcadero, al pie de la cual se hallaba el bote del "Alcatraz", con el Rucio Aldana.

—¡Aquí estamos, capitán! Buenos días.

—¡El último trago, Julio! —bramó Gustavson—. ¡El último que tomaremos juntos hasta unos cuantos años más!

—¡El último trago!

Los dos marinos se asestaron grandes palmadas en la espalda, riendo, y se encaminaron al "Bote Salvavidas". Moreno había entregado su maleta a Cardoso.

—Brito debe de estar por llegar —dijo el finlandés.

—Lo que me apena es separarme de él —respondió Julio. Y apenas pronunció la frase sintió el corazón como agarrotado por la monstruosidad de su traición: lo único que le atormentaba era separarse de su viejo compañero de correrías. ¿Y Mónica, que lo amaba; Mónica, la mujer más hermosa y más fina que se había entregado a él, que confiaba en él y a la cual él había engañado? Una infinita piedad por su amante lo dominó hasta el punto que no oyó la conversación de Gustavson ni supo cómo llegó hasta la puerta del "Bote Salvavidas". ¡Pobre Mónica, que esa misma tarde se encontraría desamparada, tanteando en las tinieblas, como un ciego, en busca de ese amor perdido para siempre!...

La mano de Gustavson se apoyó en su hombro y lo empujó puertas adentro del "Bote Salvavidas", con la rudeza de todos los gestos del gigantesco finlandés.

—¡El último trago!...

Hacia frío. En el pasadizo, sobre la conchuela que tapizaba el suelo, contra las paredes de madera, pare-

cía pegada la fina neblina de la mañana. Los pasos de Gustavson y su vozarrón sonaban desapaciblemente. ¿Por qué diablos vociferaba así aquel maldito capitán?

Entraron en el salón donde se celebraban las reuniones de los socios del "Bote". Ahora que iba a dejar de verlos, los objetos de aquella pieza adquirían un nuevo valor a los ojos de Moreno. Miró con curiosidad los retratos amarillentos de viejos marinos, las antiguas fotografías de la rada de Valparaíso, los catalejos, los compases, los dientes de ballena...

Gustavson sacó una botella de aguardiente y tres vasos.

—Brito no tardará en llegar —dijo—. Tomemos mientras tanto.

—Me apena separarme de él —murmuró Julio.

—¡Bah!... Cualquier día Brito y yo nos largamos para Punta Arenas, y si no te encontramos ahí, ¡te vamos a buscar a la Bahía Decepción!

Moreno, con su vaso en la mano, se sentó junto a la pequeña ventana que daba sobre el muelle. Distraídamente estuvo mirando hacia afuera, hasta que una silueta que pasaba a lo lejos entre la neblina llamó su atención.

—Oye, Gustavson, mira... Aquél, ¿no es el comandante Roquebruna, el viejo don Anselmo?

El finlandés pegó su nariz al cristal.

—Sí... es él. ¿Qué estará haciendo a esta hora ese viejo loco?

Y después de beber un largo trago agregó:

—Hacía tiempo que no le veía por aquí. El otro día estuve conversando un rato con él. Vino con tu amiga tan macanuda. ¡La suerte del niño, ah!... ¡Miren el gallo!

Rió maliciosamente y dió una palmada tremenda sobre el hombro de Moreno. Este lo miró asombrado.

—¿Con mi amiga?

—¡Sí; con tu amiga!... ¡No te hagas el lesa!

—¿Con Mónica?

—Sí. Vino con Mónica Sanders, con la mujer de Roy, que creo que es sobrina del comandante. ¿Para qué te haces el disimulado?

Julio no comprendía nada. Se levantó nerviosamente, como ante una amenaza.

—¿Mónica vino aquí? ¿Tú hablaste con ella?

—¡Sí, hombre! Vino aquí con el comandante Roquebruna. ¡Es decir..., no vino expresamente!... Pasaban por aquí, nos encontramos y estuvimos hablando un momentito.

—¿De qué?

—¡Psch..., de todo un poco!... De ti...

Moreno sacudió al finlandés por la manga derecha. El resto de aguardiente que quedaba en el vaso salpicó la cara de Gustavson. Este protestó:

—¡Suelta, animal! ¿No ves cómo me estás poniendo?

—¿Mónica te habló de mí?

—¡No; ella no! ¡No seas fregado, hombre! El viejo me estuvo hablando de la caza de la ballena, porque se le había metido en la cabeza que yo me llevaba el "Alcatraz" al sur. ¡Tú sabes que el pobre está más loco que una cabra!

—¿Te preguntó delante de Mónica si tú te llevabas el "Alcatraz" a Punta Arenas?

—Sí.

—Y tú, ¿qué contestaste?

—¿Qué iba a contestar? ¡Que no, naturalmente; que tú eras el capitán y que tú te ibas con tu buque!

—¿Y Mónica oyó eso?

—¡Claro! ¿Cómo no iba a oír si estaba con su tío y yo le hablaba al viejo?... Supongo que no es sorda, ¿no?

Moreno se dejó caer en la silla, ante la estupefacción de Gustavson.

—¡Oye! ¿Qué te pasa?

—¿Cuándo fué eso?

—No sé... Hará unos quince días... A ver, espérate... Sí; debe hacer unos quince días.

—¡Quince días! ¡Por la grandísima recresta!...

El vaso de Moreno fué a estrellarse en un rincón de la pieza y la masa enorme de Gustavson se bamboleó bajo las furiosas sacudidas de su amigo, que lo había cogido por los dos brazos.

—¡Le dijiste todo, pelotudo! ¡Te pusiste a hablar como un baboso!

Sorprendido, el finlandés se dejó zamarrear un instante; pero no tardó en amoscarse.

—¡Ya está bueno, mi hijito! ¿No? ¡Creo que se le está pasando la mano! —vociferó, desprendiéndose.

Moreno se dejó caer nuevamente en la silla y estuvo un instante golpeando el suelo con los tacones. Ese movimiento removía cómicamente todo su cuerpo. Al fin levantó los ojos hacia el finlandés.

—Oye, Gustavson: ¡no me voy!

—¿Cómo?

—¡No me voy; no me embarco! ¿Entiendes?

Había hablado a gritos. Se puso de pie y empezó a pasearse a lo largo de la pieza.

—¿No te embarcas? ¿Hasta cuándo piensas quedarte?

—Me quedo para siempre.

—¿Y el "Alcatraz"?

—¡A la mierda!

Gustavson miró un instante a su amigo. Luego alzó los brazos y los dejó caer con ademán desolado.

—¡Tú estás loco! Tómate otro aguardiente para ver si se te pasa.

Como Moreno no hiciera caso de tan prudente consejo, Gustavson llenó su vaso hasta el borde y se lo bebió de un trago. En ese momento don Antenor Brito apareció en la puerta. Jullo se dirigió a él:

—¡No me voy, don Ante; abandono el "Alcatraz"!

El piloto siguió avanzando hasta el centro de la habitación sin comprender. Allí se detuvo como aplastado por la revelación.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—Completamente loco —intervino Gustavson—. Está delirando. ¡Yo no comprendo nada!

—¡Ni hace falta que comprendas ni tú ni nadie! —vociferó Julio, volviéndose hacia el finlandés—. ¿Por qué no me dijiste antes que habías hablado con ella?

El otro se encogió de hombros.

—No me había acordado... no le di importancia...

—Pero, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Brito con voz severa—. ¿Qué chacota es ésta?

—¡Yo qué sé! —rezongó Gustavson, examinando su vestón—. ¡Este idiota casi me ha arrancado una manga!

Julio se acercó a Brito, esbozó un ademán para dar más vigor a su discurso; pero al enfrentarse con el viejo dejó caer los brazos con desaliento.

—No... ¿Para qué voy a explicar cosas que ustedes no comprenderían?

El piloto, sin embargo, parecía resuelto a comprender.

—¿Dices que no te embarcas? —preguntó con tono seco—; ¿que abandonas el "Alcatraz"?

—Sí; no puedo partir.

—¿Qué ha ocurrido para que abandones tu buque y faltes a tu contrato?

—Ha ocurrido que...

Se interrumpió Julio, pegó un manotazo sobre la mesa y dió vuelta la espalda a sus amigos, vociferando:

—¡Váyanse ustedes al diablo!... ¡Yo no tengo que darle cuentas a nadie!...

Las facciones de Brito se endurecieron y su rostro adquirió repentinamente una expresión sombría. Se aproximó a Julio y tomándolo con violencia de un brazo lo hizo girar sobre sí mismo.

—¡Tú me conoces bastante, Moreno! —dijo con tono tranquilo y firme—. A bordo tú has sido mi capitán, y yo te he respetado; pero aquí yo soy tu superior. Vas a decirme inmediatamente por qué abandonas tu buque.

Julio inició un gesto de rebeldía; pero ante la mirada fría y dura del piloto, sacudió las manos como para significar la fatalidad de los acontecimientos.

—¿Qué quiere que le diga, don Ante? Yo mismo no comprendo bien. Usted sabe que yo tenía un amor... Bueno, yo me separé ayer de esa mujer diciéndole que me quedaba en Valparaíso, que nos veríamos hoy. Ahora resulta que este boludo le dijo hace quince días que yo partía hoy al sur con el "Alcatraz".

—¿Y ésa es una razón para faltar a tu contrato?

—¡Déjeme tranquilo, don Ante! ¡Usted no puede comprender!... Ella sabía mi partida y fingió creer lo que yo le contaba: que me iba a quedar en el puerto... ¡Se ha burlado de mí la muy perra; pero yo le diré lo que se merece!

Llenó su vaso de aguardiente y se lo bebió de un trago. Antenor Brito miró a su antiguo capitán con atención y repuso:

—Tú hablas mucho de que no te vamos a comprender. Lo que es yo, comprendo muy bien: en buenas cuentas, tú creías haberla engañado, y ahora resulta que es ella la que te engañó. ¡Qué diablos!... Eso pasa todos los días y no es motivo para que rompas tu contrato, faltes a tu palabra y quedes como un ridículo... Sabes que si a estas alturas no cumples con la Antártica, las otras compañías no te tomarán fácilmente.

—¡Qué me importan las compañías! Lo que quiero es que esa mujer oiga las cuatro frescas que tengo que decirle.

El piloto no parecía tomar el drama muy en serio. Contestó con gran calma:

—Tú creías haberla engañado y te embarcabas muy satisfecho. ¡Y ahora vienes con estas cojudeces!... ¡Ten cuidado de que no sea esa mujer la que te diga las cuatro frescas! ¡Déjate de tonterías, Julio! ¡Pórtate como un hombre y no como un chiquillo!

—¡Qué hombre ni qué nada! Usted no puede saber...

Se interrumpió, asaltado por una idea repentina, y se encaró con el piloto y Gustavson, que seguían la escena estupefactos.

—Ahora me acuerdo de que Varela me dijo que ella no lloraría cuando supiera mi partida. ¿Por qué me lo dijo, eh? ¡Ese sabía algo!... ¡Yo aclararé esta intriga!

Brito llenó los tres vasos de aguardiente y levantó el suyo.

—¡Salud!... ¡Por tu buen viaje y porque ganes mucho dinero en el sur!

—¡Salud! —bramó Gustavson, que hacía esfuerzos por comprender.

Moreno tomó el vaso, pero no lo llevó a sus labios.

—¡Yo no me embarco!

—¡Salud! —repitió el piloto con tono decidido—. ¡Salud, por tu buen viaje y por las buenas cazas del "Alcatraz"! ¡Tú te vas a embarcar inmediatamente, Moreno, o nos vamos a romper la cresta los dos aquí mismo!...

Tomó al ballenero de un brazo y lo sacudió con violencia.

—¡Vamos, ya es hora! ¡Salud!

Los tres hombres bebieron y Brito empujó a Moreno dulcemente hacia afuera. Encontraron la mañana ya limpia de neblina, pero todavía gris y fría.

—¿Dónde estará ese viejo cabrón? —preguntó Julio.

—¿Quién?

—El comandante Roquebruna. Andaba rondando por aquí. Quisiera hablarle.

—No hay ni señales del viejo —comprobó el finlandés, mirando a todos lados.

—Tú ya no hablas con nadie más en tierra —afirmó tranquilamente Brito—. ¡Basta de majaderías!

Se acercaron rápidamente al muelle. En el embarcadero los esperaba Cardoso.

—¿Listo, capitán?

—Listo.

—Bueno, adiós, hijo —murmuró Brito, abrazando a Julio—. ¡Tantos años juntos! ¡Parece mentira!

Moreno apretó largamente al viejo entre sus brazos.

—¡Adiós, don Ante! Ya sabe: si le pasa algo, me escribe; si me necesita, me llama, y yo lo dejo todo para venir a su lado.

—Lo sé. Adiós.

—¡Adiós! ¡Uno de estos días te vamos a ver a la Antártida! —vociferó Gustavson, haciendo casi desaparecer al corpulento Moreno entre sus enormes brazos.

El ballenero estrechó las manos de los dos amigos y bajó la escala de prisa, seguido de José Cardoso.

El Rucio Aldana mantenía el bichero enganchado a una argolla del malecón.

—¡Avante! —ordenó Julio.

Las palas de los remos surgieron del agua y sus flecos de gotas brillantes rayaron la superficie tersa. Luego se hundieron de nuevo, como hurgando en la luz de la mañana. Cardoso y Aldana remaban acompasadamente y la ligera embarcación se alejaba de tierra a gran velocidad. Moreno, de pie a popa, agitó la mano en un último adiós.

—¡Buena suerte! —gritó Brito.

Gustavson hacía gestos cómicos tan cerca del borde del malecón, que a veces parecía que la mitad de sus enormes pies quedaban en el vacío. Formando bocina con las manos aulló:

—¡Eh, Moreno!... ¡Cuidado con las mujeres de la Antártida!

Sus carcajadas dominaron todos los ruidos del puerto, que empezaba sus faenas. Moreno volvió la espalda a la costa y, siempre de pie, se puso a mirar hacia su barco, que aparecía tras el molo.

—¡Bueno con el gringo Gustavson! —exclamó el Rucio—. ¡Mientras más viejo, más loco!...

Valparaíso, 3 de septiembre de 1947.

París, 20 de octubre de 1949.